R-C-

Tramoyeres Blasco (Luis) - Periódicos de Valencia - cita este Semanario en la pág., 88

Todo lo publicado -

SILVINA,

SEMANARIO

DE LITERATURA, TEATROS, MUSICA Y MODAS.

PRIMERA EPOCA.

VALENCIA.
IMPRENTA DE JOSE MARIA AYOLDI,
AÑO 1857.

SILVINA,

Semanario de literatura, música, teatro y modas.

DEDICADO AL BELLO SEXO.

—

Silvina es el nombre de una preciosa flor silvestre de color lila oscuro y de una fragancia esquisita, que aparece en Junio en las márgenes de los arroyos, como tarjeta de despedida de la florescencia de la primavera.

Silvina es un nombre de mujer; pero tan simpático, que nosotros amaríamos con todo el entusiasmo de los corazones de veinte años á una mujer que se llamara así, y reuniese á este atractivo los de la virtud, el talento y la hermosura.

Silvina es un nombre tan fantástico como los sueños.

Tan dulce como las notas de Rossini.

Tan grato como el descanso tras la fatiga.

Tan suave como el perfume de las violetas.

Tan armonioso como el sonido de las arpas de los ángeles.

Tan seductor como el recuerdo de la dicha.

Tan placentero como la siesta en el verano.

Tan risueño.... mucho mas risueño que una rosa entreabierta y que el primer rayo de sol que dora la montaña.

Silvina es además el título de una linda schotis que no debe de andar lejos de estas líneas.

Y es, en fin, un periódico semanal de literatura, modas, música y teatros.

Un periódico dedicado al bello sexo.

Un semanario cuyas páginas solo respiran sentimientos tiernos, pensamientos dulces.

Modesto en sus aspiraciones

Ligero en sus escritos.

Recomendable en su objeto.

Sencillo en el fondo.

Elegante en la forma.

Su artículo de fondo es un cuento, una fantasía, una balada ó una fábula.

Su parte oficial la revista de modas.

Su crónica la del mundo elegante.

Su gacetilla la de los salones y teatros.

Su folletin una polka ó un wals.

¿Por qué se llama Silvina?

Es muy fácil de esplicar. Un periódico de esta índole debe necesariamente llevar un nombre dulce, simpático y armonioso. Entre todos los nombres, ningunos lo son tanto como los de las mujeres, y entre los de las mujeres pocos hay tan dulces, tan simpáticos y tan armoniosos como el de Silvina.

Por eso este periódico se titula así.

LA ABUELA.

Esto es hecho. ¿Por qué ocultarlo? Ese hilo de plata que aparece entre el ébano de mi cabellera, ese ligero surco que parte la nieve de mi frente, los esfuerzos que me cuesta la reduccion de mi cintura á las exigencias del corsé, mis lentes, mi pesadez, todo, todo me grita desapiadadamente que envejezco.

¡Cuarenta años!

¡Adios deferencias, obsequios, consideraciones!

Y sin embargo, yo debia haberlo conocido ya. ¿Cuántos dias que mi entrada en las sociedades no escita aquel murmullo de admiracion tan grato á mis oidos en otro tiempo? ¿Acaso se disputan aun los jóvenes el especial favor de que baile con ellos? ¿Me invita nadie á cantar? ¿No me dejan todos como olvidada entre las señoras mayores? ¿No?... pero ¿á qué cansarme? esto es hecho.

Arrojemos cintas y flores. Esos adornos que ayer hermanaban con la grana de mis mejillas, hoy serian ridículos sobre una cabeza que empieza á blanquear, sobre un rostro que ya no colorea el sol de la juventud; huyamos de esa sociedad que ya no me mira como una de sus joyas, sino mas bien como reproche de sus futilidades.

¿Qué haré?

¿Vegetar en el olvido, la impotencia, el aislamiento, el abandono y hasta la indiferencia?

No; soy madre, y la familia, el hogar doméstico me reclaman. La educacion de mis hijos: hé ahí la sublime tarea que de hoy mas ha de absorber mi atencion, la actividad de mis facultades intelectuales, mi vida toda. Si esos pedazos de mi corazon han de penetrar en un nuevo mundo de ideas, si esas inteligencias se han de instruir, y desarrollar esas almas. ¿Quién mejor que yo puede hacerlo, ya que el amor nos ha unido tan estrechamente? Sí, la educacion de los hijos es el gran deber de los padres; es mas aun, es un sacerdocio que Dios ha creado sobre el mundo, y del que nadie puede escusarse sin negar su racionalidad.

¡Dulcísima ocupacion, cómo no te he emprendido antes!

—

Dejadme llorar. ¿Quién no llora á mi edad? Estas lágrimas que el dolor hace brotar del fondo del alma, me consuelan. Yo era feliz cuando, olvidada ya del mundo, cifraba mi porvenir en el cuidado y la educacion de mis hijos. ¡Cuántas veces he gozado de inefables placeres viéndoles correr, bailar y cantar bajo los árboles de los paseos adonde me acompañaban, ó recostados sobre mi regazo y repitiendo la oracion que yo les enseñaba! Luego recibiendo sus tiernas confianzas, acostumbrándoles al horror del vicio, é infundiendo en su corazon el amor á la virtud.

Hoy nada me queda. Mi hijo es un hombre, mi hija una mujer. Deben separarse de mí; cada uno va á formar una nueva familia, y ha concluido mi mision sobre la tierra.

¿Qué me queda?

Nada; vacío, fastidio de la vida.

¿Y por qué?

¿No van ellos á ser felices? Él, considerado en la sociedad, desempeñando un cargo honroso y unido á una mujer virtuosa, ¿no posee los medios de alcanzar la felicidad? Ella, esposa de un hombre en quien no ha buscado ni la belleza del rostro, ni la gracia en el vestir, ni el lenguaje de oropel, ¿no será tambien dichosa? Cierto, pero.... ¡yo los pierdo! Sus nuevos deberes y cuidados los alejarán de mí. La pobre mujer que les ha consagrado veinte años de desprendimiento y de ternura, solo podrá ocupar un lugar secundario en su corazon. Su casa será siempre para mí la casa de un estraño.

¿Y cómo no llegar aquí?

Pero, Dios mio, ¿tendré yo celos de los sentimientos de mis hi-

jos? ¿No es antes su felicidad que la mia? ¿Tendrá tambien el amor maternal alguna dósis de egoismo?

No.

—

Mis penas eran imaginarias. Soy siempre la madre de mis hijos; mas, voy á serlo nuevamente de los suyos.

¡Abuela!

En otro tiempo me hubiera reido de este nombre; pero hoy comprendo toda la sublimidad que encierra.

Mi hija va á ser tambien madre. Mis horas trascurren deliciosamente á su lado, tranquilizando sus inquietudes, disipando sus temores, prodigándola mis caricias, y animando su abatido espíritu. Mi cariño comprende y adivina sus dolores, y siento, á pesar de mis años, renacer mi agilidad para servirla y consolarla. Soy su confidente, su amiga, su consuelo: ¿qué no será quien es madre?

¡Tengo un nieto! ¡Oh suprema delicia!

Mi inesperta hija teme aun el tocarlo; pero ¡con qué vivo placer le estrecho en mis brazos, le muestro á su padre alborozado, y creo encontrar en su tierno rostro los rasgos del mio! Y no es esto todo; mi amor nada olvida, y á la vez que me enageno con el ángel recien nacido, adivino cuantos cuidados requiere mi hija y que mi esperiencia sabe prevenir.

Entre la cuna del uno y la cama de la otra consumo mis dias, y en lugar de cansarme me creo rejuvenecida. Ellos me llaman su ángel tutelar, y yo en cambio les doy mis lágrimas de gozo, mis consejos y mis bendiciones.

Empiezo á comprender que mi mision no ha concluido en el mundo, que lejos de tener una familia tengo tres, y que mi influencia y mi fuerza vivificadora va á estenderse á dos generaciones.

¡Y he llorado mi vejez y mi aislamiento, cuando los debiera bendecir, puesto que todo ello me ha conducido á ejercer la doble mision de madre y abuela!

—

Venid, corred á mi alrededor: yo no puedo acompañaros en vuestros juegos, pequeñuelos mios; pero desde este sillon mi corazon va con vosotros, vuestra inocente alegría me alegra tambien, y al verme reproducida de este modo, bendigo la mano de Dios que así embellece hasta mis últimos dias.

F. Danvila y C.

EL ÁLAMO.

—

BALADA.

Entre mil arbolillos,
Cual rey del prado,
Su ramaje á las nubes
Eleva un álamo.
Sus verdes hojas
Estienden en contorno
Gigante sombra.

—

Diz que ufano sintióse
De tanto brio,
Y que á sus compañeros
Así les dijo:
«Pobres enanos,
Yo soy vuestro monarca;
Sois mis vasallos.»

—

Mas una larga noche
Del frio invierno
Cruzó por aquel valle
Furioso viento.
¡Terrible noche!
Negras nubes cubrian
Los horizontes.

—

Amaneció medroso
Por fin el dia.....
Ya el álamo no alzaba
Su frente altiva.
Sus verdes hojas
No esparcian en torno
Gigante sombra.

—

Y diz que murmuraban
Sus compañeros:
«Así tratan los hados
Á los soberbios.»

Bendito sea
El humilde ramaje
De la modestia.

J. Iranzo.

UNA BOTELLA.

FANTASÍA.

A mi amigo Ortiz.

¡Mozo, una copa, una botella! gritó un jóven golpeando la mesa del café.

El mozo trajo la copa y la botella.

El jóven rayaba en los treinta años. Era alto, moreno y delgado. Sus negros cabellos caian rizados sobre sus hombros.

Su traje era elegante, pero mal tratado; su aspecto abatido. Cogió la botella y se sirvió la

PRIMERA COPA.

Y dijo despues de dar un sorbo: «Oh, Planco, si eres cuerdo disipa con el dulce vino los cuidados y tristezas de la vida.»

Calló.... y volvió á sorber murmurando los versos de Horacio que espresan aquel pensamiento.

Suspiró....

Apuró la copa.... y apoyando el codo sobre la mesa y la cabeza sobre la mano quedó meditando.

Yo medité tambien.

Ese hombre, me dije, está triste y busca el vino por distraccion. No beberá una sola copa.... ¡Es posible que existan sufrimientos capaces de abatir al hombre hasta ese estremo! Ay, cierto que la existencia es un sufrimiento contínuo. La ilusion viene al salir de la infancia á despertar la inteligencia y los sentidos. La ilusion es la hermosa aurora de un dia que ha de anublar la tempestad. ¡Ay qué fugaz pasa su dorada, esplendorosa luz! ¡Qué presto se nubla la brillante lontananza en que nació el sol! Las dudas, primeras nubes que empañan el alma.... Apenas el adolescente.... Mas no se trata de lo que yo meditaba. Se trata de que meditaba el jóven; pero.... Pasó la mano por la frente, suspiró, y sirviéndose la

SEGUNDA COPA,

la apuró de un sorbo.

¡Qué triste es, dijo, mi existencia! No puedo recordar las fac-

ciones de mi padre, y aun recuerdo la noche en que murió, y que sus lágrimas cayeron sobre mi frente que besaba, y besaba con cariñoso afan.

¡Madre mia! Tu hijo era aun muy pequeño para sentir y para consolarte. Lloré por instinto, lloré porque veia llorar á mi madre, y luego me dormí en sus rodillas. Tuve un sueño feliz. Mi madre lloraba en tanto, acaso mas por mí que por ella, la muerte de mi padre. Yo soñando corria por un jardin estenso lleno de perfumadas y hermosísimas flores, persiguiendo pintadas mariposas. Las cogia, las dejaba volar y volvia de nuevo á perseguirlas. Algunas veces al cerrar la mano la mariposa huia, pero una flor quedaba en su lugar.... Llevábala á mis labios libando su dulce miel. Los ruiseñores cantaban entre los mirtos, y en las fuentes, los arroyos, las lagunas, irradiaba la esplendente luz del sol. De improviso, como un juego de kaleidoscopo, cambió la escena. Me encontré perdido en un desierto inmenso. Los relámpagos cruzaban el cielo oscuro como el fondo de un abismo, y una copiosa lluvia caia con crecido rumor al compás del trueno.... Yo estaba enclavado, mis miembros entumecidos, mi cuerpo rebelde é independiente de mi voluntad. Mi angustia era terrible. Creí que iba á espirar, y desperté. ¿Por qué desperté? Sentí mi frente, mis cabellos y mis mejillas regados con el llanto de mi madre. ¡La madre del huérfano!

Una pausa siguió á esta esclamacion. Durante ella, el jóven llenó la

TERCERA COPA,

que bebió volviendo á su monólogo.

—Émira era hermosa. Al contemplarla sentia una especie de remordimiento, porque me parecia que la igualaba en amor á mi madre, á mi madre, que tan buena era, que tanto se desvivia por mí.

Sí, contemplándote, Émira, todo lo olvidaba, mis privaciones, mis pesares, mis proyectos, todo, todo. Yo no deseaba ser artista sino para comprar la tranquilidad y el descanso de los últimos años de mi madre.... Émira vino á disputarla mis pensamientos. De puros y tiernos que nacian á las sonrisas de mi madre, volvíanse ardientes y ambiciosos ante la vista de Émira. Mi imaginacion se acaloraba: soñaba la gloria, un nombre, la ventura.... ¡Ay, los soñaba para Émira!...

Bebió la

CUARTA COPA.

¡Madre! si me hubieses hecho un artesano en vez de un artista, pronto hubiese podido comprar nuestro pan con mi trabajo. Las

bellas artes cuestan mucho y retribuyen poco. ¡Tener veinte años, tener la edad en que otros han sido héroes, y carecer hasta de un trozo de pan que ofrecer á nuestra madre! Puede carecerse de gloria y nombre cuando se tiene una madre anciana y enfermiza; pero ¡maldita la oscuridad cuando esa madre ha de trabajar por el hombre jóven y robusto!

¡Venga la paleta! ¡Corra el pincel! ¡Venid, sueños de los ángeles, iluminad mi fantasía!

Cuadros y mas cuadros.—No va mal; con el tiempo hareis algo.—Hé aquí lo que os dan, y aun debeis al maestro gratitud por la lisonja si comprendeis la sonrisa que la acompaña.—Pero, madre, enflaqueces. Trabajas demasiado....

Bendito el que me compró el cuadro de la Vírgen. Su escaso precio sirvió para que lograse algun descanso la madre del huérfano. Mi alma cobró aliento. Vió un íris de esperanza el cansado marinero.

¡Vogad! ¡Vogad!

¡Vengan los colores, vengan los pinceles!

¡Bendita Émira, que sirve siempre á mis obras de fantástico modelo!...

Tengo el pensamiento de un cuadro.... Pero no le pintaré jamás. Su fondo es un cielo purísimo, tranquilo como la eternidad.... Émira, con la túnica blanca y la corona de las vírgenes, ocupa su centro. El amor casto y entusiasta al par, el sentimiento y la felicidad, la caridad y las virtudes todas forman el asunto.... ¡Émira atesora y espresa al par y distintamente tan adorables sentimientos!

QUINTA COPA.

El jóven la hizo rebosar maquinalmente, y continuó bebiendo y hablando como si leyera en un libro. Leia sin duda en el libro de sus recuerdos.—Los recuerdos son la única verdad de la existencia.—Pero, oigamos.

¡El certámen! ¡Si alcanzara el triunfo! ¡Ir pensionado á Italia! ¡Italia, patria de los genios! Partiria con mi madre la pension, y no trabajaria mas la pobre anciana en ese tosco cosido que tan mal la pagan....

Me he inscrito entre los concurrentes al certámen.

Las horas vuelan. He de pintar una alegoría de la Poesía.... ¡Ay! No concibo un pensamiento. No puedo sino comenzar y deshacer mi trabajo.... Las horas vuelan. Si no gano el premio continuará la vida miserable. ¿Qué haré para que mi madre no trabaje? ¡Oscuridad y miseria!

¡No alcanzaré el premio, no tendré un nombre, y Émira estará siempre lejos del ser inútil, del miserable huérfano! Lucha terrible. La imágen de mi madre y de Émira ocupan mi imaginacion. Siéndome tan caras, ansío desecharlas. ¡Dejadme! ¡Dejadme! Yo tengo que pintar la Poesía. ¡Madre, Émira, dejad libre mi pensamiento algun instante! ¡Dejadme! ¡Dejadme! Yo tengo que pintar la Poesía.

SESTA COPA.

Se apuró con bastante rapidez.

El rostro del jóven se habia encendido. Sus ojos brillaban. Su voz era temblorosa, y la embriaguez comenzaba á enunciarse.

¡Vengan los colores! ¡Vengan los pinceles!

¡Cómo involuntariamente corren sobre el lienzo!

Trabajo y trabajo sin un instante de reposo.

Las horas se suceden unas á otras como las ondas de un rio que se precipitan en un abismo. Una escitacion febril me domina.... El cuadro está concluido. Bajo de él escribo mi nombre, y caigo rendido de cansancio.

Cuando desperté, mi obra debia presentarse á los jueces del certámen.

Logré el premio.

Sobre un fondo azul la imágen de Émira aparecia con la corona y la túnica blanca, y una lira entre sus manos. ¡Era la realizacion del pensamiento que tenia siempre en el alma!

SÉTIMA COPA.

La llenó y bebió sin detenerse. Y con progresivo calor continuó hablando.

¡Italia! ¡Italia! patria de los genios. ¡Italia, Italia! ¡hermosa esclava adornada con las riquezas del universo!

¡Rafael, Murillo, Wan-dik, Españoleto!

¡Italia!

Hermosas son tus mujeres. Á sus ojos asoma el corazon diciendo *amor*. Y el mate de sus megillas, la voluptuosidad de sus labios, de su seno y de sus formas todas, la espresion de sus miradas y de sus sonrisas, y todo en ellas, todo habla el lenguaje de seductora pasion.

Pero.... ¡huid, huid, sueños, placeres de un momento!

Émira es mi amor, mi bien, mi idolatría....

Allá en España, bañada por el Mediterráneo, rodeada de cien jardines que, cual canastillos de flores, la adornan y embalsaman,

allá está mi patria, y Émira y mi madre! ¡Ah, mi madre! Hijas de la hermosa Italia, huid: depositad en mi abrasada frente un beso fugitivo, y volad; volad con vuestras sueltas cabelleras. Que no os vea mi madre; no empañeis el corazon de su hijo.... ¡Huid! Solo Émira puede unir su imágen á la imágen de mi madre!

Así diciendo, llenaba y bebia el jóven la

OCTAVA COPA.

Ya se ha cumplido el sueño del alma.

Ya estoy en mi patria. ¿Dónde está la anciana? ¡Madre mia! Aquí está tu hijo, se acabó la miseria y la oscuridad. Ven, ven, que los cuadros de tu hijo valen oro. ¡Madre! ¿dónde estás? ¿No quieres responderme? Murió. — ¿Murió? — Émira, ven, ven, dime dónde está mi madre, llévame á su sepulcro; quiero llorar en el sepulcro de mi madre. ¡Émira! ¿Dónde estás? ¿No me escuchas, no quieres responderme? Pero, Émira, ¿quién es ese hombre? ¿Suya? ¡Suya!

¡Maldicion!

El pobre jóven lloraba; su estado parecia mas bien el delirio de la fiebre que el desvarío de la embriaguez. Un estraño furor se apoderó de él, y esclamando ¡maldicion! ¡maldicion! comenzó á golpear sobre la mesa, rodó la botella y se rompió derramándose la

ÚLTIMA COPA.

¡Ya va! repitió dos ó tres veces un mozo desde el salon esterior, con voz de máquina y tono pausado y monótono. Llegó despues de algunos minutos y se dirigió á la mesa del jóven creyendo que le llamaba; pero aquel, con los brazos doblados sobre la mesa, tenia la cabeza apoyada en ellos, y ni le hizo caso ni le contestó otra cosa que tartamudeando.

Amigo Planco.... procura con el vino.... con el vino.... con el vino....

El mozo le miró al soslayo y se retiró sonriendo.

A lo lejos se oia tocar en el piano del café el *Gran Dio* de la *Traviata*.

El jóven cayó bajo la mesa....

. . . . . .

¡Así se degrada el hombre cuando no busca en las creencias religiosas el alivio de sus penas!

Eduardo Ataré.

MUJERES Y FLORES.

L'âme d'une fleur parle au cœur d'une femme.

(*Victor Hugo.*)

Dícese de muy antiguo que sois hermanas.

Y en efecto sois muy parecidas.

Unas y otras sois hijas de la naturaleza, que se ha sonreido al veros nacer y al veros nacer tan hermosas.

Y satisfecha de su obra os ha dotado de una belleza múltiple, inuniforme y varia.

Á las mujeres os ha hecho brillar, ya con una beldad enérgica, ya con una beldad suave; ora os ha dado la hermosura fria y vaporosa del Norte, ora la ardiente y mórbida del Mediodía: os ha hecho criollas ó árabes, circasianas ó españolas.

Á las flores os ha hecho brillar, ya con un color vivísimo, ya con un color pálido; ora os ha dado el color mate suavísimo del jazmin y de la diamela, ora os ha dado el pronunciado y fuerte de la camelia y de la dahlia; os ha hecho heliotropio ó rosa, violeta ó clavel.

En vosotras, mujeres, ha puesto la timidez ó el valor, el pudor ó la hipocresía, el amor ó el coquetismo, la modestia ó la impudencia.

Y vosotras, flores, remedais á las mujeres.

Á la mujer tímida la sensitiva que huye de la mano que la toca; á la valiente la amapola, flor solitaria que levanta su tallo entre yerbas silvestres; á la pudorosa la violeta que se esconde; á la hipócrita la adelfa cuyo hermoso color oculta el veneno que llena su cáliz; á la amante verdadera la siempre-viva que no se agosta; á la coqueta la madreselva que se enreda allí donde se planta; á la modesta el heliotropio que crece tímido, como queriendo ocultar su delicioso aroma y su belleza pálida; á la impudente el galan de noche, cuya fuerte fragancia sofoca todas las demás.

Así como hay mujeres que aman al hombre que marchita su hermosura, el girasol ama constante al sol que le ha de agostar.

Así como los rosales de Marruecos ayer se llenaron de flores blancas, hoy se llenan de flores amarillas y mañana de flores de color de rosa, son esas mujeres que ayer fueron amantes, hoy son coquetas, y mañana serán devotas.

Mujeres y flores sois muy parecidas.

Unas y otras hablais el mismo lenguaje: ese lenguaje innato que se habla sin haberlo aprendido, ese lenguaje universal que está escrito en el alma y que se entiende en todos los paises, ese idioma que hablan con elocuencia los ojos negros y con cortedad bal-

buciente los azules, ese idioma que acentúan unas veces las sonrisas y otras las lágrimas, el lenguaje de los sueños y de la felicidad, el lenguaje del amor.

Lenguaje en el que dialogan el hombre y la mujer que se aman, diálogos que pueden entablarse sin que los entiendan mas que la persona con quien hablamos, diálogos que son preciosos *bouquets* donde el clavel de cada color tiene un significado, donde la *perpétua jura amor eterno*, donde la *lila* habla de la *primera emocion de amor*, donde la *capuchina* recomienda la *discrecion*, donde la *maravilla* dice su *timidez en amar*, donde el *pensamiento* se ocupa de otro pensamiento. *Bouquets* en los que todo habla, hasta las cintas que los engalanan, ya de color de *esperanza*, ya de color de *celos*; porque poetizan el amor los colores, esos magníficos horizontes de la belleza de la mujer y de la flor.

Que tambien en esto se parecen.

Hay mujeres blancas como el jazmin.

Rojas como la amapola.

Pálidas como la azucena.

Mujeres y flores sois muy parecidas.

Unas y otras brillais, y unas y otras brillais en la primavera. Vosotras, flores, en la del año; vosotras, mujeres, en la de la vida.

Vosotras, flores, sois la sonrisa del tiempo; vosotras, mujeres, la sonrisa de la felicidad.

El mejor adorno de las mujeres son las flores. Cuando las colocais en vuestros cabellos, agradecidas os dan su perfume, y brillan sobre el fondo oscuro de vuestra cabellera como las estrellas sobre el cielo apagado de la noche.

Apasionado de unas y de otras, las flores me parecen mujeres y las mujeres flores.

Jacinto Labaila.

BALADA.

Marchitas hojas arrastra el viento,
Nevados copos lleva el raudal;
No hay en el bosque vago concento
Ni es del arroyo limpio el cristal.
La escarcha deja
De la alborada
Perfume al prado

Sin esparcir;
Medroso el eco
De la cascada,
Mas á lo lejos
Se oye gemir.
Baja el rebaño de la montaña
Del sol al débil postrer fulgor,
Y ansiando el goce de su cabaña
No ya en el monte canta el pastor.
¡Y es que el invierno
Tendió su manto,
De niebla fria
Denso capuz!
Ven, primavera,
Ven con tu encanto,
Tus armonías,
Flores y luz.
Mas ¡ay! del valle la vírgen pura
Triste suspira por comprender
Que al ausentarse de su hermosura
La primavera, ¡no ha de volver!

Tomás Solanich.

CORRESPONDENCIA.

En la quinta de los Álamos 1.° de Enero de 1857.

Mi querida Adela: No me llames ingrata porque no te he escrito hasta ahora. Cuando salí de esa para pasar en esta quinta el primer mes de mi matrimonio, te prometí noticias mias frecuentes y no lo he cumplido: mi promesa era dictada por el sincero cariño que te profeso; pero yo no preveia que el matrimonio proporcionase tantas ocupaciones. Mi silencio no significa olvido; significa que ya no soy dueña ni aun de mis pensamientos. Y ¿sabes por qué? Porque los casados son dos en uno, un alma en dos cuerpos, un sentimiento en dos almas; el matrimonio es un todo perfecto compuesto de dos partes, de las cuales la mayor se llama hombre y mujer la segunda: la parte mayor puede obrar con independencia de la menor; esta es difícil que obre sin aquella. Acuérdate del dicho de una mujer célebre: «el matrimonio es un grave y religioso sacrificio que la mujer hace al hombre de su libertad, de sus incli-

naciones, de sus pasiones y de su propia volutad.» Así es que no me resuelvo á hacer cosa en que tenga parte únicamente mi voluntad, siendo como es tan dulce dejarnos conducir y llevar de los deseos de la persona que amamos, haciendo el sacrificio de los nuestros. ¿Comprendes el motivo de mi tardanza en escribirte?

Quiero darte una idea de mi vida campestre; quizá despertará en tí el deseo de venirte á acompañarnos y participar de mi felicidad. Ya comprenderás que soy completamente venturosa; tengo la conviccion de ser amada: ¿qué mas necesita una mujer para ser feliz?

Ricardo es el mas adorable de los esposos. Bueno, franco y cariñoso, me colma de atenciones, me rodea de cuidados, satisface todos mis deseos y realiza todas mis esperanzas. Los poetas melancólicos dicen que la felicidad es una ilusion; sospecho que son cándidos ó que quieren engañarnos.

Todas las mañanas al despertar bendigo con todo mi corazon al ángel que presidió invisible mi venturoso matrimonio. ¡Oh! ¡debia ser muy bello!

Paréceme que durante mi sueño siento que viene hasta mi lecho, que pone su mano sobre mi corazon, y sintiéndole latir tranquilo y venturoso, me besa en la frente y se aleja murmurando: «Quiera el cielo concederte la gracia de que sigas siendo feliz.» Yo, aunque dormida, percibo su aliento suave y su dulce contacto. ¡Cuán bueno debe ser ese ángel que bendice mi felicidad!

Los rayos del sol vienen por las mañanas hasta mi lecho á través del frondoso emparrado que festona los bordes de las ventanas: desde mi alcoba percibo el canto monótono, pero agradable, de los reyezuelos que recorren las ramas secas de los frutales del jardin. Ricardo me espera en el corredor leyendo los periódicos de esa ciudad. Durante el desayuno me refiere lo mas notable que ha encontrado en ellos. Despues entro en el tocador. No creas que el matrimonio escluye en la mujer el deseo de agradar; al contrario, toma mayor cuerpo: ya no es una necia y fria lisonja de sociedad lo que ha de recoger por su esmero y gracia en el tocado; su dulce recompensa es una galantería ó un cariño de su esposo, y solo cuando dejes de ser soltera comprenderás la distancia que hay de esto á aquello.

A las once es el almuerzo, concluido el cual Ricardo me lleva á dar largos paseos por las cercanías. ¡Si supieras cuánto gozamos con el embeleso que nos causan las frondosas arboledas que atravesamos, los cristalinos arroyos á cuyo borde descansamos, las pintorescas perspectivas que descubrimos! ¡Oh! nada hay mas hermoso y mas halagüeño que el hojear ese álbum colosal que se llama

la naturaleza, y cuyas páginas ha llenado de maravillas la mano del Criador. En la soledad y al lado de una persona querida en la que se han reconcentrado todas las afecciones y todas las esperanzas, es cuando se concibe hácia Dios ese dulce reconocimiento, ese cristiano sentimiento de gratitud por sus inmensas bondades, que á sus ojos es sin duda el mas placentero de todos los sentimientos.

Regresamos á la quinta cuando va estinguiéndose la melancólica luz del crepúsculo, y durante la comida recordamos uno por uno los detalles de nuestro paseo. La velada se pasa agradablemente. Ricardo lee en voz alta alguna novela de Karr ú otro libro entretenido; yo empleo el tiempo bordando ó en alguna otra labor.

Esta es mi vida. Amante y amada de mi esposo, ¿qué mas puedo desear?

Cuéntame la tuya. Háblame de tus amores; tu suerte me interesa tanto como la mia. Háblame de modas, de reuniones, de teatros, bailes y paseos. Dime si te diviertes mucho y si has olvidado á tu buena amiga

Herminia.

Valencia 2 de Enero.

Mi buena Herminia: Voy á castigarte por el olvido en que me has dejado hasta hoy, escribiendo breve y á la ligera. Tan á la ligera como puede hacerlo una mujer á los veinte años en vísperas de asistir á un baile, y por consecuencia de acabar con unos amores melancólicos que huelen á romanticismo puro. Sí, querida mia, voy á un baile, y..... ¡cuánto siento que no me hayas podido ayudar en la eleccion de traje! Ya sabes que este es un negocio del mayor interés para nosotras. He vacilado mucho tiempo entre uno de tafetan blanco con drapería de tul, cuerpo color de rosa y manga corta y hueca, y otro de la misma tela, pero con el cuerpo cubierto de aquella gasa, salpicado de margaritas amarantadas y mangas de dos huecos. Como comprenderás, he preferido el segundo, que es de mas gusto, y al cual acompañan tres faldas de tul recogidas con flores alternativamente á ambos lados. Creo que aplaudirás mi eleccion cuando sepas que le acompaño un ramo de rosas con hojas verdes sobre el pecho y un capullo de camelia carmesí bajo mis rubios bandós vueltos. Es un adorno que ví anteanoche en el teatro sobre una linda cabecita de quince años, y del cual es fácil proveerse en los invernáculos de Roca y Capuchinos. Te he nombrado el teatro, y me pesa, porque como no nos regalan otra cosa que

enfadosas repeticiones no puedo darte un rato de placer hablándote de ese espectáculo tan grato para tí en otros menos sabrosos dias. ¡Qué necedad si te hablase de *Tramoya*, de *Marina*, *El Valle de Andorra* ó *Los Diamantes*! ¿No me tomarias por la gacetilla obligada de un periódico grave? Pero descansa, mi bondadosa Herminia, que habiendo sazon no dejaré de ponerte al corriente de cuanto se ejecute. De todo, no solo del coliseo Principal, sino del Liceo, del Casino.... y á propósito del Liceo, sabe que hace algunos dias nos regaló un escelente concierto que nos entretuvo hasta la media noche. Pura Armengol cantó con nuestro amigo Amat el *Miserere* del *Trovador*, y Dolores Bermudez el duo final de *La Traviata* con el entendido maestro Montés. Si hubieras oido con qué gusto y afinacion se cantaron aquellas piezas, con qué precision les acompañó la orquesta de sócios dirigida por Velazquez. Vaya, decididamente hubieras como yo comprendido que el Liceo se rejuvenece, y tanto, que las secciones cobran nueva vida. ¡Oh! es un hecho, pues mientras las de declamacion y música preparan funciones y conciertos, la de artes organiza una esposicion, y parte de la de literatura comienza la publicacion de un Semanario titulado SILVINA. Te lo recomiendo y.... mi camarera me anuncia la llegada de la modista, y aunque me urge hablar con ella, no lo haré sin decirte antes que he oido anunciar otra *soirée* en casa la complaciente señora de Y., y una primera reunion de familia en la de la señora L. Para esta última no conviene el traje de baile, y así, no me apuro por otro. Creo que puede muy bien suplir el mio de moare antique con volantes guarnecidos de piel marta, que cambiaré por tiras de terciopelo, pues los de *poplin* azul con adornos de encaje son demasiado ricos y elegantes para este caso. Dispensa, querida mia, si aquí concluyo; estas mujeres que nos visten son tan apremiantes....Recibe mis besos y todos mis cariños.

Adela.

¿Qué te parecen los vestidos de seda verde color de pensamiento y los abrigos color de avellana moteado de negro con flecos y azabaches?

IMPRENTA DE EL VALENCIANO, ANTES DE D. BENITO MONFORT.

calle de Caballeros, núm. 28.

MÁSCARAS SOCIALES.

Todo es farsa en este mundo.

* *

¿Os sonreís, bellísimas lectoras? Mejor, de esta manera, y mirándome en vuestros medio cerrados ojos, mis ideas tomarán un giro menos sombrío, y ¿quién sabe? tal vez concluya por reirme con vosotras de la gravedad de mi título.

Entre tanto, convengamos en que la sociedad, armada del terrible *qué dirán*, nos impone la *hipocresía* como una condicion precisa para gozar de sus pretendidas ventajas.

¿No admitís la palabra? Bien, sean *conveniencias sociales*, lo mismo da.

Lo cierto es que el asunto tiene dos consecuencias.

La primera que el vulgo, poco amigo de lo nuevo, porque teme lo desconocido, acepta aquella máscara y la establece como un principio del dogma social.

De paso os recordaré que el vulgo tambien pasea en carretela, gasta frac, y tiene abonado palco principal.

La segunda consecuencia es con respecto á los que piensan, los cuales son pocos. Estos comprenden la miseria de aquel valor entendido, se rien del yugo que pretende imponerles la señora sociedad, y sin miedo al fantasma del ridículo, rompen por todo creándose un modo especial de vivir, que puede sin que les enoje apellidarse *escéntrico*.

Y *original*, y *raro*, y *estravagante*, convengo hablando en lenguaje corriente, pero no en el exacto. Oh, en el exacto no hallareis espresiones mas acomodadas para espresar aquel estado especial que las de *dignidad, aprecio de sí mismo, independencia moral*.

Y hé aquí la razon por qué cada cual discurre de las cosas segun le parece, y por qué el parecer se funda en razones mas ó menos aceptables.

Veamos si lo son las mias, aunque mejor dicho no son sino casos prácticos.

Soy casado (es una suposicion, no frunzais las cejas), mi mujer es una mujer virtuosa—ya conoceis que si no lo fuera no la llamaria *mia*,—y ademas de virtuosa es bastante linda, al menos á mí me lo parece, y en esto de pareceres respecto á ellas son respetables los

de los maridos. Enfrente de mi casa anida un pollo, que con aire de conquistador flecha sus quevedos á mi cara mitad, y hasta pretende establecer de balcon á balcon un telégrafo criminal.

Un amigo de casa le presenta una noche de reunion ó baile.

¿Y bien?

Yo me pongo la mascarilla, me sonrio con bondad, estrecho su mano, le ofrezco mi casa, le invito á volver, y hasta se lo ruego. Luego, si me exige permiso para bailar con mi mujer, lo doy con mil amores, le hago entender que me honra con su agasajo, y hasta intercedo para que mi cónyugue acceda á la demanda. Sirven el *buffet*, y le sirvo con la misma atencion que á mis antiguos conocidos; se marcha, y aun cuido de que le alumbren para que no se rompa la cabeza.

Esto diz que exigen la *educacion* y el *buen parecer*.

¿Qué se diria, si no, de un marido que, conociendo las necias pretensiones del mequetrefe, le dijera francamente y sin máscara:—«Amigo mio, conozco sus proyectos al presentarse en esta casa, y como no me hallo con la sangre fria necesaria para sufrirlo, le ruego que se vuelva por donde ha venido.»

Grosero, *bárbaro*, *salvaje*; no, *hombre*.

Vamos á otra.

Ayer, lo que no es muy comun en mí, he acertado un billete de la moderna; mi futura (ya soy soltero) me ha sonreido deliciosamente, con esas sonrisas que nos concedeis tan dulces y tan preciosas, que no parecen sino perlas caidas de entre los labios; he dormido bien, he almorzado mejor, y no me aprietan las botas. Es decir, que soy feliz, ó creo serlo; no es mucha la diferencia.

Suenan las doce, y el vibrante sonido del reloj me dice: «Ya es hora de ponerte la mascarilla.»

¡Es verdad!

No há muchos dias que falleció un vetusto americano, sin mas parientes que dos perillanes amigos mios, á quienes deja todas sus muchas y respetables peluconas.

Afuera mi levita diario, mi chaleco listado y mi pantalon perla, y venga el uniforme negro. Vistamos de luto.

Desprendamos tambien de mi semblante el aire de satisfaccion y de alegría, y pongámosle en armonía con mi traje.

¿Qué os parece?

¿Estoy bien así, con los ojos bajos, la frente mustia, la boca fruncida y el cabello algo descuidado? Si pudiera humedecer mis ojos, llorar..... esto seria de gran efecto.

«Muchos años, etc.

»No podemos consolarnos; ya ve V., el golpe ha sido tan ines-

perado, la pérdida tan grande, un sugeto tan bueno, etc., etc.

»Amigos mios, resignacion. Dios, etc., etc., etc.

»Si pudiéramos volverle á la vida, y un millon de etc., etc.»

Pues bien, *farsa ridícula y degradante, pequeñez, miseria.*

No es *mas verdad* decir:

«Sea enhorabuena; por fin sois ricos, y os podreis divertir con la herencia de aquel pobre diablo tan avaro y tan egoista.»

Y ellos responder:

«Gracias, querido; ya era tiempo de salir de la miseria. Por lo demás, siempre los mismos.»

¡Corazon de fiera, cinismo, impiedad! No; *verdad* y únicamente *verdad.*

Sigamos.

Murió mi mujer. ¿Qué tal? Ya soy viudo. Recibo una esquelita de convite para la comida de boda de un íntimo amigo mio. No es posible faltar, y aunque me han notificado la pérdida de un pleito, la silba de una pieza dramática y me duelen las muelas, no hay remedio, he de asistir á la boda. Me afeito y me corto, pero no importa, me acicalo, guante blanco y hácia la mansion donde himeneo..... por el camino arreglo mi reloj con el de la ciudad, y mi semblante con el asunto á que me dirijo.

«Amigo mio, te doy la enhorabuena; tu esposa me parece un ángel, y deseo que seais tan felices como yo lo he sido.»

Gran mesa; cómo poco aunque rabio de hambre. Improviso y digo lindezas del matrimonio, de la novia y del jamon con vino. Todos admiran mi alegría, y hasta hay mamá que me llama *calavera.*

Y entendedlo.

Si me dejara llevar del espíritu que me agita, romperia platos, vasos, espejos, colgaduras; llamaria estúpidos á los hombres y necias á las mujeres. Diria al novio: «Imbécil, te crees feliz porque has renunciado á tu libertad y á tu porvenir, para entrar en el infierno de que yo me he libertado;» y á ella: «Os sonreis para enseñar los dientes; gozais por estar en evidencia como las muñecas en los escaparates; estais soñando con el lujo y los bailes; arrancaos esas blondas; la virtud no necesita adornos.»

Pero ¡Dios Santo! ¿y entonces?

Entonces gritarian: *¡desmoralizacion, grosería, maldad!*

No, no; *dolor, esperiencia, cansancio, verdad.*

Dadme una copa, y dejad que mis lágrimas de hiel se mezclen con el licor: yo quiero beberlas; si cayeran sobre la tierra la emponzoñarian.

Por otro lado, el vino aguado dicen que ayuda á hacer una buena digestion. No me acuerdo en qué librote lo he leido, pero mal-

dito lo que me importa. Lo que verdaderamente me preocupa es vuestro silencio.

¿No hay aplauso? ¿Fruncís las cejas?

Ah, ya comprendo. Os cansa mi artículo, y teneis razon, porque yo tambien me aburro de escribirle.

Ea pues, buenas noches.

F. Dantila y C.

FLORES Y SUEÑOS.

Precioso ramo de galanas flores
Cogidas al nacer de la mañana
En búcaro de rica porcelana,
Ostentando hermosura nos da olores.
Los sueños de fantásticos primores
Son de la mente en nuestra edad temprana
Mágico talisman con que engalana
El porvenir de dichas y de amores.
Ruedan los dias: vase marchitando
Una tras otra flor, y el ramo queda
Sin perfumes ni pétalos risueños.....
¡Ay! ¿Quién habrá que hácia su ayer mirando
No tenga un corazon que decir pueda:
«¡Lo que á esas flores sucedió á mis sueños!»

Eduardo Atard.

PERO.....

I.

Elisa es una jóven vivaracha, de grandes ojos negros y de cabello castaño oscuro; su boca sonrie frecuentemente y sus labios se humedecen de contínuo. En sus megillas frescas y rosadas como las flores al nacer el dia, se dibuja un bien cortado lunar, y en el centro de su redonda barba un graciosímo hoyuelo. Es diminuta y delgada, pero flexible, ágil y elegante.

Pertenece á una familia distinguida, vive en el centro de la sociedad y ansiosa de gozar, busca el bullicio de las reuniones, entregándose á esa vida casi pública de nuestros dias. Aborrece la privada. Se fastidia en la soledad.

Ernesto es un jóven rubio, muy rubio, de ojos azules, pero de un azul diáfano; de grandes bigotes, de boca fruncida y de cabellos cortados á cercén.

Es teniente de infantería, es uno de esos hombres que gastan, he dicho mal, que derraman el dinero, porque se hacen la ilusion de que los placeres están en razon directa de lo que cuestan, uno de esos hombres impresionables que necesitan vivir en medio del ruido y del tumulto.

Conoció á Elisa y se enamoró de ella.

En cambio Elisa se enamoró de él y..... no se lo figuraba.

No se lo figuraba porque sus relaciones empezaron jugando y creia no interesar su corazon como hasta entonces le sucediera.

Pero se equivocó. Ni mas ni menos que Ernesto.

Los dos empezaron á quererse jugando, y jugando tambien concluyeron por quererse de veras.

Que el amor es una partida de ajedrez en la que, sin cruzarse dinero, interesamos tanto nuestro amor propio, que nos avergüenza perder, y con todas nuestras fuerzas procuramos ganar.

La partida de amor de Ernesto y de Elisa habia quedado *tablas*.

Ni uno ni otro habian ganado, pero tampoco habian perdido.

II.

Los dias volaban con rapidez para nuestros dos amantes. Juntos iban al teatro, juntos paseaban, juntos asistian á las reuniones; en una palabra, habian llegado á no poder vivir el uno sin el otro; cuando el destino, bajo la forma de un real despacho, se encargó de separar á nuestros dos héroes, que tan unidos vivian y que tanto se idolatraban.

El regimiento de Ernesto fue destinado á dar la guarnicion á Oviedo, y Ernesto tuvo que salir con él, abandonar á Madrid y ausentarse de Elisa, que era lo que mas sintió, pues la consideraba como á su segunda ordenanza.

Una y otra fueron las únicas cadenas que le sujetaron durante toda su vida.

No vivia mas que para la ordenanza y para el amor; y al separarle de este aborreció á aquella quizá por la primera vez.

Pero era militar. Debia indispensablemente obedecer.

Separáronse, pues, los dos amantes afligidísimos en estremo, prometiéndose escribirse todos los correos, jurándose amarse eternamente, etc., etc., etc.

III.

Elisa y Ernesto cumplian su palabra. Se escribian todos los correos.

Al principio abandonaron completamente la sociedad, viviendo en el retiro; pero poco á poco fueron aburriéndose de la soledad y frecuentando los paseos, los teatros y las tertulias, concluyendo por pasar separados la misma vida que antes pasaran juntos.

Pasó un año y otro, y tres y cuatro.

Y Elisa y Ernesto continuaban queriéndose por escrito.

Parecíanse á esos pertinaces ingleses celebérrimos partidarios de ajedrez, que juegan por cartas aunque estén distantes trescientas leguas el uno del otro.

Porque, como he dicho antes, el juego del amor tiene mucha analogía con el del ajedrez.

IV.

Ernesto conocia en Oviedo á una viuda, americana, hermosísima y millonaria. Y no solo la conocia, sino que la trataba, y tratándola adivinó muy pronto que estaba apasionada de él.

Él la temia, porque conocia á fondo su carácter.

No le faltaba razon. Nieves, que así se llamaba la americana, para conseguir el amor de Ernesto le tendia los siguientes anzuelos:

Dos millones.

Un amor impetuoso.

Y una belleza enérgica.

Pero hagamos justicia á nuestro héroe: un dia estuvo á punto de declararse en uno de los momentos en los que la americana le fascinaba, y cortó bruscamente la conversacion acordándose de Elisa.

Marchó á casa y escribió largamente á su amada.

—¡Seria una perfidia! se dijo: ¡engañar á un ángel!

Cuando concluyó la carta salió á echarla al correo.

En vez de llegar al buzon, tan fatigado estaba, que se quedó en una casa en la mitad del camino.

En casa Nieves la americana.

V.

Elisa conocia en Madrid á un jóven hermoso, *fashionable* y Marqués. Este Marqués *fashionable*, hermoso y jóven estaba enamorado de Elisa, y era una terrible tentacion para ella; porque era Marqués, porque era el príncipe del buen tono, porque era muy agraciado, y sobre todo porque sobre ella pesaba ya una ausencia de cuatro años, y la ausencia es un pero que corta bastantes veces la cláusula del amor.

Un dia que el Marqués, despues de declararse, le dijo que le contestase, estuvo Elisa á punto de decirle que sí..... pero le dijo que no. Le vino á la memoria Ernesto.

—¡Seria una perfidia! se dijo: engañar á un hombre tan constante!

Al dia siguiente, cuando vió al Marqués, le regaló un ramito de heliotropio.

VI.

Pasó otro año; y Elisa y Ernesto continuaban separados y escribiéndose.

Una ausencia tan larga iba lentamente estinguiendo la llama de su amor.

Ernesto ascendió á capitan, y con tan plausible motivo convidó á sus amigos á apurar unas cuantas botellas.

Larga fue la broma, larga la bebida, y separáronse unos de otros llenos de esa alegría insólita que produce el licor.

La americana tenia reunion en su casa, y á casa de la americana fue Ernesto.

Cuando se despidió de Nieves estaba ya comprometido con ella.

Al respirar al aire libre se arrepintió y se dijo:

—¡Si yo no hubiera bebido!.... Pero ¿qué remedio?.... Veremos si Elisa me da pie para reñir. ¡Seria una infamia abandonarla sin razon!

Cuando entro en su gabinete la escribió una carta de ocho páginas. Porque aun tenia amor á Elisa; á Nieves le tenia ambicion.

VII.

Elisa asistió á un concurrido baile de máscaras.

El Marqués tambien asistió.

Ella estuvo bailando toda la noche, porque rendia perenne culto á esa pasion de los pies que se llama baile.

El Marqués estaba contentísimo de verla walsar y polkar frenética con unos y con otros, porque conocia perfectamente los efectos del baile á altas horas de la noche y entre el revuelto torbellino de cien parejas que danzan en una atmósfera de perfume de flores y de luz.

Cuando la del alba hizo á los concurrentes abandonar el salon, Elisa tenia ya relaciones con el Marqués.

Cuando Elisa llegó á casa se arrepintió y se dijo:

—¡Si yo no hubiera bailado!.... Pero ¿qué remedio?.... Veremos si Ernesto me da pie para tronar. ¡Seria una infamia dejarle sin razon!

Y se puso á escribirle largamente.

Porque aun tenia amor á Ernesto; al Marqués le tenia vanidad.

VIII.

El regimiento de Ernesto fue destinado á Madrid por segunda vez.

Al pisar las calles de la coronada villa nuestro capitan, se encontró con Félix, amigo suyo y frecuente tertuliano de casa de Elisa.

Era este uno de esos hombres que se perecen por dar noticias, sobre todo cuando son infaustas; así es que al ver á Ernesto no pudo contenerse, y esclamó:

—Chico, siento decírtelo; pero Elisa tiene relaciones con el Marqués de***

—¡De veras! Me alegro con toda mi alma, porque yo tambien las tengo con una americana millonaria.

Félix se despidió instantáneamente de Ernesto. Estaba ya rabiando por participar esta nueva á Elisa.

Cinco minutos no habian trascurrido, y ella estaba ya enterada del nuevo amor de Ernesto.

—Me alegro con toda mi alma, le contestó á Félix, porque yo tambien tengo relaciones con el Marqués.

IX.

Ernesto salió de su casa á visitar á Elisa, con ánimo de romper.

Se vistió con cuidadosa elegancia.

Elisa le aguardaba impaciente con el mismo ánimo.

Se puso el vestido que mas le gustó, despues de haberlo estado eligiendo.

Se vieron, se dieron la mano, y espontáneamente esclamaron:

—¡Elisa!

—¡Ernesto!

—¡Qué hermosísima te encuentro!

—¡Qué bien te sientan las dos charreteras!

Y se contuvieron.

Se acordaban de la americana y del Marqués, pero con cierto disgusto.

No cesaban de mirarse ni de bajar la vista.

Conocieron el uno y el otro, pero con estraña sorpresa, que se querian como antes de separarse..... pero callaban.

El recuerdo de su mútua defeccion les tenia como embarazados.

—Elisa, dijo Ernesto con tono lúgubre, me han dicho que galanteas á un Marqués.....

—Y á mí que galanteas á una americana.....

—Sí; pero.....

—Pero ¿qué?....

—Pero..... si..... tú..... no estuvieras..... comprometida..... yo.....

—Sí..... pero si tú no lo estuvieras..... yo.....

—¿Qué?....

—Nada, porque habiendo perdido tu cariño.....

—No, eso no; hasta ahora que te vuelvo á ver no habia sabido apreciar la fortaleza de la pasion que por tí siento..... pero.....

—A mí me sucede lo mismo..... pero.....

—¡Sí!.... Pues vayan al diablo todos los peros. Renuncio á la americana, y solo á tí me consagro. La queria por ambicion; pero á tí te quiero por amor.

—¡Sí!.... Pues peros á un lado. Yo tambien desahucio al Marqués, á quien queria por vanidad, y á tí me consagro, que te quiero por amor.

—Veo con placer que el amor es mas poderoso que la ambicion.

—Y mas que la vanidad.

Jacinto Labaila.

ORIENTAL.

Guarda, Granada, tus flores,
tus auras y tus jardines,
tus trovas y tus festines,
y tu hermosura oriental.
Guarda tu florida alfombra
donde indolente dormitas,
y tus doradas mezquitas
de arquitectura ojival.

—

Guarda tus perlas de Oriente,
tus fuentes de blanca espuma,
tus blandos lechos de pluma
de aves de colores mil.
Guarda tus plácidas noches,
tu luna y tu firmamento,
y los perfumes que el viento
roba al Darro y al Genil.

Guarda las hadas y genios
de tus árabes leyendas,
los votos y las ofrendas
de tu vaga religion;
los sueños y los delirios
de tu grandeza y tu gloria,
y el misterio de tu historia,
tu esperanza y tu ilusion.

—

Guarda tus ricos palacios,
do suspiran tus sultanas,
guarda tus huris livianas
de peregrina beldad;
que yo en tanto que tú gozas
sin quebrantar mis cadenas,
lloro en silencio mis penas,
mi patria y mi libertad.

Tomás Solanich.

APUNTES

PARA FORMAR UN DICCIONARIO DE VIRTUDES Y VICIOS SOCIALES.

—

INTRODUCCION.

Para vivir en sociedad y ser apreciado en ella es necesario poseer un sinnúmero de cualidades y circunstancias, sin las cuales se hace difícil el logro de la estimacion y la benevolencia de los demás. Esta es una verdad innegable, así como lo es el que deben evitarse ciertos defectos que desagradan y nos alejan del aprecio general. Sé muy bien que esa reunion de circunstancias nace de tres fuentes distintas: del corazon, de la educacion y del talento. Del corazon arrancan las inclinaciones naturales de cada individuo, su propension al bien ó su tendencia al mal, sus virtudes ó sus vicios; de la educacion dependen las costumbres, que corrigen, suavizan ó cambian las inclinaciones naturales, y últimamente, el talento perfecciona el porte social, acomodándose á las circunstancias, y supliendo lo que falta por parte del corazon y de la educacion recibida.

Ahora bien; de estos tres agentes, el que mas poderosamente contribuye á dirigir nuestra conducta social es el segundo: la educacion. Verdad es que no siempre se consiguen con ella resultados completamente felices si se lucha con el obstáculo de una índole perversa en las inclinaciones naturales, ó con la rémora de una inteligencia exígua; mas es innegable que la educacion es la base de nuestras acciones, y la que guia todas nuestras obras.

Este libro no es un tratado de educacion; esa seria una empresa superior á las fuerzas de quien lo escribe, que no posee la edad, ni la esperiencia, ni el estudio, ni el conocimiento del corazon humano que aquella exigiria.

No es mas que un catálogo razonado de las circunstancias que hacen recomendable á una persona, y las que deben con todo cuidado evitarse: las primeras pueden llamarse virtudes, y vicios las segundas, dando á estas espresiones una significacion lata. Dos, pues, serán sus partes.

I.

VIRTUDES SOCIALES.

A.

Abnegacion. El gusto de las personas á quienes tratamos y con quienes vivimos exige muchas veces el sacrificio de los nuestros. Sin la abnegacion, sin esta renuncia de nuestras inclinaciones, de nuestros deseos y de nuestros placeres en obsequio de los de nuestros amigos, dejaria muchas veces de existir esa grata armonía que debe reinar en sociedad. Este sacrificio proporciona á los buenos corazones la dulce satisfaccion de contribuir á la dicha agena, que debemos siempre anteponer á la propia. ¿Qué encanto ha de tener la gloria que se adquiere á costa de la ruina de otros? Y por el contrario, ¡qué íntima complacencia resulta de contribuir con un sacrificio de nuestra parte á la gloria de los demás! Hé aquí la abnegacion, antípoda del egoismo, admirable cuanto rara prenda social, que se eleva á la categoría de las virtudes si se procura que no se aperciban de ella las personas en cuyo obsequio se ejercita.

Afabilidad. No basta ser benéfico; es preciso acompañar los beneficios con la afabilidad. Nada hay mas odioso que esos caractéres que no sabiendo dar á sus espresiones, aun á las que les dicta el cariño, la dulzura y el encanto que les presta un carácter afable, pretenden alcanzar la benevolencia de los demás sin trabajo alguno de su parte. Si la naturaleza, al concedernos cierto número de cualidades, no nos ha deparado la afabilidad, estamos en el deber

de adquirirla por nosotros mismos. Especialmente con los inferiores debe usarse de la afabilidad, la cual no escluye la dignidad conveniente, como no son incompatibles el cariño y el respeto que de este modo se logran. El hombre debe aspirar siempre al aprecio de sus semejantes. La afabilidad revela un corazon bondadoso. Hé aquí el secreto de las simpatías que por ella se adquieren.

Agradecimiento. ¿Cuál puede ser el móvil de los beneficios que concedemos desinteresadamente? Sin duda alguna lo es la esperanza de vernos recompensados por el agradecimiento de aquellos á quienes favorecemos. Sin la esperanza de lograr esa recompensa tan justa, difícil seria que se inclinase nuestro corazon á practicar el bien. Por desgracia los hombres olvidan con frecuencia el deber de ser agradecidos. Una série de amargos desengaños hizo esclamar en su vejez á un hombre célebre: «Tengo muchos enemigos porque he hecho mucho bien.» La ingratitud de parte de aquellos á quienes hemos favorecido nos causa un disgusto profundo, y nos llena de pesar: ¡es tan triste sufrir un desengaño! Un corazon agradecido no puede dejar de abrigar sentimientos nobles. El agradecimiento puede considerarse como una garantía de la honradez. El sábio Chateaubriand ha dicho en una de sus obras: «Una divinidad propicia está siempre al lado de los que no pierden la memoria de los beneficios.»

Agrado. Hasta la verdad es necesario hacerla agradable para que sea bien recibida. Nada es tan preciso en sociedad como poseer ese agrado que insensiblemente cautiva y atrae las simpatías. Se recibe sin repugnancia una reprension cuando se la dirige con agrado, y quizá el reconvenido saca de este modo mayor provecho de ella. El arte de agradar no se adquiere á poca costa, ni depende esclusivamente el poseerlo de nuestra voluntad, como que forman parte de él, no solo los modales afectuosos y el agrado en la conversacion, sino hasta la fisonomía y el aire de la persona. Las mujeres, por lo general, poseen con mayor perfeccion que los hombres este difícil arte.

Amabilidad. Esta palabra se diferencia tan poco de la afabilidad en su significacion como en el modo de escribirse. La amabilidad puede considerarse como una dote natural; así es que se tiene con la misma razon que se tiene una fisonomía simpática ú otro cualquiera atractivo físico. En este punto como en tantos otros es casi inútil luchar contra la naturaleza y las propias inclinaciones; algo, sin embargo, y aun mucho, puede conseguirse por medio de una educacion que tienda á darnos esta apreciable dote social.

Se observa entre las mujeres que la naturaleza, al adornar á unas con los encantos de la belleza, por via de compensacion, y

como queriendo reparar la injusticia aparente de sus fallos, concede la gracia de la amabilidad á aquellas á quienes ha negado la hermosura. Mientras aquellos nos arrebatan por su belleza, estas nos encantan y seducen por su trato afable y por su bondadosa amabilidad. Esto por regla general, pues la reunion de estas circunstancias y la de una perfecta hermosura en una misma mujer, no es tan rara que no puedan citarse de ella muchos ejemplos. El autor recuerda en este momento algunos.

(Continuará.)

CANTOS DE AMOR.

—

CANTO PRIMERO.

I.

El ruiseñor exhala su canto entre los mirtos. Su canto agrada; pero ¿qué dice? Compréndelo solo su dulce compañera, porque son sus trinos el himno de su amor.

II.

Yo quiero exhalar mis cantos vagos, inacordes, caprichosos. ¿Qué importa que el mundo no los entienda? Yo no canto para el mundo; como el ruiseñor, yo canto para mi dulce compañera.

III.

Alma de mi alma, luz de mi existencia, ¿comprenderás tú, al través de sus giros caprichosos, el canto del poeta, que no tiene otro sueño que el sueño de tu amor?

IV.

¡Dichosas las aves, que vuelan entre las ramas de los árboles, duermen entre las flores de los prados, y pueden subir hasta las nubes para decirse su amor lejos del suelo!....

V.

Las tórtolas son felices. Unen sus picos—veladas por la sombra de los romeros ó de las vides—unen sus picos, y meciendo galanamente las plumas de su cuello, sueltan el primer arrullo de su amor, suave como el gemido de las brisas.

Y no obstante, el canto de las tórtolas es triste: cantan su dicha, y su canto melancólico y dulce hace llorar al alma enamorada.

VI.

¡Qué tierna y dulce es la última luz del sol cuando va á esconder su faz entre los montes!

Rueda un instante, y el mundo queda oscuro, y la noche es sobre la tierra.

VII.

¡Qué tierna y dulce es tu faz, qué purísima y agradable tu mirada!

Hace poco yo estaba junto á tí, y tus ojos daban á mis ojos la luz del cielo.

Rodó un instante. La oscuridad es sobre mi alma, porque tú no estás ya á mi lado, luz de mi existencia.

VIII.

¿Cuándo volverá el sol? dicen los niños que le ven huir entre las crestas de los montes. ¿Cuándo estaré junto á ella? se pregunta mi corazon; porque tú eres su esperanza, su vida y su luz.

IX.

¡Alma de mi alma! ¡Luz de mi existencia! Yo invoco tu memoria. Te busco dentro de mí, y el recuerdo me enseña tu imágen.

Tus ojos son del cielo; tu mirada es de los ángeles.

X.

¿Me amas?

Tu imágen es muda; tu labio no responde. Una sonrisa y un sonido—que no es dado escribir—ocultan tu pensamiento.

Pero una dulce presion, una tierna mirada me responden.

XI.

¿Y si me engañan? . . . . . .

XII.

La duda es una fea nube que empaña el cielo mas puro, aunque envie el sol torrentes de luz desde el fondo de los mares.

¡Alma de mi alma, luz de mi existencia! No culpes mi duda: sabe que he sufrido; sabe que he sido desgraciado.

XIII.

Amar á los que son felices, á aquellos á quienes sonrie la fortuna, es amar á la felicidad y á la fortuna.

Amar á los tristes y á los que sufren es convertirse en su alegría y su felicidad; es volver la vista al ciego, la voz al mudo; es unir al amor la caridad, y la caridad es la virtud de las virtudes, la virtud de Dios.

XIV.

Dame tu amor. Serás mi felicidad y mi alegría; y el ciego tendrá vista, y el mudo tendrá voz.

Vista para ver en el fondo de tu alma, y contemplar tu imágen, y el sol, y las flores, y las bellezas de la tierra.

Voz para cantar tu amor.

XV.

Y cantaré como el ruiseñor entre los mirtos.

Mi dulce compañera sabrá solo lo que dice mi inacorde voz.

XVI.

Los que sacan las arenas del fondo de los rios para buscar el oro, distinguen el grano precioso entre muchos húmedos é inútiles.

Distingue tú el grano precioso entre estos cantos, sacados para tí del fondo de mi alma.

¡Yo te amo!

Ese es el sentimiento que inspira mis cantares.....

¡Yo te amo!

Esa es la palabra que en todos se repite, como sucede en los trinos variados del amante ruiseñor.....

¡Yo te amo!

Ese es el himno que eleva el corazon.

Eduardo Atard.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 8 de Enero.

Casi estaba tentada, mi querida Herminia, de faltar á la promesa que te hice en mi última, por el temor de causarte una molestia escesiva con la lectura de mis cartas, que necesariamente ha de interrumpir, siquiera por un momento, vuestros amorosos diá-

logos; pero me ha decidido á cumplir mi oferta la consideracion de que á las mujeres nos está encomendada por ahora la custodia de la exactitud en el cumplimiento de las promesas, cualidad que ha dejado hace bastante tiempo de ser el patrimonio de los hombres. Ya que les hemos robado muchas prendas de su traje, apoderémonos de cuanto les pertenezca.

Seré, no obstante, tambien hoy lacónica; no por falta de tiempo, sino de materia. El amor es asunto que presta mucho; pero hoy no quiero hablarte de los mios.

Las representaciones del Principal continúan tan insulsas como antes, y eso que la Albini canta con mucho gusto, y la Mendez baila con gracia; la concurrencia es cada dia mayor, mas animada y mas brillante; verdaderamente es fabulosa la aficion al teatro que se ha despertado en nuestra sociedad. La compañía de declamacion nos regala tambien repeticiones como la de zarzuela; esta última no ha presentado mas novedad que la de *Los Dos ciegos*, juguete lírico traducido por Olona, y cuya música, esceptuando el *Tango*, carece completamente de gracia. Los cosacos continúan llenando de terror á los habitantes de la aldea de *Catalina*, y de un humo infernal el local del teatro. ¡Qué gente tan feroz! El *vestido nuevo* de Miguel es ya verdaderamente tal, gracias al escesivo uso que se ha hecho del su antecesor.

No puedo hablarte del concierto de la señora de T., porque no me fue posible asistir á él. Segun me han dicho, aunque poco concurrido, estuvo animado y brillante.

El Casino abrirá sus salones en la noche del 14. Pienso llevar el traje de que te hablé el otro dia; tafetan blanco con cuerpo color de rosa formando punta por delante; sobre el pecho colocaré un ramo de rosas con hojas verdes, en forma de abanico. Este adorno me parece del mayor gusto. Tengo la esperanza de que las reuniones de este año serán tan brillantes como las del anterior. Para mí habrá en ellas un gran vacío. Faltarás tú, mi mejor amiga.

Nunca podrá olvidarte la que lo es tuya de corazon

Adela.

IMPRENTA DE EL VALENCIANO, ANTES DE D. BENITO MONFORT,

calle de Caballeros, núm. 28.

LA CARIDAD.

—

Como el sol, en el órden físico, refleja su luz sobre los mares y los lagos, Dios, en el órden moral, refleja su espíritu en la humanidad por medio de las virtudes.

La caridad es la virtud de las virtudes; es por escelencia la virtud de Dios.

Divina en su orígen y en su objeto, donde quiera que está hace recordar á la divinidad.

Modesta en su aspecto, es bendecida por los pequeños y respetada de los grandes.

Sufrida con los que ofenden,

Tolerante con los que yerran,

Cariñosa con los que sufren,

La caridad es blanda como la cera, fuerte y resistente como el hierro, flexible como el acero bien templado.

La caridad ha llevado religiosos al seno de mortíferas minas de la América para cuidar de aquellos séres miserables que viven, enferman y mueren en el seno de la tierra para buscarnos el oro. Y los ha llevado á las cumbres del San Bernardo para salvar á los que perecerian entre sus nieves.

La caridad ha levantado, al par de los palacios de los ricos, los hospitales de los pobres.

Hermanas de la caridad, admirables mujeres, aceptan por ella, en el mas alto grado de abnegacion y de heroismo, la mision de amor que Dios encomendó á su sexo.

Los desvalidos la encuentran junto á sus lechos.

No les preguntan quién son, de dónde vienen, ni á dónde van.

¿Sufrís?

Aquí están vuestras hermanas.

Ni las enfermedades mas horribles las espantan, ni las vigilias mas continuadas las intimidan, ni el estruendo ni los horrores de la guerra las asustan.

Son hermanas de la caridad, la caridad está con ellas, y la caridad es el espíritu de Dios.

La caridad asocia á los felices y á los ricos en beneficio de los que padecen y de los pobres;

Adopta á los hijos abandonados por sus padres, y á los huérfanos;

Cuida de los párvulos y los educa;

Instruye á los adultos;

Vigila por las vírgenes.

Jamás será perdido el beneficio de la caridad: el que le hace, cuando no otro, halla en la satisfaccion de su alma el premio de su accion.

La gota del rocío que refresca la flor se embalsama con su aroma.

Bellas sois las mujeres.

Encantadoras, cuando al compás de la música armoniosa bailais en los salones;

Cuando alzais el canto deleitoso;

Cuando paseais en nuestros jardines, émulas de las flores;

Cuando tímidamente ofreceis amor al elegido del corazon;

Cuando, esposas y madres, velais con afan por el bienestar de la familia;

Cuando, hermanas, os desvivís por vuestro hermano con cariñoso anhelo.

Pero cuando os presentais en los templos á implorar caridad para los desvalidos; cuando llegais á las casas de los pobres y á los lechos de los enfermos, y derramais vuestros beneficios y vuestros consuelos, ¡oh, entonces no sois ya hermosas, ni mujeres; sois ángeles! Ángeles, porque os diviniza la caridad, como lo diviniza todo; porque la caridad es el lazo que une el mundo con el cielo, es la virtud de las virtudes, es el espíritu de Dios.

Eduardo Atard.

PLUMA Y PLOMO.

Rauda cruzando la azul esfera
rápida bala silbando va;
émula altiva de su carrera
eleva un águila su vuelo al par.
Suben y suben..... vence la bala;
el ave-reina detrás quedó.
¿Cuál es el vuelo que en fuerza iguala
al que la pólvora la suya dió?

Mas ¡ ay ! el plomo, de aliento falto,
si raudo sube, veloz caerá.....
ya al suelo baja desde lo alto,
ya su soberbia vencida está.
Y mientra el ave los horizontes
rápida cruza, y atrás dejó
valles y prados, rios y montes,
y con las nubes se confundió,
Entre los juncos en que yacia
al plomo inerte se oyó decir:
«Nadie en el mundo cual yo debia
sin fuerza propia querer subir.»

J. Iranzo.

Á ESCAPE!....

Abrí la portezuela y entré en la berlina.

Ya sabeis que por lo regular en la berlina de una diligencia solo caben tres individuos, y en la mia se hallaban ya dos esperándome.

Un cesante que escupia con frecuencia, y que por ello habia tomado posesion de la otra ventanilla, y una vivaracha morena, su hija, colocada en el centro.

La compañía me pareció deliciosa, y aunque el espacio de *Valencia* á *Liria* es corto, me propuse utilizarle.

«Buenas tardes.»

«Buenas tardes.»

El mayoral cruge la tralla, lanza un *arrea*, y marchamos. Pasan casas, murallas, puente, campos, y miradas de la morena. Me aventuro á hablarla, responde. Ya se sabe, generalidades; luego indirectas, preguntas, preámbulos, y por fin:

«Oh, señorita, tal vez le parezca á V. estraño; pero sus bellísimos ojos han encendido.....»

«Qué hora es?» interrumpe el cesante procurando descifrarla en el reloj de *Burjasot*.

Respuesta, pregunta, conversacion, vaches, polvo, gritos.

«¡ Qué bellísimo paisaje ! » y pasa una hora.

«Decia V., caballero.»

«Sí señora, sí, decia que sus atractivos y esos bellísimos ojos han encendido.....»

Para el coche. Llegamos al *Plá del Pou*. Desciende el cesante, desciendo yo para ofrecerla mi mano, en la que ella se apoya con la misma franqueza que si fuera la de su marido.

Agua con azúcar y aguardiente. Mudanza de tiro y al coche.

Tres cuartos de hora, durante los cuales el papá cuenta con todos sus detalles el fusilamiento de los nacionales de *Liria*. Otro cuarto que tarda en dormirse, y por fin:

«Siga V.: me decia, si mal no recuerdo.....»

«Con efecto, decia á V., mi linda compañera de viaje, que sus gracias han encendido.....»

Cric.....

El carruaje se detiene bruscamente. Se ha roto un eje. Maldiciones al camino, gritos al tiro, y proyectos. Bajamos como podemos, y los conductores se llegan á *Benisanó*, traen cuerdas, galgas, echan una empalmadura, y á volar.

Media hora entre lamentaciones, y entramos en *Liria*. El papá se embelesa contemplando su patria.

Yo vuelvo á la carga.

«¿No podré decir á V. los sentimientos que me ha inspirado V. Si V. que ha encendido.....»

Hóóóóó.

El vehículo queda inmóvil. Vamos á bajar. La esperiencia me ha enseñado; seré breve: me aproximo á su oido:

«Ha encendido V. mi corazon.»

«Y V. ha apagado el mio con su flema.»

Marchó, y no nos hemos vuelto á ver.

Si este modo de enamorar es lento en las diligencias, ¿cómo nos compondremos al viajar por ferro-carril?

F. Danvila y C.

DEVOCIONARIO

ESCRITO EN VERSO Y EN VARIEDAD DE METROS

POR D. MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE,

con algunas composiciones de otros autores.

—

¿Conoceis esa obra?

Está dedicada por el autor á su esposa para la instruccion moral de sus hijos.

Su objeto no puede ser mas útil, ni su tendencia mas loable, ni su dedicatoria hecha con mas delicadeza.

Es la perla de los devocionarios.

Porque encierra un asunto altamente interesante para el cristiano, entonado en el arpa de David con la voz del ruiseñor.

Porque á la verdad de su devota doctrina une la sencillez y claridad de un lenguaje castizo, adornado con las galas de una versificacion, elevada alguna vez, armoniosa otras, fácil siempre. Porque su poesía tiene el perfume del incienso que se quema en los altares.

Porque está al alcance de todas las inteligencias.

Por ese fin el autor no ha pulsado la alta lira de Leon y de Herrera.

No por eso ha caido en el verso grotesco y ramplon de muchos de nuestros libros devotos.

Está escrito en esa difícil media tinta que separa el claro del sublime del oscuro del prosaismo.

Oid una ligera muestra:

La campana estremecida
muerte anuncia en triste son:
¡oh, qué fugaz es la vida!
¡qué engañosa y que mentida
la mundanal ilusion!

—

Por ese infeliz, que yerto
deja del mundo el desierto,
tú, ¡oh Dios! mi oracion recibe;
dale tu gracia, si aun vive!
dale tu gloria, si ha muerto!

Uncion religiosa, filosofía, facilidad, sencillez de pensamiento y de rima encuéntrase en esa composicion, como en casi todas las del *Devocionario*.

Algunas veces, aunque pocas, el autor remonta su vuelo hasta las regiones del lirismo, y dice:

Manda, Señor, y ordena
sin límite ni modo;
Tú sabes, Santo Dios, que estoy dispuesto
á obedecerte en todo.
Átomo imperceptible
entre los séres que creó tu mano,
¿cómo yo resistirte pretendiera

cuando tus santas órdenes acata
la creacion entera?
Habla, pues, y dispon: una voz tuya,
una simple señal, una mirada,
menos que eso, oh mi Dios, es suficiente
para que el alma humilde y reverente
tu santa voluntad tome por guia;
que tú eres mi señor, y yo tu esclavo,
y el mando es tuyo, la obediencia mia.

A semejante altura asciende el poeta.

Si fuéramos á caza de defectos, tarea que nos repugna, encontraríamos la rima algunas veces pobre por el contínuo uso de consonantes vulgares; el lenguaje amanerado y los giros monótonos por el tan repetido uso de la antítesis y de alguna que otra figura; ligerísimos defectos que no llegan nunca á empañar el brillo de las bellezas que en el *Devocionario* resplandecen.

Abarca infinidad de materias.

Empieza por el *Ejercicio cotidiano:* continúa con los *Soliloquios de Lope de Vega*, refundidos por el autor: síguenles á estos el *Ejercicio para la misa*, el *Ejercicio de la confesion y comunion*, el *Santo rosario* y el *Via-crucis*, concluyendo con un *Apéndice* comprensivo de los *Salmos penitenciales*, de algunos *Himnos de la Iglesia*, de los *Dolores de la Virgen* y de los *Dolores y Gozos de San José*.

Si leeis sus páginas con los ojos de la religion, leedlas todas, porque todas son igualmente interesantes.

Si buscais en ellas gusto literario, fijaos en las composiciones «Al oir un reló.»—«Despues de la comida y cena.» — «A Jesucristo en la Cruz.»—«A San Juan Bautista.»—«A San Pedro.» —«A todos los Santos.»—«Al Pax Domini.»—«A la Comunion.» — «A la Bendicion.» etc.

Si sois cristianas, si os dedicais á esa parte práctica de nuestra religion, á esos ejercicios devotos indispensables para el culto, adquirid este libro.

Porque es la perla de los devocionarios.

Jacinto Labaila.

¡DELIRIOS!

—

(FRAGMENTO.)

XII.

....Apenas conservo una débil y confusa idea de aquellas horas que se deslizaban en silencio, precursoras de otras llenas de una felicidad desconocida. La mas pura inocencia brillaba en nuestra frente. ¿Qué eran, pues, aquellas lágrimas? Quizá fuesen efecto del disgusto que sentimos cuando nos privan de nuestros placeres, separándonos de los compañeros de nuestra infancia. ¡Quién sabe! Esta es la época de la vida que menos se presta á las consecuencias; es como un objeto que principiamos á descubrir desde lejos, pero que no podemos detallar por la vaguedad y confusion de sus contornos. Yo, sin embargo, quiero creer que aquellas lágrimas eran el resultado de una inocente y misteriosa simpatía; eran el preludio de otras aspiraciones, dormidas entonces en el fondo del corazon. ¿Y por qué no creerlo así? Si Dios no abandona las almas al acaso, ¿por qué las nuestras no habian de comprender que habian sido creadas para unirse eternamente? Llorábamos, bien mio, cuando nos separaban solo por algunas horas, y no obstante, la suerte nos preparaba una separacion poco menos que eterna. Yo he soñado aquellas horas y aquellos juegos de nuestra infancia; he escuchado en el silencio de la noche tu voz pura y sonora; he visto vagar en tus labios la sonrisa de otros tiempos. ¡Oh! ¡Qué feliz he sido en esos momentos! Hubo un tiempo en que solo te llamaba hermana mia: despues, al adivinar mi corazon la existencia de otro sentimiento, el rubor ha sonrosado mis megillas, y mis labios no han sabido articular una sola palabra. ¿Y para qué? ¿No es el silencio el lenguaje del amor? ¿Qué puede añadir la lengua cuando los ojos lo dicen todo? ¡La lengua! Es el mas torpe ausiliar de nuestro espíritu; siempre llega tarde.

XIII.

¡Qué hermosa eres, paloma mia! Tu frente tersa y pura está tranquila como la inocencia. La noche ha prestado su color á tu blonda cabellera: negros son como el ébano los rizos que acarician tu garganta. Tu mirada es lánguida como el primer suspiro del alma vírgen: tus ojos, ángel mio, vierten toda la ternura de tu corazon. ¡Qué hermosa eres, amada mia! Pálidas están tus delicadas megillas, porque tu alma está enferma; mas no es el color lo

que mas encanta en las flores. Tus labios son un cáliz de ternura: temblorosos con la emocion desconocida que sientes, revelan la misteriosa poesía de un deseo puro y santo. Tú eres la imágen de mis delirios; tú la vision de mis ensueños; tú mi sola y mi querida esperanza. ¡Oh! ¡Bendita seas, idolatrada mia! Tuyos son mi existencia, mi cariño, mi pensamiento. ¡Qué hermosa eres! Y sin embargo, tu hermosura no es mas que una pobre imágen de la hermosura de tu corazon. Tu alma inocente llora de ternura como las flores lloran de placer al estender la aurora sus purpúreas alas. Tu espíritu es puro como las caricias de una madre. En el silencio de tu retiro, santuario de la virtud y de la inocencia, has sentido en lo mas recóndito de tu seno una ligera y misteriosa inquietud: el mundo ha aparecido nuevo á tus ojos. Ha volado tu pensamiento por regiones desconocidas; pero tu corazon ha tenido miedo de descorrer el velo que encubre tu esperanza. La paloma del desierto ha abandonado el nido por la vez primera, y vuelve tímida al árbol donde nació· ha visto la inmensidad del espacio. ¿Por qué ahora tu mirada vaga incierta? ¿Por qué sorprendo una lágrima en tu pálida megilla? ¡Oh! Por fortuna las lágrimas no siempre son hijas del dolor: la ventura tambien llora. ¡Que hermosa eres! ¿Y eres feliz? ¡Oh! Dios puede hacer del mundo un paraiso para los ángeles que habitan en el suelo.

Tomás Sólanich.

LA VIOLETA.

De linda mariposa
enamorada
tímida vïoleta
dicen que estaba.
Tenia amores
la loca mariposa
con muchas flores.

La pobre vïoleta
languidecia,
y de amor y de celos
se consumia.
¡Enamorada,
no hallaba otra tan bella
como su amada!

Envuelta en su perfume
soltó una queja,
y murió entre sus hojas
la vïoleta.
Y por el prado
la loca mariposa
siguió volando.....

Julia.

FASES DEL AMOR.

Una niña de quince años.—El amor es una cosa que da vergüenza y placer al mismo tiempo.

Una jóven de diez y ocho.—El amor es el tributo que los hombres están obligados á darnos, y que nosotras no debemos tener prisa de recibir.

Una mujer amante.—Amar es confundir dos vidas en una, ligándose la mujer al hombre por toda la existencia con la cadena de flores que se llama amor.

Una mujer coqueta.—El amor es el incienso que se nos debe á las mujeres, y que es muy agradable; sobre todo si se escapa de muchos incensarios.

Una mujer frívola y material.—El amor es una ocupacion mucho mas grata que la de coser, bordar y hacer media. Es una cosa que causa tanto regocijo como estrenar un vestido de terciopelo.

Una mujer espiritual, casada.—El amor, cuando nace, suele tener el estilo de Lamartine; cuando crece el de Alfonso Karr. El matrimonio tiene el lenguaje positivo-poético de Balzac.

Una mujer, casada muy jóven.—Tras de la poesía del amor viene la prosa del matrimonio (1).

Un pollo inocente.—El amor embaraza la lengua y da aliento á las miradas. Me es tan difícil hacer una declaracion, como el nadar á un hombre que tiene miedo.

Un pollo desengañado.—No creo en el amor.

Un pollo tenorio.—Mas fácil es conquistar una mujer que beberse una copa de coñac.

Un hombre amante.—Amar es rendir á los pies de una mujer nuestra libertad, nuestra posicion y nuestro porvenir, en cambio de su posicion, su porvenir y su libertad. Es ser dos en uno.

(1) Alejandro Dumas.

Un poeta.—El amor es una mujer y un hombre que se derriten en un ángel (1).

Un hombre frívolo.—Cada traje me dura una época; el amor me dura tanto como los trajes.

Un hombre escéptico.—El amor es la tontería de los que no son tontos.

Un hombre confiado.—Amar es vivir en un cielo sin nubes ni tempestades.

Un hombre celoso.—Amar es vivir intranquilos, felices y desgraciados, gozar y padecer. Quisiera amar toda mi vida y no conocer los celos; bien que el amor entonces seria muy insípido.

Un hombre espiritual, casado.—El amor tiene la poesía ideal de la ilusion; pero el matrimonio tiene la poesía real de la paternidad.

Un hombre casado por especulacion.—El primer eslabon de la cadena del casamiento es la ilusion; pero el último es el fastidio.

Un músico.—El amor es un magnífico duo, para cuya armonía celestial han de concurrir un hombre y una mujer.

Un danzante.—El amor es una pareja que baila la felicidad al compás de la simpatía y con la música de la correspondencia.

Un matemático.—El amor es una ecuacion cuyos miembros son el hombre y la mujer, y cuya incógnita es la felicidad.

Un escribano.—El matrimonio lo constituye una escritura por la que adquieren el hombre y la mujer recíprocamente el dominio el uno sobre el otro, y en la que la bendicion es el *doy fe* del cura.

Un militar.—El amor es una guerra que concluye con paz, ó una paz que concluye con guerra.

Un pintor.—Amar es mezclar dos colores, el *blanco* del amor ideal con el *rojo* del amor material: de la composicion de los dos resulta el color de *rosa* de la felicidad.

Un abogado.—El amor es un contrato bilateral en el que se presta la culpa leve por ser en utilidad de ambos contrayentes.

Un avaro.—No me gusta el amor; porque me parece caro.

Un noble engreido.—No sé cómo hay quien pueda amar á una mujer que no tenga pergaminos ó escudos.

Un poeta bucólico.—El amor verdadero no habita en las ciudades, y solo hace latir el corazon de las campesinas.

Un médico.—El amor es como la fiebre; nace y se estingue sin que la voluntad tome la menor parte (2).

Un astrónomo.—El amor es un eclipse para el que necesariamente han de concurrir dos astros.

(1) Victor Hugo.
(2) Stendhal.

Un juez.—El amor es un tribunal en el que el hombre demanda, la mujer contesta y la pasion decide.

Un farmacéutico.—El amor es una droga
de propiedades tan raras,
que, segun sea la dósis,
nos da la vida ó nos mata (1).

Un comerciante.—Quisiera establecer una sociedad de «seguros contra el amor;» pero veo que es imposible.

Un cómico.—El amor suele concluir como casi todas las comedias, por matrimonio.

Un físico.—El amor es una palanca de primer género: el punto de apoyo es el casamiento; en la potencia y en la resistencia están sentados ó el hombre ó la mujer: cuando el uno sube el otro baja, y vice-versa.

Un maestro de primeras letras.—El amor es un verbo irregular que cada uno conjuga de su modo.

El autor.—El amor es un placer ó un tormento; un cielo ó un infierno; muchas veces un limbo, y otras muchas ninguna de estas cosas: unos aman por vanidad, otros por matar el tiempo, muchos por capricho, pocos por especulacion, algunos por amor.

Jacinto Labaila.

VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

Amenidad.—La instruccion, el buen gusto y la variedad constituyen el encanto y los atractivos de la conversacion: su amenidad. Depende esta, sin embargo, en gran parte, del carácter, y difícilmente siendo este poco afable y bondadoso se puede adquirir la amenidad, prenda de mucha estima en las relaciones sociales. Nada hay mas placentero que el trato de esas personas que saben dar á sus discursos la gracia de la amenidad; que suavizan la conversacion con la amabilidad y la dulzura, y la sazonan con el talento y la instruccion. Hay sábios á quienes se escucha sin gusto, y gentes menos instruidas que nos encantan y seducen porque poseen el secreto de la amenidad.

Atencion.—Esta palabra tiene dos sentidos. Una persona que atiende, escucha, y escucha con interés, esta es la significacion propia de la atencion. En el sentido figurado, una persona atenta

(1) Breton de los Herreros.

es la que, guardando las consideraciones debidas á cada uno, cuida siempre de no faltar á ellas. La educacion nos enseña las atenciones que debemos tener y el respeto que estamos obligados á conceder á los demás. Se puede, sin faltar á la educacion, dejar de ser atento; pero no es fácil señalar el límite de esta division. Las atenciones complacen siempre, como que son deferencias que se dispensan y pruebas de las simpatías que se inspiran. Debe evitarse cuidadosamente el incurrir en el *vicio* de la oficiosidad queriéndose ser atento.

El buen juicio comprende si las atenciones que se nos dispensan nacen del afecto ó las dicta un interés particular. En este último caso, debemos apreciarlas tan solamente en lo que en sí valen. Es preciso que no nos dejemos alucinar por las atenciones de que somos objeto, porque no siempre se nos conceden desinteresadamente. El interés propio toma todas las formas, se oculta bajo todos los disfraces.

La persona atenta por inclinacion y por costumbre, lleva en sí misma una provechosa recomendacion.

Alegría.—De la juventud, la salud y la tranquilidad de espíritu nace la alegría. Pocos viejos, pocos enfermos, pocos desgraciados disfrutan de esas gratas espansiones de ánimo que son tan envidiables. No solo depende de esto la alegría, sino mas bien del carácter; y ¿se conoce algo mas grato y que ofrezca mas atractivos que el trato de las personas en quienes la alegría es un estado habitual?

Esta debe ser siempre moderada, porque la ruidosa está desterrada de la buena sociedad, y sobre todo debe procurarse que nunca llegue á ser intempestiva. El que suelta un chiste en un duelo hace el mismo papel que quien descubre su disgusto en una fiesta. La oportunidad antes que todo.

Á PROPÓSITO DE MIRIÑAQUES.

Sabida cosa es que los tales no son una invencion de nuestros tiempos. Durante el reinado de Felipe IV, las damas de la corte llevaron hasta el estremo el capricho de ahuecar sus faldas. Esta usanza y el nombre de *guarda-infantes* que entonces se dió á los miriñaques, fueron imitaciones de las damas de la corte francesa.

Acerca de su introduccion en esta última, véase lo que dice un historiador célebre, Cesar Cantú:

«En 1714 se presentaron dos señoras inglesas para ver cenar á Luis XIV en Versailles, y causó asombro y escitó la admiracion de los cortesanos el verlas con el peinado bajo. Entonces, el gran rey, oyendo las causas, las hizo aproximar, y encontrándolas bellas y bien formadas las elogió; añadiendo que si todas las señoras tuvieran juicio se peinarian del mismo modo. Esto bastó para que toda aquella noche trabajasen las damas en achicar sus pelucas, quitándoles dos de los tres picos ú órdenes que tenian y toda la armadura de hierro que las sostenia, compareciendo despues á la mesa con un pico solo. Con trabajo podian ellas contener la risa al verse las unas á las otras con aquel tocado que parecia estrañísimo por lo inusitado; pero el gran rey las elogió, y nada mas fue necesario para que todas las cabezas femeninas de Paris se humillasen del mismo modo.

»El ruido que escitó el peinado de las inglesas distrajo la atencion de otra novedad que se encontraba en su traje: consistia esta en unos enormes aros de barbas de ballena que sostenian estremadamente huecos los vestidos. Al presentarse aquellas en las Tullerías se reparó en esta circunstancia, y fue tanto el gentío que se reunió en su derredor que tuvo que acudir la guardia en su ausilio. Esta aventura dió mucho que hablar, y las damas comenzaron á llevar *guarda-infantes* en casa, diciendo que les parecian muy útiles en aquel estío tan rigoroso (era en 1716); y no atreviéndose á salir con ellos de dia, lo hacian por la tarde, evitando el entrar por las puertas ordinarias. De este modo comenzó el mundo elegante á irse acostumbrando á ellos, y á fuerza de encarecer su comodidad se generalizó su uso.»

El presidente de Mesnieres, de quien tomamos esta historieta, añade que en su tiempo (1733) las mas modestas llevaban tres varas de circunferencia y diez de tela de seda, que era lo que empleaban en una basquiña; llamaban *jansenistas* á otra clase de *guarda-infantes* que solo llegaban hasta la rodilla.

PENSAMIENTOS.

El poeta canta en floridos y numerosos versos la sensacion de un solo instante; el filósofo enseña en una máxima sencilla y lacónica el resultado de largas y profundas meditaciones.

El pensamiento y la esperiencia son la vida del alma; cuanto mas se piensa, cuanto mas se sufre, mas pronto se envejece.

—

La senectud del justo es el período mas agradable de su existencia.

—

La resignacion puede hacer las veces de la felicidad.

—

Sufrir es merecer; el principio de la dicha está en la muerte.

—

No hay nulidad posible en la sociedad, si no carece al par del buen deseo.

—

El que se reconoce inútil y no se resigna á serlo, comienza el camino de la grandeza.

E. A.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 15 de Enero.

Agradéceme mucho la carta de hoy, Herminia: por escribirte dejo el lecho con sueño aun. Anoche fuí al baile del Casino. Estuvo sumamente brillante y animado. No lo creerás, me retiré á las seis. En recuerdo tuyo me puse aquellos pendientes de granos de coral en forma de racimos ensartados en oro que me regalastes. Llevé un adorno á lo María Stuart, compuesto de ramos de flores mezcladas con oro que tomé en casa de Mad. Tiffon. Muchos de los mas elegantes que ví anoche son del mismo establecimiento. Cuando fuí á elegirle me dijeron que los vestidos mas en boga son á lo Luis XIII, de brocatel ó de muaré antique, con doble falda, guarnecidas ambas con galones de oro, dispuestos de tal modo que hacen un efecto indescriptible. Los hay tambien de otras telas de variadas disposiciones y del mejor gusto, y en aquella casa se han hecho bastantes de los que anoche flotaban al compás de la música. Hubo una variedad, elegancia y lujo asombrosos. ¿Cuál ha sido la mas elegante, la que mas chocó? Es una cosa difícil de decir, y á la que yo renuncio. Todas me parecian á cual mejor, y

luego, chica, yo pensaba mas en bailar que en mirar los trajes. La M. del T. estaba muy elegante. A. G. llevaba un traje que me gustó por lo sencillo: era de glasé á cuadritos blancos, rosa y negros, con volantes y berta cruzada por delante, festoneados aquellos y esta con glasé picado formando zic-zacs rosa y blanco. Tambien me llamó la atencion una gruesa sarta de cuentas de color verde bronceado que adornaba su cuello. Las graciosas F. y F. de R. llevaban unos vestidos blancos de tarlatan con tres grandes volantes bordados de ramos de colores y bertas de lo mismo formando punta; son de muy buen efecto, y creo que los han recibido de Madrid. E. T., las de C., las de M., y..... todas, en fin, estaban encantadoras.

Se echó muy de menos á la hermosa y elegante B. de C., y á la simpática D. G. de C., que está de luto. Para darte mas detalles necesitaria mucho tiempo.

Despues de una noche de baile parece que esté muy lejos todo lo que ha sucedido en los dias anteriores. No obstante, quiero hablarte del teatro. Hemos oido *El Grumete*, esa linda zarzuela que tanto me gusta por el sentimiento é igualdad de su música y la sencillez de su argumento. Obregon y la Albini cantaron en ella con mucho gusto y suma afinacion, y fueron muy aplaudidos con motivo. La Samaniego, á quien ya conoces, y de quien nada nuevo puedo decirte, hizo el papel de grumete. Yo no sé decirte qué mas *me gusta* ó no; pero te añadiré lo que he oido á algunos de los amigos que suelen visitarnos en el palco. Obregon, dicen, es lo que se debe ser en las compañías de zarzuela, *cantante* y *actor*. J. me hizo sonreir cuando entre los aplausos que te he dicho mereció la Albini en *El Grumete*, esclamó: «¡Qué lástima que no se haya vestido de aldeana!» Llevaba, en efecto, un estraño vestido, que ni acertaria á esplicarte. Es mucha quimera la de los actores y actrices en que se les distinga siempre por el traje, cuando bastaria que se les distinguiera por el mérito. A Parreño le he oido juzgar con bastante unanimidad. Dicen que es buen actor; pero todos convienen en que no debe salirse de las piezas de costumbres: cuando hace papeles de gracioso no consigue *hacer gracia*, y eso que el público le tiene cuanta consideracion puede desear.

Por lo demás, Herminia, ni una comedia, ni una zarzuela, ni nada nuevo. Ya que no salimos de cosas vistas, quisiera volver á oir *Estevanillo*.

Lo que verdaderamente me llenó de entusiasmo antenoche fue la pianista Eloisa de Herbil. Es una criatura monísima, que á pesar de su corta edad se presentó con una elegancia y un despejo encantador. Gocé al ver que el público saludaba sus salidas á la es-

cena con aplausos como para animarla, y le hubiese dado las gracias al tiempo que ella. Tocó de memoria un nocturno, una gran fantasía y el carnaval de *Selculof*; pero con tan feliz memoria y con tal seguridad que no equivocó una sola nota. ¡Si vieras con qué gracia solia volver á un lado y otro su linda cabeza, qué hermosos son sus ojos, y qué agilidad, limpieza y precision tiene en la manera de ejecutar! El público la aplaudió con entusiasmo.

Ya te he contado diversiones pasadas. No me llames aturdida porque ya me ocupo de las que espero. Qué quieres, Herminia, quizás un dia goce como tú las delicias de la vida tranquila y retirada y las del amor conyugal; por hoy, amiga mia, deja que me divierta. El 17 habrá baile de máscaras en el Círculo; el Liceo prepara de muy brillantes, y el 25 será el primero. Mientras llegan, la seccion de declamacion va á poner en escena por segunda vez la pieza en un acto, de Jacinto Labaila, *El Arte de hacerse amar*, que tan numerosa y lucida concurrencia atrajo á los salones del Liceo en el año anterior, y que tan merecidos aplausos valió á nuestro amigo.

Respecto á la moda, casi puede decirse que tiene fija toda su atencion en los trajes de baile, y de estos ya te he hablado. El muaré antique es todavía la reina de las telas, y segun *Aurora Perez*, lo será por mucho tiempo. He visto popline listada muy bonita, y vestidos de tarlatan de color café oscuro, con volantes festoneados de gró negro. Tambien es grande la variedad de abrigos: los hay á la *Ottaman*, y otros llamados *Odalisque* que sientan bien con la mantilla y con el sombrero, y talmas rusas de mucho abrigo y elegancia. Llévanse chaquetas ajustadas al talle, y en las manteletas se sigue prefiriendo la forma de punta.

No podrás quejarte de mí, pues ves que he sido bastante estensa. Imítame, saluda á Ricardo, y no olvides á tu amiga

Adela.

IMPRENTA DE EL VALENCIANO, ANTES DE D. BENITO MONFORT,

calle de Caballeros, núm. 28.

TRES CUADROS

DEL MUSEO DEL MATRIMONIO.

—

I.

Descorred el velo que oculta ese cuadro.

¡Sublime pensamiento, magnífica concepcion, valientes pinceladas, brillante colorido! ¡Bendita sea la mano que ha llevado el pincel; bendita la imaginacion que lo ha inspirado! ¡Divina realizacion de un pensamiento divino!

Acercaos á admirar sus bellezas.

Sobre el fondo de un severo santuario se destaca la augusta y majestuosa figura del anciano sacerdote; sus labios murmuran un rezo, su frente resplandece como alumbrada por un rayo de la misericordia divina, sus ojos revelan la bondad y la pureza del corazon, su diestra bendice á los nuevos esposos, y su alma invoca sobre ellos la bendicion de Dios.

Ella, tímida doncella, pudorosa vírgen, tiembla de amor, de rubor y de felicidad. Su mano se estremece al contacto de la del esposo; sus ojos huyen de todos los objetos. Su pensamiento vaga perdido en una atmósfera desconocida que le embriaga; su corazon desfallece bajo el peso de opuestas sensaciones. Al atravesar el dintel del porvenir, su alma vuela por un momento á su pasado, se detiene en todos los recuerdos, acaricia todas las memorias y les dice *adios* para siempre. ¡Qué importa!

El corazon de la esposa no llorará los sentimientos de la doncella; el hombre que la lleva al altar sabrá llenarlo con su amor.

Tambien él tiembla. Ha llegado por fin el dia de llamar suya á la mujer á quien ha consagrado su cariño, el dia que une su suerte con la de su amada, el dia desde el cual la naturaleza, la religion, la sociedad y el amor le imponen el grato deber de velar por ella, de ser su escudo, su amparo, su providencia.

Tambien su pensamiento vaga perdido en una atmósfera desconocida, y recorre la vasta estension del porvenir, ilimitado panorama poblado de risueñas ilusiones y alumbrado por el sol de la esperanza.

Mas allá un grupo de ancianos derraman en silencio sus lágrimas de gozo y de ternura.

Y el humo del incienso sube en fantásticos grupos hasta las bóvedas del santuario, y el bronce agita su lengua sonora, y el ángel de la paz cierne sus alas sobre la sagrada ceremonia.

II.

Otro cuadro.

Es de la misma mano.

Esa mujer es la desposada del anterior; su frente ha perdido la pureza de la vírgen, pero se ha engalanado con la diadema de la maternidad.

¡Qué hermosa es esa madre que duerme á su hijo sobre sus rodillas, que vela su sueño, que besa sus frescas megillas, que alisa sus rubios cabellos, que estrecha con efusion sus tiernísimas manos!

La madre sonrie dulcemente, fijos los ojos sobre su hijo; sonrisa de amor y de felicidad, éstasis maternal, tierno arrobamiento preñado de infinitos goces y de indecibles encantos.

A su lado un hombre sonrie tambien. ¡Qué majestuosa y noble es la figura de ese esposo que reparte sus miradas y su corazon entre el hijo y la madre!

No hay mas figuras en el cuadro.

La felicidad no necesita testigos.

III.

El último.

La ancianidad.

Esas venerables cabezas cubiertas de plateadas canas, esas frentes surcadas por las arrugas, recuerdan todavía á los jóvenes esposos arrodillados al pie de los altares.

La vejez les impele hácia el sepulcro; la Providencia les detiene en la vida para que reciban de sus hijos en los últimos años de su vida los tiernos cuidados que les prodigaron en los primeros de la de sus hijos.

El amor es la historia de la existencia.

El niño nace amando á sus padres; el anciano muere amando á sus hijos.

Bendita sea la Providencia.

Hijos, amad á los padres si quereis que os amen y respeten vuestros hijos.

Padres, amad y cuidad á los hijos que han de ser el consuelo de vuestra vejez.

Ancianos esposos, descansad ya de las fatigas de la vida; reposad antes de bajar al sepulcro.

Madre, ese hijo á quien has dormido sobre tu seno, á quien has dado tu sangre y tu amor; padre, ese hijo á quien has concedido tu cariño, á quien has consagrado tus cuidados, tus vigilias y tus desvelos, ese hijo velará por vosotros, estará á vuestro lado para protejeros, para consolaros, para alimentaros.

Si vuestros ojos se han cansado de ver, os guiará la mano de vuestro hijo; si vuestros labios balbucean, el adivinará vuestros deseos. Cuando vuestras almas vuelen á la region de la paz, él cerrará vuestros ojos, y mas tarde irá á derramar piadosas y tiernas lágrimas sobre vuestro sepulcro.

¡Qué tierna sublimidad respira este cuadro!

Bendita sea la Providencia.

Ana María R. y T.

Á UN TORRENTE.

Lágrima plateada,
La dura roca
De su calcáreo seno
Blanda te llora,
Y tú rodando
Por la verde colina
Bajas al prado.

—

Allí creces; tus aguas
Bajo las flores
Van murmurando quejas
De sus amores;
Y en tu locura,
Manchas sus blancas hojas
Con tus espumas.

—

Ya no hay cauce; destrozas
Campos, praderas,
Y á tu choque, en pedazos
Saltan las piedras;
Reina, que pronto
Arrojarás tu cetro
Del mar al fondo.

Como tú fue mi vida.
Sencilla, blanda;
Luego, raudo torrente
Que hirviendo brama;
Hoy, onda leve
Que en las playas del mundo
Cansada muere.

F. Danvila y C.

SILVIO PELLICO.

Ya terminó el poeta su destierro en el valle de lágrimas. Italia puede ornar con laureles su sepulcro. El cielo ha abierto sus puertas al alma del cristiano. Hombre, sufrió y lloró las miserias de la vida: poeta, cantó sus lágrimas, y cada una de esas lágrimas es un consuelo para los que sufren, porque las cantó como cristiano.

La de Silvio era una de esas almas que aman á la patria con pasion, aunque sin esclusivismo; una de esas almas que viven cumpliendo la ley de amor que el hijo de Dios predicó en el mundo. Jóven y entusiasta, habia comenzado para él una época de ilusiones y de gloria; una época en que eran sus amigos la autora de *Corina*, Schlegel, Byron, Manzoni, Gioja y un sinnúmero de escritores y artistas distinguidos.

No hay un corazon noble nacido bajo el cielo purísimo de Italia, que no sueñe su regeneracion: Silvio alzó su bandera en *El Conciliador*, y en torno al jóven adalid se agruparon hombres de los que cada nombre es una gloria de su patria; pero la férrea verdad de la tiranía austriaca vino á destruir las doradas ilusiones de aquella banda de nobles soñadores.

Silvio fue encerrado en Octubre de 1828 en las prisiones de Santa Margarita, antiguo convento de monjas en Milan. Luego se le pasó á los *Plomos de Venecia*, y despues de subir á un cadalso para oir leer su sentencia de muerte, conmutada por *carcere duro*, fue conducido á la ciudadela de Spielberg.

Su crímen era haber deseado la libertad de su patria.

Leed sus prisiones.

Es un libro de lágrimas, pero lágrimas santas. No hallareis ni una queja, ni una impiedad. Le vereis en medio de los mayores tormentos confiar en Dios y amar á sus hermanos.

Le escribió cuando habian vuelto para él las horas felices; pero despues de haber estado sufriendo el *carcero duro*; despues de ver padecer y aun morir á alguno de sus amigos, compañeros de desgracia; de ignorar la suerte de sus padres y sus hermanos, y de sufrir los mas profundos dolores. Y no obstante bendice á la Providencia, tanto por sus pasados infortunios y su presente felicidad, como por todo el bien y el mal que le estuvieran reservados. *Los hombres y las cosas*, dice, *por voluntad ó por fuerza no son en manos de la Providencia sino admirables instrumentos, que sabe poner en juego para sus fines particulares.*

Leed sus prisiones. Ellas arrancan del corazon de los buenos, lágrimas, que conservarán siempre tierno el laurel de su sepulcro.

1854. *Eduardo Atard.*

¡NO VIENE!

I.

D. Simplicio era rico y honrado.

Vió la luz pública en los felices tiempos de las calesas, de los tontillos y del cabello empolvado. Nació cuando se encendia lumbre con yesca y cuando se alumbraba con aceite: cuando los *pollos* iban acompañados por un eclesiástico, y cuando los hombres se acostaban á las diez: cuando las *pollas* besaban las manos á los curas y callaban en visita, y las mujeres eran amas de gobierno y no sabian escribir. En una palabra, D. Simplicio era un rezagado del siglo XVIII.

Tenia una hija, y le dió la educacion que él habia recibido.

Cada época tiene sus ilusiones y sus manías, y la educacion se resiente de unas y de otras. En la época citada las hijas vivian en una esclavitud paternal. Sus padres las dejaban sin voluntad, quitándoles los medios de emplearla, y las hacian infelices por temor de un estravío que así creian evitar, cuando, por el contrario, de ese modo las precipitaban muchas veces en él.

Les prohibian toda clase de lectura «para no abrirles los ojos,» y las hacian ignorantes. Les presentaban á los hombres como á unos mónstruos, queriendo que conservasen delante de ellos la vista baja, y las hacian hipócritas. No les dejaban mas que la triste eleccion entre un novio de real órden y un convento; y hacian contraer matrimonios sin amor, y llenaban los monasterios de religiosas sin vocacion. No les enseñaban á escribir por miedo de que

pusieran cartas á sus amantes, y que de estos aprendieran cosas que, segun sus padres, ellas debian ignorar, pero que ellas tenian olvidadas de puro sabidas; y fundaban un señorío paternal sobre la ignorancia de sus hijas, que no querian ilustrar, esclavizándolas absurdamente por temor de que fuesen libres.

Bajo este sistema fue educada Andrea, la hija de D. Simplicio. En el siglo XIX le dieron la educacion del XVIII.

II.

Andrea tenia veinte años, y muchos deseos de encontrar novio.

Estaba libre, y eso que era jóven, hermosa y rica.

Pero tenia miedo á su padre.

No le faltaban aspirantes; pero su casa era inaccesible, y ella no frecuentaba reuniones, ni teatros, ni bailes, y los bailes, los teatros y las reuniones son los viveros de los novios.

Andrea se aburria.

No tenia mas distraccion que las iglesias, el balcon y la compañía de una muchacha amiga suya y vecina del segundo piso. En las iglesias siempre tenia alguna estátua viviente (a) jóven con pretensiones de novio, que la mirase de hito en hito y que no la dejase leer el devocionario ni fijarse en el santo sacrificio de la misa. Desde el balcon siempre veia caballeros andantes y jóvenes sosteniendo esquinas, los que la dirigian miradas capaces de ablandar á un bronce. Y en casa de su amiga tenia con ella esas conversaciones risueño-románticas que tienen las jóvenes cuando están solas.

No tenia novio, y parecerá estraño; pero ninguno de sus muchos pretendientes llegaba á serlo, porque tenia una criada vieja é incorruptible; porque no iba á ninguna parte donde pudiese hablar con algun hombre; porque no sabia leer ni escribir, merced á la educacion que de su padre habia recibido.

Andrea era inespugnable como Sebastopol.

No es estraño que se fastidiase.

III.

—¿Dónde me llevas, Pedro?

—A pasear la calle de una muchacha de la que estoy enamorado. Aquí es, mira sus balcones.

—¿Es la que se asoma?

—No; esa habita el segundo piso.

La muchacha en cuestion era Juanita, la amiga de Andrea. Se habia hecho la ilusion de que Pedro le paseaba la calle, y estaba en el balcon muy peripuesta y muy contenta. Sus ojos miraban incesantemente á Pedro, y parecian decirle las célebres palabras de Cromwell: «Esta casa se alquila.»

—Chico, esa jóven no deja de mirarte.

—Cree que me fastidia: se ha figurado que vengo por ella desde el dia que me enamoré de la del primer piso.

—¿Es la que sale?

—La misma: ¿te gusta?

—En estremo, te aplaudo la eleccion.

—¡Ay Pascual! Es inespugnable. No va á ninguna parte. Una carta tengo escrita para ella, y su criada no la ha querido recibir.

—Pues suprime la criada. Hazle señas; veamos si la quiere tomar.

—Tienes razon..... magnífica idea.

Pedro sacó la carta enseñándosela á Andrea. Juanita lo estaba viendo.

Andrea vaciló un momento; pero por fin hizo con la cabeza una señal afirmativa. Juanita lo estaba viendo.

Pedro preguntó por señas cómo queria recibir la carta; Andrea le dijo tambien por señas que esperase y..... se entró del balcon.

No habrian trascurrido dos minutos cuando Andrea volvió á salir con un hilo que desplegó hácia la calle. Pedro, cogiendo uno de sus estremos, ató la carta. Juanita lo estaba viendo.

Andrea, despues de pozar el hilo, desató el billete. En seguida oyó una voz que la hizo estremecer. Era Perico que la decia: «Contésteme V., mañana volveré.» Juanita veia y oia.

Pedro y su amigo desaparecieron.

Juanita se entró rápidamente del balcon, cerrando los cristales con estrépito. Se conocia su rabia en el portazo de los cristales.

Andrea contemplaba la carta y la estrujó con ira, esclamando: «¡Si no sé leer!!!»

IV.

Por la noche Andrea subió á ver á su amiga Juanita.

Hablando hablando le refirió minuciosamente la historia de sus amores, concluyendo por enseñarle la carta de Perico para que la leyese y la contestase.

Escusado nos parece decir que estaba rabiando de curiosidad por saber su contenido.

Creemos hacer á nuestros lectores un obsequio no insertando la carta: si son hombres bastantes habrán escrito, y si son mujeres bastantes habrán recibido; insertarla seria una candidez y una inutilidad. El autor es incapaz de incurrir á sabiendas en una y en otra.

Lo cierto es que Juanita leyó la carta y que Andrea la escuchaba con religiosa atencion, y que á la primera le pareció sosa y necia, y á la segunda correcta é ingeniosa; lo que prueba que en el

mundo las cosas parecen segun el prisma con que se las mira.

—Contéstale en seguida, dijo Andrea; dale á entender que le correspondo..... ¡Ah! dile tambien que á las once estaré en el balcon..... escribe corto para que no crea que he estado confeccionando todo el dia la carta.

Juanita se sonrió maliciosamente y se puso á escribir; ya veremos qué.

V.

Al anochecer, Perico, radiante de felicidad, acudió bajo los balcones de Andrea.

Segun las demostraciones que habian precedido á la entrega de su carta, el ídolo de su corazon le correspondia, y satisfecho de haber encontrado lo que buscaba no le afligia la incertidumbre, y venia contento á saborear las delicias de una felicidad adivinada.

Y no le cegaba el amor propio. En su caso, el jóven menos esperto en galantes aventuras hubiera creido lo mismo. Andrea ya le esperaba asomada al balcon; al ver á Perico dejó caer la carta. El jóven la cogió con la velocidad del rayo, levantando la cabeza en seguida para manifestar á Andrea su agradecimiento..... pero el balcon estaba ya vacío. El que estaba ocupado era el del piso segundo.

Perico, sin embargo, no lo advirtió, y á la luz de un farol inmediato leyó la carta. Concluida la lectura desapareció como una sombra. ¿Le daba alas su felicidad?

VI.

Todavía no eran las once cuande Andrea salió al balcon. Cada bulto que distinguia á lo lejos le parecia su amante; pero se acercaba el bulto y perdia la ilusion.

—Las once no deben estar lejos, se decia. ¡No viene! ¡Yo tambien soy muy exigente! Quiero que antes de la hora esté aquí, y eso no es justo.

En este momento dieron las once en el reloj de la Catedral.

—Las once están dando..... ya no tardará en venir.

Allí distingo una sombra que anda..... él debe ser.

El bulto se fue acercando y no era él. Era un salvaguardia.

—¡Qué torpe soy! dijo Andrea al reconocer su engaño.

El tiempo pasaba y Perico no venia.

La impaciencia de Andrea iba creciendo en aumento progresivo, y la hacia esclamar de vez en cuando: ¡No viene!

Pero aun no perdia la esperanza, y buscando razones para disculparle, decia:

—Para no ser tan puntual precisamente debe haber tenido una ocupacion perentoria..... ó estar enfermo..... ¿pero si eso fuera no podia haberme escrito?

En este momento un sereno recorria la calle cantando: «Las doce.»

—¡¡ Las doce, y no viene!!! esclamaba Andrea sorprendida y encolerizada.

Y Perico no venia.

El tiempo pasaba, y Andrea perdió la esperanza de que viniera Perico.

Se levantó un airecillo de nieve que la puso mas desesperada aun.

Ya nadie recorria las calles. Unicamente de vez en cuando veia pasar alguna ronda, algun sereno, y á algun jóven que otro que volvia á su casa.

Era ya la hora de las brujas, de los serenos, de los jóvenes de mala vida, de los aires frios y de los constipados.

Una campanada clara y sonora hirió los oidos de Andrea.

—¡La una! ¡ahora si que ya no viene!!!.... gritó rabiosa, estrujando con los dedos la franja de su pañuelo.

Y en efecto, Perico no venia.

Andrea al verse burlada esclamó: ¡Esto es inícuo! Le he creido y me ha engañado! Se ha divertido conmigo..... ¡esto es una infamia!.... ¡No me vuelvo á fiar de los hombres.

Y se salió del balcon rugiendo de cólera.

Al mismo tiempo se oye una carcajada en el del segundo piso.

(Continuará.)

CANTOS DE AMOR.

—

CANTO SEGUNDO.

I.

Las flores envian á la aurora los perfumes que durante la noche han atesorado en sus cálices.

Amanece el dia, y repito el canto que durante la noche me inspira tu memoria.

Nunca es tan hermosa la luz del sol como al nacer y espirar el dia. Yo le comienzo y le acabo evocando tu imágen, y el alma se siente llena de luz, de calor y de armonía.

II.

Ayer cuando cantaba venia de tu lado; hoy hace algunas horas que no te he visto. Mi canto será mas lánguido y mas triste. El mundo ha venido á interponer su murmullo entre mi corazon y tu memoria.

III.

La blanca paloma que vuela sobre el bosque lleva un esparto en su pico: uno á uno va á buscarlos afanosa para formar su nido, ¡el nido de su amor!

El estar á tu lado es para mí estar en delicioso paraiso. Si me aparto de tí, si vuelvo al mundo, es porque necesito, como la paloma, buscar espartos para formar el nido.

IV.

Menos que un hilo, menos que un cabello, te basta para aprisionarme á tu lado. Hoy te lo he dicho. Basta tu mirada para enlazar mi alma con tu alma. Así el sol hace sentir á las flores su bienhechor influjo, por medio de un rayo invisible é incorpóreo.

V.

¡Cuánto embellece á la primavera el recuerdo de los rigores del invierno!

¡Qué agradable es ver huir las sombras de la noche ante el vago esplendor del crepúsculo que anuncia al mundo la venida del sol!

¡Cuánto mas grata la apacible fuentecilla hallada en el desierto, que las corrientes de los rios caudalosos que descienden de los montes, corren por los prados y riegan los jardines!

VI.

¡Cuán grato es el volverte á ver despues de las tristes horas que estoy lejos de tí, ídolo del alma!

VII.

Las horas mas bellas del dia son las de los crepúsculos que le anuncian y le despiden, y son las mas fugaces.

La estacion mas grata es la primavera, y es la que menos dura. Sus flores mas bellas conservan menos tiempo el brillo en su corola.

Los instantes del dia que estoy junto á tí son los menos y parecen los mas breves.

VIII.

La felicidad es un perfume llevado con ligereza en alas de los vientos.

IX.

Yo he visto gentes en los templos que estienden sus brazos en forma de cruz , inclinan su cabeza y besan el suelo y el polvo que lo cubre. Yo he visto gentes que se han descubierto ante el cuadro que representa á la Vénus Citerea ó la figura de un bandido. Y he visto correr lágrimas por el rostro de un hombre al escuchar el canto de Leonor en la ópera de *Il Trovatore*.

Y he respetado el entusiasmo del cristiano que se humilla ante la nada, y el entusiasmo del artista que se descubre ante la creacion de un pincel , y llora al escuchar una armonía.

Mi canto tambien es hijo del entusiamo. Del entusiasmo del amor.

X.

¿Quién te amará como yo , paloma mia? ¿Quién consagrará mas instantes de su vida á soñar en el objeto de su amor?

Suspiro junto á tí sin conocerlo. Las flores no saben sin duda cuándo exhalan su aroma ni por qué le exhalan. El aroma es el suspiro de amor en el misterioso lenguaje de las flores.

XI.

¿Qué importa que el capullo de la rosa esté marchito , si te ha ofrecido su aroma , si ha estado sobre tu seno , si puesto sobre mi corazon le dice *amor*?

XII.

Mujer : comprende la intensidad de mi pensamiento cuando beso esa flor marchita.....

Este ósculo encierra el recuerdo , el deseo y la esperanza. Le dan los labios y el corazon , el espíritu y los sentidos , el hombre y el poeta.

XIII.

Comprende por qué beso esa flor marchita , y no te rias de mí. Recuerda que soy como el cristiano que besa el polvo de sus plantas ; como el artista que se descubre ante un cuadro ó llora al escuchar una armonía.

XIV.

Hoy he ido al templo y he oido el canto de las vírgenes. Can-

taban las preces de los muertos, y cantaban á la memoria del que fue aquí nuestro amigo.

Sus cánticos eran terribles anunciando el dia de las iras, y eran sus voces dulces y resignadas como el alma de las vírgenes.

XV.

En presencia de Dios, al recuerdo de la amistad y de la muerte, he elevado al cielo una plegaria porque he pensado en tí, amada de mi alma.

«No me prives de su amor, Dios mio, porque en él miro tu mano, y el consuelo de mis aflicciones, y mi paz y mi alegría.»

Eduardo Alard.

¡ADIOS!

¿Dónde vais, golondrinas,
cruzando el cielo?
¿Por qué habeis levantado
tan pronto el vuelo?
¡Oh! la venida
calmará el sentimiento
de la partida.

—

¿Dónde vais, ilusiones,
que vais huyendo?
¿Por qué dejais el alma
triste, gimiendo?
¡Si peregrinas
volvierais como vuelven
las golondrinas!

Tomás Solanich.

CHISMES DE VECINDAD.

¡Deliciosa mañana de Enero!

El sol envia desde ese cielo purísimo su luz y su calor mientras el aire duerme.

¡Deliciosa mañana!

Cuento en el termómetro 10 sobre 0 y me digo: «Ea, compadre, toma la capa, suelta al perro y á *tomar el sol.*» Pero..... —hay peros muy fatales—¡he de escribir!

Silvina me pide un artículo, y no puedo negarme sin cometer una grosería.

Esta contrariedad me aburre, y aunque tomo la pluma y enciendo un cigarro, en mi imaginacion, tersa como un espejo aleman, no aparece imágen alguna.

¡Y sin embargo, he de escribir!

¿Qué?

Abren la ventana que hay frente á mi balcon, y asoma entre las cortinas una cabeza de veinte años.

Me escondo y acecho.

La vecina, creyéndose segura, aparta el cortinaje, hunde en el agua sus redondos brazos, la arroja á puñados sobre su cara de rosa, y la enjuga con una tohalla casera, cuyo roce saca el carmin de la juventud. Despues cuelga un espejo sobre el marco de los cristales, desata sus lindos cabellos castaños, que bajan rodando por el blanco peinador, y empuña el peine.

Bandós, trenzas, lazos; todo surje al toque de la diestra mano.

Ya está.

¡Con qué inocente coquetería se sonrie al mirarse en el espejo! Ya se ve, como que el pícaro la dice que está bonita.

Despareció. Irá á vestirse.

Lástima que aun hallándose sola corra las cortinas, porque no me ocurre nada en que emplear cinco minutos.

¡Qué mona está con su traje de mañana, tan ajustado y de tan poco valor!

Si yo fuese libre me enamoraria de esa mujer que madruga, que no necesita camarera, que fabrica flores por la mañana, pasea por la tarde y lee por la noche. Amen—y sea dicho en confianza—de algunas miradas que teje con mi amigo el estudiante legista, que vive sobre mí el cuarto buhardilla. Esto no es decir..... La florista teme á Dios, ama á su anciano padre, y ha recibido una sólida educacion. Cuando yo digo que si fuese libre me enamoraria de ella, ya no os puedo decir mas. Si fuera la madama del cuarto principal. ¡Oh! entonces sí que.....

En hablando del ruin de Roma..... abren el balcon..... ella es.

Tendida sobre un rico divan de terciopelo, envuelta en su bata colchada y su capucha, y apoyados los pies contra los morrillos de la chimenea, se despereza bostezando.

Sus pálidas megillas, y esa ligera aureola violada que circunda

los adormilados ojos, revelan el cansancio que ocasionan las emociones de un baile. Fortuna que los polvos, mejunges, la mano de la peinadora y la habilidad de la modista, producen una chispa de la frescura que otras consiguen con dos puñados de agua.

Pero aun asimismo, ¡cuán diferentes aparecen á los ojos del *hombre!*

Mientras la una trabaja, guia á su viejo y baldado padre por esos paseos de la huerta que le reaniman, ó le entretiene con la lectura de buenas obras, la otra se *prende*, *recibe* á una turba de fátuos que murmuran de sus iguales, rueda monótonamente la Alameda, hundida en su carruaje, escudriña desde el testero de su palco y con los atrevidos gemelos á los prógimos de las butacas, y baila hasta las cuatro de la noche para levantarse á las.....

Verdad es que en cambio, su portero, que galantea á mi fregona, la ha referido un cuento de bancarrota, firmas falsificadas, duelo y sillas de posta, en el cual anda mezclado el nombre del marido y el de un contratista que tiene ocupado el piso primero de esta casa.

¿Y los hijos?

¿Y la moral?

¿Y los deberes cristianos?

Bah, bah, no me hagais caso, *faschionables á la alta escuela*; estoy de mal humor, y en estos momentos la copa de hiel que guardo en el alma rebosa por mis labios. Además, ¿quién me mete á reformador de costumbres, yo que no acierto á reformar las mias? No, no; quiero reir como vosotras reís, bailar como vosotras bailais; así como así, mi chaleco de etiqueta cubre muy bien el desprecio que me inspira vuestra orgullosa raza.

¡Oh virtud, virtud, hija de Dios! ¿dónde te encontraré? Los antiguos te cubrieron con una túnica de lana; nosotros, gracias si te podemos vestir una blusa de percal.

Y, sin embargo, el espiritu.....

Eh..... venga la capa; quiero aire, silencio, libertad.

En marcha, *Volador*.

F. Danvila y C.

PENSAMIENTOS.

Nada hay que prepare dos almas á la amistad como la semejanza de los destinos, particularmente cuando estos no son felices.

—

La cólera, como el hambre, es madre de los malos consejos.

Chateaubriand.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 22 de Enero.

Herminia mia: En lugar de acostumbrarme á estar separada de tí, se me va haciendo de dia en dia mas sensible tu ausencia. ¡Qué bien dijo aquel poeta refiriéndose al amor y á la amistad!

«La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.»

Solo encuentro consuelo en la consideracion de que eres feliz; la compensacion que tu ventura me causa, me compensa el tormento de no verte.

Nada me dices de vuestro regreso, y este silencio me hace sospechar que vuestra *luna de miel* durará algunos meses, y aguardareis en esa quinta la hermosa estacion de la primavera. Esto debe serte muy lisonjero, porque conozco lo encantador de la naturaleza en esa época del año en que los árboles se visten de hojas, los prados se tapizan de flores, el horizonte recibe nueva y esplendorosa luz, el aura vierte aromas, y la voz de la alegría resuena á lo largo de las riberas de los rios y la repiten los ecos de las montañas; pero ¡ay! para quien desea abrazarte y tenerte pronto á su lado, no es tan agradable y lisonjera tu tardanza.

No sé qué decirte de esta capital que pueda interesarte. ¿Te hablaré del paseo de la Alameda, lleno siempre de carruajes formando un largo cordon, paseo que con tanta gracia satirizaba tu esposo? Esto seria poco nuevo para quien, como tú, conoce esa decidida aficion de las valencianas á encajonarse en sus escaparates, desde donde ven sin ser casi vistas, lo cual sé positivamente que desespera á mas de cuatro amartelados galanes de los que concurren al paseo.

Y á propósito de paseos. Ayer el de la Glorieta tuvo el honor de recibir en su recinto, de dos á tres de la tarde, á una reunion bastante escogida y numerosa. Tuve el gusto de ver allí á muchas de nuestras amigas, y aun alguna de ellas me preguntó por tu salud. La inauguracion de este hasta de ahora olvidado paseo no deja de ser una novedad, y una novedad agradable. Las que concurrieron á él parece como que habian sido convocadas espresamente, cuando no hacian sino obedecer al impulso de una de esas inspiraciones del buen tono que aconseja siempre con tanto acierto como oportunidad. Hubo quien notó la falta de una banda militar, y sospecho que tenia razon.

Te hablaré ahora del teatro, que sigue siendo el punto mas frecuentado de la buena sociedad. Está visto; cada época tiene sus tendencias; la de la presente es la teatromanía.

En estos dias últimos las funciones, como de costumbre, han sido poco variadas; con una particularidad, sin embargo; hemos retrocedido desde *Jugar con fuego* hasta *La Vida de un jugador*; desde *Los Diamantes* hasta *La Abadía de Castro*. Figúrate con qué gusto habremos oido estos rezagos del gusto romántico, cuadros del museo de antigüedades teatrales, sombras en mal hora evocadas por Torromé y Carrion, como dice nuestro buen amigo J.

La Albini es, como te he dicho otras veces, una escelente cantante, que posee dotes artísticas muy apreciables y que hacen olvidar su frialdad en la declamacion. Cada dia alcanza mas simpatías entre el público, que no hace sino justicia á su mérito. Basta de teatros, porque no quiero repetirte que la Cristina Mendez baila como pocas, ni hacerte una relacion gacetillesca de los talentos de los actores y cantantes.

El baile del Casino, prorogado hasta el 25 por motivos de apreciable galantería, espero que será una digna continuacion del primero.

Cuando recibas mi carta, querida Herminia, estaré probablemente ocupada en los preparativos para esa noche. Ya te contaré los pormenores del baile.

Esta tarde la he pasado agradablemente entretenida, estudiando una preciosa redowa, composicion de mi amiga D. B. Voy á hacerla copiar y á mandártela la primera vez que vuelva á escribirte.

Amiga mia, me pones en el caso de acusarte y de quejarme de tu silencio. Procura no dar lugar á mis quejas y á mi disgusto por verme privada de noticias tuyas.

Tu mejor amiga,

Adela.

IMPRENTA DE EL VALENCIANO, ANTES DE D. BENITO MONFORT,

calle de Caballeros, núm. 28.

CUADROS DEL MUSEO DEL CRISTIANISMO.

Al Sr. D. Antonio Aparici y Guijarro,
en prueba de simpatía y de respeto.

I.

Es un alegre valle. Sus árboles parecen pintados por Rafael Montesinos: tal es su belleza, tal la verdad del dibujo, la espresion del colorido. La luz del medio dia le ilumina de lleno. Es el estío, y es la hora en que la naturaleza toda está como aletargada bajo el peso de una temperatura cálida y ardiente. Ni una hoja oscila con el mas leve movimiento. Las cigarras entonan su monótono chirrido.

En el fondo se destaca sencilla y alegre una choza con sus paredes blancas, su techo de espadañas. En primer término, sentado en un banco rústico junto á la puerta de la choza, aparece un anciano; su aspecto es de viajero y de mendigo. Escasos cabellos blancos ornan sus sienes; su barba es poblada y casi blanca; sus ropas toscas y remendadas. Un zurron, un cayado roto y un sombrero se ven sobre el banco. Con ambas manos lleva un jarro á sus labios y bebe con afan. Junto á él se encuentran una aldeana y dos niños. La aldeana es madre, pero jóven y agradable aun. En sus manos tiene un grande trozo de pan, como ofreciéndolo al anciano. En su faz tranquila y en su mirada dulce y tierna se lee la caritativa compasion. La niña apenas cuenta doce años. Sus megillas blancas y sonrosadas como jazmines y amapolas; sus cabellos rubios, sus azules ojos y sus labios nacarados hacen adivinar una hermosura. A la derecha de su madre, recoge con ambas manecillas un pequeño delantal en el que se ven algunas frutas. Tambien está mirando al anciano, tambien le mira con caritativa compasion: su mirada no es empero tan tranquila como la de su madre; hay algo en ella de curiosidad y de impaciencia infantil. El niño, rollizo y hermoso, está cogido de las sayas de su madre y pegado á ella; con la otra mano hace como que cubre sus ojos del sol; pero por debajo de ella tambien mira al viajero.....

Mas allá, en segundo término, se ve un robusto aldeano mirando hácia la choza, y entretenido en arreglar una gruesa rama de

espino, quitando los ramos con una podadera.... Es un báculo para el pobre caminante.

Ya en último término se distinguen dos bueyes paciendo en un ribazo, y cerca de ellos, dormitando perezoso, un grande perro.

Fijaos en el sentimiento que espresa toda la familia del aldeano. Es unánime, tierno, religioso.

Son cristianos.

Dan de comer al que tiene hambre y de beber al sediento.

¡Bendito sea Dios! dirá el pobre, despues de recobrar sus fuerzas y al emprender de nuevo su camino.

¡Bendito sea Dios! contestarán los esposos y los niños.

En alas del agradecimiento subirá hasta el cielo la bendicion del mendigo: y la bendicion de Dios, la paz y la ventura descenderá sobre el hermoso valle y la alegre choza y sobre los honrados campesinos.

II.

¿Qué melancólico pincel animó ese lienzo?

Representa una habitacion pobre y desmantelada. En un rincon de ella hay un lecho; postrada en él una mujer jóven. Su rostro es flaco y desencajado, sus ojos hermosos brillan con el fuego de la fiebre, y los fija con ansiedad en una imágen de Cristo, que, toscamente grabada, está pegada á la pared.

A la cabecera del lecho hay una señora jóven y elegante, cuya agradable faz rebosa la salud y la belleza; pero báñala un tinte triste, dulce, melancólico. Está en solícita actitud de arreglar las ropas á la enferma.

Al pie del lecho, los brazos cruzados y caida la cabeza sobre el pecho, está un hombre jóven. ¡Triste esposo, que no espera salvar la vida de su amada!

Al ángulo opuesto hay una mesita, y un hombre está como abstraido escribiendo en ella. Una arruga, hija de la meditacion y del estudio, surca su espaciosa frente. Es el médico: escribe una receta.

Sobre la mesa, como dejado al descuido, se ve un elegante bolsillo repleto de dinero. Es el don de la caritativa señora.

¡Qué contraste mas completo entre el rostro y el aspecto de esta y el de la enferma y su esposo!

La figura del médico permite emplear las medias tintas. Sirve de transicion entre el claro y el oscuro, entre la salud y la enfermedad, la opulencia y la pobreza, la felicidad y la desgracia.

¡Qué contraste tambien en los detalles! ¡Cómo resaltan el ter-

ciopelo de la pañoleta, los preciosos anillos y la falda de muaré antique, sobre las pobres ropas del lecho!

Pintores de *otra escuela* dirán que es un contraste insultante: los pintores *cristianos* no opinan así.

Los pintores cristianos saben unir los harapos del pobre y las galas del rico; por medio de dulces transiciones saben espresar la belleza de esos contrastes, que no destruyen, antes por el contrario, aumentan la armonía y la unidad del pensamiento.

Notadlo: el cuadro, pintado con verdad, respira sentimiento y poesía.....

¡Bien hayan los que *visitan á los enfermos y consuelan á los tristes*!

¡Bien haya el que inspiró tal lienzo!

III.

Magnífico es el salon que representa ese cuadro: Ricos son sus espejos, su mueblaje y sus tapices.

Dos grupos aparecen en primer término; los dos llaman igualmente la atencion, casi se confunden en uno.

El fuego que á un lado, ya en último término, chisporrotea en una elegante chimenea, esparce la luz de su llama sobre los dos grupos, y disminuida dulcemente por la distancia, forma sobre ellos un caprichoso juego de claro-oscuro.

Componen los grupos dos madres rodeadas de sus hijos.

La una es una señora anciana y respetable.

La otra es una jóven delgada, pálida, casi andrajosa.

La primera está de pie, y tiene entre sus manos varias ropas. Junto á ella hay una jóven de quince años; su encantadora cabeza parece dibujada por *Julien*; está arrodillada, vistiendo una niña de muy corta edad, que es linda, pero en cuyo semblante dominan las tintas pálidas de la miseria.

La madre pobre, sentada como con reparo en un divan, está calzando el pie de un niño que tiene entre sus brazos; el otro piececillo aun se ve desnudo.

Un niño algo mas crecido, hijo de la señora anciana, está acariciando la barba del hijo de la pobre, que le sonrie dulcemente.

La confusion y el agradecimiento se ven pintados en la familia pobre. La jóven madre tiene aun desnudos sus hombros y sus brazos; ha acudido primero á la desnudez de sus hijos..... Una lágrima humedece sus párpados; la gratitud la ha hecho brotar del corazon.

La familia rica está dominada de una tierna complacencia. ¡Qué placer el *vestir al desnudo*! ¡Pobres gentes, cómo resistir el cruel invierno sin ropas, sin fuego y sin alimento!

Pero mirad, mirad en segundo término aquella pequeñuela que pugna por desabrochar su bordada manteleta. Quiere ofrecerla á la indigente niña, impulsada por un rapto del caritativo entusiasmo que tan fácilmente se trasmite á los niños, y que tanto suele, por desgracia, escasear entre los hombres.

Reflexionad un instante sobre el asunto de ese cuadro.

¿Quién, sino el genio cristiano, sabe presentar juntas la faz del rico y la faz del pobre, sin ódio ni rencor en la de este, sin egoismo ni soberbia en la de aquel?

Notadlo bien. Las ropas, las posiciones son distintas; pero la espresion es armónica, las almas son hermanas.

Sublime religion, sublime filosofía, sublime sistema social el que ha dicho:

Al pobre: *espera y ama.*

Al rico: *ama y consuela.*

¡Creed, creed y pintad como esa escuela, los que ameis á la patria, á la verdad y á la hermosa poesía!

Eduardo Atard.

EN EL ÁLBUM DE LA BARONESA DE ANDILLA.

De luz diáfana y pura
Rayos vuestros ojos son,
Y una esquisita ternura
En vuestro rostro fulgura
Irradiando el corazon.

El cielo os quiso ofrecer
Cuanto á la ventura cuadre,
Y os otorgara al nacer
La beldad de la mujer
Y el corazon de la madre.

Con vos, el cielo piadoso,
Vuestra union feliz bendijo,
Y os dió en tranquilo reposo
El tierno amor del esposo,
El dulce beso del hijo.

Vuestra vida, resbalar
Puede en un sueño profundo,
Ya que os es dado gozar
La hermosa paz del hogar:
La única dicha del mundo.

1854. *Jacinto Labaila.*

¡NO VIENE!

(Conclusion.)

VII.

—Dichosos ojos los que pueden ver á V.

—Estoy muy ocupado, doña Brígida.

—Lo presumo, Pedro, ¡porque olvidar á sus mejores amigas!....

—¡Por Dios! doña Brígida; aunque hace tiempo que no la he visitado, yo no puedo olvidar á V. ni á nadie, y..... ¡ójala pudiese olvidar!....

—¿Olvidar? ¿qué tiene V. Perico? A V. le sucede algo estraordinario.

—¡No lo crea V!....

—¡Si lo lleva V. escrito en la fisonomía! Confiéseme V. sus cuitas; no ignora V. que sé guardar un secreto..... que me intereso por los amigos.....

—Pues bien, doña Brígida, seré franco. Hace un mes..... poco mas, que estoy furiosamente enamorado. Paseaba contínuamente la calle de mi amada, se apercibió al momento y salia al balcon tantas veces cuantas yo pasaba. Empezaron los telégrafos, y no quedaron sin contestacion. Creyéndome correspondido me atreví á escribirle. Un dia le enseñé la carta dándole á entender si la queria tomar; me bajó un hilo, se la até y la recibió.

Al dia siguiente me contestó.....¡adivine V. qué!

—Fácil es de adivinar. Le diria á V. que sí.

—Pues me dijo que no.

—¡Jesus! ¡Qué villanía! ¡Qué mujeres hay en el mundo!

—Ya V. ve si tengo motivo para estar triste, desesperado y cariacontecido.

—¿Y quién es ella? Alguna coquetuela..... preciso.

—Hasta eso ignoro. Solo sé que se llama A.....; así ha firmado la carta.

Perico mantenia el diálogo anterior con doña Brígida, señora de sesenta años, persona simpática por su escelente corazon, por su esquisita amabilidad y por el interés con que miraba cuanto á sus amigos pertenecia.

VIII.

—Buenas tardes, tia.

—Muy buenas, sobrina. ¡Qué cara eres de ver! ¡Me has olvidado!

—No lo crea V.; soy incapaz de olvidar á nadie, y menos á usted; y..... ¡ojalá pudiese olvidar!

—¡Olvidar!.... Esto es muy original, pensó entre sí doña Brígida recordando la escena anterior.

—¡Ay, tia! ¡estoy desesperada!....

—¡Qué te sucede, sobrina! Cuéntamelo.

—Voy á franquearme con V. Hace un mes..... poco mas, que estoy furiosamente enamorada. Un jóven me paseaba la calle dándome á entender que me queria, con todas esas demostraciones que hacen los hombres antes de declararse; y yo á mi vez le daba á entender tambien que le correspondia, con todas esas demostraciones que hacen las mujeres que desean oir pronto una declaracion. Llegó esta al fin y le contesté.....

—Pero, hija, ¡si tú no sabes leer ni escribir!....

—Me valí para ello de una vecina, diciéndole que le contestase que le correspondia, dándole al mismo tiempo una cita para las once de la noche.

—Hija mia; ¡tú ibas á escape!

—¡Qué quiere V!.... ¡pero qué infames son los hombres! ¡Creerá V. que no asistió á la cita, y que me tuvo asomada al balcon tres horas mortales, recibiendo el relente de la noche!

—¡Eso es una iniquidad! ¿Y quién es ese jóven?

—Se llama Pedro Sandoval.

Doña Brígida se vió envuelta en un laberinto de confusiones del que no acertaba encontrar la salida. Le faltaba el hilo de Adriane. Perico se le quejó de que Andrea le diese calabazas, y esta de que aquel no acudiera á la cita. Conoció que alguna fatal equivocacion tenia incomunicados y reñidos, quizás para siempre, á los dos jóvenes que se amaban. Súbitamente le ocurrió una idea que se propuso realizar, y dijo á su sobrina:

—Andrea, enviaré un recado á tu papá y te quedarás á hacerme compañía; comerás conmigo.

—Como V. quiera.

Doña Brígida escribió y envió á Perico esta lacónica epístola:

«¿Podré esperar de su amabilidad que, para tratar de un asunto interesantísimo, acuda V. á la tarde á esta su casa?»

IX.

Sentadas trabajando al velador estaban doña Brígida y Andrea, cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció un hombre.

Era Perico Sandoval.

Andrea lanzó un grito de sorpresa.

Doña Brígida dejo escapar una sonrisa de satisfaccion.

Perico quedó mudo con encuentro tan inesperado.

—Pase V. adelante, amigo mio, tome V. asiento; dijo la dueña de la casa, sacando á Pedro de su embarazo.

—Con muchísimo placer.

Se sentó.

Dos minutos despues, una doncella anunció á doña Brígida que tenia una visita en el salon.

—Vds. me dispensarán, pero es una visita de cumplimiento. Al instante soy con Vds.

Salió doña Brígida y los dos amantes se alegraron..... pero callaban.

Querian reconvenirse mútuamente y no sabian cómo empezar..... y guardaban silencio.

La situacion era violenta; no podia prolongarse mucho tiempo.

Andrea rompió el fuego con este exabrupto:

—Caballero, nunca creí que tuviera V. tan poca formalidad.

Perico, sin comprenderla y sin contestarle, la dirigió esta otra interpelacion:

—Señora, nunca creí que fuera V. tan falsa.

Andrea palideció á esta descarga; pero habia provocado la lucha y no queria retroceder. Ambos, pues, estaban en el mismo caso. Los dos querian atacarse y ninguno defenderse. Era preciso que no se entendieran.

—¡V. es el falso!.... ¡Hacerme estar tres horas al balcon esperando!....

—¿Quién le mandaba á V. que estuviera? ¡Hacerme concebir esperanzas, para despues!....

—¡Declarárseme, para portarse luego como V. se portó!....

—¡Recibir mi carta, para luego decirme lo que V. me dijo!....

—¡Ponerse á mi disposicion y faltar á la primera cita!....

—¡Buscar el modo de recibir mi carta y.....

—¡Es una informalidad que no tiene dispensa!

—¡Es una burla que no merece perdon!

—¡Es V. un hombre sin palabra!

—¡Es V. una mujer hipócrita!

—¡Señora!!!!

—¡Caballero!!!!

Pausa.

—Hablando á un tiempo no nos vamos á entender. Principie usted; yo hablaré luego.

—Pues bien. ¿Le parece á V. proceder digno faltar á la primera cita?

—Señora, ignoro de qué cita habla V.

—De la que yo le concedí.

—Lo único que V. me ha concedido son las calabazas mas ridículas del mundo.

—¡Yo le ha dado á V. calabazas!

—Estoy viendo que V. misma se ha asustado de su obra.

—¡Yo le he dado á V. calabazas!!!

—¡Cree V. que no sé leer!....

—¡Cree V. que no sé lo que he querido escribir!

—¿Se está V. burlando de mí?

—Eso mismo voy creyendo de V.

—¡V. se ha vuelto loca!

—¡V. ha perdido el juicio!

—¡Señora!!!!

—¡Caballero!!!!

Pausa.

—Hablemos por turno..... no se impaciente V. Voy á poner clara la cuestion. V. se me declaró, y yo le contesté que sí.....

—V. me contestó que no.

—Que sí.

—Que no.

—¡Si sabré yo lo que le queria contestar!

—¡ Si sabré yo qué V. ha contestado! Aquí guardo la carta. Lea V.

Andrea se ruborizó. Por segunda vez comprendió el papel ridículo que representan en la moderna sociedad los que no saben leer ni escribir.

—No..... no..... lea V., dijo balbuceando.

—Dice así:

«Caballero : No os conozco, y estraño que os hayais dirigido á una muchacha que tambien os es desconocida : vuestra amartelada epístola, en la que tratais de probar que sentís una pasion tan profundamente inverosímil , me convence de que es hija del estudio mas que del corazon, y sus frases mas me revelan el cálculo

que el amor. Si sencilla y llanamente me hubiérais dicho : «Yo os amo,» quizás os hubiera correspondido ; pero dispensadme, si despues de leer las tres cuartillas de letra compacta que me habeis dirigido, os contesto : «Caballero, no os canseis; no os amo.»

A.»

Andrea tenia las megillas de grana.

—¡Diga V. ahora que no me ha dado calabazas!

Andrea, sofocada, se atrevió á confesar á su amante que no sabia leer ni escribir, y que la carta la habia redactado su amiga Juanita.

Entonces vieron claro los dos.

—Ahora lo comprendo todo, esclamó Sandoval; se habia figurado que la amaba, y al comprender su equivocacion.....

—¡Infame! esclamó Andrea indignada.

—Olvidémoslo todo, dijo Perico, y entreguémonos á la efusion de nuestro amor..... si acaso no lo he perdido.

—No, no.

—Soy feliz.

Perico cogió la mano de Andrea y se la iba á besar....., cuando apareció doña Brígida. Los amantes se turbaron, y la tia dijo comprendiéndolo:

—No hay que asustarse..... soy vuestra protectora.....todo lo he oido..... comprendí que habia una equivocacion, y sabiendo que los dos os amábais os cité y os habeis entendido. Me alegro.

X.

Desde este dia todas las tardes se juntaban los amantes en casa de doña Brígida.

Perico llevó unas cartillas y una materia, y daba leccion á Andrea de lectura y escritura.

Doña Brígida recomendó á su primo D. Simplicio un jóven escelente para marido de su hija. Era Perico. D. Simplicio le admitió cuando supo que pertenecia á una familia distinguida y que sus bienes eran cuantiosos.

Perico quedó con doña Brígida y con Andrea en ir al dia siguiente á pedir á esta última para esposa.

XI.

—¿Es verdad lo que he oido , D. Simplicio ? ¿Me concede usted su mano ?

—Concedida.

—¿Será mi esposa si ella consiente?

—¡No ha de consentir! ¡queriendo yo!.... ¿qué importa que ella nada sepa? Aquí está. Hija mia, vas á casarte.

—Papá.....

—Este jóven me ha pedido tu mano y yo se la he concedido.

—Si V. se empeña.....

—Sí, porque te hará feliz. Los casamientos arreglados por los padres siempre son dichosos..... Tú nada sabias; pero yo velaba por tu felicidad.

Acontecia con frecuencia á los cándidos padres del siglo XVIII lo que aconteció á D. Simplicio. Querian que sus hijas se casasen á gusto de ellos y por su órden, y ellas para hacerlo creer se valian de farsas semejantes á la que con él ejecutaron Perico y Andrea.

XII.

Poco tiempo despues Juanita recibió los dulces de la boda de Perico y Andrea. La caja que los encerraba tenia en su parte superior en letras descomunales este letrero epigramático. «Buen provecho.»

Juanita arrojó los dulces á la calle.

Andrea ya leia impresos, y llenaba cartapacios del número seis.

Jacinto Labaila.

Á PILAR.

Son las flores del alma
las ilusiones:
ensueños y esperanzas
son sus olores.
¡Ventura es grande,
que tan dulces aromas
el alma guarde!

—

Es vendabal del pecho
el desengaño,
y sus flores crüento
va deshojando.
¡Ay, que las almas
morir ven con sus flores
sus esperanzas!

Crudo el otoño viene,
  y hoja tras hoja
las ramas todas pierden
  su grata pompa.
¡Triste del prado
cuyas galas el viento
le va robando!

—

Las ilusiones ledas
  se ven perdidas,
y la esperanza, bella
  flor de la vida.
Prado sin galas,
sin auras ni perfumes,
¡semeja al alma!

—

No vuelan mariposas
  donde no hay flores,
ni en seca rama posan
  los ruiseñores.
Y las abejas,
á flor que miel no tienen
nunca se acercan.

—

Nuevas flores y galas
  ornan los prados
en las dulces mañanas
  de Abril y Mayo.
Las almas..... ¡nunca,
nunca logran que vuelvan
las flores suyas!

Eduardo Atard.

LA SONRISA DEL CIELO.

¡Salve á la aurora!

Las aguas del gran Océano se han teñido de púrpura y de oro; oro y púrpura trasparenta el cielo en lontananza. El padre del dia y de la luz asoma entre las ondas su encendida faz. Las perlas del

rocío brillan sobre las plantas del prado, en las copas de los árboles y en el seno de las flores. Capullos mil abren sus broches, despliegan sus corolas matizadas y exhalan su primer aroma tan grato como las primicias del amor. Alegres trinos alzan las aves que abandonan sus nidos, y contentas revoletean sobre el espacio, tendidas sobre las frescas brisas de la mañana. Azul purísimo cubre la estension inmensa del firmamento. Ofrenda de la tierra, al cielo se alzan el canto de las aves, el perfume de las flores, los suspiros del amor feliz y la oracion de los buenos.

En cambio, el sol esplendoroso aparece y envia al mundo benéfico calor.

¡Veloz pasó la aurora, *sonrisa de los cielos*!

Julia.

CATECISMO DE AMOR,

ORDENADO EN PREGUNTAS Y RESPUESTAS PARA SU MEJOR INTELIGENCIA.

P. ¿Qué cosa es el amor?

R. Un afecto que las mujeres sienten y los hombres fingen.

Millon y medio de voces masculinas: «Pido la palabra. Eso no es exacto. ¡Falso! ¡Calumnia! ¡Tergiversacion!» etc.

R. (Corregida.) Un afecto que las mujeres y los hombres sienten una vez en la vida, pero que se finge muchas.

(Silencio profundo. Sigue el catecismo.)

P. ¿Cuáles son las causas del amor?

R. Son dos clases: *internas* y *esternas*. Las primeras son innumerables, las segundas infinitas. A las *internas* pertenecen la desgracia de tener un corazon sensible, la bondad de carácter, la impresionabilidad, la constitucion nerviosa y otras muchas. Las *esternas*, ó que residen en las personas que inspiran el afecto, se refieren á la hermosura de aquellas, á su amabilidad, talento, buen trato, etc.

P. ¿Cuáles son los efectos del amor?

R. Varios y variados segun las circunstancias del lugar, tiempo y persona.

P. Se servirá V. indicarme las de lugar.

R. Al lado de la persona amada y amante, el amor es un cielo; en su ausencia el amor es un limbo; el amor con celos es un purgatorio; si se ama sin poder inspirarlo, el amor es un infierno.

P. ¿Y los de tiempo?

R. El amor que se compone de esperanzas futuras, y que es el mas general, viene á ser un panorama de ilusiones, sueños, quimeras, sombras y delirios. Puede decirse, por lo tanto, que equivale á la felicidad, y es posible que sea tan duradero como la paciencia del enamorado.

El amor de *presente*, ó sea amor de posesion, es menos fantástico que el anterior, pero algo mas grato que el de *pasado*. Los hombres dan al amor de *presente* la preferencia sobre los demás.

El de *pasado* se traduce por la palabra *recuerdos*, y aunque los proporciona lisonjeros y halagüeños, son inferiores en número á los desagradables y tristes.

P. ¿Cuáles son las circunstancias que dependen de las personas?

R. El amor á los quince años causa rubor y embarazo.

A los diez y ocho, contento, congojas y sobresaltos.

A los veinte, desengaños y pesares.

A los veinte y cinco, satisfacciones.

A los treinta, bienestar y alegría.

A los cuarenta, amarguras.

A los cincuenta, remordimientos.

Ejemplos de los dos primeros casos: Las megillas de las niñas de quince á diez y ocho años palidecen cuando sus dueñas piensan en la persona querida, y se colorean cuando se las nombran.

Los jóvenes de diez y ocho á veinte sufren intermitentes de corazon, padecen y gozan, suspiran y rien, desmayan y esperan.

P. ¿Cómo tratan los autores el amor?

R. Con la misma variedad con que se siente.

P. ¿Convienen todos ellos en alguna cosa?

R. Sí; en que es una enfermedad que no tiene remedio conocido, como lo prueba el ser innumerables los que se conocen.

P. ¿Qué debe hacer el hombre cuando se siente acometido del amor?

R. Declararlo sin pérdida de tiempo á la mujer que se lo ha inspirado.

P. ¿Qué debe hacer la mujer en este caso?

R. Es muy sencillo. Verter en el corazon del paciente el bálsamo consolador de la correspondencia.

P. ¿Y si no le ama?

R. Debe violentarse, porque todos están obligados á reparar el daño que han causado.

P. ¿Hay algunos casos en que se dispensa á las mujeres de esta obligacion?

R. En tres principalmente, y son: cuando el enamorado sea pollo imberbe, hombre chismoso ó viejo galante.

P. ¿Cuáles son las estaciones en que mas comunmente se siente el amor?

R. La primavera, el verano, el otoño y el invierno.

(Concluirá.)

JOSEFINA BEAUHARNAIS,

PRIMERA ESPOSA DE NAPOLEON.

Josefina conocia á fondo todos los cambios de carácter del emperador, y mostraba un tacto admirable para sobrellevarlos. «Jamás llegó la ocasion, decia aquel grande hombre, de que me pidiese algo para Eugenio: ni aun en los dias mas solemnes y en que dispensaba mas gracias pretendió nada para su hijo; de tal manera se hallaba en la íntima persuasion de que este cuidado no la pertenecia, y lo fiaba todo á mi solicitud y mi cuidado. Creo que nunca imaginó que yo pensara adoptarle por sucesor.»

El emperador decia tambien muchas veces que era la mujer á quien mas habia querido, añadiendo que jamás faltó á ninguna cita amorosa para acudir á la de él. Compañera suya en todos los viajes, habia compartido sus privaciones y fatigas, empleando mas de una vez la importunidad y hasta el engaño para alcanzar el acompañarle. «Si alguna vez subia en mi carruaje á media noche para emprender la mas larga escursion, con gran sorpresa mia encontraba á Josefina ya acomodada en uno de los asientos.

—¡Hola, sois vos!

—Ciertamente.....

—Pero es imposible que vengais; voy muy lejos y sufririais demasiado.

—No; yo soy bastante fuerte.

—Vamos; es preciso que bajeis. Me urge el marchar.

—Por mi no hay inconveniente..... Ya estoy dispuesta.

—Pero..... ¿y vuestro equipaje?

—Miradlo á la zaga

De modo que casi siempre tenia que ceder y llevármela.

En una palabra, concluia diciendo el emperador, Josefina me habia traido la felicidad, mostrándose siempre mi mas tierna amiga, y manifestándome en todas ocasiones el cariño, la complacencia y la sumision mas absolutas. Por esto he conservado de ella siempre los mas tiernos recuerdos.»

Mercedes C. de M.

PENSAMIENTOS.

Las lágrimas son las madres de las virtudes, y la desgracia es una escala para elevarse al cielo.

—

Uno de nuestros mas dulces sentimientos, y tal vez el único que pertenece al alma, es la amistad; pues en los demás ejercen alguna intervencion los sentidos, ya en su naturaleza, ya en su objeto.

Chateaubriand.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 29 de Enero.

Siento, Herminia mia, la necesidad de escribirte, para depositar en el seno de la amistad y de la confianza el motivo de la tristeza que me abruma. Sí, no te sorprendas, mi bullicioso carácter ha sufrido un cambio completo en muy pocos dias, y si continúo frecuentando las reuniones, bailes y teatros es porque deseo aturdirme con su bullicio, distraerme. Yo amaba, Herminia, amaba, pero sin comprender la intensidad de mi cariño, y creyendo solo una simpatía lo que llegaba ya á ser un afecto apasionado. En una palabra; habia caido, sin creerlo, en la emboscada preparada por mi corazon en contra de mi cabeza. Por desgracia, el objeto amado, uno de esos tipos físicos que tanto prometen, ha perdido al aproximarse á mí la aureola con que lo habia engalanado mi capricho. Era un fátuo y le despedí. Sin embargo, la espina quedó clavada en el alma, y Dios sabe si para siempre. Esto, por otra parte, me enseñará á ser mas cauta.

Como debes suponer, me divertí muy poco en el segundo baile del Casino, y hasta cambié el compás en una *Schotisch*, no sé si por distraccion ó por culpa de la orquesta. La reunion fue completa, y el salon se hallaba mas animado si cabe que la otra vez. Entre los muchos grupos de elegantes bellezas que le recorrian, encontré á la linda M. de C., con su vestido blanco recogido con *bouquets* de pensamientos y hojas de hiedra, sobre las que brillaban racimos de brillantes; á E. T., tan linda con su sencillo pero gracioso traje; á la M. de M. y á sus encantadoras hijas; la jóven madre lucia una ancha falda de *moaré antique* negro, y algunas cuentas doradas so-

bre su tocado, como lo exige el último decreto de la moda. ¿Y cómo olvidar á la simpática C. de C., que robaba la atencion general con la profusion de diamantes que brillaban sobre su magnífico traje color perla y en los ramos de margaritas que suspendian sus dobles faldas; y á la amable D. G. de C., que vestia como de medio luto, traje de gró blanco, con cinco faldas de tul céfiro prendidas por lazos de terciopelo negro cerrados entre presillas de brillantes, y sobre su precioso cabello sartas de perlas, y caidas mezcladas de lila y tul negro? ¡Oh! siento no tener espacio para hablarte tambien de nuestras amigas las de C., las de G. y V., las de M., y tantas otras..... pero tal vez lo haré en mi próxima.

Los teatros siguen, como te dije, sin darnos ningun espectáculo nuevo, y lo que es peor, sin esperanzas. Se efectuó ya el concierto anunciado, en que tomó parte *Flavio*; yo estuve tan distraida que apenas puedo darte razon de ello. Algunos amigos que entraron en nuestro palco celebraron mucho el rondó final de la *Lucía*; yo solo recuerdo que se aplaudió bastante. Tambien quisiera decirte algo de *El Villano duque*, zarzuela de Carreras y Gimenez, que dieron á beneficio de Obregon; pero como al comenzar empezó un motin de palmadas, silbidos y golpes, papá, temiendo algun desman, nos hizo abandonar el teatro. Tu primo me ha asegurado que no vale cosa. En el Liceo y Círculo se dan animados bailes, y en el primero á mas se prosiguen los ensayos de la zarzuela de Esteve y Flores.

Muy en breve comenzarán las animadas reuniones de casa T., y aun se susurra de otras. ¡Cuál no seria mi felicidad si para entonces pudiera tenerte á mi lado! Ya conozco que es imposible, que tu posicion ha variado y que te llaman otros deberes; pero al menos que no llegue el ópio de tu felicidad al estremo de hacer que olvides á tu

Adela.

P. S. El frio nos asedia, de modo que he pensado recurrir á Mad. Tiffon para que me fabrique una chaqueta de mucho abrigo, con grandes aldetas donde se abran bolsillos con cartera cuadrada, mangas pagodas, y cerrada por delante con una hilera de botones. Es una especie de paletó que no sienta mal. ¿Qué te parece?

IMPRENTA DE EL VALENCIANO, ANTES DE D. BENITO MONFORT,

calle de Caballeros, núm. 28.

LA PAZ.

—

¡Bendita seas, vírjen consoladora!

Tu trono está en el cielo, y en vano los hombres te buscamos en la tierra.

Cuando el mundo fue paraiso, estendiste tu casta soberanía por todos sus ámbitos; pero el hombre pecó, y tú avergonzada no quisiste reinar en un hemisferio manchado con el hálito del pecado, y te remontaste al cielo.

La guerra ocupó el trono que dejaste viudo.

La humanidad suspiró por tí.... pero suspiró tarde.

Y sin tí la humanidad se perdia en los abismos del pecado.

Mucho tiempo despues—cuando se encarnó el *Verbo* para redimir á los hombres—quisiste ser uno de sus mas poderosos ausiliares, y volviste á asentar tu imperio sobre el imperio del mundo. El César que le regia te dió su nombre, y te llamaron *Paz octaviana.*

La misma humanidad que, despues que te perdió, suspiró por tí, desconoció tu benéfica influencia por segunda vez: ingrata como siempre te despreció, y conociste con afliccion que ya no podia tu cetro regir el mundo, porque la guerra y el pecado, formando alianza, habian usurpado tu dosel, y los hombres estaban sometidos á su imperio.

Te asustó el brillo de la espada y el hedor del pecado: y dirigiste tu vuelo hácia la soledad morando en los desiertos de la Tebaida, en las lauras, en los claustros y en las ermitas.

Desde entonces penetras furtivamente en el mundo para mitigar las penas de los inocentes, de los justos y de los arrepentidos.

═

¡Vírjen benéfica, *don del Espíritu Santo*, imájen que besa el pueblo en los templos, apetecida paz, simbolizada en la *olíva* y en el color blanco; tras tí corre el hombre desde que se levanta de la cuna hasta que tropieza con el ataud!

Pero tú no te dejas ver mas que de los mortales limpios de pasiones impuras, porque te inspira desprecio el lodo de las miserias humanas, y buscas únicamente los corazones del color de tu clámide.

Huyes del ambicioso porque te causa ira.

Huyes del avaro porque te causa lástima.

Huyes del usurero porque te da vergüenza.

Huyes del criminal porque te produce horror.
Y nunca visitas á los padres indignos.
Ni á los hijos desnaturalizados.
Ni á los ricos que oprimen á los pobres.
Ni á los envidiosos.
Ni á los soberbios.
Ni á los pecadores reincidentes.
Ni á las mujeres impuras.
Ni á los hombres libertinos.
Y nunca, nunca te acercas á las familias enguerradas.
Ni á los matrimonios desunidos.
Ni á los hermanos que se aborrecen.

Tú, celeste deidad, buscas las pasiones tranquilas y religiosas; buscas los afectos que no avergüenzan; buscas la pureza del corazon. Por eso, sonries jugueteando con los niños.

Meces el alma de las doncellas.
Arrullas el sueño de los justos.
Consuelas á los pobres resignados.
Satisfaces á los caritativos.

Estiendes tu blanco velo sobre los esposos que se idolatran con casto amor.

Fortaleces á los arrepentidos.
Te apareces á los ricos filántropos.
Duermes en las celdas de las religiosas y de los anacoretas.
Caminas con los misioneros y los peregrinos.
Brillas en las blancas cabezas de los decrépitos.
Endulzas la muerte de los justos.

¡Bendita seas, virjen consoladora, hija de la justicia, hermana de la inocencia!

Hermosa como todo lo blanco, deseada como todo lo que viene de Dios.

Solo los buenos disfrutan tus apacibles sonrisas.
Vanamente los malos te desean.
Tranquila es la existencia de los primeros.
Inquieta y angustiosa la de los últimos.
Unos y otros mueren, pero con diferencia espantosa.

Los malos se hunden en el infierno, morada perdurable de la guerra.

Los buenos ascienden al cielo, morada eterna de la paz.

Jacinto Labaila.

VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

Afectos.—Bajo este nombre se comprenden todos los sentimientos que el hombre esperimenta hácia sus semejantes, y hasta las pasiones que no son mas que los afectos llevados á un grado de exajeracion peligrosa.

Ni puede ni debe predicarse la carencia de los *afectos*; nacen con nosotros, son una necesidad de nuestra existencia, y nos proporcionan además goces, que solo por su medio podemos disfrutar en la tierra. El hombre desnudo de *afectos* no tendria relacion alguna con sus semejantes, y su naturaleza fluctuaria entre la del irracional y la del idiota.

El corazon es la fuente de los *afectos*, porque en él residen los gérmenes de nuestras inclinaciones. El mayor ó menor desarrollo de estos gérmenes depende de la educacion, del trato, del carácter, de la posicion social y de muchas otras circunstancias. Así que mas bien que dirigir nuestros afectos, puede decirse que somos dirigidos por ellos. De esto resultan algunos bienes, pero tambien necesariamente muchos males. Nuestro corazon suele ser á las veces el mas encarnizado enemigo de nuestra felicidad.

¡Dichosos una y mil veces los que con el ausilio de la razon pueden moderar, templar ó reprimir los *afectos* que puedan comprometer su sosiego! ¡Dichosos los que logran contrarestar su fuerza con la reflexion y la prudencia, y evitan su ruina accediendo al consejo de un amigo y á la fuerza de voluntad, que reside tambien en nuestro espíritu, sin que muchas veces hagamos uso de ella!

Creese generalmente, que el hombre es impotente para reprimir sus *afectos*; que la llama que éstos encienden en nuestro corazon abrasa y destruye el entendimiento: creencia perjudicial. La voluntad puede arrostrarlo todo, y es mas poderosa que los mas poderosos *afectos* humanos.

Antes de emprender un viaje calculad las distancias, enteráos de los peligros, tomad las precauciones necesarias; antes de abandonaros á un *afecto* medid su estension, y examinad á la luz de la razon todas sus consecuencias. Así lograreis que vuestros afectos sean puros, nobles y dignos, y que en vez de haceros derramar lágrimas, traigan la risa á vuestros lábios y la felicidad á vuestro corazon.

B.

Benevolencia.—La vida social exije un contínuo sacrificio de nuestros gustos, de nuestras opiniones y de nuestros deseos. En cámbio de esto se consigue el aprecio de los demás. La *benevolencia* es una apreciable dote, que favorece notablemente á quien la posee; va mas allá que la afabilidad y la amabilidad, porque nos hace perdonar y disimular las faltas ajenas, procurando disculparlas siempre. Así que quien posee tan estimable cualidad se encuentra siempre dispuesto á escuchar con agrado lo que se le confia, á dispensarnos de nuestros errores, y á darnos estímulo para perseverar en nuestras buenas empresas.

La severidad del padre para con sus hijos, del preceptor para con sus alumnos, y en general de todo superior para con sus inferiores, es verdaderamente necesaria algunas veces; pero si esta severidad no está compensada y contrabalanceada en cada caso respectivo por la *benevolencia*, los efectos de este desacuerdo se dejan sentir necesariamente sobre las personas que le sufren. ¡Ojala los encargados, por cualquier concepto, de la educacion de la juventud comprendan esta gran verdad!

Bondad.—Esta depende casi esclusivamente de la naturaleza. Ella es la que nos reparte las prendas morales del mismo modo que las intelectuales y físicas. Vosotros, los que debeis á Dios un carácter bondadoso, un corazon afectuoso y bueno, vosotros habeis recibido la noble mision de suavizar con vuestra *bondad* y vuestra dulzura las penas y los sinsabores de vuestros semejantes. El que sufre en silencio, encuentra á vuestro lado un suavísimo consuelo á sus amarguras, y el arrebatado é impetuoso se avergüenza y corrije ante el ejemplo de vuestra afectuosa *bondad*. Y sois quizá mas desgraciados que aquellos á quienes servís de consuelo; pero ¿qué os importa vuestra dicha si labrais la de los demás?

Buen ejemplo.—No os fatigueis vanamente en predicar las virtudes si no poseeis ninguna. Vuestros esfuerzos serán perdidos, y vuestro celo infructuoso si, al recordar sus deberes á los demás, olvidais los vuestros. Si vuestra conducta es reprensible, ¿cómo quereis exigir que la de los demás deje de serlo?

El *buen ejemplo* es una leccion contínua, que los superiores deben dar á sus inferiores, mas saludable y mas eficaz ciertamente que cuantos pomposos elogios pueden hacerles de la virtud. El órden social exije de las personas colocadas en cierta posicion el *buen ejemplo*,

pero éste llega á ser de una necesidad imprescindible en el círculo de la familia. El padre que descuida sus deberes, no es muy fácil que logre el que sus hijos cumplan con los suyos. La virtud se adquiere muchas veces por imitacion, y se logran con el *buen ejemplo* resultados, que serian dudosos sin su poderoso ausilio.

C.

Carácter.—Tiene dos sentidos esta palabra. *Carácter* equivale unas veces á teson, constancia, fuerza de voluntad etc. En este sentido el *carácter* es conveniente cuando se muestra con oportunidad y acierto, y sin tocar los límites de la tenacidad ú obstinacion.

Otras veces espresa la palabra *carácter* la índole especial de cada persona, y así se dice *carácter franco*, *carácter afable*, *alegre* etc.

Es preciso convenir en que cada cual debe á la naturaleza un conjunto de prendas y defectos morales, que constituyen ó forman el carácter; pero estos últimos pueden ocultarse y darse mayores proporciones á las primeras á beneficio de una buena educacion y de una direccion conveniente. Al decir la *naturaleza*, compréndense tambien bajo esta palabra los efectos de nuestra constitucion y de nuestro temperamento, como que nacen de aquella. Una persona que goza de buena salud, y que por lo mismo es fuerte y vigorosa, posee generalmente un *carácter* franco; otra débil y enfermiza encierra sus opiniones en una prudente reserva. Obsérvase que las personas dotadas de temperamento sanguíneo son de *carácter* alegre, al paso que las de temperamento bilioso se dejan fácilmente arrastrar de las impresiones tristes y melancólicas. Esta diversidad de *carácteres* forma en la sociedad un vivo contraste, del cual nace el aprecio que se concede á unos con preferencia á otros.

¡Cosa notable! Por regla general simpatizamos con carácteres enteramente contrarios á los nuestros; pero téngase presente lo que dice el sábio Chateaubriand sobre este punto: «Para que dos hombres sean íntimamente amigos, deben atraerse y rechazarse sin cesar por algun concepto; necesítase que estén dotados de genios de igual fuerza, pero de diferente especie; de opuestas opiniones, pero de principios semejantes; de odios y de amores diferentes, pero de la misma sensibilidad en el fondo; de temperamentos contradictorios, pero de inclinaciones idénticas ; en una palabra, de grandes contrastes de carácter y de grandes armonías de corazon."

LA CARCAJADA.

FANTASIA.

A Cirilo Amarós.

I.

Densa es la niebla de la noche. Los astros no pueden enviar ni un rayo de su luz. El camino abierto en el corazon de un bosque grandísimo, como una sombra que se destaca de árbol en árbol atraviesa un hombre. Distínguese el oscilar de la pluma de su gorra. Ciñe espada, y bajo de su brazo derecho lleva un laud. Camina, trovador; oscura es la noche y larga la distancia que te separa aun del castillo. ¿Por qué te detienes? ¿Es que el cansancio te sujeta con su pesada mano? No, no, su paso es de nuevo lijero y seguro Detiénele de cuando el pensamiento, el temor sin duda de hallar perdida la felicidad de que puede estar muy próximo, si el tiempo, ladron de las ilusiones y de los afectos, no le ha robado el tesoro de sus esperanzas mientras él ha compartido los trabajos y la gloria de los cruzados.

No se sabe de quién nació.... fue pobre y huérfano. El amor iluminó su alma. Su ídolo es la hija de un noble castellano. El castellano ha sido el protector, el padre adoptivo de Fortuñ.

Camina, trovador, que el anciano y su hija habitan aun en el castillo. Camina, que tu anciano protector se halla moribundo. ¡Qué oscura es la noche! ¡Qué largo el trozo que te resta aun de camino!

Edma, la perla de los valles, la reina de los torneos; Edma, la esbelta imájen del cariño y del amor, es el ideal de la dicha para Fortuñ: por ella colocó sobre su pecho la roja insignia de los cruzados; por ella se ha lanzado en medio de los combates, y el rey Luis le ha apellidado el valiente entre los valientes, y ceñídole por su propia mano la espuela de caballero. Sí, por ella, porque su nombre, unido al dulcísimo nombre de la reina de los cielos, ha sido siempre su invocacion al afrontar los enemigos. Dura era su mano para empuñar la pesada espada, siempre húmeda con la sangre infiel; pero con tiernas pulsaciones sabe arrancar dulcísimos ecos á su laud. Amante trovador, amor le ha ayudado en sus combates, amor inspira sus cantares. ¡Qué dulce es cantar amor, cuando no se pueden contemplar los ojos de la amada, oir su voz, embriagarse con la dulzor de sus suspiros! Ella no le ha dado promesa alguna; ella no le ha dicho que le ama... pero qué importa... sabe que es amada, ha

escuchado los cantos que inspiraba amor, y ha dejado nacer sus esperanzas... Ella ha adivinado cuál es el nombre de la dama, que despues de Dios llena el alma entusiasta de Fortuñ. Así lo recuerda el trovador que torna caballero, y camina, camina como llevado en alas de sus amantes esperanzas. ¡Qué bella es! ¡Qué dicha volver á contemplar su figura esbelta como la de un ánjel, su faz purísima, su sonrisa infantil y candorosa y su dulcísima mirada, que sin saberlo ofrece amor! Así esclama el trovador; los ecos del bosque se apoderan de sus palabras, que repiten murmurantes, y camina, camina contemplando la imájen que el cincel del amor esculpió en el fondo de su alma.

¿Caballero, por qué no montas un corcel, por qué no llevas tu bruñido casco y tu acerada armadura, tan temida de los infieles?

¡Oh! trovador salió del castillo, aparecer quiere en él como trovador, porque sus cantos antes que su espada le abrieron el cielo de sus esperanzas....

¡Qué oscura es la noche! Camina, trovador.

He ahí el castillo. ¿Por qué no está levado el puente? Ni soldados se ven ni gentes de armas. ¿Estará abandonado? se dice el trovador al par que sube la ancha escalera, y que penetra silencioso por sus cuadras.

Palpítale el corazon.... convulsos están sus lábios, de sus ojos escápase una lágrima.

Pero silencio. Arrodillados están todos los soldados, los criados y las gentes del castillo. Dos hachas iluminan sobre un pequeño altar la imájen de Cristo. Tendido en el lecho el viejo castellano, un destello de luz ilumina su faz lívida, su desnuda frente, su nevada barba...

Nadie ha oido al trovador, ni una cabeza se vuelve. Fortuñ enmudece ante aquel espectáculo imponente. La muerte le preside invisible, pero todos la adivinan, inclinan la frente y sueltan las lágrimas.

Junto al lecho del anciano hay un sacerdote, y al lado opuesto un guerrero, que en la edad madura aun conserva harta altivez en el semblante y harto calor en sus miradas... Una hermosa jóven está junto á él; es alta y bella como son bellas las palmas del desierto, pálida como las azucenas. Sus ojos apenas pueden contener las lágrimas; sus manos están enlazadas una con la de su padre moribundo, otra con la del noble señor que en pie, junto á ella, semeja á una estátua.

Oid; el anciano va á decir en el mundo sus últimas palabras.

«Edma es tuya... Voy á morir... Te entrego la hija de mi alma.» Y luego con débil voz añade el caballero: «Si Fortuñ volviese dadle hogar, mi espada y mi caballo."

¡Profanacion!

Al par que el suspiro de la muerte ha resonado una carcajada sonora, fatídica, terrible.....

Todos miran con espanto hácia la puerta... Un laud cae en el suelo y una sombra desaparece en la oscuridad de las estensas cuadras.

Solo Edma adivina quien es la sombra fugitiva, y suelta un alarido que acompaña los ecos de la carcajada que van resonando al alejarse como el bramido del viento, como el silbo del diablo...

II.

Edma, la perla de los valles, la reina de los torneos, la esbelta imájen del cariño y del amor, huye de entre los brazos de su esposo y llora, llora sobre el sepulcro de su padre.

Edma languidece y muere sin que su esposo haya impreso un ósculo sobre su alma frente, digna de la corona de rosas blancas, corona de las vírjenes.

El conde coloca sobre su pecho la cruz roja, y abandona el castillo, sepulcro de su esposa, para unirse á los que luchan por conquistar el sepulcro de Jesus.

Con él van sus gentes, y las que no le acompañan huyen del castillo, en que diz no puede dormirse porque todas las noches están los ecos diabólicos haciendo resonar infernales carcajadas.

III.

¿Será que el occidente siempre en lucha haya de estar con el oriente?

Ved, ved como de lejanas patrias acuden los soldados de la cruz al suelo en que nació el Redentor del mundo.....

Lucha terrible, lucha que se encubre con el celo de una religion que es la mas santa, la mas dulce y la mas pacífica de las religiones.

¡Qué de aventuras, qué de desgracias, de valor, de ardimiento y de heroismo no encierran esas epopeyas históricas á que apellidaron «Las cruzadas.»

Es el comenzar de un dia en que ha de darse una batalla, que debe decidir la suerte de esos ejércitos de peregrinos llenos de ardor y de entusiasta fé.

Sol, foco de luz, mas valiera que para siempre te apagaras si hubieras de iluminar dias como el dia de esta batalla. Tu luz hermosa sobre un inmenso lago de sangre reverbera.

Escúchase incesante el son de los clarines, el chocar de los aceros y el romper de las lanzas, mezclado con los ayes de los que caen, el estertor de los que mueren y el animar de los que mandan.

Entre estos se ve al conde Hugo, el vencedor en cien combates, el coronado de la gloria, el escuchado en los consejos, el celebrado en las trovas, el héroe de las hazañas....

Un solo caballero puede competir con él entre los cruzados, pero nadie sabe quién es, ni su rostro ha sido jamás visto por ninguno de cuantos llevan la cruz sobre sus pechos. Jamás acude á los consejos; su tienda está siempre sola y aislada, y oculto en ella solo acude al punto que presenta mayor peligro. Ni obedece ni manda, pero pelea cual ninguno, y son muchos los que han debido su vida al valor de su brazo y á la fuerza de su espada. Nadie sabe su nombre ni ha escuchado su palabra: donde hay mas enemigos allí corre. *El negro mudo*, como le llaman los cruzados, porque negros son sus armas y su caballo, porque nadie ha oido su palabra. Su grito de guerra es una carcajada atroz, terrible, estentorea como el trueno, fatídica como el hielo de la muerte... Carcajada que solo suelta en momentos solemnes, y ante la que jamás dejan de huir los enemigos.....

.....

La noche orna el firmamento con sus negrísimos crespones y el suelo y el espacio con sus sombras vagorosas... Y aun continúa con ardor el pelear de los valientes. ¡Ay de los cruzados! ¡Cuán pocos contareis en vuestro hogar el horror de esta batalla.

El espíritu del mal gira envuelto entre las sombras gozándose en escuchar ese himno de armonía infernal de ayes y gritos y golpes y blasfemias.

¡Favor al conde Hugo, que le cercan los infieles!

Uno es y solo contra muchos enemigos, estraviado en el calor de la lucha de los otros caballeros.

Ved, ved al resplandor de las hogueras entre los grupos de los combatientes correr al *Negro mudo*.

Vuela, valiente! El conde Hugo, aunque lucha, ha recibido ya

muchas heridas. Vuela, que aun pelea en pie sobre el cadáver de su caballo.

Vedle, vedle cual llega... El grupo que acomete al conde huye azorado al escuchar la sonora carcajada.

El conde vuelve á él sus ojos llenos de estupor, de sus manos escápase su espada, vacila y cae sobre el cadáver de su caballo rodeado de enemigos que derribó su acero.

El caballero se apea, cruza al herido sobre su caballo y volviendo á montar escapa veloz llevando en sus brazos al herido.

IV.

Es la media noche y la batalla se ha suspendido .... Nadie lo ha propuesto y los dos ejércitos se han detenido, como dos fieras, para cobrar fuerzas antes del último golpe, del golpe que ha de acabar con uno de ellos.

Un grupo de cruzados caballeros cerca el lecho del conde Hugo; sus heridas están vendadas y todos esperan ansiosos que recobre los sentidos.

En un rincon de la tienda está enclavado como una sombra el negro caballero.... Si fuera dado mirar al través de la celada veríase su faz contraida, y ardientes y como fascinados sus ojos fijos en el herido.

Una hora trascurre, y por fin el conde abre los ojos, deja escapar un ay, y murmura unas palabras.

Entonces con paso grave acércase al lecho su salvador, y con indescriptible espresion le dice:

—¿Y Edma?

—Murió.

«El negro mudo" sálese de la tienda, monta, y corriendo hácia las hogueras enemigas, suelta su carcajada y de nuevo comienza la batalla....

Al salir el sol habia concluido.

Entre los restos de los ejércitos de los cruzados que se retiran fugitivos, no está «El negro mudo" ni nadie supo lo que fue de él, ni nadie volvió á escuchar su carcajada.

En las ruinas del castillo de Edma hallóse un dia el cadáver de un anciano ermitaño.

La tradicion le llamó «El conde Hugo."

Eduardo Atard.

AMOR FELIZ.

—

Era un verjel bellísimo,
donde infinitas flores
mostraban en sus pétalos,
estambres y colores,
la variedad mas plácida
que Flora imaginó:
bajo unas hojas tímidas
nacieron dos vïolas;
amáronse solícitas,
supiéronlo ellas solas,
y aquel amor tiernísimo
jamás nadie turbó.

Eduardo Atard.

ALMANAQUES Y RELOJES.

Un almanaque es un libro como cualquiera otro para un librero; para un editor un objeto de especulacion; para un hombre de negocios un mueble indispensable; para una persona de sociedad un guia de visitas y de felicitaciones; para la mayor parte de las gentes una cosa utilísima; para mí un objeto de horror.

Me causa una invencible repugnancia.

Lo considero como una calamidad impresa, dividida en meses y dias.

Por esta razon solo lo compro una vez al año.

Y ¿sabeis en qué consiste la antipatía que profeso al almanaque ó sea calendario, nombre menos generalmente usado pero de orijen mas castizo, que sirve para denotar ese catálogo de los dias de que consta el año, ese índice de las festividades de la Iglesia, ese consultor de las fases de la luna?

Le aborrezco por la misma razon que aborrezco los relojes.

El almanaque me atormenta señalándome los años que pasan, los meses que corren, los dias que vuelan. El reloj me martiriza contándome las horas y los minutos de la vida.

Y yo no soy poeta *melancólico*, ni pollo *desencantado*, ni cosa por el

estilo; y la vida me es demasiado grata para que no aborrezca á lo que me cuenta los instantes de su duracion.

Convengamos en que seriamos menos desgraciados sin almanaques y sin relojes como lo seriamos sin memoria, jigantesco panorama de lo pasado, á quien un sábio dudó en llamar «beneficio del cielo ó tormento del infierno."

Os probaré con un ejemplo lo fatal que nos es el cómputo del tiempo. Yo seré el autor del ejemplo, vosotros sus actores; ¿os acomoda?

Suponed (no os asusteis) suponed, digo, que estais enamorados... tranquilizáos y dejadme seguir porque esto no es mas que una suposicion. Una á una habeis recorrido las impresiones de esa situacion de la vida, las notas de la escala del amor. Tras de las miradas los suspiros, tras de los suspiros las promesas de cariño. Pasemos esa larga serie de debilidades. Ya sois correspondidos y os contemplo dichosos gozando las venturas del amor; todos, sobre poco mas ó menos, sabemos hasta donde alcanzan. Vamos adelante.

Esos cortos momentos que pasais al lado de vuestra amada, oyendo sus frases de ternura, bebiendo ávidamente sus miradas de cariño y sus sonrisas de felicidad, en una noche de verano, alumbrados por la lámpara nocturna de la creacion, mientras el ruiseñor canta sus amores, mientras el aliento del mar agita los cabellos de vuestra adorada humedeciéndolos, mientras un *no sé qué* vago y misterioso os atrae, y os magnetiza, y junta vuestros espíritus, y os hace felices, esos cortos momentos ¿no quisierais que se convirtiesen en un momento sin fin, en una eternidad?

¿Qué os lo impide? ¿vosotros? no.

El reloj. Al dejar á la mujer que amais, retratada aun en vuestros ojos su hermosa imájen, resonando todavia en vuestros oidos sus postreros suspiros, pudierais esclamar (si no hubiera relojes) engañándoos á vosotros mismos «he sido feliz mucho tiempo" y esto os dejaría contentos y satisfechos, porque si alguna dicha puede gozar el hombre, consiste en el engaño y en la ilusion; y el reloj asesino que llevais en el bolsillo solo os dejará decir «he sido feliz media hora."

Dejo aparte el gusto con que observareis á cada momento, durante vuestro dulce coloquio, el progresivo movimiento de las saetas de vuestro reloj si el deber os llama dentro de algunos minutos lejos de vuestro paraiso, si sois militares y vais á entrar de servicio, si perteneceis á una oficina y se acerca la hora de idem, etc. etc.

Es inutil que esplique y justifique con otro ejemplo el horror que me causa el almanaque. Sin éste y sin relojes ¿qué nos impediria creer años enteros nuestros momentos de felicidad?

No quiero insistir. Basta lo dicho para decidiros á seguir mi opinion.

Se me dirá que tiene sus inconvenientes.

Sin el reloj no podriamos acudir á una cita.

Y qué! si es de amores, quizá os sea mas provechoso faltar á ella; si es de negocios, os ahorrais un mal rato ...

Dejo la pluma porque el reloj está dando las doce, y me veo precisado á abandonar mi tema. ¡Maldito sea el reloj!

Quizá otro dia continúe mi propósito de predicar la destruccion de almanaques y relojes.

P.

FABULA.

—Te amo—una cotorra
decia á un loro;
y el loro contestaba:
—pues yo te adoro—
mas no sabian,
pobres animalitos,
lo que decian.

—

Y es que junto á las rejas
donde se hallaban,
por la noche dos novios
lo murmuraban;
y ellos lo oyeron
á los tiernos amantes,
y lo aprendieron.

—

Mil tesoros valian
por su talento.....
pero ¿qué es la palabra
sin sentimiento?
valer tesoros,
cuando hay tantas cotorras
y tantos loros.

Tomás Solanich.

PENSAMIENTOS.

—

La palabra imposible ha sido inventada para martirio del orgullo humano.

—

El corazon de una coqueta es un album donde todo el mundo puede estampar su firma.

—

La esperanza es el último sueño que se desvanece.

—

La religion es el freno de la sociedad, sin el que volaria escapada á su disolucion.

—

La vida es un paréntesis entre el no ser y el ser eternamente.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 5 de Febrero.

Aunque el sueño me rinde, mi querida Herminia, tomo la pluma para participarte una nueva, que seguramente te llenará de regocijo. Sofía, nuestra compañera de colegio, nuestra fiel amiga, ha llegado de Madrid con su esposo. Nada me habia escrito. ¡Figúrate mi sorpresa! ¡Estaba tan lejos de creer abrazarla tan pronto!

Pensamos en tí á cada momento en las eternas conversaciones que tenemos, recordando nuestras infantiles aventuras del colegio, las fechorías que de vez en cuando jugábamos á nuestra obesa preceptora y la inseparable amistad que á las tres nos unia: vivimos en fin la vida de los recuerdos. De la tristeza que se habia apoderado de mí como consecuencia precisa de mi situacion actual, me veo libre como por encanto, merced á los esfuerzos que emplea la cariñosa Sofía. Su llegada ha sido muy oportuna.

¡Si vieras qué trajes tan bonitos y tan elegantes ha traido de Madrid! No puedo resistir á la tentacion de describirtelos porque son monísimos, y porque estoy convencida de que te han de gustar en estremo.

Ha traido un traje de calle de seda color de avellana; la falda tiene á los dos lados una caida ó guarnecido de cintas de terciopelo negro formando VV abiertas, puestas en escala é inclinadas hácia atrás; de estos adornos, de los de las mangas y de los de la aldeta cuelgan madroños de seda, tambien negros. La aldeta es larga y va unida al cuerpo, que lleva una costura en el medio de la espalda y otra que forma el costadillo. La manga, casi justa de arriba, lleva en su pegadura otra corta de terciopelo negro á picos. Para este traje ha traido un sombrero de terciopelo con cintas verdes.

Tambien me ha enseñado otro traje para soaré verde de seda. El cuerpo es escotado en forma de corazon, guarnecido con una berta de la misma tela que tambien hace punta por delante, por detrás y en cada hombro. El talle es largo y ajustado terminando en punta. La berta lleva cuatro órdenes de terciopelitos en zig zags y termina en una blonda negra. La manga se compone de una corta, de la tela del vestido, de un volante de tul blanco, terminado por una blonda blanca y de otro volante de blonda negra, igual á la de la berta. Guarnecen la falda dos volantes anchos y una túnica corta, que nace del talle, y forma como otro volante. Aquellos y esta van guarnecidos de dos órdenes de terciopelitos, que terminan con una puntilla de blonda formando picos, cuyos adornos forman tambien zig zags, correspondientes al de la berta.

Estoy pensando hacerme uno igual para el primer baile del *Casino*. Y á propósito de *Casino*, ayer estuve en el que dió esta amable sociedad, con Sofía y su esposo.

A pesar de los muchos lutos que aflijen á algunas de nuestras amigas, entre otras las de M. y las de R., este ultimo baile ha sido hasta ahora el mas brillante de la temporada, ya por lo numeroso y lucido de la concurrencia, ya por la riqueza y elegancia de los trajes.

La B. de C. lucia un vestido gro blanco con dos faldas y bullones de tul céfiro, prendidos tambien con lazos de gró del mismo color. Un grande ramo de pensamientos pendia de su talle, cruzando por la falda. Su prendido era de terciopelo negro y oro. Estaba encantadora. Las de M. llevaban vestidos blancos con volantes, adornados de terciopelo azul. Las hermanas Y. vestian trajes blancos con doble

falda, bordados de sedas de colores. D. G. lucia un lindísimo vestido de muaré antique, azul cielo adornado con seis caidas de cinta de terciopelo negro, que desde el talle descendian hasta la mitad de la falda, rematando con dos plumas, una azul y otra negra, prendidas con un lazo cambiado de los mismos colores. La de G. S. vestia con mucho gusto. Llamó mi atencion la banda de cinta color rosa que cruzaba su pecho sujeta en la cintura por un sencillo lazo.

No causó en mí menor sensacion la elegancia del vestido blanco de tarlatan que dibujaba perfectamente la apuesta figura de P. P. Finalmente lucian ricos trajes J. M. las de C. R. y otras que fuera prolijo enumerar.

Tambien asistí al segundo del *Liceo*, y no me arrepentí. Numerosa y animada concurrencia acudió á dicho baile. El local estaba adornado con mucha sencillez y con mucho gusto.

He tenido el placer de que mis amigas me hicieran compañía en el palco las pocas noches que están en Valencia; y como si la empresa quisiera favorecerles, ha puesto en escena *casualmente*, dos comedias que hacia tiempo no habiamos tenido el gusto de ver representar: *Mejor es creer* y *El Abuelo*. Segun dice Juan, el esposo de Sofía, *Mejor es creer* es una comedia de muy buenas formas superiormente dialogada. *El Abuelo* tiene un argumento sencillo pero moral, caracteres bien sostenidos, corte clásico.

Te he dicho antes que parece que la empresa ha querido obsequiar á nuestros amigos, dándoles dos bonitas producciones: esto me habia hecho concebir esperanzas de que siguiera representando comedias como las ya citadas. ¡Funesto error! Ya nos amenaza con *La vida de Juan soldado*, drama del género andaluz, con *La choza de Tom* y con *Los pobres de Madrid*.

No puedo escribirte mas, Herminia mia, los ojos se me cierran: necesito dormir.

Recibe los afectuosos recuerdos de Juan y de Sofía, hazlos estensivos á Ricardo y acuérdate de tu mejor amiga.

Adelia.

Se me olvidaba. J. me encarga que te salude cariñosamente.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

ASILO DE PARVULOS.

—

Ya lo hemos dicho: la caridad es la virtud de las virtudes, es la mas sábia de las filosofías, el mas sólido fundamento social, es lo sublime de la belleza moral.

La caridad ha buscado á los niños pobres para protejerles y educarles ofreciéndoles un asilo cariñoso.

Y es muy debido.

Como el jardinero intelijente cuida afanoso de los semilleros y de los planteles de jóvenes arbolillos desde que asoman á la faz de la tierra en delicado y tierno tallo, los padres, celosos jardineros de la humanidad, cuidan de sus tiernos retoños guiados por ese misterioso y sagrado instinto, que hace olvidar al hombre la suya para vivir en la vida de sus hijos.

¡Qué felicidad igual á la vuestra, lectoras que sois madres, cuando besais la frente pura de vuestros pequeñuelos!

Los recuerdos de vuestra vida, esperanzas, deseos, ilusiones, desengaños, penas, todo, todo está reasumido en ese ósculo.

Dulces recuerdos, bellas ilusiones, gratas esperanzas: cúmplanse para la felicidad de mi hijo.

Penas, dolores, desengaños: bien hayan ante Dios para que no los sienta como su madre el caro niño; que sirvan para comprar la felicidad de mi hijo.

La felicidad del hijo: ese es el voto eterno del corazon de la madre.

Hijo del alma, qué hermosa es en tus lábios la sonrisa.

El frio del invierno no alterará tu delicada constitucion, porque tu madre te abrigará en su regazo con suaves telas hechas del vellon de los corderos blancos.

El ardoroso estío no quemará, como las flores de los prados, tu cútis tan delicado y tierno como aquellas, porque tu madre te procurará grata sombra y frescas brisas.

No dormirá tu madre hasta que tú duermas.

Despierta estará si tú despiertas á la media noche.

Y espiará tu despertar á la mañana para complacerse en tu primer sonrisa.

¿Pero qué será del mísero arbolillo que crece sin una mano amiga que le cuide?

¿Qué será de los hijos de los pobres, que desde el amanecer hasta la noche han de estar entregados al trabajo para ganar escaso pan?

¿Qué será de los hijos del jornalero que perdió á su esposa?

¿Qué de los hijos de la viuda cuyas horas no bastan para ganar su pan con el sudor del rostro?

Abandonados, aun párvulos, al distraido cuidado de niños adolecentes, se hallan espuestos á mil peligros físicos y *al mal ejemplo*, el mas grande de los peligros para el alma.

Un golpe, una caida, un carruaje pueden fácilmente estropearlos. Hijos de pobres, pero honrados jornaleros, se verán acaso en la precisa condicion de *pobres mendigos*, y quizás en la de vagos y viciosos.

Desde parvulillos se les tuerce el camino, y el inevitable abandono de sus padres comienza á hacerles desgraciados en la aurora de la vida, en esos dias en que todos hemos sido felices.

Lectoras que sois madres, dad un abrazo al mas pequeño de vuestros hijos, para el que pido la felicidad y la bendicion de Dios al escribir estos renglones.

Dad un abrazo á vuestro hijo, y meditad un instante en la dicha de poder cuidar de él todas las horas del dia, prodigándole esas caricias que forman la vida de las madres.

Y meditad un instante en el hijo de la pobre viuda.

En la de los hijos de los jornaleros que están todo el dia ganando el sustento.

En la del hijo que no tiene madre.

Pensad un momento en los vaivenes de la fortuna humana.

Y... besad á vuestro niño.

Una lágrima asomará de seguro á vuestros ojos.

¡Bendita esa lágrima!

¡Bendita la caridad!

La caridad madre de las madres y de los que no la tienen.

La caridad, que ha levantado el *Asilo de párvulos*.

Los beneficios de este son imponderables.

Vierte la felicidad en el seno de las familias pobres, porque les tranquiliza respecto sus pequeñuelos: saben que están al abrigo de los rigores de las estaciones y de los peligros, y que se preparan sus corazones para recibir la buena semilla.

La sociedad y la religion, apoderándose de esos parvulillos, los encaminan por la buena senda.

En vez del mal ejemplo de la vagancia, comienzan á cobrar el hábito de la asociacion.

La emulacion del bien.

El respeto cariñoso á la autoridad.

El amor al prógimo.

El amor á Dios.

Y así se acercan unas á otras las clases de la sociedad, y se fomenta el amor entre los hermanos; porque, vosotras no lo dudais, lectoras, los pobres y los ricos, los felices y los desgraciados, los hombres y los niños todos somos hermanos.

Favoreced el Asilo de párvulos, porque cuanto mas hagais por los hijos de los pobres, mas hareis para la felicidad de vuestros hijos.

Eduardo Atard.

A MARIA

INMACULADA MADRE DEL VERBO.

De tus gracias el fúlgido renombre
brilla al par de tu gloria soberana,
celeste amparo de la raza humana,
reina del mundo, salvacion del hombre.
Vírjen-madre de Dios, tu santo nombre
feliz adora el ánima cristiana;
nunca medir la condicion mundana
tu misterio podrá sin que la asombre.
Tú, que consuelo das al afligido,
y en la noche cruel de su amargura
viertes tu luz y su esperanza creas;
Tú, que del pecador arrepentido
los dias llenas de sin par ventura,
Vírjen-madre de Dios, bendita seas.

Ana María R.

ESCENAS DE LA VIDA.

I.

Tendido en una butaca de muelles, con los pies inmediatos á una bien provista chimenea, dejando salir de su boca espirales de humo, escapadas de un magnífico cigarro de la *vuelta de abajo*, está Fermin preocupado y distraido. Motivos tiene para estarlo. Es hoy para él la víspera de un gran dia. El tiempo va á escribir la mas notable de las efemérides en el libro de su existencia. Ignora si marcará el dia que ha de amanecer con piedra negra ó con piedra blanca, porque ignora si será fasto ó nefasto, y conoce que ese dia es el primer eslabon de una cadena de flores ó de abrojos, que solo la muerte puede desatar.

Mañana se casa Fermin· por eso está meditabundo y distraido.

Faz á faz con su pasado; al tiempo de echar una raya entre este y el porvenir, se le presenta aquel, desarrollando con toda su mágia el brillante colorido de la libertad y de los placeres, y al tiempo de abandonarle se le presenta mas hermoso—como todo lo que se va á perder. Recuerda que él ha sido mariposa, que iba volando de flor en flor y que han encantado su juventud, Clara, Elena, Inés, Juana y María presentándole el amor cada una bajo diferente aspecto; y al mismo tiempo ve su porvenir paralelo á su pasado; ve que ha de reconcentrar todo cuanto le pertenece en una sola mujer, y que de ella ha de dimanar esclusivamente la felicidad ó la desgracia de toda su vida. Es muy natural que esté preocupado.

Mañana se casa Fermin; por eso está meditabundo y distraido.

II.

De repente se levanta, abre un cajon de su escritorio, y saca una magnífica caja de nogal. Esa caja encierra su historia. Contiene trenzas, sortijas, pañuelos, cartas, etc. Es una especie de galería de sus recuerdos. Va á hacer con ellos un auto de fé. El fuego va á devorar en un instante las huellas de muchos dias deliciosos. Pero antes de que el fuego los aniquile, no puede prescindir de pasar revista á los objetos que tan caros le han sido, y que desea perder para siempre.

Abre una carta.

—¡Pobre Clara! dice: sus padres la casaron con un anciano, y ella

no dejó de idolatrarme. «Porque mis padres no me deshereden me casaré con *el viejo*; pero á tí no dejaré de amarte."

Me acuerdo que la olvidé por una bailarina. ¡Pobre Clara!

—Esta trenza es de la alumna de Terpsicore: me abandonó por un Marqués: conoció que no me podia arruinar y que al Marqués era fácil.

—Esta sortija es de Elena: la infeliz murió de tisis. Es la mujer que mas he querido... ¡Aun recuerdo con doloroso placer la lánguida espresion de sus ojos azules!.....

Al decir esto una lágrima saltó de los de Fermin.

La enjugó.

Despues de una larga pausa abrió otra carta que decia:

«Ayer me dijeron que pasaste la noche sin separarte de Elena y hablándole al oido; que ella te dió no sé qué.... ¡eres un infame!.... Si me has olvidado dímelo.

Petra."

—¡Qué celosa era!..... pero tenia razon. Elena me dió un pañuelo la noche que ha citado, y yo estuve enamorándola... Me acuerdo que por los regalos calculaba mi amor... Tuve que hacerla muchos; bien que ella no se me quedó en zaga. Estas trenzas, esta sortija, este porta-moneda, este tarjetero, este retrato, estos cuadernillos de papel *Verger*, todo es suyo. Este es el amor mas *caro* que he tenido. Me acuerdo que me hizo abonar al teatro, asistir á una infinidad de bailes, estrenar de vez en cuando alguna pieza de ropa; y llevar á su mamá y á sus tres hermanas muchos dias al café.... Ja, ja, ja.... ¡Me enamoraron bastante sus pícaros ojos negros! Recuerdo que me hizo afeitar el bigote y la mosca, mandándome que dejara crecer mis patillas, porque dijo que me queria muy inglés. ¡Tan *inglés* como me dejó! Ja, ja, ja..... ¡Qué deliciosa era esta muchacha!

Este otro pañuelo es de Mariquita, la muchacha mas aturdida y mas insensible que he conocido. Con la misma indiferencia amaba que salia á paseo: su apatía llegó á picarme, y me propuse lograr que me amara, por amor propio... pero tuve que desistir de mi propósito. Recuerdo que una noche me encontré con tres rivales mios; los tres favorecidos.

Este paquete de cartas de letra tan infernal escita en mí una gran satisfaccion. Me las escribió una muchacha tan áspera como el concepto y la letra de sus epístolas; una muchacha muy séria, que á los pocos dias de tratarme me dijo: «que ella nunca se enamoraria

de ningun hombre rubio." Esto me decidió á enamorarla; porque yo soy rubio y porque nunca me he empeñado en cosas fáciles. Me costó mucho tiempo de conquistar, pero despues... no sabia cómo desprenderme de ella..... Me acuerdo que me despedí á la francesa..... No le gustaba ningun hombre rubio... Ja, ja, ja...

Este pañuelo marcado con una J. de pelo, recuerdo que me lo regaló una novia que adquirí por traspaso. Su novio R. me suplicó que se la escamoteara, y yo por darle gusto la enamoré, lo que no me fue dificil; no lo digo por mi mérito, sino porque Juanita era fácil de enamorar. Lisonjeándola mucho y celebrando á cada momento su hermosura, cualquiera se hacia plaza en su corazon. Me acuerdo que quince dias estuve hecho un merengue; pero recuerdo que al décimo sexto me empalagué.

¡Qué recuerdos despierta en mí esta otra carta! Es de una muchacha muy jóven; de Blanca, de la muchacha que he visto sonreir con mas gracia. Me enamoraron sus sonrisas. Era una jóven encantadora, que recelaba de mí, y me queria con miedo. Nunca pude convencerla de que la amaba; un dia me creia y al siguiente dudaba de mí. Esto me producia gusto y sentimiento. Nuestros amores concluyeron porque ella quiso... le dijeron falsamente que yo tenia relaciones con no sé quién.... y me dejó cesante.

Concluyamos. Al fuego todas estas baratijas. Necesito reducirlas á cenizas. Voy á unirme á un ánjel, y no quiero sembrar en él la semilla de los celos que produce la cosecha de la desunion de los matrimonios. No quiero que tenga celos de mi pasado. Y arrojó á la chimenea la caja con su contenido. El elemento devorador se encendió en llamas.

Fermin las contemplaba en un éxtasis estúpido y silencioso. Los objetos crugian al quemarse arrojando débiles quegidos.

Creyó Fermin que eran sus recuerdos que le decian: «¡Adios!"

Estaba triste... las llamas se engrandecian.

Poco á poco los objetos arrojados al fuego iban perdiendo su forma... se desvanecian como sus recuerdos.

Las llamas oscilaban al apagarse débilmente como saludándole al morir.

Eran los recuerdos de su juventud que le decian: «¡Adios! ¡adios! ¡adios!....

III.

Aurora está melancólicamente distraida.

Tiene un libro abierto, pasea los ojos por sus páginas, pero no

lee... Otra historia están leyendo los ojos de su alma en el libro de su corazon. Es la prometida de Fermin.

Se vá á casar mañana.

Contempla su pasado tan apacible, trascurrido en el seno de la familia, entre las caricias maternales y los desvelos de su padre, entre la paz de la inocencia y entre el encanto de los sueños de su alma vírjen: caricias que ya no tendrá, desvelos que echará de menos, paz que acaso pierda, sueños que pronto verá desvanecidos... y lágrimas silenciosas asoman á sus ojos.

En contraposicion de su pasado ve dibujarse en lontananza su porvenir. Ve al único hombre que ha amado, cariñoso con ella para toda la vida, vá á unirse á él por medio de esa lazada que forma dos de uno, que junta los sentimientos, la posicion y todo cuanto á cada uno de los dos pertenecia por separado... Y enjuga las lágrimas.

No es estraño que Aurora esté triste y melancólica.

Se vá á casar mañana.

IV.

Aurora y Fermin se han casado. Son felices. El está muy solícito con su mujer. Ella le quiere con idolatría.

Aurora dice: Los hombres solteros deben conocer el mundo y correr sus aventuras; así cuando contraen matrimonio son los mejores maridos.

Fermin dice: Mi pasado ha sido agradable pero inquieto: la vida de soltero es un sueño fugaz que pronto se desvanece. El matrimonio es el estado perfecto.

V.

Lectoras mias, creed á Fermin. Habla por esperiencia.

Jacinto Labaila.

EL FIN DEL MUNDO.

Un sábio aleman ha lanzado desde el rincon de su estudio una espantosa profecía, asegurando que el mundo tendrá fin en el dia 13 del próximo Junio.

Esta asercion ha causado entre los hombres un profundo desasosiego, y muy justamente.

Los libros santos nos hablan del juicio final, y los profetas con-

vienen en que ha de llegar un dia de esterminio y destruccion para el universo; dia en que al sonido de la trompeta del ánjel de la muerte, volverá á la nada cuanto de ella ha sido creado. Hasta aquí van acordes los profetas y el sábio aleman. Aquellos, empero, aseguran que muchos años antes de tener lugar tan tremendo acontecimiento, las mujeres se tornarán estériles, la tierra infecunda, y vendrán otra porcion de desastrosas calamidades para el género humano. El profeta de nuestros tiempos se ha propuesto, lleno de caritativo celo, ahorrarnos todos estos preparativos; que el fin del mundo nos pillase de susto. ¡Lástima que, en obsequio al sosiego que en este caso hubiéramos seguido disfrutando, no haya renunciado generosamente á su gloria profética!

Lo cierto es que, segun su dicho, faltan ya pocos meses para que se venga abajo de un golpe, y se hunda en el abismo de la nada, el inmenso edificio social que á costa de tantos afanes y esfuerzos y fatigas y con el trascurso de tantos siglos han conseguido los hombres levantar. Esto indudablemente es muy justo; edificaron sobre terreno y cimientos que no eran de su propiedad, y el sumo Hacedor, autor de la naturaleza, reclama su derecho.

¿Habrá muchos que traten de disputárselo?

Esto está fuera de cuestion. Sucederá inevitablemente. La duda versaba hasta de ahora acerca del cuando, pero ya no existe la duda: el sábio aleman la ha hecho desaparecer, y ha venido á dar al traste con todos nuestros cálculos y nuestros proyectos.

La fecha del 13 de Junio llena por sí sola la inmensa estension del porvenir humano.

Adios ilusiones, adios esperanzas.

Colonos, no trabajeis los sembrados que no habeis de segar.

Jardineros, no injerteis rosales cuyas rosas no habeis de cojer.

Descansad hasta el dia tremendo, y dad gracias al profeta que os ha proporcionado el beneficio de poder emplear cinco meses en arrepentiros de vuestras faltas y en espiarlas.

Entre muchas me ocurre una idea tristísima: este es el último carnaval que disfrutaremos.

¡Oh! esto es horroroso, esto angustia á cualquiera.

Y ¿moriremos todos? ¿nadie ha de quedar para servir siquiera de cronista?

Solo encuentro consuelo pensando que el 13 de Junio acabarán para siempre los ódios entre los hombres, las envidias entre las mujeres, las discordias entre los casados y los celos entre los amantes.

Y las debilidades humanas.

Y las ridiculeces de la sociedad.

Y que el 13 de Junio acabarán las mujeres de engañar á los hombres.

Y de usar miriñaques que las ridiculizan, y tacones que las hacen caer.

Y no deja de ser un consuelo pensar que ya no veremos en los teatros *La cabaña de Tom*, ni *La cola del Diablo*, ni *La vida de Juan soldado*.

Y sobre todo desaparecerán y acabarán para siempre los avaros, los presumidos, los celosos, los quisquillosos, los imprudentes, los fátuos, los que presumen de talento, los audaces, los orgullosos, los intolerantes, los murmuradores, los embusteros, los curiosos, los indiscretos, los ambiciosos, los ociosos y los descontentadizos.

¡Bendito sea el sábio aleman que nos dá la seguridad de libertarnos de tantos males como nos abruman!

¡Es temible que á su consoladora profecía no haya acompañado un programa del órden que ha de guardar la funcion del 13 de Junio!

P.

EL ALMENDRO.

Su precoz lozanía,
sus muchas flores,
ostentaba un almendro
pomposo y jóven:
del débil árbol,
en flor helaba el fruto
furioso el ábrego.

Así tambien ostenta
con pompa el alma,
su precoz lozanía
sus esperanzas....
y van perdiendo
esperanzas y flores,
alma y almendro....

Jacinto Labaila.

CATECISMO DEL AMOR.

(Conclusion.)

P. Es muy antiguo el amor?
R. Sí, muy antiguo; cada dia lo vá siendo mas.
P. Cómo puede espresarse el amor?
R. De dos maneras distintas: positiva ó negativamente. Positivamente por medio de declaraciones verbales ó escritas, por medio de miradas lánguidas, sonrisas agridulces, suspiros en *fa sostenido*, gestos, contorsiones, etc. De un modo negativo lo espresan la turbacion, la cortedad y el embarazo delante de la persona amada, el rubor inmotivado é intempestivo y otras señales no menos infalibles.
P. Qué cosas aumentan el amor?
R. El desden y los celos.
P. Qué viene á ser el desden?
R. Un alambique de que se sirven las mujeres para probar los quilates del afecto y de la paciencia de los hombres.
P. Y los celos?
R. Hierros candentes que se aplican á las heridas del amor, ó matan al paciente, ó le curan para siempre.
P. Qué cosas disminuyen el amor?
R. La ausencia en algunos casos, pero sobre esto no puede darse una regla general; á las veces la ausencia engrandece las dimensiones del afecto.
P. Es lícito á una mujer corresponder á dos amantes á un mismo tiempo?
R. Semejante proceder seria abominable.
P. Pues, la mujer no está en la obligacion de pagar el afecto de que es objeto?
R. Ese precepto se entiende solo cuando la plaza está vacante.
P. Puede amar un hombre á dos mujeres á un tiempo?
R. Esta pregunta no necesita contestacion porque se parece bastante á una simpleza.
P. El amor admite pruebas?
R. Pocas, difíciles y arriesgadas. Conviene no esponerle á ellas.
P. Qué privilegio disfrutan los enamorados?
R. El de hacerse insufribles á los demás.
P. Y los correspondidos?

R. El de ser envidiados.
P. Cómo se dividen los amantes?
R. En correspondidos y fastidiosos.
P. Admiten subdivision los primeros?
R. Sí: en caseros ó novios con *superior permiso*, en ópticos ó de teatro y paseo y en telegráficos ó de balcon.
P. Cuáles son los mas felices?
R. Los que mas creen serlo.
P. Qué dificultades ofrece el amor?
R. Muchas y principalmente la de escribir sobre él porque no está sujeto á reglas como que depende en parte del bello sexo.

P.

A UNA VALENCIANA.

—

RECUERDO.—ESPERANZA.

Si lo futuro se alcanza,
si ansiosa la mente pierdo
en esa region que avanza....
¡hallo, niña, una esperanza!
¡hallo, ánjel mio, un recuerdo!

Y es la esperanza tan bella,
que marcha el alma tras ella
como imájen encantada....
¡sombra de tu sombra amada!
¡de tu cariño la estrella!

Y dulces recuerdos son
los que mi pecho atesora....
¡bella, fúlgida ilusion,
que el alma por siempre adora,
que idolatra el corazon!

Si amor eterno, incesante,
allá en tu pecho brotó,
ven á mi pecho anhelante:
cariño inmenso, constante,
quiero dedicarte yo.

Y será luz de tu vida
la estrella de la bonanza,
cruzará, niña querida,
tu pobre nave mecida
por el mar de la esperanza.

Y los dias que pasaron
serán de afecto la historia,
que aunque fugaces volaron,
para nuestro bien legaron
hermosa, eterna memoria.

Porque es bello idolatrar,
y entre placeres vivir,
y dos almas enlazar....
¡cuando ellas saben amar!
¡cuando ellas saben sentir!

¿Qué es amor? ¿qué es el anhelo
de inestinguible pasion?
¡para el amante desvelo
basta por testigo el cielo,
y por templo el corazon!

Guarda, mi niña, el encanto;
guarda, hermosa, tus delicias....
¡no dudes te adoro tanto,
que con gotas de mi llanto
comprara yo tus caricias!

Guarda, sí, guarda la palma
de los mas gratos ensueños,
vuelva á renacer tu calma....
¡tambien son flores del alma
los recuerdos halagüeños!

Y mira en el porvenir
bella imájen de consuelo,
¡si fuera un cielo el vivir,
y entre el amor sonreir,
será lo futuro un cielo!

Pues si un *mas allá* se alcanza,
y ansiosa la mente pierdo
en esa region que avanza....
¡hallo, niña, una esperanza!
¡hallo, ánjel mio, un recuerdo!

José de Castells y de Bassols.

Madrid Enero de 1857.

CORRESPONDENCIA.

En la quinta de los Alamos 9 de Febrero de 1857.

Adela mia, gracias una y mil veces por tu cariñosa y constante solicitud en proporcionarme noticias tuyas y de todas tus ocupaciones. Te aseguro que me causa un indecible placer cada una de tus cartas, y que no sé cómo pagarte el afecto que me demuestras en todas ellas.

Ante todas cosas te doy mi mas cordial enhorabuena por lo divertida que estás esta temporada concurriendo á los bailes. Si preciso fuera animarte á que continuases frecuentándolos, lo haria con el mayor gusto, pero conozco que este consejo te es innecesario. El relato que me haces de los bailes despierta en mi imaginacion el recuerdo de las veces que he asistido á ellos; viénenseme á la memoria aquellas noches de agitacion, de insomnio y de aturdimiento; noches en que yo, como todas, me creia feliz oyendo resonar en mi oido continuamente frases de galantería, cumplidos de sociedad y adulaciones de costumbre. No creas, sin embargo, que echo de menos todo esto; me considero mucho mas dichosa en esta soledad, que llena para mí de encantos la presencia de la persona á quien he hecho dueña de mi mano y de mi corazon.

Participo de la sorpresa y la alegría que te ha causado la llegada de Sofía y de su esposo, y espero que les signifiques mi afectuoso recuerdo.

Yo sigo llevando la vida de que te hablé en mi anterior, salvo el paseo que hemos tenido que suprimir en estos dias en razon del escesivo frio. Ayer amanecieron nevadas las crestas de la cordillera que circunda este valle, y con esto aumentó en belleza la perspectiva que se descubre desde esta quinta.

No sé qué contarte que pueda escitar tu interés para corresponder al que me inspiran tus cartas. En estas cercanías jamás ocurre suceso alguno que pueda considerarse como nuevo ni como digno de ser contado. Pero ¡ah! te hablaré de un propietario de estas inmediaciones llamado Julian N. que ha venido á su quinta de las Palomas, vecina á la nuestra, para llorar en este retiro (segun me han dicho) á la esposa que acaba de perder viajando por el estranjero. ¡Desgraciado, quizá viene á pedir á la soledad el consuelo que no ha podido encontrar entre los hombres! Es un hombre completamente original, y del cual refieren verdaderas escentricidades. No há muchos dias le vieron nuestros criados atravesar al oscurecer la vereda de nuestra quinta murmurando no sé qué estrañas palabras, y deteniéndose á cada momento para trazar en el polvo con el baston líneas y figuras, que despues borraba apresuradamente. Es al parecer un hombre jóven á quien aflije una verdadera desgracia. Se cuenta que pasa horas enteras recostado sobre un tronco de árbol, abismado en sus reflexiones, prorumpiendo á veces en imprecaciones y gritos lastimeros. Esta relacion tiene todo el sabor de una novela, pero es tal cual ha llegado á mi noticia. Por lo demás es un hombre bondadoso y caritativo como lo aseguran los campesinos. Ya te daré, si las adquiero, mas noticias de este singular personaje, cuya vida debe ser interesante.

Ricardo me encarga le ponga á tus pies. Estos dias anda muy ocupado en la direccion del arreglo del jardin. Hasta en esto me prueba su afecto, pues como conoce mi pasion por las flores, quiere proporcionarme el gusto de que vea florecer esta primavera los sonrosados *jacintos*, las azules *estrellas de mar*, los sencillos *tulipanes*, los fragantes ramos de *lila*, las blancas *azucenas*, los aromáticos *junquillos*, los perfumados *lirios de Florencia*, los hermosos claveles de *Muzquiz* y de la *Virjen*, y las rosas carmesies aterciopeladas de la *Malmaison* y de *Jury*, de la isla de Borbon, formando contraste con la nívea blancura de las de los rosales *Condesa de Murinais* y de *Provenza*, y con el delicado color de carne de los de *musgo* y *centifolia*. ¡Deseo tanto que llegue la primavera para disfrutar esta delicia! Para ese tiempo aguardo una visita tuya. Te destinaré un bonito y alegre gabinete con ventanas al jardin, y procuraré con mi cariño hacerte llevadera tu existencia en la quiuta.

Andas algo reservada conmigo en la relacion que me haces de tus amoríos; pero tus frases sueltas me hacen comprender, que has roto tus relaciones con M. No sé qué decirte pues me es desconocida

la causa y aun casi la persona. Te aconsejo que seas muy cauta en abrir tu corazon á afectos é inclinaciones, pues la lijereza en esta materia suele ocasionar disgustos. Es peligroso en amor dejarse arrastrar por impresiones momentáneas, y lo es mas todavía para nuestro sexo revelar por completo nuestros sentimientos.

Te doy gracias por la linda composicion música que me has remitido. Te encargo me mandes alguna pieza de canto de las que compone tu maestro, pues deseo complacer á Ricardo, que ha dado en el capricho de oirme cantar algo nuevo.

Sigo con interés tu descripcion de la moda en los trajes, pues ya sabes cuánta importancia damos todas á estas cosas.

Hasta otro dia. Recibe todo mi cariño. Tuya tu mejor amiga

Herminia.

Valencia 12 Febrero.

Mucho gusto me ha dado tu carta, mi querida Herminia, y no te perdono nunca el que seas tan perezosa en escribirme ¿Quién será ese misterioso personaje de la quinta de las Palomas? Has picado mi curiosidad y estás obligada á noticiarme cuanto de él sepas. Sofía no tiene menos deseos de saber la historia de tan original personaje, y como sabes su carácter se está ya forjando mil historias.

Estoy fastidiadísima de los sabañones hasta el punto de tener por su culpa ratos de mal humor. J. me ha traido un frasquito de pomada de casa de Moroder, que dicen los quita con mucha brevedad: veremos.

Estos dias he andado de tienda con Sofía, y entre otra porcion de chucherías, compramos en la perfumería de Tiffon «violeta de los Alpes" para el pañuelo; es una esencia muy deliciosa: siento no tener ocasion de remitirte.

Anoche estuve en el baile del Casino. En él hubo dos novedades. Se estrenaron las arañas nuevas que son del mayor gusto, y que derramaban torrentes de luz, tanto que el salon tenia increible claridad. La otra novedad fue el bailarse *Los lanceros*, reminicencia de las antiguas contradanzas que ha resucitado la filosofía de la moda. En efecto, la razon que dicen ha habido en París para introducir tal baile, es lo mucho que en los modernos se ajan los

miriñaques. Yo le bailé, pero aun no puedo decirte si me gusta ó no.

La orquesta es lo menos bueno de los bailes del Casino.

Noté que muchas de nuestras amigas llevaron, como yo, los mismos vestidos que en otros bailes: cosa de que me alegro porque no comprendo la razon de estrenar uno en cada noche.

Oí decir que faltaban muchas señoras, y en efecto no ví á las de G. M. á P. P. ni á otras; pero de todos modos los salones estaban llenos.

La B. de C. llevó un traje de gro ó muaré blanco con volantes adornados de anchas tiras de terciopelo color de cereza, y adornos á la cabeza del mismo terciopelo y oro.

L. R. llevaba un lindo traje de tarlatan blanco con muchos volantes adornados de galoncitos de color lila, y una pequeña sobre-falda bordada del mismo color. Su adorno á la cabeza eran ramos de violetas dobles.

C. Ll. de M. estaba muy elegante como siempre: J. R. llevaba un vestido blanco con volantes y sobre estos otros mas cortos color rosa.

R. R. lucía un traje blanco con volantes llenos de cintitas de raso color rosa y flores encarnadas y oro en la cabeza.

La elegante C. de la A. vestía un gracioso traje de seda lila y blanco.

Basta de baile. Mañana le hay de máscaras en el Liceo.

Pronto comenzará la segunda temporada de teatro. Dios haga que la empresa tenga en ella mejor gusto que en la primera. Entre las funciones de despedida ha figurado *La vida de Juan soldado*; bonitos versos pero el argumento y el objeto... *La vida de Juan soldado es muy larga de contar* como dice J. Esta noche harán *Españoleto*, obra de Asquerino, de que tengo muy buenas noticias y de que hablaré al próximo correo.

Te escribo muy de prisa, y en casa de L.: ni tiempo tengo para leer lo que he escrito, pero tú me dispensarás, querida Herminia.

Saluda á Ricardo, escríbeme, y no olvides nunca á tu

Adela.

Puede que mis relaciones vuelvan á anudarse ....

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

Candor. Candidez.—Falta de malicia en las palabras y en las acciones.

De la inesperiencia juvenil nace la adorable *candidez*, de la esperiencia de los viejos resulta la desconfianza. Aquella nos precipita en los errores y en los desengaños, ésta nos produce innumerables desasosiegos, y nos anticipa los sinsabores y las desgracias de la vida. Al paso que la desconfianza nos proporciona utilidad apartándonos muchas veces del error y del engaño, la *candidez* se nos muestra rodeada de dulces encantos.

¡Qué hermoso brilla el *candor* en la frente de las vírjenes! ¡Cuán dulcemente se revela en las acciones, en las miradas y en las palabras de los niños! El *candor*, hijo de la inocencia, hermano de la bondad, acerca nuestro espíritu al espíritu de Dios; las almas candorosas son una feliz transicion de los ánjeles á los hombres.

San Mateo dice: «Sed como los niños, no en falta de razon sino en estar exentos de malicia."

Caridad.—Esta virtud, hija de Dios, madre de todas las virtudes, es el lazo que une las almas haciéndolas hermanas; es el alivio de los que sufren, el consuelo de los que padecen; la que lleva el alimento á la cabaña del pobre, la lumbre á su hogar, el abrigo á su lecho y la esperanza á su corazon.

Caridad, virtud de las virtudes, cada obra tuya es un deseo de Dios, que las criaturas realizan. Tú eres un dulce rayo del sol de la Omnipotencia, un vivo destello de la ley del Eterno Bien. Do quiera que vas, vá contigo la bendicion del Todopoderoso, porque tú eres su hija predilecta. Tú vistes al desnudo, alimentas al necesitado, socorres al indijente, curas al enfermo, consuelas al afligido; tú eres el mas hermoso sentimiento del corazon humano, el mas adorable de los afectos y la primera de las virtudes cristianas. ¡Dichosos una y mil veces aquellos en cuya alma germinas! Sus dias serán benditos por el Señor y eterna será su bienaventuranza. Y su posteridad será dichosa, porque las virtudes de los padres purifican el alma de los hijos.

La *caridad* acerca al hombre á Dios, y le perfecciona, y le enal-

tece; la *caridad* borra los pecados de los hombres; sin la *caridad* es imposible que el hombre sea virtuoso.

La *caridad* es además un deber para el hombre social. Este deber estamos tenidos á cumplirle en cuanto alcancen nuestras fuerzas. No á todos es dado sentir ese santo esceso de abnegacion sublime que conducia á los *mercedarios* á Arjel para rescatar á los cristianos que gemian en el cautiverio, que lleva á las *hermanas de la caridad* junto al lecho de los enfermos en los hospitales, y que hace vivir á cierto número de hombres en las grutas del monte San Bernardo; esos son espíritus privilegiados, que han recibido del Criador una predestinacion envidiable; pero nadie puede considerarse exento de la ley de la *caridad*, que cada cual debe ejercer segun sus fuerzas.

El evanjelio dice: «Sed caritativos segun vuestros medios; la *caridad* lo escusa todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo."

Cariño.—El *cariño* es un afecto sencillo y hermoso, que participa de la dulzura de la pasion pero no de sus arrebatos. Es un sentimiento vago é inesplicable, que se confunde con el amor; nace del espíritu sin intervencion alguna de los sentidos; es una afeccion tranquila é inefable que carece muchas veces de espresion propia y de objeto, que se aduna con la ternura, y que depende casi siempre de la sensibilidad del corazon.

El *cariño* es ese suave sentimiento con que amamos á nuestra madre, á nuestros hermanos y aun á nuestros amigos. El *cariño* nos proporciona sensaciones halagüeñas y momentos de felicidad, que no son generalmente el patrimonio de afectos de su mayor exaltacion.

Prescindiendo de que el *cariño* es una necesidad para los corazones tiernos y sensibles, estamos socialmente obligados á concederle y demostrarle á las personas á quien somos deudores de nuestra existencia, de nuestra educacion ó de nuestra fortuna.

El *cariño* se inspira á los demás por medio de los beneficios, de la bondad, de la dulzura, etc. y se siente con mas especialidad en la edad juvenil, como mas propia y dispuesta á ceder al impulso de los afectos. ¡Desdichado del que en esa edad es incapaz de comprender y de sentir el cariño!

Complacencia. Condescendencia.—Véase *Amabilidad.*

Circunspeccion.—El que reuniendo el conjunto de prendas que hacen estimable á una persona en sociedad, sabe dar á sus palabras y

á sus acciones la gravedad conveniente, atendidas las circunstancias de cada caso, posee la *circunspeccion*. Con ella se logra el respeto de los inferiores, respeto que no escluye la estimacion que les merezcamos por nuestros beneficios.

Conviene, sin embargo, no dejarse arrastrar por un exajerado espíritu de *circunspeccion*, que puede llegar á ser ridículo, y menoscabar la idea que se tenga formada de nuestro talento y buen sentido. Es bueno tener presente que la virtud huye siempre de los estremos.

¡ES VERDAD!

Entró un niño en un jardin,
y entre sus flores distintas,
su atencion llamó una rosa
por sus colores divina;

Fue á cojerla, y presuroso
retiró la mano herida,
que al acercarla á su tallo
clavóse en ella una espina.

Y el niño esclamó—En mal hora
busqué tu hermosura altiva,
cuando otras preciosas flores
hallara menos esquivas.—

Y arrancó una violeta
que solitaria vivia,
como el alma que alimenta
solo una ilusion querida.

Mas pronto la violeta
plegó sus hojas marchita,
mientras la rosa guardaba
nuevo perfume á la brisa.

Y es fama que ésta al pasar
junto á su cáliz, decia:
—Cuanto mas bella es la flor,
Debe tener mas espinas.—

Tomás Solanich.

MARIA.

A mis amigos Enrique Maupoey y Constantino Maz.

I.

¡Corred, corred! ¡Vengan cables, encended hogueras! ¡Un buque se ha estrellado! ¡Pobres náufragos! ¡Ni aun la luna podrán ver al dirigir sus ojos por vez postrera al cielo, que solo los relámpagos iluminan de cuando en cuando!...

Las rocas húmedas se llenan de grandes hogueras que sirven de faros; saltando van por ellas los hombres de la aldea como sombras fantásticas, y aquí y allá echan cuerdas al mar, y gritan, y llaman, y animan á los náufragos.

La roja luz de las hogueras envia su reflejo lúgubre á las furiosas ondas, cuyo chasquido forma como un ay continuado é inmenso. No parece sino que ese mónstruo, que apellidan mar, quiere ahogar hasta los míseros ayes de sus víctimas.

Mástiles, tablas, cajas y objetos mil en confusion informe sobrenadan, mezclados con los náufragos que sobreviven, y luchan, y reluchan... Y unos objetos se separan, y el mar los despide sobre las peñas, ó se los lleva á fondo, y sobrenadan los cadáveres, y braman los truenos, y furioso turbion apaga las hogueras.

¡Pobres náufragos! Los elementos se conjuran en vuestro daño, pero los hombres no: caritativas son las gentes de la aldea, y reanima su fervor un anciano sacerdote, que les exhorta con su ejemplo. A pesar de su edad, baja de roca en roca hasta los puntos mas inaccesibles, ayuda á conducir á los náufragos que se salvan, y les prodiga palabras de amor y de consuelo y cuidados paternales.

¡Bendicion al ministro del Señor que cumple su mision de caridad y amor sobre la tierra!...

Es un cuadro sorprendente, una lucha terrible de la caridad contra los desatados elementos: lucha representada sobre escarpadas rocas, bajo un cielo encapotado y oscuro, acompañada de la armonia tremenda de los truenos y las olas, los alaridos del viento y el rumor de la copiosa lluvia, y fantásticamente iluminada de vez en cuando por sierpes de fuego que cruzan el espacio.

II.

Pasó la tempestad. En el cielo opaco, en las rocas húmedas, en el pueblo y en el valle y en las murmurantes espumosas ondas

queda aun su recuerdo. Entre los habitantes de la aldea reina aun profunda, tristísima impresion.

Cuatro náufragos han podido salvarse, cuatro robustos marineros que lucharon serenos con las olas. Además se han recogido seis cadáveres, los otros... Dios solo sabe dónde están.

La campana de la iglesia dobla á muerto. Los habitantes de la aldea acuden á su pequeño templo. Celébranse los fúnebres oficios, y todos acompañan á su pastor al cementerio. Llenan su recinto un sinnúmero de cipreses y de sauces caprichosamente plantados, formando un bosquecillo que encierra en el centro una alta cruz. No hay tapias, ni se ven huesas abiertas ni restos humanos como en los cementerios de otras aldeas; ni mármoles ni doradas inscripciones como en los cementerios de las ciudades. Pequeñas cruces de madera, enclavadas aquí y allá sobre la tierra, y cercadas de rosales silvestres, ó colgadas de los troncos de los cipreses y de los sauces, dicen á cada familia dónde están los restos de los suyos. Los corazones guardan la memoria de los que fueron, así como la historia de cada familia la guarda la tradicion del pueblo aprendida de la boca de los ancianos.

¡Sea la tierra leve á las víctimas del mar!

Elevad, elevad preces por aquellos cuya tumba será ignorada de sus madres, sus amadas, sus hermanas y sus hijos.

¡Sea la tierra leve á las víctimas del mar.

III.

Los gritos de unos niños llaman la atencion de los aldeanos que regresan del cementerio, y guiados por ellos corren hácia la costa. A la arenosa orilla de una pequeña ensenada unos niños atraidos hácia allí por los ladridos de un perro de Terranova han descubierto un grupo de náufragos. El descender hasta ellos es casi imposible. Las rocas están cortadas perpendicularmente sobre la ensenada, formando un semicírculo; el frente de la ensenada está defendido por el mar.

Un jóven se ata una fuerte soga por la cintura, hace la señal de la cruz, y desciende sostenido por muchos de sus compañeros. Ya pisa la arena; el perro, cuyo ladrido calló desde que el jóven comenzó á descender, le acaricia como para darle las gracias. Los náufragos son dos hermosos jóvenes de diferente sexo, y una niña de cortos años... Si eran sus padres la niña es huérfana...

El valiente jóven desata la soga de la cintura, y ciñe con ella los cadáveres que los de arriba suben. La soga desciende, el perro se deja atar dócilmente por la mitad de su cuerpo, y cójese á la soga con la boca. Con la niña en los brazos asciende por fin su salvador.

¡Qué hermosa es la niña! Su corazon palpita débilmente, un lijerísimo aliento se escapa de sus pálidos lábios, pero sus ojos están cerrados, sus carnes frias, sus rubios cabellos empapados como sus ropas con el agua del mar.

¿Vivirá? Y si vive, ¿qué será de la pobre criatura? ¡Ay! ¿Quién la guiará al cruzar el mar de la existencia si perdió á su madre?

Todas las madres se disputan con afan el prodigar sus cuidados á la pobre niña. ¡Bendicion al afecto de la madre, sentimiento purísimo que revela sobre la tierra el desinteresado amor del Criador!

Venid, venid: entonemos de nuevo las fúnebres plegarias: abrid dos huesas mas bajo los sauces... No, no: abrid tan solo una, no separeis lo que la muerte unió. Una sola cruz dirá á la pobre niña dónde están sus padres; porque eran sus padres, segun dicen sus facciones, segun cuentan los marineros que se salvaron del naufragio... No saben empero quiénes eran, de dó venian ni adonde iban. Eran unos señores muy ricos, y á los que el capitan consideraba mucho; pero ellos ¿qué saben ellos, los pobres marineros? El grande perro era de los señores: llevaban criados y criadas y el mar los ha tragado á todos.

El jóven que ha salvado á la niña es hijo de un anciano pescador, y tiene un hermano pequeño que se llama Ivan. Padre y hermano viven de la pesca de Jacobo, y no obstante el anciano quiere quedarse la niña, y ser su padre hasta que su familia, si la tiene, la reclame.

IV.

Maria é Ivan crecen y se crian como hermanos. El es un poco mayor, y en sus juegos siempre la acompaña y la proteje. Y para ella busca las conchas mas bonitas de la costa y las primeras violetas del valle.

Y todos en la aldea aman á Maria, *á la niña del naufragio*. Y las jóvenes comparten con ella sus galas, y á la casa del anciano pescador se lleva siempre una parte de la pesca, y de las frutas, y de las cosechas, como tributos de caridad para la pobre huérfana.

Los años vuelan.

La niña del naufragio es la perla del valle. Hermana y consejera de las doncellas, modelo encomiado por las madres, consuelo de los ancianos, ideal de los jóvenes. Pero ninguno de éstos la dice amor, porque saben que Ivan es el pescador mas digno de María, por su figura, por su carácter y por su alma.

Mas ¡ay! no pueden llamarse aun esposos; no pueden colmar su dicha! A Ivan le ha cabido la suerte de soldado de la marina, y esperan su próximo llamamiento al servicio.

¡Ah! ¿Por qué la suerte viene á interponerse entre la dicha de dos almas?

V.

Es la estacion en que las violetas, las nadaletas y los jacintos dobles dan sus últimos aromas á las frescas auras, y los gradiolos tristes sueltan torrentes de su embriagador perfume.

El sol parece como detenido sobre la alta cumbre para decir adios á las ondas y al valle, enviando sobre ellos esa luz purpúrea y melancólica que anuncia la hora de los misterios y del amor.

Ved á María y á Ivan sentados sobre una peña al borde de la ensenada en que se halló *la niña del naufragio.* La luz del crepúsculo ilumina sus rostros nobles y simpáticos. El de ella blanco, ovalado, purísimo, como el ánjel de los gratos sueños; purpúreos sus lábios, azules, dulcísimos sus ojos, en los que con inefable confusion se aduna el fuego de un corazon sensible y el candor de un alma infantil y pura. El de él varonil, pero delicado, moreno y espresivo por su mirada y por la melancólica sonrisa que su alma, buena pero entristecida, envia á sus lábios ornados de negro vello. Las brisas húmedas del mar juegan de contínuo con su negra rizada cabellera.

¡Ay! ¿por qué la suerte viene á interponerse entre la dicha de dos almas?

Ivan y María no se hablan. Sus manos unidas adunan las pulsaciones de su corazon; sus miradas dícense á una sus deseos, su afliccion y sus temores.

Y el sol ha desaparecido; y las brisas húmedas del mar van á murmurar amor entre las flores del valle, al compás de los arroyos de los ruiseñores y de las fuentes, y las ondas estrellándose inquietas contra las rocas, envian hasta los pies de los amantes nubes de espuma como lluvia copiosa de menudas perlas.

Cuando el sol salga han de separarse los amantes. ¿Será para siempre? ¡Qué inmensidad de sufrimientos antes de volver á reunirse! ¡Pobre María, qué feliz hubiese sido si nunca hubiera de separarse de Ivan, del amigo de la infancia, hermano del corazon, amor del alma!

VI.

—Ven, María. Allí sobre la tumba de tus padres te diré mi adios... Ven, cojerás un ramo de las *siempre-vivas* que sobre ellas crecen, y yo le llevaré sobre el corazon como un talisman de amor. Ven, ven, allí me jurarás velar los últimos dias de mi anciano padre. ¡Ay! tú cerrarás sus ojos cuando duerma el sueño eterno, y tú cuidarás de los rosales silvestres que plantarán sodre su huesa... Ven, María, que la luna parece complacerse en hacer su carrera con rapidez mayor, y pronto el sol arrojará su fuego sodre el inmenso mar.

¡Ivan! ¡hermano de mi vida! ¡amor de mi existencia! ¡Ivan!

Y los jóvenes se postran ante la cruz rústica, sobre la tierra santa que guarda las cenizas de los padres de María, y sus almas henchidas de amor y de tristeza elevan á Dios elocuentisima plegaria; á Dios que todo lo comprende y en el que tienen fé.

El crepúsculo de la mañana anuncia en tanto con su luz tímida la próxima aparicion del luminar del dia.

Un anciano, octogenario sacerdote, apresurando su paso vacilante cuanto le es posible, atraviesa *el campo de los muertos*, y entre los sauces y los cipreses encamínase hácia el sitio en que se hallan María é Ivan, y con voz dulce y cariñosa les llama por sus nombres.

Ivan y María le oyen cuando está ya cerca de ellos; se levantan y corren á su encuentro.

—¿Por qué llorais? pregunta el sacerdote.

—Vamos á separarnos, contesta Ivan pasando la mano por sus ojos y por su frente, en tanto que María inclina sobre el seno su encantadora cabeza, y deja libre curso al llanto que baña sus mejillas.

—¡Quién sabe! añade el anciano.

Padre mio, la niña del naufragio no verá á su hermano cuando ese sol que tan hermoso sale del mar se oculte en el ocaso.

—¡Quién puede, hijos mios, adivinar los secretos de Dios! ¡Quién seria capaz ni aun de acertar qué os sucederá á vosotros

antes de que se pase nn dia! Tú, Ivan, no irás ya al servicio; tu suerte ha sido redimida y otro servirá por tí.

—¿Cómo? esclaman ambos jóvenes despues de unos segundos de estupor.

—Pero, añade el anciano párroco, quizás el dia que recobres tu libertad pierdas el amor que te la hacia desear.

Los jóvenes se miran sobresaltados y piden la esplicacion de aquellas palabras.

—Oid y no me interrumpais. María, sé ya quiénes eran tus padres, conozco á tu familia. Noble y distinguida te volverá á su seno, y te entregará un nombre ilustre y una posicion brillante segun el mundo; pero habrás de olvidar para siempre el amor del pobre marinero.

—Nunca.

—¡Dios mio!

—Os he dicho, jóvenes, que no me interrumpais. Si María quiere continuar viviendo en nuestro valle y llamarse esposa de Ivan, su familia será para ella un secreto eterno, y no la dará sino algunos bienes y votos por su dicha. Ivan, dame el brazo para regresar á la abadía, y no vuelvas á hablar á tu hermana hasta que yo te anuncie su resolucion.

Ivan inclina la cabeza, y ofreciendo el brazo al anciano cura se encamina al pueblo sin que aquel se atreva ni á mirar á su adorada.

María les acompaña con la mirada hasta que se pierden entre los árboles; luego enjuga sus lágrimas, se postra de nuevo ante la cruz del sepulcro de sus padres, y con faz gozosa é imperceptible pronuncia un juramento.

VII.

Aquella misma noche Ivan supo la resolucion de María.

Seis dias despues era su esposa. El cura de la aldea les entregó un crecido dote por encargo recibido *en confesion*. Su riqueza y su ventura es la riqueza y la ventura de la aldea, porque *la niña del naufragio* es la perla del valle y el ánjel del bien para sus sencillos moradores. Jacobo, el salvador de María, tiene en la felicidad de su hermano y en la suya propia la recompensa de su caritativo valor en el dia del naufragio.

Eduardo Alard.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA B.ª DE C.

Si el genio inspirador del pensamiento
inflamara mi mente,
yo arrebatado en entusiasmo ardiente
mi ronca voz alzara, y de mi acento
poderosos los ecos resonando,
llenaran cielo y mar y tierra y viento.

Entonces despertando
de mi sopor profundo
vuestras gracias, señora, cantaria,
y vuestro nombre, manantial fecundo
de inspiracion sagrada, llegaria
al último confin del vasto mundo.

Entonces como el águila altanera
al aire alzando el arrogante vuelo
en alas de la ardiente fantasía
cruzar pudiera la region vacía,
salvar las nubes y escalar el cielo.

Mas la tierna avecilla
cuyas débiles plumas
jamás flotaron en la azul esfera,
¿cómo las alas desplegar pudiera
para llegar á tan inmensa altura?
¿cómo fijar los ojos
en el brillante sol de la hermosura?

Inútil porfiar... al fin rendido
mi temerario vuelo detuviera,
los ojos deslumbrados
por tan intensa luz retrocediera,
y débil, moribundo,
mi canto entre mil cantos confundido,
no llegara jamás á vuestro oido.

Y pues mi pobre acento
no podrá nunca alzarse prepotente
para espresar mi grande pensamiento,
el entusiasmo ardiente
que vuestro nombre inspira
siéntalo el corazon, calle la lira.

Joaquin Serrano.

LA PRIMAVERA Y EL ESTIO,

COLECCION DE POESIAS

de Don José Selgas.

Así como por la arquitectura de un edificio se conoce la época de su construccion, así por el estilo de los poetas se conoce la época en que han brillado. Cada poeta es la espresion viva de las ideas, de las tendencias y de los sentimientos del tiempo en que ha nacido; en una palabra, es su espíritu exhalado en la cadencia armoniosa de la rima.

En España, en lo que llevamos de siglo, se han succedido tres épocas, harto heterojéneas entre sí. La primera, época de restauracion de las letras, sacadas de su marasmo por el dulce Melendez, está retratada en las odas de Quintana y de Nicasio Gallego. Entonces España se agitaba en bélicos sentimientos; entonces el *capitan gigante* queria uncirla al carro de su victoria, y todos los españoles peleaban por la independencia de su patria; entonces tras la postracion de las letras castellanas llegó su engrandecimiento y se leía con avidez: por eso Quintana y Gallego en estensas como magníficas odas espresaban sus altos pensamientos en el lenguaje grandilocuente que las acciones magnánimas inspiran.

La segunda época, época de la *personalidad*, no pudo prestar á los poetas acciones heróicas que cantar, porque carecia de ellas; perdió la fé; la duda y el desaliento pusiéronse en moda, y llegaron los vates escuálidos y de largas melenas con sus imprecaciones y sus lágrimas. Entonces aparecieron Espronceda y Zorrilla acaudillando una numerosa taifa de bardos lacrimosos y blasfemos. La época estaba fatigada y sin creencias: necesitaba leer algo que armonizase con su espíritu, y Espronceda, mas fatigado aun que su época, dejó oir sus

cantos desgarradores, entonados en su bien templada cítara, y el romanticismo de la escena se infiltró hasta en las regiones de la poesía lírica. Vino la tercera época, y esta época de la *indiferencia*, sin sucesos dignos de relatar, cansada de leer el sinnúmero de volúmenes dados á luz por la anterior, empalagada de poesía y de romanticismo, busca ya únicamente la sencillez en las composiciones, la moral en su fondo, el laconismo en su forma. Su representante es Selgas. Vamos á ocuparnos de él.

En el magnífico libro que ha publicado se encuentra cuanto de la poesía reclama la época actual: brevedad en las composiciones, injeniosa invencion, moralidad y versificacion fácil. Son unos deliciosos poemitas, que tienen algo del idilio y del apólogo, el aire triste de las composiciones del Norte y la sencillez filosófica de las parábolas bíblicas. Tienen originalidad en el fondo y españolismo en la forma. En efecto, las *seguidillas*, metro esencialmente español, que se ha usado generalmente hasta ahora en composiciones jocosas, y las mas de las veces en composiciones chocarreras y del género bajo, ha sabido aprovecharlas Selgas tan felizmente, que las ha elevado á un grado de perfeccion desconocido hasta hoy en las composiciones sérias. Leed la *serenata* que empieza:

Vírjen de negros ojos,
de faz morena,
tus pálidas mejillas
son de azucena,
tu aliento aroma,
tu voz es el arrullo
de la paloma, etc.

Desde la aparicion del libro que nos ocupa apenas hay un poeta que haya prescindido de presentar sus pensamientos en seguidillas. Selgas ha dado importancia á un metro, que carecia de ella, no sabemos por qué razon.

De los poemitas de Selgas, aun de los mas lacónicos, puede sacarse alguna enseñanza, porque todos ellos encierran una moralidad, en lo que en nuestro concepto estriba su principal mérito. Personifica en ellos todos los objetos de la naturaleza, haciéndoles sentir, y dotándoles de las pasiones humanas, concluyendo con alguna aplicacion útil. A las veces deja este trabajo á los lectores. Como escelente ejemplo de leccion moral, dejando su aplicacion á la intelijencia del

que lee, se encuentra en «*La Primavera y el Estío*" el concluido soneto *El sauce y el ciprés*. Dice así:

Cuando á las puertas de la noche umbría,
dejando el prado y la floresta amena,
la tarde melancólica y serena
su misterioso manto recogia;
un macilento sauce se mecia
por dar alivio á su constante pena,
y en voz suave y de suspiros llena
al son del viento murmurar se oia:
—«¡Triste nací!—mas en el mundo moran
seres felices, que el penoso duelo,
y el llanto oculto, y la tristeza ignoran."
Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
—«Dichosos, ay, los que en la tierra lloran,"
Le contestó un ciprés, mirando al cielo.

Dejadme decir con el eminente crítico D. Manuel Cañete: «¡Qué interesante cuadro no ofrece este soneto, en el que un pensamiento el mas consolador y fecundo aparece ataviado con las galas de la mas selecta poesía! La debilidad humana se rebela contra los padecimientos, envidia una felicidad que no existe en la tierra, y que juzga no obstante ver á su lado, y se mustia y languidece suspirando por alargar una vida coronada de tristeza. Entonces el símbolo de la aspiracion y de la plegaria, el ciprés, cuyas ramas huyen de la tierra para acercarse al cielo, esclama, como si hubiese aprendido en el cielo mismo palabras tan consoladoras. «Dichosos los que lloran en este mundo, porque el dolor es el crisol en el que se depura el hombre."

Encantador es tambien el poemita «*La virtud*," en el que el vate Murciano saca la moralidad del título. Oidle:

En un valle riquísimo
por sus hermosas flores,
un clavel dulce y pálido
sin galas ni colores,
su vida melancólica
en triste olvido vió.
Pero al morir... sus pétalos

tornáronse olorosos,
y las flores y el céfiro
miraron silenciosos
crecer fecundo el sándalo
donde el clavel murió.

Es imposible pintar con mas verdad en cuatro pinceladas la vida y la muerte del hombre virtuoso. Magnífico es tambien el cuadro del poemita titulado «*La modestia.*" Si se atiende á su sencillez y lijereza, parece escrito por una mujer; si se atiende á su profunda filosofía por un hombre.

Muestra Selgas sus dotes de gran poeta en la eleccion adecuada de los metros, en la armonía imitativa de la frase y en la pintura de cuadros: emplea escelentes *alejandrinos* en «*El laurel,*" en el que despliega toda la pompa y gallardía del lenguaje de las Musas; y en «*El ruiseñor*" cámbia graciosamente de metros, imitando los tonos variados del canto del pájaro trovador. Como ejemplo de armonía imitativa fijáos en el siguiente:

—«¿Cómo te llamas?"—«Violeta,"
dijo temblando la flor.

Y en este otro:

Blandió el laurel sus tallos con arrogante brio,
y cuando al cielo altiva la frente levantó,
cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,
que al ímpetu doblóse y de placer gimió.

Como ejemplo de cuadro trazado con fácil brevedad, contemplad este de «*La golondrina,*" concebido en cinco versos:

Ave llena de misterio,
que al morir la tarde canta
en la cruz del monasterio,
que atrevido se levanta
sobre el rasgado peñon, etc.

Con placer seguiriamos enumerando una á una las bellezas de la coleccion de poesías que nos ocupa si los límites de nuestro periódico

nos lo permitiera; pero sospechamos que ya hemos invadido el terreno que no nos corresponde, y dejamos la pluma, no sin gloriarnos antes de haberla ejercitado en alabanza de uno de los jóvenes mas brillantes de nuestra patria, del poeta Selgas, honra del parnaso español.

Jacinto Labaila.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 19 Febrero.

No sé por donde empezar, querida Herminia. Te aseguro que si esta vida durara, no tendria bastante resistencia; que las diversiones llegan á cansar casi casi, como los quehaceres.

Estuve en el último baile de máscaras del Liceo, que creí no fuera muy concurrido, porque la noche estaba lluviosa; á pesar de ello, fue mucha la concurrencia y el brillo del salon. Sofia y yo embromamos mucho, y nos retiramos tarde.

El lunes pasado fuimos tambien al Círculo valenciano: hubo muchas máscaras y gran número de jóvenes conocidos. Sé de varias amigas nuestras que estuvieron embromando hasta muy tarde, pero disfrazadas á la lijera y sin quitarse la careta. Entre las mas graciosas máscaras vi tres labradorcitas, que me parecieron encantadoras, y te diria quiénes son sino temiera que les supiera mal. Sofía y yo, como puedes suponer, tampoco nos quitamos el antifaz.

Lo qne te he dicho de estos bailes, me hace creer que los pocos que quedan en ambas sociedades estarán muy lucidos. Yo pienso ir alguna noche aun.

En el *Casino* ayer llegó la concurrencia á un punto indecible: no cabíamos ni de pies. Vaya, si de esta no hay muchos casamientos digo que los hombres no tienen ni ojos ni sentidos.

Como siempre la B. de C. estaba encantadora: llevaba un traje de tul blanco con una sobre-falda azul claro, lacitos azules seda y blancos. Su adorno á la cabeza era de lo mas elegante, por su sencillez, pues no se componia mas que de unas caidas de terciopelo punzon con oro.

A. P. llevaba un traje blanco con sobre-falda adornada con un bullon de muaré azul, sobre la falda de bajo estaba adornada por dos grandes volantes blancos con otras interiores algo mas largas de

muaré azul adornado por lacitos. El talle le adornaban tiritas de terciopelo azul formando un enrejadito á cuadros.

La simpática E. V. llevaba un traje fondo blanco con dibujo de color rosa subido, que le sentaba muy bien, y adornada la cabeza con tiras blancas y hojas verdes. D. G. S. lucia un elegante vestido blanco.

L. R. llevó un vestido tarlatan azul con bordado blanco en los volantes. Las de M. llevaban trajes con los colores de las azucenas y de las rosas. Y... pero quién se acuerda de tanto traje bonito; aun temo que en los que he hablado habré incurrido acaso en algun yerro, pero lo que sí estoy muy cierto es que fue anoche uno de los dias mas brillantes del Casino. El lunes aun habrá otro baile, inútil es que te diga que me alegro.

Vamos al teatro. *Españoleto* es una produccion de buen género, la versificacion hermosa y yo á pesar de la costumbre, no sé por qué introducida de que no aplaudan las señoras, no pude menos de hacerlo al oir la poética descripcion de Játiva. Tambien es bonita la de las valencianas, verdad es que las valencianas la merecen. J. dijo que con el segundo acto suprimido le hubiese gustado mas; yo no entiendo de eso y te repito que me gustó. *Los pobres de Madrid* me gusta, pero hija, es de tanto sentimiento, que no deseo la repitan. El fin es moral, el argumento bien llevado, pero la esposicion se hace algo pesada. Oltra trabajó con conocimiento sumo el papel que desempeñaba y que indudablemente el mejor era del drama. Torromé tambien estuvo muy acertado, y Pastrana y los demás actores cada uno en su punto lo hicieron bien.

Serrate nos divirtió anoche mucho con su pasmosa habilidad; á mí me asustó muchas veces, y especialmente la prueba de las espadas me hizo cerrar los ojos y apartarlos de la escena.

Pasados los bailes te hablaré del teatro, que será nuestro recurso, con mayor detencion.

Siempre tuya

Adela.

Dime algo del dueño de la quinta de las Palomas.

Al amanecer del 20.

Vengo del *Liceo*, me he divertido mucho, ha habido mas de 500 personas.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

LA AMISTAD.

—

Valle de lágrimas llaman al mundo, y por corto que sea el círculo de nuestras relaciones, de cierto que no pasará un dia sin que sepais que se derraman.

¡Ay! y las que el mundo no vé derramar, suelen ser las mas copiosas y las mas amargas.

Perdonadme esta introduccion, lectoras. Bien quisiera escribir en jocoso estilo, y hacer aparecer de contínuo la sonrisa en vuestros lábios; pero harto hace el que tiene lleno de amargura el corazon, en no dejar deslizar ni una gota hasta su pluma.

Valle de lágrimas es el mundo; pero la bondad de Dios ha sembrado los consuelos en proporcion de los dolores.

La virtud es el primero de los consuelos depositados por Dios en nuestro corazon: cuando está arraigada en él, le fortalece en los contratiempos y en las desgracias, y no le deja envanecer en las prosperidades.

La amistad, despues de la virtud, es el mas poderoso de los ausiliares del hombre para cruzar por el valle de las lágrimas.

La amistad sonrie al hombre cuando comienza á tenerse en pie sobre la faz de la tierra, y le acompaña hasta que le llevan á descansar al seno de ella.

De cuantas aspiraciones encierra el corazon humano, ninguna alcanza en el mundo mejor satisfaccion, que esa simpatía instintiva que acerca desinteresadamente los corazones los unos á los otros, que les une en estrecho lazo, y les hace compartir las sonrisas y los placeres, las penas y las lágrimas.

La amistad es la primera de las flores del alma en la primavera de la vida.

Nace en ella antes que el amor.

Antes que el deseo de la gloria.

Antes que la ambicion.

La amistad dura como la *siempre-viva*, y es la flor del corazon en el invierno de la existencia.

Amad, que cuando no se os pague con desdenes, ó lo que es peor, con inconsecuencias y decepciones, el amor que alcanceis se desvanecerá como los fuegos fátuos, despues de haber inundado de luz vuestra alma por algun tiempo.

La amistad os acariciará aun cuando ya no tengais aliento para amar.

Que llenen vuestra alma entusiastas deseos de gloria, nobles aspiraciones de ambicion: el trascurso de los dias con su poder indeclinable vendrá á apagar vuestras ilusiones, vuestra ambicion y vuestro entusiasmo.

La amistad subsistirá sobre sus cenizas.

La amistad dura mas que el amor.

Mas que los deseos de gloria.

Mas que la ambicion.

El corazon humano no puede encerrar en sí, ni mucha felicidad ni mucha desventura.

Trasparéntase la felicidad en el rostro, rebósala el corazon, y os creeis mas felices cuando confiais vuestra felicidad á un alma amiga.

Los dolores, los desengaños de la existencia han vertido la hiel en el alma: amargas lágrimas brotan á los ojos, escóndense del mundo; pero se dejan correr á presencia de un amigo, y parece que se aminora nuestra pena.

La amistad duplica la existencia: la vida de nuestro amigo es nuestra vida, como la nuestra es la suya.

Hácense comunes los recuerdos.

Siéntense al par los goces y los placeres.

Adúnanse los deseos.

No se puede ser bueno y carecer de amigos, porque la amistad es el sentimiento de las almas virtuosas.

Legouve ha dicho: *Un hermano es un amigo dado por la naturaleza.*

Y los amigos, añado yo, *son hermanos dados por la Divina Providencia.*

Eduardo Atard.

EL CIERVO.

FABULA.

A mi amigo E. Maupoey. (1)

De un arroyo en la límpida corriente
contemplábase un ciervo cierto dia,

(1) El argumento de esta composicion, aunque se encuentra entre las fábulas de Samaniego, ha sido traducido directamente del *árabe* por la persona á quien va dedicada.

Samaniego debió tomarlo de Esopo, y es una cuestion entre los literatos si éste á su vez lo tomó juntamente con otros del escritor árabe Humer, ó éste del poeta griego. Es mas verosímil esto último, consultadas las fechas en que uno y otro escribieron.

ufano de ostentar sobre su frente
pomposa cornadura
de gallarda hermosura,
y descontento en cámbio se sentia
de las delgadas piernas que tenia.

En aquel mismo instante
de osados cazadores vió delante
muchedumbre animosa:
tiembla el ciervo á su vista,
mas en ágil carrera presurosa
atraviesa en un punto la llanura,
y mientra el cazador busca su pista,
internóse seguro en la espesura.

La agilidad de sus delgadas piernas
le dió su salvacion en la pradera,
pero las ramas de la añosa encina
detienen en el bosque su carrera,
y en tanto que la turba se avecina,
entre el ramaje espeso
por sus hermosos cuernos quedó preso.

En vano lucha por huir: la suerte
le retiene cautivo hasta que el dardo
del diestro cazador le dió la muerte.

A veces, como el ciervo, despreciamos
lo mejor y mas útil que tenemos,
y tanto en nuestro mal nos engañamos,
que á aquello que tal vez mas apreciamos,
la perdicion un dia deberemos.

P.

LAS HIJAS DEL CELESTE IMPERIO.

La fisonomía de las chinas es agradable.

Aunque tienen los ojos pequeños, la nariz algo chata y los lábios gruesos, su sonrisa es graciosa, su dentadura blanquísima y sus pár-

pados arqueados, aunque escasos de pestañas: tenerlos poblados es entre ellas una de las condiciones de la hermosura.

El cútis blanco es el preferido; la que carece de este color se vale para obtenerlo de cosméticos y afeites, á los que son muy aficionadas.

Pintanse el rostro de blanquete, las cejas de negro, y en el centro del lábio inferior y en la punta de la barba dibújanse un círculo de bermellon muy vivo de la forma de una oblea pequeña.

La cara de una china mirada de perfil diferénciase de la de las europeas en que tiene menos barba.

Las hay entre ellas que se tendrian por hermosas en Europa, pero su hermosura es de corta duracion.

Entre las mas hermosas se cuentan generalmente las tártaras, de ojos azules, de nariz aguileña, de cabello negro; tipo muy semejante al griego.

Tener los hombros muy bajos es circunstancia que halaga á las chinas; y vice-versa los chinos, para ser bien formados deben tenerlos muy altos.

Los dedos de las manos de las hijas del *celeste imperio* son afilados y de forma cónica, y sus uñas estremadamente largas, con el doble objeto de impedir que la estremidad del dedo se ensanche, y de dar á la uña una forma redonda, que es muy elegante entre ellas. Dichas uñas están divididas por córtes á propósito para aplicar en la estremidad del dedo otra postiza, que les sirve para tocar el *Tsing*.

Adornan sus dedos con chapitas de plata ó de oro; llevan atados sus negros cabellos con cintas de colores y sujetos en pequeñas tufas, separadas por una aguja de plata, y visten ceñidores de raso amarillo ó de marta azul que ajustan sus zagalejos generalmente verdes, matizados de mariposas de mil colores.

Una costumbre bárbara seguida en Pekin y todas las ciudades del imperio, es la de la reduccion del pie á la mitad de su tamaño natural: costumbre que nace de considerar los chinos como modelo de belleza un pie inverosimilmente pequeño.

Para lograr este objeto, cuando son niñas doblan sus pies hasta que la punta de sus dedos se junta con la planta y los fajan apretándolos fuertemente.

Cubren sus pies con zapatos bordados de lentejuela, y los tobillos con ropa de diferentes colores guarnecida de franja y bellotas.

De aquí nace que las chinas no puedan andar como nosotros;

andan estraordinariamente rectas, no doblan nunca las rodillas, y cuando saludan inclinan la parte superior del cuerpo haciendo un movimiento de rotacion sobre la cadera que les sirve como de eje: en los brazos, al contrario, tienen una movilidad estremada.

Las chinas de familias acomodadas nunca andan á pie, porque casi se imposibilitan de hacerlo, merced á la costumbre bárbara que antes describimos, y se hacen llevar en sillas de manos ó palanquetas. Las de la clase media, en vez de palanquetas usan una especie de carretones.

La posicion de las mujeres principales es bastante cómoda y agradable, mas no la de las que pertenecen á la clase inferior, pues muchas de ellas trabajan con un niño á cuestas y ayudan á tirar el arado.

Las chinas de la clase media no comen en la mesa de sus esposos, y ni aun pueden sentarse delante de ellos sin haberles pedido permiso.

Las chinas suelen pasar largas horas fumando, para lo que llevan una bolsita de seda con una pipa y tabaco, suspendida de la cintura. Suelen tambien ocuparse en bordar géneros de seda, ó en pintar en gasas finísimos pájaros, insectos y flores.

Muchos filósofos chinos han reprobado la poligamia; pero á pesar de dichos filósofos, algunos ricos del pais contraen matrimonio con dos ó mas mujeres: esta costumbre poco generalizada no escluye sin embargo el amor y la constancia del corazon de las chinas.

Los casamientos en el celeste imperio se efectúan con ciertas ceremonias que cremos oportuno referir. Los jóvenes antes de ver sus esposas se entienden con los padres de ella. Celebrados los contratos, el prometido regala una infinidad de objetos de mucho precio á la familia de su prometida. No tiene mas noticia de ésta que las que le ha dado su casamentera; pues es costumbre entre los chinos no conocer á sus futuras hasta el dia de la boda. En este dia la novia se despide de sus padres, y metiéndose en un carruaje de ceremonia se dirije á la habitacion de su prometido, el que la espera en el dintel de la puerta. Uno de los parientes abre la portezuela del carruaje. Si en esta primera entrevista la novia no gusta al novio, tiene éste el derecho de desecharla; pero con la condicion de dejar en poder de los parientes de ella todos los regalos que les habia hecho, y además cierta cantidad de dinero si éstos se la exijen. El cortejo que acompaña á los desposados va escoltado por una porcion de músicos.

Los chinos quieren mucho á sus mujeres generalmente, y están convencidos de que son las mas hermosas del mundo.

En las paredes de sus habitaciones no colocan mas que un cuadro. El retrato de la mujer que aman.

Los chinos buscan en sus mujeres las mismas cualidades que los europeos, que sean fieles, honestas, tiernas con sus hijos, aseadas y económicas.

Sin duda es porque la belleza física tiene muchas fases, al paso que la belleza moral no tiene mas que una sola, y así se esplica como la idea de la primera es tan distinta en los varios paises del universo, y la segunda tan uniforme en todos los puntos del globo.

Mercedes C. de M.

EN EL NATALICIO DE LA NIÑA C. P.

Resuenen dulces cánticos
de dicha y de contento,
que en armonía unísona
rasgando el puro viento,
con entusiasmo férvido
festéjente al nacer:
arrúllente los ánjeles
con místicos loores,
y en este humano báratro,
mansion de los dolores,
la mano del Altísimo
te guie por do quier.

Que nunca encuentres árida
la senda de la vida,
y al trasponer los límites
de tu niñez florida,
no queme ardiente lágrima
tu encantadora faz.
Brille en tu frente el púdico
matiz de la inocencia,
guarde tu pecho incólume
su virginal esencia,
y cérquete una atmósfera
de dichas y de paz.

Hoy tu mirada límpida,
tu tez de nieve y rosa,
tus manecitas trémulas,
tu frente pudorosa,
y tus megillas cándidas,
teñidas de arrebol,
son nuncios, niña anjélica,
de tu beldad naciente,
como entre nubes de ópalo
por el rosado Oriente
anuncian los crepúsculos
la luz del nuevo sol.

Mañana el aromático,
tiernísimo capullo,
que en la pradera mécese
al virginal arrullo
de las caricias lánguidas
del aura del Abril,
al entreabrir sus pétalos
del sol á los fulgores,
será una flor purísima,
envidia de otras flores,
delicia de los céfiros,
adorno del pensil.

S.

CONTRA UNA COSTUMBRE AÑEJA.

Si yo fuera mujer é hija de la ciudad del Túria, no me encerraria en esos feos vehiculos, que son el martirio de los amantes, la alegría de las mamás y la risa de los forasteros.

Hablo de las tartanas.

Es el carruaje mas ridículo que se ha inventado.

Su forma es la de un baul con ruedas, su movimiento es incómodo.

Las muchachas no pueden lucir dentro de él ni su hermosura, ni vestidos. Las bonitas, vistas por entre esa pared de niebla que forman los cristales, parecen feas. Las feas son las únicas que debian ir

en tartana, porque al través de los cristales no lo parecen tanto.

Valencianas, habeis adquirido una mala costumbre.

Nunca andais á pie.

Os encerrais en vida en esos ataudes ambulantes.

En ellos vais á la *Alameda* haciéndoos la ilusion de que vais á paseo.

En ellos vais á misa.

En ellos vais de tiendas.

En ellos vais á visitas.

En una palabra; en ellos vais á todas partes.

Y esta costumbre es perjudicial para vosotras.

Porque escondeis vuestras hermosuras, lo que es contra vuestro interés.

Porque no lucis vuestros flecos y vuestros trajes, lo que es contra vuestro gusto.

Paisanas mias, abolid las tartanas. No os oculteis.

Las estrellas no brillan entre nubes.

Las flores no tienen lozanía en los invernáculos.

Y vosotras escondidas en las tartanas sois estrellas apagadas.

Sois flores de invernadero.

PENSAMIENTOS.

Las jóvenes deben ser amables, bastante para no parecer orgullosas, no tanto que se las pueda creer coquetas.

—

Una camelia en la cabeza de una jóven es de mejor efecto que los adornos de brillantes.

—

Las cintas, las flores y las perlas están de sobra en la cabeza cuando tiene abundantes y hermosos los cabellos.

—

La sencillez y el buen gusto producen la elegancia.

E. A.

CORRESPONDENCIA.

En la quinta de los Alamos, 24 de Febrero de 1857.

Mi querida Adela: conozco que ha escitado tu curiosidad el dueño de la quinta de las Palomas, y felizmente me encuentro en el caso de poderla satisfacer, contándote su historia casi por completo. Mi esposo pasó á visitarle para ofrecérsele como vecino, y ha entablado, ó mejor dicho, reanudado con él un trato de bastante confianza, pues han sido compañeros de colegio. Ricardo me ha trasmitido la relacion de la vida de su amigo, gran parte de la cual le ha sido confiada por éste. Ayer estuvo á devolver atentamente á Ricardo su visita, y pude satisfacer mi deseo de verle y hablarle. Su edad podrá ser la de 30 años. Su presencia es agradable y su fisonomía simpática y varonilmente hermosa. Tiene brillantes y rasgados ojos negros, nariz aguileña y una de esas bocas que sonrien siempre. Lleva además crecida la barba, que es de un negro azabache como el cabello.

A mi vez te trasmitiré las noticias que Ricardo me ha dado acerca de su historia, que en verdad no deja de ser interesante.

Julian N. es hijo de un propietario de esa ciudad, persona bastante conocida y notable en su tiempo, ya por su posicion, ya por los servicios que prestó á la patria durante la invasion francesa en 1808.

Julian hizo sus primeros estudios, juntamente con mi Ricardo, en el colegio de San Pablo de esa ciudad, en el cual por la bondad de su carácter y por su aplicacion supo captarse el aprecio de sus iguales y la estimacion de sus superiores.

Mas tarde, cuando cumplió los 19, su padre le dedicó al comercio, y á este fin le envió á Cádiz á casa de un acreditado comerciante, antiguo amigo suyo. En ella fue recibido con la mayor satisfaccion por toda la familia, que pagaba con la benévola y cordial hospitalidad dispensada al hijo, los favores que en algun tiempo recibiera del padre.

El comerciante de Cádiz tenia una hija única, á la cual amaba entrañablemente. Virginia, que así se llamaba, era mujer de una hermosura poco comun y de un trato escelente. Debia todos los detalles de su educacion al celo constante y cariñoso de su padre, pues no habia conocido otros maestros, y esto la hizo afectuosa y amable.

La educacion que las jóvenes reciben encerradas en un colegio, separadas de sus familias, tiene indudablemente la ventaja de ser mas completa y quizá mas eficaz, pero en cámbio tiene algun grave

inconveniente. Separadas las hijas del lado de sus padres, se entibia el cariño filial, se aflojan insensiblemente los lazos de la naturaleza, y de esto nace que mas tarde, aconsejadas por una pasion, cuyo influjo no puede contrabalancear el afecto que deben á sus padres, porque su educacion se ha opuesto á su desarrollo, abandonen sin mucha dificultad el hogar doméstico, al cual no las unen los dulces recuerdos de la adolescencia. Tal vez se deben á este sistema esa multitud de matrimonios contraidos contra la voluntad paterna, inspirados por un sentimiento poderoso é irreflexivo, al cual ausilian pasmosamente ese desapego á la familia y esa indiferencia què son el resultado de la ausencia y la separacion.

Virginia era una jóven de una sensibilidad estraordinaria, y amaba á su padre con toda la intensidad á que puede llegar este afecto. Pero cumplió los 20 años; su corazon se ensanchó, y aquel amor no fue ya bastante para llenarlo todo: sintió una necesidad de completar aquel vacío con otro afecto de distinta índole, pero de igual ó mayor fuerza.

Entonces llegó Julian á Cádiz. Virginia sintió una emocion desconocida la primera vez que le habló, emocion que justificaba abundantemente el esterior interesante de Julian. Este por su parte admiró la hermosura de Virginia, y felicitó á su padre por serlo de una belleza tan sobresaliente.

Pasaban los dias, y la hija del comerciante sintió crecer en su corazon hácia su huesped un afecto intenso y apasionado, y que poco á poco absorbió en sí mismo toda la sensibilidad de que estaba dotada su alma. Virginia era una de esas mujeres, que solo han de amar una vez en la vida, y que atesoran en ese único amor todo el caudal de ternura y de sentimientos, que otras consagran á distintos y sucesivos amores separadamente. Virginia sintió al principio toda la alegria, la animacion y la felicidad que acompañan al amor cuando nace; era dichosa viendo casi contínuamente á Julian, y se embriagaba con el perfume de las ilusiones, que flotan en la mágica atmósfera en donde viven las almas enamoradas. Julian, afable por inclinacion y bueno por naturaleza, daba inocentemente pábulo á esta pasion, dedicando á Virginia las mas finas atenciones, y tratándola con la mas delicada y afectuosa deferencia, á lo cual se consideraba obligado, para demostrar de este modo el agradecimiento que le inspiraban la benévola acogida de aquella familia y sus cuidados casi paternales. Pero Julian no podia amarla. Desgraciadamente para Virginia el *valenciano* habia concebido una pasion semejante á la suya antes de

trasladarse á Cádiz. Una *valenciana*, hermosa como lo son casi todas ellas, poseia por entero el corazon de Julian. Julian la amaba con todo el ardor de su edad y con todo el feliz entusiasmo que nace de la correspondencia en el cariño. Los dos amantes se escribian casi todos los correos. Uno y otro, aunque separados por la distancia, se consagraban sus recuerdos, sus pensamientos y sus esperanzas.

De aquí se sigue, que durante los primeros meses despues de su llegada á casa de D. Martin S., Julian, ocupada todavia su imaginacion con el pensamiento de su amada, no pudo advertir el sentimiento de que era objeto. Sus ojos estaban vueltos constantemente hácia el camino que habia dejado atrás, y no podia ver el terreno en que al presente se hallaba. Pasado algun tiempo, su corazon se descargó de esa religiosidad, en la fé amorosa que hace á algunos amantes separar la vista de la mujer que no es su amada; religiosidad y escrúpulos que son generalmente de cortísima duracion, pero que la tuvieron en Julian mayor de la ordinaria por efecto de las circunstancias especiales que constituian el fondo de su carácter constante y agradecido. Entonces advirtió los sentimientos de Virginia, á pesar de los esfuerzos que ésta hacia por ocultarlos. Si es cierto que la mujer se equivoca muy pocas veces acerca del valor de los afectos que inspira, no lo es menos que los hombres, aunque con alguna mas lentitud por razon de la menor viveza de su imaginacion, adivinan sin grande esfuerzo el cariño de las mujeres á través del velo del frio disimulo con que algunas, no todas, logran encubrirle.

En el primer momento Julian se estremeció de alegría, porque su amor propio se sintió lisonjeado, y pocos hombres dejan de esperimentar esta sensacion cuando se reconocen amados; pero cuando reflexionó y pensó en su amada ausente, se estremeció de pesar. Julian era incapaz de dividir su corazon como tantos otros, y comprendió que el amor de la *gaditana* le colocaba en una posicion embarazosa y dificil. No obstante todo esto, se creyó obligado á seguir siendo atento y afectuoso con Virginia, y atribuyó esta resolucion á un deber de caridad con la pobre niña, cuando en realidad habia en ella gran parte de complacencia, inspirada por el amor propio lisonjeado. El amor propio es uno de los móviles mas poderosos de las acciones de los hombres. Julian insensiblemente aumentó la benevolencia y asiduidad de su trato con Virginia, seducido y arrastrado por el encanto que debe ofrecer el ser amado por una mujer hermosa. No es esto decir que Julian amara á Virginia. El recuerdo de la valenciana se conservaba puro y fresco en su memoria, y apenas pasaba

un correo sin escribirla cuatro páginas de protestas de cariño y de juramento de fidelidad. La *valenciana* á su vez contestaba á estas promesas con otras no menos tiernas, pero duplicando las páginas, porque las mujeres, cuando el amor dicta nuestras cartas, acostumbramos á no economizar el tiempo ni el papel.

Así marcharon las cosas durante algun tiempo, pero el amor de Virginia, recorrido el primer período, entró de repente en el mas peligroso de todos; en el de la melancolía. Veamos la causa.

Estando cierto dia Julian en presencia suya y en la de su padre, ocupados éste y aquel en la conversacion de los negocios de la casa, sacó el primero de la cartera algunos apuntes y cartas, que entregó al segundo. Sin advertirlo Julian se escurrió y cayó al suelo, al sacar aquellos papeles, uno doblado en forma de carta. Cuando salió hízolo tambien D. Martin, y Virginia, llevada de ese sentimiento de curiosidad, tormento y gloria del alma de la mujer, y que la precipita tantas veces en los desengaños y los pesares, alzó el papel del suelo. Era el sobre de una carta dirigida á Julian, pero sobre cuya letra estaba revelando un orijen femenino, porque la mujer difiere del hombre hasta en la forma de la escritura. Virginia vió con disgusto que el sobre estaba vacío; á no estarlo, hubiérase satisfecho por entero su curiosidad. Virginia concibió una sospecha desconsoladora. Sabia que Julian no tenia madre ni hermanas; para ella era indudable que Julian estaba en correspondencia con una mujer, que le robaba su corazon. Este pensamiento la hizo estremecer, y por la primera vez en su vida sintió la herida del pesar.

Aquella misma noche tuvo ocasion de afirmarse en su sospecha, y de hacer mas profunda la herida que habia recibido. Cuando volvió á ver á Julian, le entregó el sobre que habia encontrado, y al entregársele clavó toda su atencion en su fisonomía, para leer en ella la sensacion que esperimentaba. Julian al darle las gracias balbuceó un tanto sus espresiones, y coloreáronse malhadadamente sus megillas. Esta turbacion le vendió.

Virginia midió toda la estension de su desventura, y aquella noche la pasó llorando. Aquellas lágrimas empañaron el brillo de sus ojos, y arrastraron en su curso la color sonrosada de sus frescas megillas.

¡Pobre Virginia! Todos en la casa notaron la alteracion que en aquellos dias se operó en su semblante. Sus padres se alarmaron, pero no pudieron por entonces presumir la causa. Julian la comprendió demasiado, y se conmovió profundamente. Aquella palidez y aquel

abatimiento que revelaban un padecimiento moral, escitaron toda la compasion de que era capaz su corazon noble y virtuoso. Resolvió con esto aumentar sus obsequios y atenciones con Virginia, pero á pesar de todo no pudo decidirse á engañarla diciéndola que la amaba. Consideraba este sacrificio superior á sus fuerzas.

¡Pobre Julian! ¡cuán penosa debia serle esta lucha entre el amor y la compasion! La lealtad es muchas veces causa de sinsabores y tormentos.

La melancolía de Virginia se hacia cada vez mas alarmante. Sus padres lograron por fin comprender la causa, guiados por la perspicacia y el desvelo que inspiran las cuidadosas inquietudes de quienes nos han dado el ser.

Este descubrimiento causó mucho embarazo, aunque no disgusto á D. Martin. Comprendió al mismo tiempo que Julian no amaba á su hija. Si D. Martin no hubiese cobrado tan afectuosa estimacion á Julian, probablemente le hubiera alejado de su casa con cualquier pretesto honroso, y hubiera probado por este medio la curacion de su hija; poro amaba á aquel casi como á un hijo, y además le habia confiado poco menos que la absoluta direccion de sus negocios. Desechó este pensamiento al mismo tiempo que le ocurrió, y se perdió en una noche de reflexiones y de proyectos.

¡Pobre padre, que veia padecer á su hija, que era su gloria, y marchitarse su hermosura, que era su orgullo!

Por fin D. Martin adoptó un partido, que en parte le repugnaba, pero que la dificultad de su posicion le obligó á aceptar. Dirijióse á Julian, y le abrió su corazon hablándole en nombre de la felicidad de su querida hija. Creyó descubrir á Julian un secreto, que no lo era para éste. Julian sintió caer gota á gota en su corazon las lágrimas que derramaba el buen padre, y no tuvo valor para engañarle. Le confesó que tenia conocimiento de la causa de la melancolía de su hija, pero que le era imposible resolverse á faltar á un compromiso que habia contraido, para devolverla la calma que la habia robado con su presencia: pidióle mil veces perdon, besó las manos del anciano, se arrodilló á sus pies, pero le repitió que no se sentia con fuerzas para renunciar á otro amor que era su esperanza, y á una promesa que su honradez le presentaba como sagrada. En seguida pidió á D. Martin permiso para ausentarse para siempre. El buen padre comprendió que en el estado de exaltacion á que su hija habia llegado, esta ausencia la asesinaria; rogó á su vez á Julian pidiéndole que se quedara, y á su vez lloró y suplicó al que causaba la desgracia de su hi-

ja y la suya propia. Julian accedió sin esfuerzo: parecíale que debia abandonar aquella casa despues de lo ocurrido, pero se estremeció ante la idea de que causaria sin duda alguna la desesperacion de Virginia.

Don Martin no desistió de su propósito de procurar la salvacion de su hija. Estaba decidido á adoptar cualquier remedio por estraño que fuese: ¡encuentra siempre el cariño tantos recursos!

Virginia enfermó. Estaba amenazada de una tisis. Su madre pasaba los dias y las noches sofocando sus sollozos al lado del lecho de su hija. D. Martin lloraba tambien, pero su pena no era al parecer tan desesperada, efecto quizá de la mayor presencia de ánimo que se encierra en el corazon del hombre. Sus consultas con los médicos estaban reducidas á preguntarles si su hija corria un peligro próximo. Estos le repetian que su enfermedad era grave, pero que daba treguas. Entonces D. Martin guardaba silencio, y corria á besar la frente de su hija pareciendo algun tanto consolado.

Una mañana al salir D. Martin del gabinete de la enferma, vió venir hacia sí á Julian, alteradas las facciones, descompuesto el traje y con una carta en la mano. D. Martin no pareció sorprenderse y se apoderó de la carta que aquel le entregó. Pasó por ella sus ojos y dejó escapar una esclamacion de alegría. Despues se contuvo, y fijándose en la espresion del semblante de Julian, su frente se anubló y derramó dos lágrimas. . . . . .

Otro dia te revelaré lo que aquella carta contenia. Por hoy me es imposible seguir refiriéndote la historia de Julian.

Besa á mi querida Sofia y en mi nombre recibe todo mi cariño.

Herminia.

Valencia 26 Febrero.

Ya han pasado los bailes, querida Herminia; no obstante aun por hoy me ocuparé en los recuerdos de los últimos. Los que el Liceo y Círculo valenciano han dado de máscaras, han estado sumamente concurridos. ¡Qué de bromas, de chismes y aun de lances!... El primer dia de Carnaval la Alameda estuvo animada á pesar de que el tiempo anunciaba su mal humor, que desde el anochecer de aquel dia se deja sentir por medio de lluvias copiosas y casi incesantes. El

segundo de Carnaval hubo aun otro baile en el Casino. Aunque no tan concurrido como los anteriores, este baile de despedida estuvo brillante. ¿Por qué no vendrian A. y J. R., P. P., la C. de A., M A. de T. ni otras varias de nuestras amigas que tanto han lucido en bailes anteriores?

D. G. de C. llevaba el bonito vestido azul de que ya te he hablado otra vez, y otra y otra he de repetirte que estaba sumamente graciosa y elegante, como tambien su simpática hermana A.

E. T. vestia un traje rosa con cinco volantes guarnecidos de blanco, y muchas veces oi decir cuando pasaba cerca de mí: ¡qué hermosa!

El traje de E. V. era de dos faldas gró fuerte color rosa guarnecido de flequillo.

Y P. de D. llevaba un vestido de gró blanco con tres volantes guarnecido de tul céfiro de igual color: su graciosa hermanita le llevaba de gasa blanco bordado de azul.

J. M. lució un bonito traje de tarlatan rosa, como tambien las hijas del M. de M. y P. G. de tarlatan blanco.

R. A. llevaba un elegante traje con dos faldas de tul céfiro blanco guarnecidas ambas con un bullon y cinta color rosa: el traje de su hermanita M. se diferenciaba solo en el color de la cinta que era azul; los adornos de la cabeza eran tambien azul y rosa respectivamente. Su prima F. R. de R. estaba como siempre, sumamente graciosa y elegante.

En fin, concluiré por la hermosa y simpática B. de C., cuyo gusto iguala, si es posible, á su belleza, y que lució un elegantísimo vestido blanco bordado de azul.

¡Adios por un año, hermosas amigas! Aunque tendré el gusto de visitaros en vuestras casas, y de veros en el teatro y en los paseos, no será en tan numerosas y animadas reuniones.

Vas á creer, mi buena Herminia, por mis anteriores palabras, que no pienso mas que en diversiones y que me aflije el perderlas; pero no te fies de las apariencias. ¿Si tú supieras.....

Mucho me ha interesado la relacion que me haces acerca de tu vecino el de la quinta de las Palomas, y ansio que la prosigas. Quizás á mi vez tambien te cuente alguna anécdota reciente y que atañe á un amigo nuestro. La he sabido en las máscaras. ¡Oh! en las máscaras se saben muchas cosas, querida Herminia.

No presumo, y bien lo sabes tú, de literata; pero he leido con gusto una carta de nuestro amigo Grás sobre el *porvenir de la litera-*

tura nacional, que personas intelijentes me han asegurado tiene cosas muy notables.

Tambien he visto un precioso wals titulado *La Reina Doña Juana*, compuesto por Rafael Vives que se tocó cuando él, Paco Galiano, Labaila, Palau, Franco y otros amigos nuestros recibieron la investidura de licenciados en jurisprudencia.

La novedad del teatro despues de mi última, ha sido la *Giralda*, opereta cómica de notables proporciones. La música me gustó y dicen que es muy buena; no puede decirse lo último del argumento, y de la ejecucion ni lo último ni lo primero.

El miércoles de Ceniza hicieron *D. Juan Tenorio*; no estuve, pero me han dicho que es gracioso ver hacer el papel de educanda á la Yañez y de Tenorio á Parreño.

Para el sábado está anunciada *Sin prueba plena*, de Narciso Serra.

En el Liceo se continúan con ardor los ensayos de la zarzuela de nuestro amigo Esteve, que á no ser por el mal tiempo ya se hubiera puesto en escena segun me ha asegurado.

De modas no te hablo porque con los bailes estoy desorientada; pero lo haré sin falta alguna en el correo siguiente.

Me han regalado un bonito adorno para la cabeza, de cintas de gró rosa y terciopelo negro, formando una elegante y sencilla moña y caidas de aquella cinta al lado derecho. Me le he puesto una ó dos noches para ir al teatro; pero generalmente me gusta mas que todo peinar con cuidado mis cabellos negros entrelazando los bandos con un cordon de aquellos en vez de trenza.

Sofia y su esposo me dejaron ya, y cree que lo siento. Necesito mucho de una amiga íntima como lo es ella y lo eres tú, y esta falta se hace mas notable, cuando de reciente he visto satisfechos mis deseos, y he podido gozar de esas dulces fruiciones que nos proporciona el continuo trato con una persona querida. Me consuela la idea de que E. vendrá muy pronto de Barcelona con su familia segun me escribe.

Adios, Herminia, no olvides á tu

Adela.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

LA FE CRISTIANA.

—

La religion que ha venido á traer al hombre la *fé*, la *esperanza* y la *caridad*, virtudes que no conocia, es una religion sublime.

La religion, que dice á la criatura *cree*, *espera* y *ama*, es una religion de consuelo para las almas que gimen desterradas, por la voluntad de Dios, en esa isla de la creacion, que se llama *mundo*.

—

¡Desgraciado el ateo que, en su impía incredulidad, cuando se siente rendido por la fatiga del pesar y abrasado por el calor del infortunio, no puede hallar bajo el árbol protector de la *fé* la benéfica sombra que restaura las fuerzas del cristiano!

¡Desgraciado el que levanta sus ojos al firmamento y no adivina, á través de ese velo azul que cubre la inmensidad, el espíritu creador y omnipotente!

¡Desgraciado el que no cree!

—

¿Qué son los tormentos de la vida si el alma puede remontarse en alas de la *fé* á la region de la *esperanza*?

¡Feliz el que espera, y feliz el que cree, porque la *esperanza* nace de la *fé* como la claridad nace de la luz!

La *fé* es la que alienta el corazon en el fatigoso camino de la existencia.

Y embellece nuestros dias, borra nuestros pesares y dulcifica nuestras amarguras.

La *fé*, hija del cielo, es la escala que conduce á él. Es el lazo misterioso que une á Dios y á los hombres.

La *fé* es la vida.

Y como el cuerpo muere cuando le falta el alma, el alma muere cuando le falta la *fé*.

—

Abrid el *album* de la humanidad.

La ambicion ha llevado á cabo empresas grandiosas; ha fundado imperios, sojuzgado naciones, encadenado pueblos.

El deseo de gloria ha levantado pirámides, vencido los elementos, asombrado al mundo.

El patriotismo ha centuplicado los héroes.

Pero la *fé* ha alentado al ambicioso, ha dado las alas al genio y ha encendido en los corazones el fuego del patriotismo.

La *fé cristiana* ha oscurecido todas las glorias, todos los triunfos y todos los portentos.

Los *mártires* del cristianismo han reducido las proporciones de todos los héroes de la tierra.

La arena de los circos ha empañado el brillo de sus estátuas de mármol.

Porque la *fé cristiana* es hija de una religion divina.

Y lo que procede de la divinidad produce resultados sobrehumanos.

—

¡Feliz el cristiano!
Su religion es la mas hermosa de las religiones.
Le inspira la *fé*.
Le ofrece la *esperanza*.
Le enseña la *caridad*.
La *fé* le acerca á su Criador.
La *esperanza* le procura la felicidad.
La *caridad* le hace amar á sus hermanos.
¡Bendita la religion, que dice al hombre *cree, espera* y *ama*!

P.

SERENATA CHINESCA.

Eres, hermosa china,
tan dulce como el fruto del guayabo:
habitante divina
del imperio celeste, soy tu esclavo.
Constante te amaré mi vida toda,
ídolo á quien adoro,
de mi alma en la pagoda:
¡ojala que á los vidrios de colores
de tu pintado kiosko
llegue la ardiente oda,
que canto con la voz de mis amores!

¡Ojala que mis débiles acentos
á tí lleguen en alas de los vientos,
recogiendo, al pasar por tus jardines,

la esencia de sus flores,
la voz de los canoros colorines,
las plumas caprichosas de los pájaros
que anidan en el alto minarete
que tu elegante pabellon corona;
y lleguen á sus hondos camarines,
llevando á tu retrete,
mis pensamientos—ramo de jazmines—
mi corazon—aurífero pebete,
donde quema el amor que hasta tí sube
de mi cancion en la flotante nube!

¡Ojala que el amor íntimo y ciego,
que del sombrío vate
arrebató el sosiego,
halle un amor en tí de igual vehemencia
que rostro retrate,
y en tus pupilas mire arder su fuego
y en tus risueños lábios de granate!

¡Ojala que á las tiernas melodías,
que con mi acorde cítara acompaño,
abras tus celosías,
y asomes tu belleza soberana
en el hueco ogival de tu ventana;
y pueda contemplarte embebecido,
al resplandor de ese farol chinesco,
que cubierto con sedas brilladoras,
alumbra suspendido
del techo pintoresco
del camarin lujoso donde moras!

¡Ojala no se estrellen mis clamores
contra tu pecho frio,
y no marchite tu fatal desvío
de mi esperanza las nacientes flores!
¡Ojala que á mis férvidos amores,
que tu nada mas sabes,
abras tu corazon, y me hagas dueño
de sus buscadas llaves!

Jacinto Labaila.

¡ADIOS!

I.

Todavia parece que brila en el espacio el resplandor de los últimos rayos del sol. Es la hora en que puebla el horizonte esa luz incierta, producida por la aurora de la luna. Azul y diáfano el firmamento, no tiene la pesada brillantez del dia ni ostenta el espléndido manto de la noche: es el cielo del crepúsculo. Su claridad indefinible derrama en el espíritu esa languidez melancólica, dulce y embriagadora como los sueños bonancibles de la infancia. ¡Ay del pobre corazon herido en esas horas de misterio! ¡Ay del alma que vive de recuerdos ó esperanzas! Es la hora de las esperanzas y de los recuerdos, y el alma llora porque el recuerdo es una ilusion perdida, y la esperanza ¡la esperanza! otra ilusion que se ha de perder.

II.

¡Pobre Malvina! Reclinada con indolente abandono en un rústico sitial de su jardin, deja escapar de vez en cuando un suspiro. ¡Malvina! ¡La encantadora Malvina! ¡Malvina que ha sido siempre demasiado hermosa para suspirar! ¿Por qué busca ahora la soledad y el silencio entre la frondosa espesura del jardin? ¿Son acaso los perfumes de las flores ó las caricias del aura los que la llevan al fondo de la arboleda? No: tiene una pobre flor entre las manos y se complace en deshojarla; el aura de la noche no puede tampoco apagar el fuego de su abrasada frente. ¡Pobre Malvina! Ha pasado por su lado el peregrino con quien ella cruzaria el desierto de la vida, pero no la ha dirigido siquiera la mirada: Malvina ha quedado abandonada en el desierto. Dejadla suspirar; otros peregrinos hubieran querido protejerla en el camino, pero Malvina no les dirigió siquiera la mirada. Es que aun no habrá pasado su compañero. Mas ¡ay! ahora que le ha visto, se aleja de su compañia. ¡Pobre Malvina!

III.

Aun resuena el eco lejano de las pisadas de un caballo: cuando deje de andar, se hallará Ricardo en los brazos de su idolatrada Emma. ¡Felices amantes! La noche, el silencio, la oscuridad y las flores escucharán solo vuestros juramentos. ¿Qué importa que Malvina vague triste y melancólica entre los arbustos de su jardin?

Atenta al débil rumor que resuena á lo lejos todavia, parece querer adivinar la distancia que falta recorrer á Ricardo, y los cortos instantes que le separan de la felicidad. De pronto, empero, dejan de oirse las pisadas del caballo: Malvina exhala un suspiro que la

saca de su arrobamiento, la ya deshojada flor se la escapa de la mano y una lágrima rueda por su pálida megilla.

La luna se eleva majestuosamente entre las copas de los árboles.

Ha pasado ya el crepúsculo, y Malvina cruza silenciosa como una sombra entre los álamos: el crepúsculo de mañana la verá otra vez suspirar entre las flores. El astro de la noche viene á derramar su moribunda luz sobre los amores de Ricardo y de Emma.

IV.

Deliciosa es la estacion ardiente del verano cuando se vive en una quinta todavía mas deliciosa, situada entre floridos y dilatados valles. Grato es dejar el incesante estruendo de la sociedad por la paz y la tranquilidad del campo, porque tambien halaga al corazon la sencillez de la aldea cuando está fatigado de vivir en la opulencia. El ambiente de la montaña sucede á la cargada atmósfera de las capitales, y el alma que siente engrandecerse delante de la naturaleza, comprende en su espansion que el hombre posee el secreto de hacer mezquinos y miserables los sublimes sentimientos que le inspirara Dios.

Tal vez nada de esto alcanza la madre de Malvina; pero al llegar la primavera se despide de sus amigos hasta que pasa la estacion calorosa. Verdad es que su quinta es hermosísima. Reune todas las circunstancias indispensables para no echar de menos los atractivos de la sociedad.

Y allí es donde va á descansar un momento para volver á tomar parte con nuevas fuerzas en la farsa social. Porque el mundo, en todas las clases, es un gran baile de máscaras donde nadie se descubre, y la madre de Malvina viene á su quinta á quitarse el antifaz.

V.

Malvina ha vivido tambien como su madre. Las dos han escuchado con placer esas frases convencionales, vacías de sentimiento, que prodiga la indiferencia disfrazada con el manto del buen tono: las dos han respirado esa atmósfera perfumada que llena la escena del gran mundo. Son dos flores sin fragancia. La madre es una flor marchita por el tiempo, y la hija es un capullo marchito por el sol de la sociedad que quema y no vivifica, pero que aun puede revivir porque todavía no ha perdido el gérmen de su aroma. Hé aquí por qué busca la sociedad del jardin y vaga entre las sombras absorta y distraida. Hé aquí por qué se hastía al recordar los frívolos triunfos que celebra su madre. Hé aquí por qué suspira. ¡Pobre Malvina! Un

instante de sentimiento ha vencido á toda una vida de indiferencia. Lejos del mundo, su corazon ha respirado otro aliento mas puro que aquel en que ha vivido hasta ahora. Su alma siente un vacío que no puede llenar mas que otra alma que quiera vivir dentro de la suya; y es que rota la capa de hielo que apagaba el fuego de su corazon, se ha levantado una llama que le aniquila. El capullo encierra todavía el gérmen de su aroma, y vuelto á la vida por la frescura de los valles abre al rocío un cáliz lleno de perfume. ¡Flor dichosa si hubiera sido la reina del valle! Pero hay en el valle otra flor.

VI.

Cerca de la quinta de Malvina hay otra tan deliciosa como la suya.

Al llegar á la entrada de una frondosa alameda se detiene el caballo de Ricardo. Abiertas están las verjas del parque y á través de la espesura se desliza una sombra: Emma viene á recibir á su amante.

La noche es clara y serena, el azul del firmamento inunda el espacio de esa luz incolora que derrama el fulgor de las estrellas. No se oye mas que el susurro del aura entre las hojas, el lejano murmurio de algun torrente y el suspiro que se exhála de los lábios de los amantes. ¡Cuánta felicidad!

Emma es hermosa como un sueño de ventura. Su voz es el gemido de los arroyos; su inocencia es la inocencia de las vírjenes de los valles. Ha visto deslizarse los primeros dias de su vida persiguiendo mariposas en los pintorescos alrededores de la quinta, y conserva con religioso cuidado los preciosos recuerdos de su infancia y los pueriles juguetes de la niñez. Ama á Ricardo con toda la idolatría de su alma, y Ricardo la adora hasta el delirio: todas las noches hace volar á su caballo en alas de su felicidad para llegar al bosque de su amada, y todas las noches bebe con delirio el dulcísimo aliento de su idolatrada Emma.

Emma le llama el amor de sus amores.

VII.

Hubo un tiempo en que Malvina vivia solo para sí, sin que necesitase de los demás otra cosa que lisonjas, miserable incienso que se desvanece en cuanto se quema. Las novelas la distraian sin afectarla. Hoy sin embargo, en Malvina solo vive el alma: su corazon late con vehemencia, pero sus megillas han perdido el rosado carmin que las embelleció algun dia. En sus ojos trasparentes se revelan los sufrimientos de largas noches de insomnio, y en la azulada órbita que los

circunda se ve todavía la huella de abundantes lágrimas derramadas en aquellos momentos de amargura en que se ve disipar el último rayo de esperanza. Su naturaleza padece horriblemente. Las convulsiones de su seno dicen la agitacion y la lucha que la devoran. ¡Tan feliz que ha sido en otros tiempos! ¡Triste recuerdo! Empero ella misma apuró la copa de veneno que le ofreciera la casualidad.

Hace un año Malvina estaba tambien en la quinta. Desde su pabellon habia visto pasar todas las tardes al espirar el dia á un jóven galopando en su caballo. Un vehemente deseo se levantó en su corazon. Una tarde tomó uno de sus libros favoritos, y acompañada de Roldan, terrible perro á quien profesaba verdadero cariño, salió al prado por donde debia pasar el misterioso ginete. Sentóse al pie de uno de los árboles de la entrada del bosque, acarició á su compañero que se tendió á sus pies, y abrió el libro decidida á no abandonar aquel sitio hasta ver al que esperaba. Afortunadamente éste no tardó en llegar: Malvina habia calculado la hora.

Posteriormente su madre observó que todas las tardes cogia un libro, y acompañada de Roldan salia Malvina al campo.

Y así se pasó el verano sin mas resultado que un vivo incremento en su inquietud, en su ansiedad, en su deseo. De modo que al llegar las primeras escarchas, cuando su madre resolvió abandonar la quinta, Malvina sintió una profunda tristeza que su madre, no obstante, no llegó á percibir.

Llegó el dia de la partida. Malvina dejó el lecho cuando el sol principiaba á dorar las cimas de las rocas y las elevadas copas de los árboles. Estaba pálida y desfallecida: habia llorado toda la noche. Salió al jardin y el aura de la mañana no consiguió mas que arrancar un suspiro á aquel corazon enfermo. Ni los gorjeos de los pájaros, ni el aroma de las plantas, ni el perfume de las entreabiertas flores reanimaron aquella alma dolorida. Sola, en medio de los pájaros y de las flores, y triste con la tristeza del alma que ve escapar las dulces y misteriosas esperanzas que abrigaba con religioso entusiasmo, parecia el ánjel que guarda el solitario paraiso donde moraron la primera felicidad y la primera amargura.

Con trémula mano cogió las flores que interpretaban mejor sus sentimientos, reunió un ramo, y seguida de su fiel compañero, salió de la quinta y perdióse entre la frondosidad del bosque.

Los preparativos del viaje tenian preocupada á su madre; así es que no observó al volver su hija la palidez mortal de su semblante, la agitacion que la devoraba, ni la melancólica espresion de su mi-

rada, humedecida todavía por las lágrimas que vertió en la esperana del valle.

Llegó el momento de partir, y Malvina silenciosa y triste tendió una mirada de dolorosa despedida á un grupo de árboles, cuyas copas se elevaban á corta distancia de la quinta.

Roldan permaneció en ella como su guardian.

(Concluirá.)

EL PERFUME Y EL ROCIO.

A Amalia.

—Envidiable es tu fortuna,
Linda gota de rocío;
Yo de mi flor me estravío,
Y tú en mi flor hallas cuna.—
—¿Y lo sientes?—
—Imagino
que á tu dicha no hay igual.—
—Aroma, imaginas mal:
ir al cielo es tu destino,
y yo en el cielo nacida,
si la flor tan solo toca
una mariposa loca,
rodaré al suelo perdida.—
—Adios, pues, voime á elevar.—
Y al tiempo que se alejaba,
el perfume murmuraba:
—¡Si pudiéramos trocar!—

Así en misterio profundo
nunca el deseo se aduna
al sino de la fortuna....
¡Siempre se tiene en el mundo
La suerte por importuna!

Eduardo Atard.

DE LOS AMANTES.

Amante segun el diccionario de la academia es: el que ama: como puede amarse en distintos lugares, con mas ó menos fortuna y de diferente modo, de aquí nace la division de los amantes por razon del *lugar*, del *modo* y de la *persona*.

Por razon del *lugar*, ó sea por el diferente sitio en que establecen el cuartel general de sus operaciones, se dividen: en amantes *á vista de pájaro*; en *ópticos* ó de teatro, segun la acertada calificacion de mi amigo P.; en amantes de *paso*, de *esquina*, *serenos* y de *habitacion*.

Amantes *á vista de pájaro*: son los que van sin tregua detrás del objeto de sus amores, pero siempre á una respetuosa distancia y con una tenacidad fabulosa: se contentan con insignificantes miradas y á veces con mucho menos. Parecen la sombra del objeto amado: conocen minuciosamente la vida de su Filis; saben á qué hora se levanta, dónde va á misa, dónde y cuándo va á paseo, cuándo va de tiendas, cuándo va al teatro, cuándo va á los bailes; y oyen la misma misa que ella, van al mismo paseo, la siguen cuando va de compras, ven la misma comedia, y se encuentran en los mismos bailes á que ella asiste: no hay manera conocida de desprenderse de semejantes lacayos; son obstinados en la persecucion del objeto amado, concluyendo por fastidiarle; porque los amantes *á vista de pájaro* no se atreven á decir *esta boca es mia*, ya por ser muy jóvenes, ya por falta de ocasion, ya por cualquier otra circunstancia. Si se atreven á declarar *su atrevido pensamiento*, salen de esta especie, y entran en otra. Esta clase de amantes es muy útil á los zapateros, pues es monstruoso el consumo que hacen de calzado.

Amantes *ópticos* ó de teatro: son los que se abonan en los coliseos, no para ver las funciones, sino para amar. Para ellos el teatro no es el sitio donde se representa el drama A. ó la comedia B., sino el lugar donde pueden ver todas las noches á su *adorado tormento*. Se sientan en sus butacas provistos de sus competentes gemelos, y los tienen asestados desde que empieza hasta que concluye la representacion contra el hermoso rostro de la jóven que tan enamorados los trae, si no pueden visitarla en el palco. No les pregunteis jamás cuando concluya la funcion, qué les ha parecido, porque os contestarán: ¡estaba muy elegante! ¡es muy bonita! ú otra cualquiera vaciedad, creyendo que os referiais á su novia y no á la representacion; pues como he dicho antes, están abonados á amar y no á oir comedias ni zarzuelas. El inconveniente que pueden tocar los referidos amantes

si su pasion óptica se prolonga, es perder algunos grados de vista; pero esto no debe apurarles mientras en la tienda del *optímetro* tengan tan selecta coleccion de guevedos y gafas.

Amantes de *paso*: son los que viajan de una ciudad á otra, ya por gusto, ya por negocios, ya por estudios, con ánimo de residir poco tiempo en la poblacion que se encuentran. Por entretenerse en algo suelen entablar relaciones. Os aconsejo, lectoras mias, que no deis oido á ningun amante de *paso*, porque si bien es cierto que algunos de éstos suelen enamorarse, lo mas frecuente es que se diviertan con la persona que galantean, y esto tiene poca gracia, sobre todo para vosotras.

Amantes de *esquina*: son los que, ó tienen imposibilidad de entrar en casa de su amada, ó no quieren, que todo puede suceder, y la enamoran desde la calle con audiencia de los vecinos, que muchas veces se enteran de los diálogos que dichos enamorados mantienen, si por desgracia ella es habitante de cuarto piso. El es conocido de todo el barrio, que le suele bautizar con algun mote tan adecuado como picante; da espectáculo á todos los vecinos, y suele oirse alguna que otra pulla, que le convenceria de su ridícula posicion, si el que está enamorado pudiese ver con claridad, é hiciera caso de algo que no sea su amada. Ella está en contínua zozobra temiendo ser sorprendida á cada instante por su papá, mamá etc., porque casi todos los amores callejeros suelen ser furtivos. Tambien sirve de diversion á la vecindad, que le ve hablar constantemente con su novio á pleno dia ó por la tarde, en fin á las horas en que no tienen mas testigos que todos los vecinos y todos los transeuntes.

Amantes *serenos*: diferéncianse únicamente de los amantes de *esquina* en que galantean á altas horas de la noche, cuando ya los vecinos roncan, y los serenos cantan. No es tan inconveniente este modo de enamorar, pero es mucho mas perjudicial. Novio y novia desafian las lluvias, las humedades y la intemperie, y uno y otra están amenazados de pulmonía fulminante. Es necesario convenir en que es preciso tener mucha necesidad de hacer el amor, para estar á semejantes horas recibiendo el relente por lo menos, cuando tan bien sabe la cama, y tan dulce es conciliar el sueño á la media noche.

Amantes de *habitacion*: son los que tienen entrada en casa de la novia, y en ella se aman. Es el modo de enamorar mas cómodo y mas dulce. Sentados en blandos sofás ó en muelles butacas al rededor del brasero ó al lado de la chimenea, es muy sabroso el amor, aunque sea á presencia de los papás, que suelen hacer la vista gorda, y de

los que generalmente se prescinde. Así es muy grato amar; pero amar á la intemperie, á vista de pájaro ú ópticamente, es lo que en lenguaje comun se llama «hacer el oso."

Por razon del *modo* los amantes se dividen: en correspondidos y calabaceados, en presentes y ausentes. Estas especies no necesitan esplicacion.

Por razon de la *persona* los amantes se dividen: en presumidos, en confiados, en celosos, en posmas, en románticos y en clásicos.

Amantes presumidos: son los que están tan satisfechos de haber logrado el amor de una mujer, que van pregonando por todas partes sus relaciones, que al poco tiempo llegan á hacerse proverbiales, y sirven de pasto á la conversacion. Son presumidos esos sugetos que reciben bromas respecto de su novia con la sonrisa en los lábios, y cuya alegría dejan traslucir hasta en sus miradas. Estas personas suelen ser profundamente vanidosas, y denotan á primera vista haber roto pocas lanzas en los torneos del amor.

Amantes confiados: son esos sugetos de natural apacible, que tienen una idea muy alta de su prometida, y que completamente ciegos ven en ella la imájen de la virtud, aunque carezca de todas las circunstancias que deben acompañar á una mujer virtuosa. Estos son los amantes felices por escelencia, son el mejor plantel de maridos; y la mujer que, en estos fatales tiempos que corremos, tropieza con un hombre así, puede decirse que verdaderamente ha encontrado una ganga.

Amantes celosos: ¿necesitaré deciros lo que es un hombre celoso? ¿No es cierto que si bien os agradan los celos porque prueban amor, os desagrada altamente la ninguna confianza, que á pesar de vuestro buen comportamiento, lograis inspirar á algunos hombres? Nada mas lógico: los celosos, hablo de los estremados, padecen una enfermedad imaginaria, cuyos efectos os hacen sufrir á todas horas. Creedme: no os enamoreis de ningun hombre celoso si no quereis vivir en contínua guerra, y morir de una plétora de rabia.

Amantes posmas: llamo posmas á esos amantes, que se enamoran por la mañana, al medio dia, por la tarde y por la noche; que están siempre formando duo; que son groseros con los demás, no ocupándose mas que de sí mismos; que se fastidian cuando están solos, y entonces son mudos é insociables: amantes que se querrán mucho, pero que fastidian tambien mucho, porque aman con imprudencia y estemporáneamente. Estos amantes suelen romper sus relaciones ahitos; sus amores suelen morir de indijestion.

Amantes románticos: son esas personas melancólicas, que conciben pasiones sentimentales, que huyen de la sociedad, y quieren separar de ella al objeto de su amor. Estos amantes odian el baile y toda clase de reuniones, y hacen vida de misántropos. Si pasean van á *la Pechina* ó á *Monte-olivete*. Esta especie de amantes va siendo mas rara cada dia. Ha pasado ya el romanticismo de la vida lo mismo que el de la escena.

Amantes clásicos: estos son los bienaventurados de los amantes. Van á paseo con sus novias, convidan al café algun dia de fiesta á su futura mamá-suegra, y acompañan á los novillos á los niños que han de ser sus cuñados. Estos amantes, incapaces de sospechar el uno del otro, se quieren con una confianza anjelical, y hoy novios y mañana consortes viven siempre en una paz octaviana. Adios, lectoras.

Jacinto Labaila.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 5 Marzo.

Voy á hablarte de modas y de teatro, mi querida Herminia, pero deja que comience por decirte *ya hace buen tiempo*. El martes, primer dia de sol desde el Carnaval, el paseo de la Alameda estuvo concurridísimo: un sentimiento unánime reunió muchas gentes y, pásmate, muchas de nuestras amigas pasearon á pie. No comprendo cómo hubo quien se quedara en los carruajes, cuando tantos dias que no habiamos gozado de una temperatura tan agradable. Espero que de hoy mas la Alameda estará concurrida, y me alegro, porque es un paseo para mí muy delicioso.

Deseosa de decirte novedades de la moda, como *Les modes parisiennes* y la mayor parte de los periódicos que escriben en la córte de aquella reina vienen aun ocupándose de trajes de bailes, me fui á visitar el establecimiento de M.me Tiffon, que sabes goza de muy buenas relaciones en dicha córte, y que por sus correspondencias numerosas está al corriente siempre de los últimos sucesos. Allí tuve ocasion de admirar el *guarda-ropa*, *toillette* ó *ajuar* de una amiga nuestra, que atesoraba el mayor gusto. Suponte entre los vestidos uno de moire antique negro con un magnífico floreado de satin, cuerpo de chaqueta con aleta muy grande, berta redonda y mangas á lo *car-*

denal, todo él guarnecido con encajes de *guipure* y agranar de azabaches. Segun los periódicos *parisiennes* los *moires antiques* siguen siendo las telas favoritas de la reina Moda, á pesar de la buena acogida que ha dispensado á la *Lampas Montespun*, que es la mas rica tela inventada en nuestra época. Pero esta digresion me aparta de la descripcion de los vestidos de boda de.... Otro de ellos es de gro color violeta con volantes tegidos de terciopelo, cuerpo de chaqueta con berta de magnífico fleco y mangas á lo *María Teresa*. En fin todos ellos ofrecen una grande variedad y gusto, y especialmente recuerdo otro elegantísimo de gro azul Napoleon, con volantes tambien tegidos de terciopelo, con el cuerpo, aleta y mangas guarnecidas de brandebourgos de terciopelo y bellotitas negras.

Por lo demás en los trajes de calle se nota mucha sencillez. Llévanse las faldas muy largas y con gran vuelo, si son labradas, ó se dejan completamente lisas, ó se las ponen á los lados adornos de terciopelo, y si son lisas por el contrario, se cubren con volantes. Los cuerpos de estos vestidos continuan siendo cerrados, las aletas largas y los adornos de terciopelo ó bellotitas de seda. He vuelto á ver en el teatro alguna que otra linda cabeza adornada con una camelia natural: yo no comprendo alianza mas agradable y lógica que la de las mujeres y las flores. De algunas noches á esta parte he visto que se llevan mucho sobre el pecho flores naturales, y ayer me se fueron cien veces los ojos, como vulgarmente se dice, tras un enorme ramo de violetas que la hermosa B. de C. dejó sobre la barandilla de su palco al entrar en él, y que ella y sus niñas acariciaron varias veces durante la noche. Tambien es muy agradable la union de la *modestia* y la *hermosura*.

El teatro está muy concurrido. La empresa tiene asegurado el abono y.... basta: ya nadie se queja de nada, porque la costumbre hace transigir con todo. ¿Cómo se comprende sino las frecuentes representaciones de *El valle de Andorra*, *Los diamantes de la corona*, y que aun se nos regale el *Plan-plan* y *¡Quince años há!?*

En esta semana nos ha ofrecido el teatro la agradable novedad de una comedia en tres actos de Narciso Serra, aplaudido autor de *La boda de Quevedo*. Su argumento carecerá de originalidad y de complicacion, pero en cámbio su fácil diálogo está tan lleno de gracia cómica, que de chiste en chiste entretenida agradablemente la atencion, ni se cansa ni se impacienta, antes por el contrario, la verdad del colorido en los caracteres hace olvidar hasta el asunto de la comedia. Esta está escrita por el mismo estilo que las de Breton: sen-

cillez, leccion moral y naturalísima esposicion de tipos sociales.

Suponte dos matrimonios y el prospecto de otro. D. Blas, jóven elegante y de carácter lijero, ha casado *por interes*, como algunos lo hacen y muchos lo desean, con una vieja verde, que es Doña Purificacion, ó Purita segun ella quiere que la llamen, y cuyo carácter revela desde luego semejante pretension. Pilar, jóven hermosa y buena, está casada con D. Juan, cuya edad escede bastante á la de su mujer. D. Blas y D. Juan son antiguos amigos; el primero acabó con su hacienda y buscó el recurso del matrimonio; D. Juan heredó, comerció, se hizo rico y buscó el descanso y la felicidad del matrimonio. Una casualidad les junta, pues Blas va á vivir en una habitacion de la misma casa de D. Juan: cuéntanse su vida, mientras sus esposas examinan el guarda-ropa de Pilar, y Blas dice:

....en un vértigo, pensé
echarme en brazos de Dios,
y me eché en los de Luzbel.

Blas. ¡Cómo! ¿en brazos del diablo?

Juan. En brazos de mi mujer:
digo, no es mi mujer, ni es mia;
es.... yo no sé lo que es....
no tiene fecha ni facha....
Su primer marido fue
Consejero de Castilla;
se acuerda como de ayer
del Príncipe de la Paz
cuando era buen mozo y buen....
¡qué bien tomó sus medidas!....
pagaré por pagaré
compró mis deudas, y yo
para salir de una vez
de trampas, y agradecido
á.... vamos, que me casé....
gracias á que fue en latin,
que si lo llego á entender....

Las ideas de D. Juan se esplican bien en estos versos:

Un marido que es celoso
se hace muy poco favor:
ni aun de pensamiento debe
dudar de la que escogió
por compañera en la vida:

es raiz del corazon
la mujer propia; se debe
cuidarla como á una flor,
guarecerla de los vientos,
mas no ocultarla del sol....

Don Juan, que ama á su mujer, á pesar de estas ideas abriga quizas algun recelo por su diferencia de edad. El ejemplo y palabras de Blas despiertan en él esos pensamientos y les dan pábulo. Pero aun no te he dicho de otro interesante personaje: Rosita, *niña* de *diez y seis* años, hijastra de Blas, y á quien Purita, su mamá, obliga aun á ir de corto. Tiene un novio, y las esterioridades de éste vienen á ayudar las cavilaciones de D. Juan, que no sabe quién es ni á quién se dirijen aquellas. Al mismo tiempo D. Ricardo, jóven abogado y amigo de Pilar desde la infancia, desliza una carta sin sobre en el costurero de aquella. Doña Purificacion cree que Enrique, el novio de su hija, la pretende, y D. Juan sospecha de su mujer y de Ricardo, porque un accidente le hace adquirir la carta que aquel dejó en el costurero. El papel de Ricardo es noble y lleno de abnegacion, pues ama á Pilar, y no solo facilita su casamiento con D. Juan, sino que resuelve casarse él, ocultando aquel amor en el fondo de su alma. D. Juan sabe por el mismo Ricardo que esta resolucion es lo que decia á Blas en la carta, y sus celos ó recelos desaparecen, y la paz que estuvo á punto de huir del hogar doméstico, se asegura para siempre. La vieja verde sigue unida al jóven marido, y un matrimonio proporcionado, el de Enrique y Rosita, queda aplazado para dentro un año.

Entre las cosas graciosísimas del graciosísimo diálogo de esta comedia está la carta que Rosita escribe á Enrique.

«Me han dicho que el mes que viene
me van á vestir de largo.
Iré al teatro Real, ve allí,
verás como me doy tono....
hoy me han comprado otro mono.
Me acuerdo mucho de tí.
No eches por bajo la puerta
cartas: Ruperta ha sabido
que mamá gasta añadido,
y no está en casa Ruperta."

La segunda escena del acto segundo es de muy buen efecto, como tambien la segunda del tercero. La ejecucion fue escelente. La Andrade estaba en su elemento y agradó mucho. La Samaniego vestida de corto, y haciendo la niña crecida, estaba muy bien, y yo no recuerdo haberla visto nunca con mas gusto La Yañez comprendió y desempeñó bien el papel de Pilar, y salió vestida con suma elegancia. Oltra en el de D. Juan, Parreño en el de Blas y Pastrana en el de Ricardo tambien estuvieron inimitables. Pastrana agrada mas cada dia, y las cualidades de Oltra son apreciadas en cuanto valen. Parreño es el que da pie á críticas y comentarios: trabaja muy bien en las piezas de costumbres, y en la comedia *Sin prueba plena* ha dado plena prueba de lo que puede alcanzar en este género. Lástima que se le escapen unas salidas de tono, ó mas bien un tonillo como de lugareño aragonés, que de cuando en cuando desluce sus diálogos. Si yo fuera hombre y amigo de Parreño, le diria: *No cante V. en las zarzuelas, ni nos haga V. dramas: concrétese V. á las piezas de costumbres.* La culpa de todo la tiene la empresa, que quiere hacer con los actores lo que con la mayor parte de las decoraciones: *que sirven para todo.*

La Mendez y su hermano el dia del beneficio de aquella arrancaron nutridos y justísimos aplausos.

Ayer han representado por primera vez dos piezas en un acto. La primera no recuerdo bien si se titula *Un amor ciego* ó *Un autor ciego.* Dicen que es de un valenciano, y si es verdad lo siento. Yo no sé ni qué argumento tenia, ni qué objeto. Los caracteres tampoco los pude comprender; ni sé en qué sociedad habrá estudiado el autor las costumbres que quiso presentarnos. Y luego.... ¡qué versos!

La *Gramática parda,* traducida, segun dicen los carteles, del aleman, es una pieccita en un acto, en lenguaje correcto, de un argumento bien llevado, y que no dejó de proporcionarnos un rato agradable. *Buenas noches, vecino,* es una llamada zarzuela, que por decoro del público y de la empresa, ni debió hacerse, ni debe repetirse.

Tuya

Adela.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

LA MUJER.

—

La última de las bellezas en el órden de la creacion, es la primera entre las criaturas.

Vosotras sois el mejor símbolo de la belleza física.

Vuestro corazon la mejor imájen de la belleza moral.

Nada hay que hable á los sentidos del hombre como una mujer hermosa.

Nada hay que encante y atraiga al corazon como una mujer buena.

Madre,

Hermanas,

Amante,

Esposa,

Amigas,

Bajo cualesquier título que os presenteis á nuestro lado, vosotras sois las reinas del corazon.

—

¡Oh, madre mia! Los ojos de tu hijo se llenan de lágrimas al invocar tu nombre y tu memoria. Lágrimas de gratitud y de cariño.

De tu labio aprendí las primeras oraciones.

Tú has adivinado mis deseos, velado mis insomnios, consolado mis penas.

Tú me has enseñado á amar á mi padre, á amar á mis hermanos, á amar á mis amigos, á mis prójimos, á Dios.

Madre mia, aun recuerdo la espresion angustiosa de tu rostro, cuando la muerte vino á posarse cerca, muy cerca, del lecho de tu hijo.... Tu cariño supo vencerla.

¡Madre!

Sér que atesora el amor y la abnegacion hasta el heroismo.

¡Bendita seas!

Los que tenemos madre nunca la amaremos bastante.

El que la ha perdido, que la llore siempre.

¡Ah! ¡que no hay cariño tan grande, tan puro, tan desinteresado como el de la madre!

Sér que atesora hasta el heroismo, la abnegacion y el amor.

Hermanas:

Dulces compañeras de los primeros años y de los primeros juegos.

Vosotras cuya belleza encanta sin hablar á los sentidos.

Que compartís el interés y el cariño con las madres, sin imponer el respeto y la obediencia.

Estrellas cuya luz agrada sin deslumbrar.

Flores sin espinas que ofreceis siempre purísimo aroma.

Faros que no engañan ni se apagan nunca....

Vuestra presencia impone al hombre la ternura y la pureza, no solo en las acciones y en las palabras, sino hasta en los pensamientos.

¡Hermanas! ¿Quién no comprende la inmensa ternura de vuestro solo nombre?

Amor:

Motor de la creacion,

Aliento de la humanidad,

Luz del universo,

Tú que llenas de flores y de armonía los prados y los bosques y los valles y las aldeas y las ciudades, inmenso poderío das sobre el corazon del hombre á la mujer que sabe inspirarte.

¡La mujer amada!

A ella se deben las mas brillantes concepciones del genio.

Ella aparece como mito incomprensible y bello á la calenturienta imaginacion del adolecente.

Los juegos de la feliz infancia, su alegría y todo se olvida en nuestra mente por seguir á ese *fantasma divino* que representa una mujer, que ha aparecido en nuestros sueños y ofrecido un paraiso.

¡La muger amada!

Fuente de inspiracion,

De esperanza,

De felicidad,

De poesía,

De virtud,

De gloria.

Su influencia en el corazon, en las acciones, en la vida, en el porvenir del hombre es inmensa.

Dios ha dado á la mujer amada una mision divina. ¡Bendita sea si la cumple!

No hay recuerdos, deseos ni esperanzas como los que deposita en el corazon el amor puro de una mujer.

¡Dichosos mil veces los que saben merecerle y consiguen alcanzarle!

La esposa, dulce compañera de la vida, mitad del alma.

Fuente de los placeres castos, consuelo de todas las penas.

Ella es feliz procurando la felicidad de su esposo.

Ella renuncia á todo por la paz de la familia.

Ella reasume para su esposo el amor de la madre, el cariño de la hermana, el delirio de la amante, el afectuoso respeto de la hija, y las tranquilas afecciones de la amiga.

—

Amigas, vosotras sois hermanas del corazon; tan queridas casi como las hermanas de la sangre.

Vuestro afecto es un tesoro mas precioso que la amistad del hombre, porque es mas escaso, mas delicado y mas tierno.

—

Madre,
Hermanas,
Amante,
Esposas,
Amigas,

Bajo cualesquier título que os presenteis á nuestro lado, vosotras sois las reinas del corazon.

Vosotras sois para el hombre lo que el sol para los prados.

A vuestra grata influencia desarróllanse todos los gérmenes que él encierra en su corazon, como se desarrollan al vivificante calor del sol las plantas de los valles, y se llenan de flores y exhalan á torrentes de deliciosísimos perfumes.

Eduardo Atard.

LETRILLA.

—Adios, hermosa serrana,
la de rosadas megillas,
la de los ojos de fuego,
la de hechicera sonrisa.
Adios, que me voy....
—¿A dónde te vas?—
—En busca de amores
que tú no me das.

Tú no has querido escuchar
mis enamoradas cuitas....
¡Adios! ¡contigo se queda
la mitad del alma mia!
Adios, que me voy....
—¿A dónde te vas?—
—En busca de amores
que tú no me das.

Tu amor era mi esperanza,
tu belleza mi alegría
y tu desden ha matado
mi esperanza y mi delicia.
Adios, que me voy....
—¿A dónde te vas?—
—En busca de amores
que tú no me das.

¿Por qué asoman á tus ojos
lágrimas que son mentira?
Si de amor fuera tu llanto
¡Cuán venturoso me haria!
. . . . . .
Adios, que me voy....
—¿A dónde te vas?
—En busca de amores
que tú no me das.
—Mi amor te daré.
—¿Tu amor me darás?
Ya no busco amores
si el tuyo me das.

P.

VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

Confianza. —El trato de la buena sociedad exije cierta *confianza* como circunstancia conveniente para hallarle placentero y apetecible. Esta confianza, que se opone algunas veces al rigorismo de

las severas fórmulas de la etiqueta, debe regularse y medirse con un tacto esquisito y una prudencia ilimitada; este es el medio de no caer en el abuso de la *confianza*, que ha de evitarse cuidadosamente, porque si nada hay en verdad mas agradable que el trato á que acompaña aquella, nada hay tampoco menos lisonjero que el de ciertas gentes que apellidan *confianza* á su impertinencia, y que nos causan miles de molestias con su trato escesivamente franco.

Consejo. — ¡Cuántas veces precipitamos nuestro espíritu en los errores por desoir el *consejo* de un amigo ó de otra persona de mejores luces ó de mayor esperiencia que la nuestra, y somos de este modo víctimas de nuestra imprevision! Nuestras faltas y nuestros descuidos son imperdonables cuando, guiados por la presuncion y el amor propio, desdeñamos ó rechazamos los prudentes avisos que se nos dirijen para que disipemos nuestras preocupaciones.

Nadie puede desconocer la utilidad y la conveniencia de ilustrar siempre nuestra opinion; pero cuando el consejo se refiere á nuestras acciones, es mas precioso que nunca. Por grandes que sean nuestra cordura y nuestra sensatez, los afectos, que son los que dirijen nuestras acciones, nos apasionan, nos perturban y ofuscan nuestro entendimiento. Otro cualquiera podrá juzgar con mayor acierto nuestros asuntos. ¿Quién podrá jactarse de ser imparcial consigo mismo?

El apóstol ha dicho: «antes de obrar consultadlo bien; aconsejaos siempre del hombre prudente.''

Por mucha que sea la utilidad del consejo, debe emplearse un tacto esquisito en la eleccion de consejeros, porque nos seria doblemente peligroso buscar el *consejo* en persona que directa ó indirectamente pueda tener interés en el asunto para el cual lo pedimos. Además debe acudirse á quienes posean el talento y la esperiencia; pues en caso contrario, en lugar de evitar los desaciertos propios, recargariamos nuestras acciones con el peso de los ajenos.

Por otra parte, conviene ser muy parcos en dar consejos á los demás y conviene, sobre todo, aguardar á que nos los pidan, porque la oficiosidad se mira siempre con prevencion, y en este caso nuestro aviso nos podrá surtir el saludable efecto del *consejo*. Para decir lo que sepamos, bueno es que esperemos á que se nos pregunte sobre ello.

Constancia. — Los espíritus volubles se hacen siempre sospechosos; en primer lugar porque esto indica que son descontentadizos, lo cual no dá de ellos muy buena idea; y en segundo lugar porque

no tienen derecho á que se deposite en ellos la menor confianza. Quien cámbia con frecuencia de afecciones, de amistades y de simpatías, se espone á verse burlado muchas veces mas que el que es constante en sus relaciones.

La *constancia* es una apreciabilísima dote moral, con la que se logran resultados casi siempre felices. El espíritu constante posee una fuerza sin límites para el logro de sus deseos y de sus propósitos.

La *constancia* descubre un buen temple de alma, como vulgarmente se dice, y hé aquí por qué debe considerarse y apreciarse como una de las mas recomendables dotes sociales.

Cordura.—Nace esta virtud de la prudencia, la discrecion y el juicio; y es tan beneficiosa para quien la posee, como digna de admiracion. La *cordura*, mas bien que una dote social, es un compendio de ellas, puesto que supone siempre talento, reflexion y un criterio poco comun. El hombre *cuerdo* sabe dominar las pasiones cuando la satisfaccion de éstas le conduce á mal camino; sabe disimular, sin tocar en la hipocresía, los sentimientos, cuya publicacion ha de serle perjudicial, y sabe, en fin, atemperar siempre sus acciones á la mas oportuna conveniencia.

Cortesía. = La *cortesía* suple muchas faltas y enmienda muchos defectos. Una persona cortés se hace recomendable siempre en todas partes. La *cortesía* es el complemento de muchas escelencias, y sin ella difícilmente serán apreciadas en sociedad, porque en ésta se atiende primeramente al esterior. La *cortesía* es el hermoso ropaje con que se atavía un buen conjunto de virtudes sociales. Este brillante atavío previene muy favorablemente respecto de quien lo posee.

La *cortesía* no se refiere tan solo á las palabras, sino que se estiende á las acciones, á los movimientos, y aun á veces hasta las miradas. Gran parte de la *cortesía*, al par que del talento, depende de la costumbre de buen trato.

P.

LA FLOR DE RESEDA.

De un jardin junto á la tapia
como al acaso nacida,
humilde una planta crece
y ni la ven ni la cuidan;
que harto harán los jardineros

si el plantel de francesillas
y de anémones regando
cuidadosos, no la pisan.
Asi en el mundo sucede
á mas de un alma sentida,
que olvidada ha de dar gracias
cuando no la martirizan.
Una niña encantadora
hácia la planta camina,
las violetas prefiere
á las flores mas bonitas,
y en el ribazo do crecen
á la resedá vecinas,
va robando una tras otra
las azules florecillas.
Y aunque hacer de violetas
un ramo es cosa prolija,
amor á la par soñando,
cien y cien coje embebida.
De la resedá el perfume
le arranca dulce sonrisa,
su flor busca, y la coloca
en medio de sus amigas.
Besos mil da al ramillete,
que enamorado destina
á ser sentido recuerdo
del amor en que delira.
«Tú le dirás á mi amante,
desgraciada florecilla,
que aunque es como tú olvidado,
mi corazon no le olvida.»
Y una lágrima se escapa
de los ojos de la niña,
al par que repite el labio
¡Mi corazon no le olvida!

Eduardo Atard.

¡ADIOS!

(Conclusion.)

VIII.

En este invierno Malvina se ha mostrado indiferente á todo cuanto hasta aquí constituia la parte principal de su existencia; y es que la idea que cruzó por su imaginacion en un instante de ternura y de soledad, se ha albergado en su corazon donde mora todavía. ¡Misterios del alma! ¿Por qué no amó á Ricardo cuando el jóven aun no habia visto á Emma? Ricardo habia amado á Malvina; habia sido su primera ilusion, la primera imájen de su ventura. Habia seguido sus miradas, acechado sus movimientos, habia devorado su angustioso afan y habia perdido las horas contemplando como alcanzaban mas otros que pretendian menos. Cuantas veces pudo deslizar en su oido una queja fugitiva, le hizo estremecer una sonrisa de indiferencia. ¡Cuántas lágrimas ha derramado en vano para borrar su recuerdo la pobre Malvina! ¡Oh! ¿Por qué ha de haber heridas que ciertas almas perdonan siempre, pero que no se cicatrizan nunca?

IX.

La última vez que la vió estaba divina. Era una tarde de Jueves Santo, dia en que el amor se fecunda con el rocio de la religion. El alma eleva con la fervorosa uncion de que se siente poseida, sublimes votos hasta el ara santa, y la bendicion del cielo desciende sobre los espíritus que se aman. ¡Desgraciados los impíos! porque no pueden amar.

Malvina estaba en el templo; absorta en su profundo recogimiento, parecia arrepentida de su pasada indiferencia. No tenia un nombre querido que mezclar en su oracion. Pero estaba divina.

Ricardo la contemplaba con ese éxtasis indefinible que nadie sabe si es hijo del placer ó del dolor. Mas de repente exhaló un suspiro, asomaron las lagrimas á sus inyectados ojos, y murmurando con voz agitada y balbuciente—¡Adios!—salió del templo y perdióse entre la multitud.

Malvina le habia visto, y con una de esas contracciones de labios que son casi una sonrisa, pero sonrisa desgarradora, le habia arrancado el último resto de esperanza.

Desde entonces ya no la volvió á ver hasta la tarde en que por primera vez salió Malvina á esperar al ginete desconocido.

XX.

¿Habeis observado alguna vez la melancolía de la naturaleza cuando el sol marcha hácia su ocaso? Las aves vuelan á sus nidos, pierde el firmamento su trasparente azul, las sombras se elevan como genios de la noche y todo anuncia que el dia va á espirar. Suena mas cercano el murmurio de los raudales, como si fuera el postrer suspiro, la última despedida de la naturaleza.

Tambien marchaba al ocaso el sol cuando llegó Malvina á su quinta esta primavera; tambien volaba á su nido; tambien se habia oscurecido el diáfano azul de su firmamento, y las sombras se levantaban ya en su espíritu y su corazon.

Aun pasaba Ricardo todas las tardes, pero Roldan no acompañaba ya á su cariñosa señorita á la entrada del bosque. Habia visto á Emma y conocia bien á Ricardo, y habia renunciado la pobre Malvina á sus hermosas esperanzas. Sin embargo, no podia renunciar á oir desde su jardin el galope del caballo, y todas las noches se retiraba llorando á su pabellon.

Pero el dia iba á espirar.

Ricardo ya no iba á la quinta de Emma. La soledad y la incertidumbre, la duda y el temor, destrozaban el alma de Malvina. La luna la sorprendia abismada en su jardin pálida y abatida, sin un consuelo que viniera á calmar la intensidad de su afliccion.

El sol marchaba al ocaso.

XXI.

Dios ha bendecido los juramentos de los amantes: Emma y Ricardo han recibido su bendicion al pie de los altares. ¡Felices! Han alcanzado su estrella que alumbraba su porvenir, han visto desaparecer la distancia que les separaba, se han unido eternamente.

¿Y Malvina? ¡Pobre Malvina! Lo supo algunos dias despues y guardó profundo silencio: temia tal vez profanar la religiosidad de su amargura, ó ya no tenia fuerzas para llorar.

Una noche estaba fatigada, su respiracion era violenta, y la tos la agobiaba en estremo; dejó el lecho cuando apenas acababa de recojerse, acercóse un pañuelo á sus labios y lo retiró manchado de sangre. Elevó los ojos al cielo, y volvióse á recoger.

En la mañana siguiente salió al bosque.

Se reanimaba al eco del torrente como si fuera el último suspiro, la postrera despedida.

XXII.

Pocos dias despues Emma y Ricardo se dirigian tristes al cementerio de la vecina aldea: Ricardo llevaba un ramo de marchitas flores.

Una cruz de madera mas reciente que las demás les reveló bien pronto el último descanso de Malvina. El ramo que Ricardo llevaba era el que encontró en la entrada del bosque el dia que Malvina dejó la quinta el verano anterior. Le recogió entonces, le guardó Emma, y venia ahora á devolver una prenda que no le pertenecia. Y lo colgó de la cruz. ¡Pobre emblema en el sepulcro de una mártir!

Emma se asió maquinalmente con mayor fuerza del brazo de Ricardo: habia visto deslizársele una lágrima.

Cuando regresaron á su quinta, al pasar por el grupo de árboles donde Malvina esperaba la venida de Ricardo, pudo éste leer grabado en el tronco del que la servia de apoyo mientras leia esperándole—¡Adios!

La puerta del jardin de la quinta de Malvina permanece cerrada desde entonces, y la luna ha visitado largas noches aquellos sitios sin que un suspiro viniera á mezclarse con el pálido reflejo de sus tibios resplandores.

Cuando pasa Roldan junto al cementerio se detiene un instante á su puerta, y continúa despues triste su camino: Malvina le queria mucho.

Tomás Solanich.

BIGOTES.

Los negros poblados descubren un corazon sensible á las dulzuras del amor.

El color rubio en los bigotes revela generalmente un espíritu voluble y descontentadizo.

Los bigotes castaños son el signo de los buenos sentimientos.

El bigote descuidado, y que se deja crecer al acaso, da á entender poco apegoá la vida, espiritualismo exajerado ó muchos negocios.

El bigote cortado en sus estremidades revela poco gusto ó un carácter metódico.

El bigote retorcido y engomado es el *non plus ultra* de la coquetería masculina.

Mercedes C. de M.

CORRESPONDENCIA.

En la quinta de los Alamos, 9 de Marzo de 1857.

Adela mia, dispénsame que haya tardado algunos dias en escribirte. Me lo han impedido ocupaciones muy gratas para mí, aunque motivadas por causas tristes.

Como sin duda sabrás, el temporal de la semana anterior ha llegado en este valle á un estremo horroroso de intensidad y duracion.

Los rios y los arroyos se han desbordado esperimentando crecimientos nunca vistos, y han inundado parte de la campiña: además la lluvia continua ayudada por las oleadas del viento y tal vez por algun movimiento ó temblor de tierra, ha causado la ruina de muchas de las mal construidas chozas en que viven los infelices jornaleros: todo esto unido á la aflictiva situacion de esta desventurada clase que no podia, durante ese tiempo, hallar su pobre subsistencia y la de su familia en las ocupaciones y trabajos del campo, ha causado una lastimosa miseria entre las gentes de la ínfima condicion. A esa miseria han ocurrido los propietarios de estas inmediaciones, socorriendo á los necesitados y distribuyendo entre las familias menesterosas toda clase de socorros. Ricardo y yo tomamos á nuestro cargo á un número determinado de familias, á las cuales proporcionábamos alimento diario, y esta distribucion, que he tenido el gusto de hacer las mas de las veces por mí misma, me ha ocupado bastante estos dias, proporcionándome al propio tiempo una verdadera satisfaccion. Las madres que recibian de mis manos el alimento para sus hijos, estrechaban á éstos en sus brazos, derramando abundantes y tiernísimas lágrimas, y les hacian repetir mi nombre inspirándoles así el sentimiento de la gratitud. ¡Qué placer me causaba el recibir sus fervientes votos por mi felicidad y sus demostraciones de agradecimiento.

Julian N. ha socorrido tambien á muchas familias, segun me han dicho. Es indudable que posee un escelente corazon, y de ello pueden hallarse pruebas en la historia de su vida que voy á continuar refiriéndote.

Hicimos alto, si mal no recuerdo, en el momento en que Julian presentó á D. Martin una carta abierta.

Aquella carta decia así:

«Julian, es V. libre: dispenso á V. del compromiso que conmigo habia contraido. Olvídeme V. como yo me prometo hacerlo. Sírvase V. arrojar al fuego todas mis cartas. Es V. caballero y no creo necesario que insista en este mi último deseo."

Leopoldina A.

Así que concluyó su lectura D. Martin, devolvió la carta á Julian sin dirigirle la palabra. Aquel silencio, unido á la espresion de su semblante, equivalia á esta pregunta: «¿Qué quiere decir esto?"

Julian rogó á su interlocutor que le siguiese. Cuando ambos llegaron al gabinete que servia de habitacion á Julian, éste invitó al padre de Virginia á que se sentase. Hiciéronlo ambos, y durante algunos segundos ni uno ni otro se decidieron á interrumpir el silencio.

Julian parecia cada vez mas agitado. D. Martin lo estaba tambien, pero su emocion solo podia conocerse por la densa palidez que cubria su semblante.

—La carta que acaba V. de leer, dijo por fin Julian con voz insegura, significa que han terminado mis relaciones con Leopoldina, relaciones que se oponian á que pidiera á V. á su hija por esposa. Dispénseme V. que haya causado en mí tan profunda impresion un rompimiento que no habia podido preveer. Este desengaño, que ha venido á dispertarme de mi confianza, ha herido lastimosamente mi corazon. Creo que comprenderá V. mis sentimientos.

Este desengaño, sin embargo, y este pesar que he recibido, me proporcionan la posibilidad de hacer, segun V. dice, la felicidad de Virginia. Debo consolarme. Ese ánjel es mas digno de ventura que yo. Pido á V. la mano de Virginia.

D. Martin derramó en silencio algunas lágrimas. Despues de un momento dijo á Julian:

—Julian, yo te doy gracias por el sacrificio que intentas hacer, pero sospecho que ya es tarde. Mi hija, antes de llegar al altar, tropezará con el ataud; mi hija vivirá pocos dias.

—No, no puede ser; su hija de V. vivirá y será dichosa; me estremezco al pensar que pueda morir, porque su desgracia seria un remordimiento que pesaria eternamente sobre mi corazon.

—¡Oh! ¿Crees tú que pueda vivir? ¡cuán feliz me estás haciendo! Dios te recompense tanto bien. Ven, ven conmigo; háblala de amor; háblala del porvenir, de la felicidad; vuélvela la vida.

Pocos dias despues de ocurrir esta escena, Virginia se mejoraba

visiblemente; volvió la animacion á sus facciones, la color á su rostro, y alguna que otra vez se veia asomar á sus labios una fugaz sonrisa.

Virginia se restableció por fin completamente. El amor la habia conducido al borde del sepulcro y el amor la habia arrancado de él.

Julian no era dichoso, pero se consideraba tal haciendo la felicidad de Virginia.

Un mes despues se verificó el matrimonio. Durante un año la dicha conyugal no se vió turbada ni un momento, pero mas adelante los esposos esperimentaron graves pesares, que te referiré otro dia.

No puedo hoy estenderme mas.

Tuya, tu mejor amiga

Herminia.

Valencia 12 de Marzo.

Mi buena Herminia: ¡cuánto mereces que te llame así! lo que me dices acerca de esas pobres gentes á quienes has socorrido, me ha hecho derramar lágrimas: las de esas infelices madres han provocado las mias, y te envidio el que hayas podido socorrer su miseria y consolar su aflictiva situacion. ¡Cuán buena eres, Herminia mia! todos tus goces los cifras en el bien que haces á los demás: ¡cuánto me envanezco de llamarme tu amiga!

Producirá un notable contraste que te hable de diversiones, en contestacion á tu carta, pero no quiero dejar de cumplir la promesa que te hice de tenerte al corriente de cuanto ocurre en la sociedad valenciana.

Empezaré hablándote de la escogida y amena reunion que se celebró el sábado último en casa de la amabilísima señora de Y. con motivo de sus dias. Quisiera poder hacerte una minuciosa y exacta relacion de todas las amigas que tuve el gusto de ver en aquella noche, que recordaré siempre con placer; pero ya que esto no me sea posible, te indicaré las que tenga mas presentes.

E. S. llevaba un vestido de seda de medio color, con tres volantes. J. L. se presentó vestida de negro, pero con una novedad en su peinado, que no dejó de sorprender; formaba éste tres grandes rizos á cada lado, y otros tres á la espalda. Tambien vestian de negro Y. L. y C. E., con la diferencia de que la primera de estas dos lleva-

ba *moña* igualmente negra, y la última adornó su cabeza con una de flores. P. P. lucia un traje morado con tres volantes y una *moña* del mismo color. Las de B. se presentaron con vestidos azules y blancos y moñas negras. C. P. llevaba un vestido morado y blanco, y su hermanita estaba vestida de negro. Negra era tambien la falda de E. T., pero solo la falda, pues el cuerpo que llevaba era del color de la nieve; el adorno de la cabeza era de flores. A. M. se presentó con vestido de *damasco* negro y encarnado, y llevaba igualmente *adorno* de flores. A. C. vestido de seda azul y blanco. No puedo recordar á otra porcion de amigas á quienes ví en tan agradable reunion. La noche se pasó deliciosamente; y, como puedes suponer, gran parte de ella se invirtió en dar vueltas de *polka*, de *walz* y de *redowa*. Tambien se bailaron los *lanceros*. Despues de las diez la dueña de la casa obsequió á su reunion con un espléndido *buffet*.

En aquella misma noche celebró el Liceo sesion ordinaria, y sentí que no me fuera posible asistir á ella. Segun me ha referido una amiga que concurrió, la reunion fue bastante numerosa. La seccion de declamacion puso en escena tres lindas piezas en un acto: *De potencia á potencia*, *El arte de hacerse amar* y *Una apuesta:* la primera y la última son muy conocidas para que te hable de su mérito; respecto al de la segunda, original, como sabes, de Jacinto Labaila, tuviste tambien ocasion de concedérselo la primera vez que se representó en el mismo local con general aplauso de la concurrencia.

En la ejecucion de las tres se distinguieron como siempre, segun parece, Almerinda y los socios Lafaya, Bellmont, Márquez y algun otro cuyo nombre no recuerdo.

La seccion de música de dicha corporacion ha tenido precision de renunciar por ahora á su propósito de poner en escena la *zarzuela* de que te he hablado otras veces: esta suspension es tanto mas sensible, cuanto que la motiva la indisposicion de un apreciable socio que debia tomar parte en la ejecucion. En cámbio parece que la seccion se ocupa en preparar un concierto religioso, en que se cantará y acompañará por la orquesta un *Stabat*, composicion de J. V.

Antes de ocuparme del teatro, quiero hablarte, siquiera sea poco, de modas en los trajes.

Los vestidos de muaré antique, negro y de colores, siguen siendo los favoritos de la moda, si bien es verdad que alternan con los tejidos brochados, ya en disposicion de volantes, ya de listas anchas para falda lisa. Puedo anunciarte como favorito para la primavera el color *gris*, liso ó jaspeado, pues en este sentido se espresa una cor-

respondencia de París dirigida á una amiguita mia, y que he tenido ocasion de ver.

Las novedades que en punto á adornos para la cabeza puedo citarte, son los *prendidos* á la *Watteau*, compuestos de rosas de Bengala entre hojas verdes, y los llamados á la *veneciana*: este prendido consiste en una guirnalda de hojas de terciopelo verde con racimitos de oro; no los he visto adoptados entre mis compañeras de reuniones, pero indudablemente son del mejor gusto. A pesar de todo no concibo adorno mas elegante que el de camelias naturales, y parece va teniendo mucha aceptacion.

De las representaciones teatrales poco nuevo puedo decirte. Las repeticiones de *Jugar con fuego* y *Catalina* han ocupado dos noches á la concurrencia: anteayer se volvió á poner en escena *Sin prueba plena*, que como en las primeras representaciones nos entretuvo agradabilísimamente.

En *El Poeta y la beneficiada*, juguete ó propósito cómico, debido á la pluma del célebre Breton, que formó la segunda parte de la funcion de aquella noche, Pastrana trabajó con el acierto y la inteligencia que le distinguen; la Andrade estuvo como siempre, y la Juana Samaniego caracterizó con perfeccion la actriz que figura en la pieza, y supo decir con marcada intencion aquellos versos en que hablando de los diversos caractéres que desempeña, dice de sí misma que es

«especie de comodin
que juega en todos los palos.»

La *ramilletera*, que cantó dos veces en obsequio de la acogida que obtuvo la primera, es una bonita cancion.

Y á propósito de esto. Dentro de pocos dias te remitiré la pieza de canto que me pedias en una de tus cartas. Es una linda y sencilla cancion que encargué á nuestro amigo Pinazo, y que éste ha tenido la amabilidad de componer.

Volviendo al teatro, anoche se representó *El Pelo de la dehesa*. Pasé la noche muy entretenida oyendo los hermosos versos de Breton y la graciosa crítica de algunas de las costumbres de sociedad que el fecundo y festivo poeta pone en boca del vecino de Belchite. Del-Rio estuvo bastante feliz.

Tengo vivos deseos de oir *El Marqués de Caravaca*, anunciada para últimos de esta semana, y de la cual solo conocemos las graciosas seguidillas.

Quisiera poder escribirte mas largo, pero temo llegar á serte molesta. Espero que saludes á Ricardo, y le ruegues en mi nombre que se decida á traerte pronto á mi lado. Recibe todo mi cariño.

Adela.

Con motivo de representarse en la Princesa la zarzuela *Catalina*, se trocaron las orquestas, y la de aquel coliseo ejecutó en el Principal, durante los entreactos, con notable gusto, escogidas piezas de ópera, entre ellas de *La Favorita*, *El Trovador* y la opereta *Marina*. El público agradablemente sorprendido, aplaudió repetidas veces. Poco costaria complacerle de la misma manera todas las noches.

Idem 13 por la mañana.

Anoche se estrenó en el Principal la comedia *Cuando quiere una mujer*. Es arreglo del frances, y *hecho por* OLONA. El argumento tiene un objeto moral segun al final se comprende. Hasta entonces la accion carece de interés, y está sostenida solo por un diálogo, que no es gracioso en los chistes ni conveniente en las espresiones. Por otra parte el carácter de Ernesto no está desprovisto de originalidad, lo que no sucede con el de la vieja *solterona*, tipo obligado de casi todas las producciones de Olona, como he oido á J.

Esta comedia me recordó bastante las aleluyas del *mundo al revés*: las mujeres declaran su amor y los hombres, si bien consienten en corresponderlas, es despues de hacer bastantes dengues. Concluye la pieza con tres matrimonios. El de la criada es inútil, el de la vieja grotesco, el de la jóven es el único para el cual hubiera dado mi aprobacion, si se me hubiese pedido.

Parreño estuvo perfectamente, con la soltura y naturalidad que le son peculiares cuando trabaja en su género. La Yañez caracterizó con acierto su papel, singularmente en la escena dramática, que no recuerdo si es la penúltima. De la Andrade bastará que te diga, que representando el papel de una vieja ridícula hasta lo inverosimil, necesariamente debia estar en su elemento. Torromé y la Adela Guerrero dibujaron bastante bien las últimas figuras del cuadro.

Mi mujer no me espera no la vi porque sabia que es mala, y no *quise esperarme*, aunque nadie me *esperaba*. Adios.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

QUINTANA.

—

Ha muerto el gran QUINTANA.

Saludemos al sol brillante que se acaba de poner.

La musa castellana viste luto por uno de sus hijos predilectos.

La patria vierte lágrimas por uno de sus mas leales patricios.

La virtud llora sobre el féretro de un hombre honrado.

La muerte tenia como remordimiento de arrojar su guadaña sobre tan augusta cabeza, de acabar una vida tan digna de ser eterna. Ochenta y cinco años la ha respetado. El tiempo mismo, aunque encanecia su cabeza, no osaba apagar el fuego de su corazon.

Dos siglos han admirado su genio: el pasado le ha visto en su oriente; el actual en su ocaso. Nuestros abuelos le han aplaudido; nosotros le hemos coronado.

El suelo en que nacieron Calderon, Quevedo y Lope no es estéril: en Madrid, pais natal de estos genios, vió QUINTANA por primera vez la luz del dia.

Y sus ojos se han cerrado en el mismo suelo en que se abrieron.

Saludemos al sol brillante que se acaba de poner.

Saludemos al astro mas luciente del Olimpo de la poesía lírica castellana.

Al ilustre cantor de *Padilla*, de *Guzman el Bueno*, de los héroes de Trafalgar y de los mártires de la independencia española.

Al cisne que ha cantado *Al mar* y *A la invencion de la imprenta*.

Al profundo historiador que ha escrito las *Cartas políticas á lord Holland* y las *Vidas de los españoles célebres*.

Al arrebatado cronista de los altos hechos del restaurador de la Monarquía en España.

Al eminente patricio que tantos servicios ha prestado á su pais.

Al sábio preceptor de Isabel II.

Al hombre virtuoso.

Al anciano ilustre que ha visto brillar su gloria antes de encerrarse en el ataud y en el que el mónstruo de la envidia nunca ha podido hincar las garras.

Al que por merecido privilegio le es dado contradecir el dicho de Balzac: *la gloria es el sol de los muertos*.

Al que se ha bañado en la esplendorosa luz de ese sol y ha sen-

tido sus rayos calentar sus cabellos de plata y abrigar su frente yerta por los años.

Al ilustre finado que lloran los españoles.

Al Patriarca de la literatura moderna, públicamente coronado por la nacion.

—

¡Sombra ilustre! si en la morada á que has ascendido encuentras á ese genio que se llama Cervantes, dile que España ya no es el pais de los ingratos: dile que ya recompensa el mérito: cuéntale tu coronacion. Dile que al llamamiento de *La Iberia* (1) toda ella acudió como un solo hombre, y prestó su consentimiento y sus caudales para ceñirte una corona como la que circunda las sienes del Tasso y del Petrarca: dile que las augustas manos de Isabel II te han ceñido el laurel de los poetas, en el salon del Senado del palacio de Doña María de Aragon lleno de eminencias literarias, de próceres y de cuantos aman la gloria de su patria. Dile, en fin, que la España de hoy no es la España de ayer, que aunque menos opulenta es mas ilustrada.

—

¡Adios ilustre sombra de un eminente poeta, de un noble ciudadano, de un hombre virtuoso!

Poeta, recibe nuestros aplausos.

Patricio, nuestro sentimiento.

Hombre virtuoso, nuestras lágrimas.

Vates españoles, arrojad flores sobre la tumba del tres veces célebre; sobre la tumba del gran QUINTANA, de ese sol que se acaba de poner.

Jacinto Labaila.

SECRETO DEL CORAZON.

¿Cuál á mi tormento alcanza?
¿Por qué ante Dios prometí
Nunca ambicionar de tí
Ni un amor, ni una esperanza,
Ni un recuerdo para mí?

---

(1) Este periódico tuvo la feliz idea de proponer la coronacion de Quintana. (Véase el artículo del núm. 76 del citado periódico, perteneciente al 14 de Setiembre de 1854.)

Yo no sabia, mujer,
Todo tu precio y valer,
Ni á comprender tu hermosura
Bastaba tan solo ver
Tu faz anjélica y pura.

Rosa entre mil escondida,
Anjel velado por luz,
Al contemplarte, perdida
Quedó la dulce quietud
Que es del alma tan querida.

Aunque jamás alcanzara
De tus amores el bien,
Si solo en premio lograra
De mi pasion tu desden,
En alcanzarle gozara.

Pues que sabrias, hermosa,
Si ante tu vista sufria,
Que á tu beldad desdeñosa
Del corazon ofrecia
Una existencia enojosa.

¡Ay! qué insufrible tormento
Martiriza el corazon
Cuando en él toma incremento
Fuego voraz y cruento
De una imposible pasion!

¡Quimera á mi mente asida,
Imajen fija en el alma,
Del sueño idea querida,
En los verjeles mi palma,
En la existencia mi vida!

Ya no hay para mí bonanza,
Porque ante Dios prometí
Nunca ambicionar de tí
Ni un amor, ni una esperanza,
Ni un recuerdo para mí...

Me alejé de tu hermosura
Para conseguir la calma:
Mas, ¡ay! buscarla es locura.
¿Cómo arrancaré del alma
Tu imajen plácida y pura?

Lucero tú en la mañana,
Rayo del sol en la aurora,
Luna en la noche galana,
Y en los ensueños sultana
El pensamiento te adora.

Y en vano en su desventura
La helada razon procura
Alcanzar al pecho calma:
¡No puedo arrancar del alma
Tu imajen plácida y pura!

¡Y siempre ante mí he de verte;
Y el fuego de mi pasion
Jamas, ¡ay! podré ofrecerte!
¡Y ha de ser hasta la muerte
Secreto del corazon!

1850 *Eduardo Atard.*

UNA TRINIDAD FEMENINA.

NOVELA ORIGINAL.

A Antonio Mateu.

Hace tiempo prometí dedicarte una novela, y por razones independientes de mi voluntad, hasta hoy no he podido cumplirte mi promesa. Ahí tienes, pues, mi *Trinidad femenina*, ó sean tres mujeres en un todo distintas: una representa el amor, otra el coquetismo y otra la indiferencia. Si la primera te arranca una lágrima, la segunda un gesto de desden y la tercera una sonrisa, estaré satisfecho,

pues esto me probará que he copiado con exactitud tres tipos tan comunes en el mundo.

Recibe esta novela con el cariño afectuoso con que te la dedica

Jacinto Labaila.

I.

El palco número 10.

Todo mi corazon se entrega á ti.
Goethe.

El teatro está concurridísimo.

Al levantarse el telon casi todas las localidades están ocupadas. Un jóven, hundido indolentemente en una butaca, pasea su vista ausiliada por los gemelos de palco en palco. Se le podria tomar por un amante que espera con impaciencia á la mujer de sus amores; sin embargo, no ama, ni espera, ni está impaciente; es que se fastidia; pero no con ese fastidio aparente que prescriben las leyes del buen tono, no con ese aburrimiento aristocrático del que la sociedad de hoy quiere que hagamos alarde; se fastidia, no por tono, por necesidad; lo siente, no lo finje. Este jóven es forastero, y se encuentra solo consigo mismo en medio de un inmenso público. No es estraño que se fastidie Mauricio Rojas.

Por segunda vez vuelve á cojer los gemelos y vuelve á pasear su vista por los palcos. Ve abrir la portezuela del 10 del primer piso y se entretiene en mirar á las personas que llegan, dejan los abrigos y se van sentando. Dos mujeres y un hombre ocupan dicho palco. Mauricio se fija en una de ellas que es una jóven hermosísima, y al contemplarla siente un gozo interior, y esclama fijando en ella tenazmente los gemelos.—¡Qué hermosa es!

Describámosla lijeramente.

Es una mujer que se encuentra en el centro de la juventud, en ese centro en el que la belleza brilla con toda su intensidad. Su rostro oval es de ese moreno dorado que atorciopela el cutis; sus ojos despiden llamas al través de sus largos párpados; su cabello, de un negro lustroso, tiende á rizarse; su boca, predispuesta para la sonrisa, deja entrever una finísima dentadura, y sus labios, cuando sonrien, hacen formar á las megillas dos lindísimos hoyuelos.

Mauricio Rojas la contemplaba estático: jóven de impresiones súbitas, le admira la belleza física y le trasporta hasta el entusiasmo.

La jóven de los ojos negros y de los lindos hoyuelos es para cualquiera una tentacion; pero para Mauricio es una tentacion poderosísima, irresistible. Para Rojas es una de esas mujeres que desde que vemos y admiramos las hacemos dueñas de nuestro corazon y señoras de nuestra voluntad, sin creerlo ni conocerlo; que cuanto mas las contemplamos, cuantos mas dias corremos tras sus encantos, mas nos aprisionamos en las cadenas de su amor; y esclavos ya, aun nos creemos libres, pues solo sentimos el peso de las cadenas cuando ya no las podemos romper.

La representacion comienza.

Entre las personas que concurren al teatro pocas van esclusivamente á ver la funcion, muchas van *esclusivamente* á ver á alguno de los espectadores. Rojas es aficionado á la literatura dramática, y fue al coliseo á oir la representacion; pero vió á su incógnita y la prefirió al drama, dando prueba de su escelente gusto. Efectivamente, vale mas una mujer hermosa que un drama magnífico; así es que no oyó el drama y continuó mirando á la mujer.

La tenacidad de las miradas de Rojas hizo que la desconocida conociera que á ella iban dirigidas. No es ilusion. Los ojos tienen un fluido poderosísimo y se llaman unos á otros, si esta espresion se me permite. Mirad, si sois hombres, fijamente á una mujer durante algun tiempo aun en una reunion numerosa; pronto la hareis volver la vista, pronto conocerá que la estais mirando. Los ojos tienen tambien su lenguaje, muchas veces mas elocuente que el de las palabras.

La incógnita cogió sus gemelos y los dirigió, no donde estaba Mauricio, á quien tenia curiosidad de conocer, que esto hubiera sido sobrado franco, sino á las últimas filas de butacas para ir llevando la vista á las primeras, que era donde estaba Rojas, y concluir por mirar á los palcos de enfrente. La sociedad quiere que la mujer sea hipócrita en todo y para todo. La desconocida para conocer á Mauricio aprovechó el momento en que éste no la miraba, contestando á las palabras de su adlatere que le preguntaba por el autor del drama que se estaba representando.

La impresion que Rojas produjo á la incógnita no fue ni agradable ni desagradable; sin embargo, halagó su femenil amor propio considerarse objeto de semejante adoracion por parte de un jóven que no era feo, que vestia con elegancia y que se sentaba en las primeras butacas; así es que se alisó el cabello, se compuso el adorno, etc. etc.

En este instante, el jóven que estaba en el palco con la incógnita y con la otra señora, de colosal volúmen y de sesenta inviernos, se acercó á la jóven, sentóse á su lado, y entabló con ella una conversacion bastante animada; al menos así lo creyó Mauricio Rojas, que no perdia nada de cuanto pasaba en el palco núm. 10. Desde este momento le fue antipático el hombre que daba conversacion á su desconocida: ese hombre era jóven, estaba muy cerca de ella hablándole al oido, y Rojas sintió nacer en su corazon una especie de celos sin razon y sin objeto. ¡No sabia si era amado, y ya estaba celoso!—Inesplicables arcanos del alma, pero ciertos. Si el jóven del palco núm. 10 fuera viejo, ni á Mauricio le fuera antipático, ni estuviera celoso. Rojas hubiera deseado poseer el don de hacer milagros para convertir al jóven en un sesenton; pero se convenció de que ese don quedaba reservado para la Providencia, y no tuvo mas remedio que resignarse y aburrirse.

En el blanco del segundo acto del drama notó Rojas que la incógnita se levantó rápidamente de la silla, volviéndose á sentar con no menos rapidez hácia el jóven y hácia la señora mayor, entablando con ellos un diálogo acaloradísimo, que ella terminó volviendo la silla y las espaldas al jóven que causó celos al enamorado Mauricio. Este acontecimiento le llenó de júbilo. Se figuró que su desconocida habia reñido con su amante; se figuró que él era la causa; creyó que ella le dirijia miradas insinuantes; en una palabra, creyó que era amado con un amor semejante al suyo, súbito, vehemente. No hay pasion que se convenza con tanta facilidad como el amor propio.

Veamos lo que realmente sucedió en el palco núm. 10. La desconocida estrenó aquella noche un magnífico vestido; el jóven, por aproximarse mas á ella, habia acercado tanto las dos sillas, que estaba pisándole el hermoso vestido nuevo: al terminar el acto, á la muchacha repentinamente le ocurrió levantarse, y como el jóven no estaba advertido y continuó sentado, el vestido nuevo se rompió. La jóven se encolerizó con el desconocido; la mamá procuró calmar la cólera violenta de su hija; el jóven dió sus disculpas, y la jóven se le volvió de espaldas. Estas circunstancias son suficientes para pintar el carácter poco apacible de la niña de los negros ojos y lindos hoyuelos.

Todo esto pasó desapercibido para Mauricio Rojas, ó por mejor decir vió únicamente los efectos, y queriendo adivinar la causa, la atribuyó al amor y no á un vestido... roto. Para adivinar la causa contó con su amor propio y no con la verdad; por eso se equivocó y

se tuvo por feliz, probando el aforismo de Balzac: *no hay felicidad en la vida que no dimane de un error.*

Mauricio, deseando saber quién era su desconocida, preguntó al que estaba á su lado quién era la familia que ocupaba el palco número 10 del primer piso; su adlatere de la derecha le contestó que le dispensase, pues que él no queria perder una sílaba del drama: viendo que por éste nada averiguaria, se lo preguntó á su vecino de la izquierda, que era sordo, y nuestro enamorado se quedó sin saber el nombre de la mujer que adoraba.

Terminó la representacion, y Mauricio salió de los primeros y se colocó en el vestíbulo del teatro para ver bajar á su incógnita, con la esperanza de seguirla y de averiguar su casa. Estaban casi vacíos los corredores, y ya Rojas pensaba si su interesante desconocida habria salido antes que él, cuando vió que bajaba la escalera apoyada en el brazo izquierdo del jóven del palco núm. 10, el que además tambien llevaba colgada de su derecho á la obesa mamá.

Bajaron la escalera y pasaron por delante de Mauricio, que no cesaba de mirar á la desconocida, la que al pasar por su lado le arrojó una mirada que le llegó hasta el alma, una mirada que él creyó de amor.

Mauricio salió del teatro tras su incógnita, pero ¡oh fatalidad! la vió subir á un coche detrás de su mamá, á las que siguió el desconocido, cerrando la portezuela, y.... el coche partió rápidamente.

. . . . . .

Aquella noche Mauricio Rojas no pudo conciliar el sueño pensando en su desconocida del palco núm. 10.

(Continuará.)

EN UN ALBUM.

Las dulces ilusiones
que el alma sueña
en los dias felices
de la inocencia,
Son bellas flores
que agosta el sol ardiente
de las pasiones.

Son flores cuyo aroma
solo se aspira
una vez en los años
de nuestra vida.
¡Oh! ¡quién pudiera
para vivir dichoso
nunca perderlas!

Ana María R. y T.

COQUETERIA.

Este es un defecto de que se acusa con frecuencia á las mujeres jóvenes y bonitas y no siempre con razon.

¡Cuidado que la posicion de una jóven bonita en sociedad, es bastante fastidiosa!.... Si su carácter es grave, y no sabe escuchar con paciencia esas salvas de incienso y esas declaraciones continuadas que parecen ser la única ciencia de ciertos hombres, que abundan por desgracia, desde luego la califican de *orgullosa, falta de trato, de...* ¡quién sabe! ¡Pues no, sea V. jovial, alegre; pague V. el oropel con oropel y la palabrería con palabras; procure V. ser amable con los jóvenes que la tratan ,y si éstos no tienen mundo y talento, tomarán una sonrisa por una correspondencia, una palabra fina por una promesa y... verá V. con qué facilidad repiten de boca en boca la palabra *coqueta*, escapada de los labios de un iluso despechado.

¿Y qué remedio? Mucho pueden hacer los papás y mamás teniendo el cuidado que su esperiencia les permite respecto los jóvenes que tratan á sus hijas. Mucho pueden tambien éstas con solo guardar cierta reserva con los jóvenes hasta conocer bien sus cualidades. Las que son buenas, y lo son la mayor parte, que no recelen nunca de los hombres que tengan educacion. Los tontos son los que con mas facilidad calumnian á las personas que valen mas que ellos.

Además hay una regla general que no debe olvidarse: toda mujer debe desconfiar del corazon ó del talento de un hombre que habla mal de otra mujer, y recordar aquel vulgarísimo pero sábio refran: *Cuando la barba de tu vecino etc.*

Los hombres tienen siempre la culpa de que se nos aplique esa calificacion tan ofensiva.

Los hay de tal carácter que todo lo *convierten en sustancia*: basta que una muchacha les dirija dos veces los gemelos en el teatro para que digan para sí cuando no en alta voz, *La he flechado*; y luego si la niña mira á otro casualmente ó saluda sonriéndose á un amigo de la familia, el primero esclama: ¡qué coqueta!

Y hay quien los oye y lo cree y lo repite, y no hay nadie que le conteste: ¡qué fátuo!

Demos por supuesto que á una muchacha se la tenga sin razon ó con ella por algo coqueta, esto basta para que se aumente y multiplique el numero de sus falsos adoradores, la envanecen, la enloquecen y hacen que otras la imiten, deslumbradas por esos falsos obsequios que se tributan á las que los reciben fácilmente.

¿Y qué ha de hacer lo pobre flor á quien cercan muchas mariposas? Goza ó no viendo agitarse en rededor las pintadas alas y escuchando su zumbido; pero tiene cuidado en guardar su miel para las abejas.

Juzgad bien de las cosas, no tomeis el buen trato, la amabilidad y finura por miel ó por amor y vereis como apenas hay una muchacha á quien pueda llamarse coqueta.

Por fin tened siempre presente que la Academia de la lengua ni aun en la última edicion de su diccionario aplica la palabra coqueta á las mujeres; sino que llama así á una cosa que se dá á los niños, y que merecen los hombres con frecuencia.

Julia Ll. de A.

A....

El áspero sonido de la hoja cuando cae,
El eco de las brisas que gimen en el mar,
Las auras que en el lago deslízanse: tu nombre
Me dejan al pasar.

Las tintas del crepúsculo que llenan el espacio,
Las nieblas que á lo lejos empañan su color
Dibujan melancólicas con su pincel aéreo
Tu sombra que es mi amor.

El ámbar de las flores que bordan los jardines,
El hálito que esparcen los céfiros de Abril,

Paréceme que llegan bañados en tu aliento
Para buscarme á mí.

Si unidos dos perfumes levántanse hasta el cielo;
Si en una se confunden dos olas al chocar....
Pienso que nuestras almas, cual olas y perfumes,
Pudiéranse juntar.

Te miro en los ocasos: te escucho en los rumores:
Te siento en los aromas: te tengo junto á mí....
¡Eco, perfume ó sombra, verdad ó fantasía,
No sé vivir sin tí!!...

Rafael Monares.

Madrid, Enero de 1857.

DIALOGOS DE VECINDAD.

—

Decoracion de calle.—Balcones practicables á la derecha.—Idem á la izquierda.—Un farol en la esquina.—En último término una iglesia.

—Adios, Cristina.

—Adios, Filomena.

—¡Hermoso dia! ¿no sales hoy á paseo?

—Probablemente no. Mamá está muy atacada del histérico.... ¿Saldrás tú?

—Tampoco. Papá está ocupadísimo, y mi hermano refunfuña cuando le pido que me acompañe. ¡Son tan poco galantes los hermanos!

—¡Lástima que nos quedemos hoy en casa! ¡debe estar tan concurrido el paseo!

—Paciencia; resignémonos. Lo que siento es que Joaquin, que me cree allá porque así se lo dije anoche en el teatro, irá en alas de su amor....

—Tambien Feliciano estará en paseo, porque le dije lo mismo esta mañana al salir de misa.

—¡Cómo rabiarán!

—¡Pobres chicos!

—Pobres de nosotras, dirás mejor. ¿No te parece que se consolarán de nuestra ausencia, dedicando sus miradas á otras muchachas?

—Podrá suceder, pero no me parece muy bien hecho.

—¿Gasta lentes tu novio?

—¡Oh! sí: ¿no sabes que es *pollo* todavía?

—Pues en ese caso se entretendrá mirando á todas las muchachas, porque los cortos de vista son los que miran mas.

—¡Cuánto siento no ver esta tarde á Joaquin! Sospecho que irá de uniforme; ¡y le va tan bien!

—Buen provecho te hagan sus charreteras.

—No sé por qué te disgustan ahora, cuando no hace mucho....

—Nunca he querido dar oidos á amores de sable.

—Pues hija, buen provecho te hagan los paisanos....

—*Filomena* (aparte.) ¡Cuánto daria esta tonta porque la obsequiase Feliciano!

—*Cristina* (aparte.) ¡Qué feliz seria esta necia si se dirijiese á ella Joaquin!

—Querida, adios: me llama la mamá: hasta despues.

—Adios, Cristina, hasta despues.

—

—¿Cómo va, vecino?

—Estoy mejor.

—Lo celebro.

—Creo que va á llover.

—Lo sentiria, porque esta tarde pienso llevar á mi mujer á la lucha de fieras.

—¿Cuántas pelean?

—Treinta y cinco y mi mujer se ha empeñado.... yo voy solo por complacerla, porque me duele tanto la cabeza....

—Señal de lluvia.

—Además me ha entrado un sueño despues de la comida....

—Lloverá indudablemente.

—¿Es decir que cree V....

—¿Qué es creer? Lo aseguro, lo afirmo.... A los pies de V., señora. Decia á su esposo de V. que no considero prudente que vayan VV. á la lucha de fieras. El tiempo amenaza....

—¡Pues si hace un sol que dá gozo!

—Precisamente eso mismo indica que va á llover.

—¡Qué chasco! yo de buena gana renunciaria, pero mi esposo se ha empeñado en que le acompañe.

—Mujer, si has sido tú....
—Calla, majadero....
—(Por lo bajo.) Habla cuanto quieras, pero no me pellizques.
(Pausa.)
—Que VV. sigan bien.
—Adios, vecino. Si salimos llevaremos paraguas.

—

—¿Cómo tiene V. á la niña?
—Sigue lo mismo. El doctor asegura que es alfombrilla. ¿Y el niño de V?
—Está ya bueno. Ha echado un diente....
—Sea enhorabuena.
—Gracias. Su padre está loco con él, porque ha aprendido á decir *papá*.
—Mi niña está tambien muy mona. ¡Si viera V....
—¿No piensa V. en destetarla?
—Lo va á sentir ; pero ¿qué he de hacer?
—Ya tiene V. trabajo. Siete y el que vendrá...
—¡Paciencia!...

Al llegar á este punto se acabó la del que escribe este artículo. Hacia mas de una hora estaba poniendo en prensa su imaginacion para obligarla á que esprimiese el zumo de una composicion que se le habia pedido para este Semanario con bastante urjencia, y quizás lo hubiera conseguido á no ser por la continua distraccion en que le tenian los diálogos de balcon á balcon que sostenian sus vecinos. Desesperado abrió el suyo para apostrofarles de una manera quizas algo inconvenientes, pero al dejar la silla cambió de idea, y decidió vengarse, dando á la imprenta sus diálogos. El autor cumple su propósito, y pide perdon á sus vecinos y á sus lectores.

P.

PENSAMIENTOS.

No desprecies á nadie; un átomo hace sombra.

—

Creer que un enemigo débil no puede dañarnos; es crer que una chispa no puede causar un incendio.

—

Los puestos elevados son como las cimas de los peñascos; solo llegan á ellos las águilas y los reptiles.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 19 de Marzo.

Sin carta tuya á que contestar, mi querida Herminia, no quiero dejar de escribirte para que te convenzas de que no en vano me llamas tu mejor amiga. No seas tan perezosa para escribirme, Herminia mia. Al menos me escribieses largo y no me tuvieses tanto tiempo esperando la conclusion de la historia de Julian, el de la quinta de las Palomas.

Desde el domingo se nos ofrece un espectáculo nuevo en esta capital. La rifa de objetos regalados á la Asociacion de nuesta Señora de los Desamparados que tanto hace por los pobres, y que con este nuevo recurso va á proporcionarse medios, de que necesita mucho para su gran obra de caridad. A los salones del *Liceo*, en donde están espuestos dichos objetos, acude diariamente un concurso numeroso. Aquellos son preciosos, muchos por su mérito artístico, otros por su trabajo ó coste, todos por su oríjen, pues los enriquecen los nombres de las personas que los han regalado, entre las que figuran SS. MM. y Princesa de Asturias y las mas distinguidas damas valencianas.

Para el beneficio de Cortabitarte se ejecutó *Marina* y *El Marqués de Caravaca*. Esta es una zarzuela de buen género, que hicieron oir con gusto, la naturalidad y gracia de la Samaniego, la propiedad con qué Miró representó el Fisico del regimiento y el buen desempeño del papel de Marqués fiado á Obregon.

¡En crisis!!! es una comedia en tres actos de *Narciso Serra*. Es del mismo género que *Sin prueba plena*, de que te hablé no há mucho; pero mas escasa que aquella de argumento, no es tan rica en chistes. Y á pesar de todo es buena, los caractéres están bien presentados, muy particularmente el del criado Bruno, á quien retratan completamente los cinco versos que dice al fin del primer acto.

Auguro, presagio, infiero
que la tormenta no cesa,
y descarga el aguacero,
y... Voy á servir á la mesa....
¿A que se vierte el salero?

Pablo está casado con Adela y tiene infundados, pero contínuos

celos. Viene á hospedarse á su casa Luisa, amiga y compañera de colegio de Adela; Luisa, de quien se ha separado su marido por no poder sufrir su carácter celoso, pero que en casa de Pablo se presenta alegre y desenvuelta. Andrés su marido va tambien á Madrid, y como su mujer vá á hospedarse á casa de Pablo, porque éste es su amigo y compañero de la juventud. Marido y mujer se sorprenden pero ambos disimulan, y Luisa aparece viuda á los ojos de Pablo y Andrés soltero. Con la presencia de Andrés se agrava la enfermedad de Pablo. Y no es esto lo peor sino que se hace contagiosa y ¡de qué manera! Adela tiene celos de Luisa, Luisa de Adela, Pablo de Andrés y Andrés de Pablo. Esta cuádruple afeccion ocasiona un desafio entre ambos maridos. Bruno revela este secreto á las dos amigas, que se desatan en mútuas reconvenciones; luego vienen las esplicaciones, entre los cónyujes, y á quedar en claro, que no habia motivo real de alarma para ninguno de los cuatro, sino mala intelijencia de todos. Esta comedia encierra una sencilla leccion para los celosos. Como *Sin prueba plena* ofrece una exacta pintura de costumbres, y sus diálogos están salpicados de vez en cuando de sencillas pero apreciables máximas morales.

Recuerdo entre otros, los siguientes versos que el autor pone en boca de Adela al reconvenir á su esposo por el desafio que intenta.

Adela . . . . . .

Bruno, con celo indiscreto,
aqui, entre augurios atroces,
publicó el secreto á voces,
y dejó de ser secreto.
Proclamó que su señor,
por cortar otros escesos,
empeñaba un lance de esos
que llama el mundo de honor.
En los que por un insulto
que no queda satisfecho,
se pone á pregon un hecho
que debiera estar oculto...

En la ejecucion se notó bastante falta de estudio, y dejó mucho que desear. Así sucedió que la última escena del segundo acto que es muy cómica, pasó casi desapercibida y aun pareció fria, por

que debió ejecutarse con suma rapidez y se ejecutó con una pausa incomprensible.

No era á ella... Está traducida del francés y se refiere á la época de Luis XIV. Decian los anuncios que no se habia representado hacia ya mucho tiempo en este teatro. No perderá nada la moral en que no vuelva á representarse nunca.

Poco puedo decirte hoy de modas. Me están haciendo un vestido de glasé, color de pensamiento, con adornos de felpa y terciopelos negros. La falda llevará á cada lado, formando cortadillo, dos tiras de felpa que nacen en el bajo de la falda, y van estrechando hasta la cintura, donde concluyen; la primera mas ancha que la de detrás está bastante separada de aquella. El delantero del vestido, que ocupa el trecho que hay de una á otra felpa, se llenará con un adorno de cuadros formados con terciopelos negros.

La chaqueta en este vestido se lleva alta y muy ajustada al talle. Noches atrás llevé una al teatro de esta hechura pero blanca sobre una falda de poplin y por adornos á la cabeza largas caidas de terciopelo negro que se destacaban muy bien sobre la chaqueta. Esto me valió algunas lisonjas de J. Si una hiciera caso...

Vuelve á llover y por esto, porque me duele mucho la cabeza, y estoy triste, sin saber por qué, no puedo decirte nada de *les falles*. ¿Te acuerdas que el año pasado las vimos juntas? ¡Ah, quién habia de decir!.. Pero dejemos los recuerdos: á pesar de la lluvia me han dicho que anoche hubo muchas hogueras, y músicas y gente...

No hay país tan aficionado á divertirse como el nuestro.

Como no quiero que encuentres nada nuevo cuando vengas, cuido de participarte todas las novedades. Colomina va á abrir en la calle de Zaragoza un magnifico y elegante bazar de abanicos, paraguas y sombrillas de su fábrica y de las mejores estranjeras, y aun creo que de algunos otros objetos. Dicen que hay abanicos y sombrillas de muchísimo gusto y espero fijarme cuando vaya á dicho establecimiento para darte detalles.

De nuevo te lo suplico Adela, cuéntame algo del de la quinta de las Palomas

Saluda á Ricardo y recibe el corazon de tu

Adela.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

LA PRIMAVERA.

—

Un suave murmullo se oye por los prados. Es el dulce suspiro de la naturaleza que renace.

Los sauces se han llenado de menudas hojas, los almendros de flor y los árboles todos entreabren de contínuo una tras otra las yemas de sus ramas.

La primavera viene.

El eco de sus lejanos pasos causa ese indescriptible dulcísimo ruido, que se estiende por los prados en alas de las brisas.

La primavera viene, y disipará las nubes de los cielos, y los prados y los valles y los montes se llenarán de hermosísimas flores ricas en aromas y colores variados y vivísimos.

La aurora brillará anunciando al sol con sus fúljidos celajes de púrpura y de oro.

Las aves alzarán múltiples trinos entre las tiernas ramas.

Y una inmensa alfombra de verdura cubrirá la tierra, para que pueda deslizarse suavemente sobre ella la reina del amor y de la vida, la reina de la alegría, la hermosa primavera.

Ya es límpida el agua de los arroyos; ya amengua el ímpetu violento de los rios. Los juncos y las espadañas se mecen dulcemente al par de las linfas que rizan la superficie de los lagos.

La primavera viene.

Hermosa es su faz, dulcísimos sus ojos, ricos, flotantes, perfumados sus cabellos.

Su hermosura inspira amor á los seres todos de la creacion: en cuanto hay aliento de vida sobre la faz de la tierra hácese sentir omnipotente su bienhechor influjo.

La naturaleza toda viste de gala porque llega el aniversario de la creacion del universo, la época de ese misterio de amor que reproduce el mundo.

La primavera viene; y con ella la luz, los colores, los perfumes, el calor y la armonía.

Correrán los niños tras las pintadas mariposas: vivo remedo de las ilusiones de la infancia: animadas quimeras que basta tocar, para que pierdan su belleza con el polvo de sus alas.

En los ojos del jóven brillará el fuego del amor, y la cando-

rosa doncella sentirá colorearse sus mejillas, humedecerse sus ojos y latir el corazon con misterioso anhelo.

La madre desplegará una arruga de su frente, y mirará sonriendo su pequeño niño.

El esposo recordará con placer los primeros dias de su himeneo y las tiernísimas caricias del amor casto.

Y el anciano alzará al cielo su cabeza inclinada por los años, acariciará la nevada barba, y dejará escapar una sonrisa al sentir reanimarse sus fuerzas, como la hoguera moribunda que reanima el viento.

Y el suspiro de los amantes,
El gemido de las brisas,
El trino de las aves,
El aroma del azahar, de las rosas y de las flores todas,
El murmurio de los arroyos,
Y la alegría y las sonrisas de los niños, y las oraciones de los hombres
Se elevarán misteriosamente hasta los cielos.
Son un himno de gratitud al criador del universo.

Eduardo Atard.

OLVIDA.... Y ESPERA.

A Esperanza.

En busca de la dicha
los corazones,
se arrojan á los mares
de las pasiones:
¡pobres barquillas,
volvereis destrozadas
á las orillas!

No os fieis de los mares
en el quietismo,
su tranquila apariencia
cubre un abismo,

y en sus regiones,
van á morir incautas
las ilusiones.

A ese mar proceloso
tú te arrojaste,
con tu endeble barquilla
tú le surcaste,
y ¡ay! en su hondura
encontró tu esperanza
la sepultura.

Sacaste del naufragio
tu pecho herido;
haz por cerrar su llaga
con el olvido:
no hay infelice
cuya herida este bálsamo
no cicatrice.

El olvido en sus alas
el tiempo trae,
sobre pechos heridos
su esencia cae;
las penas fieras
ceden á su beleño
de adormideras.

Que no hay pena que dure
lo que la vida:
todo, todo en el mundo
pasa.... y se olvida.
¡De nuestra historia
hasta huyen los recuerdos
de la memoria!...

Jacinto Labaila.

Agosto 1855.

UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Continuacion.)

II.

Donde menos se piensa, etc.

Al dia siguiente Mauricio iba de visitas. Llegó á Barcelona, ciudad en que pasa la novela, provisto de sendas cartas de recomendacion, y por pereza no habia visitado aun á nadie. Su mamá le encargó encarecidamente que no dejase de presentarse en casa de la señora de Peralta, íntima amiga suya desde la niñez. Su amigo Arturo le encargó tambien la visita del Conde del Romero, uno de sus mejores amigos, y con el que habia vivido largo tiempo. Mauricio sacudió la pereza, se vistió y salió á visitar á las señoras de Peralta y al Conde del Romero.

Miraba á los balcones de todas las calles por las que pasaba, esperando ver en alguno de ellos asomar á su desconocida del palco núm. 10. ¡Vana esperanza! De lejos cuantas mujeres veía parecíanle su incógnita; se acercaba, y reconocía su engaño: su imaginacion se vengaba de su error concibiendo un nuevo error. Todas le parecian horrorosamente feas.

Llegó, por fin, á casa de las señoras de Peralta; y ¡cuál fue su sorpresa al ver que dichas señoras eran la obesa mamá del palco núm. 10 y su interesante hija, la jóven de los negros ojos y lindos hoyuelos! Elvira, que así se llamaba, no quedó menos sorprendida al ver á Mauricio en su casa: ocioso nos parece decir que le conoció al momento. Rojas estaba asombrado. El encuentro, el modo inesperado de trabar relaciones, y relaciones estrechas con su desconocida, le parecia providencial. Doña Clara, la obesa mamá, recibió á Mauricio con una cordialidad inusitada en ella; bien es verdad que era hijo de su mejor amiga, y no hizo mas que lo que su corazon le dictó. Le ofreció su casa, sus amistades, su influencia, su palco: Mauricio se creyó trasportado al quinto cielo. Con entusiasmo se ofreció á su vez aceptando gustoso los ofrecimientos de Doña Clara.

Hizo la visita corta, y abandonó la casa de su incógnita radiante de alegría, y lleno de ilusiones. Habia mirado á Elvira repetidísimas veces encontrándose muchas de ellas con sus miradas. Elvira le habia fascinado. Segun él, sus ojos le habian

dicho amor, su amabilidad le habia dicho amor; segun él la habia enamorado.

Embebido en una série de reflexiones nacidas del amor, llegó Mauricio á casa del Conde del Romero. Si quedó sorprendido al ver que las señoras de Peralta eran la obesa mamá y la jóven del palco núm. 10, no quedó menos al ver que el Conde era el desconocido que las acompañó en el palco y en el coche: esta sorpresa fue menos agradable, pero no por eso dejó de ser sorpresa.

El Conde era un jóven alto, de hermosa presencia, de fisonomía intelijente.

Al entrar Mauricio en su habitacion, le encontró sentado en una butaca cerca de su escritorio, leyendo una carta. Al ver á Rojas se levantó: cuando éste se dió á conocer como íntimo de Arturo, el Conde cojió la carta que estaba leyendo, y le dijo, enseñándosela:

—Le esperaba á V. hace tres dias.

La carta era de Arturo: participaba en ella al conde, que Rojas se presentaría á visitarle, y que deseaba le tratase como si fuera él mismo. Cuando Mauricio concluyó la lectura, le dijo el Conde:

Siendo V. amigo de Arturo, lo es V. mio: desde este momento me trata V. con franqueza, disponiendo de mí como si nos conociéramos toda la vida. V. es forastero, yo de la ciudad, haré pues, que V. conozca lo mas selecto de ella.

—Gracias, señor Conde, acepto con reconocimiento.

—No tengo familia, soy libre, independiente: á todas horas puede V. contar conmigo.

—¡A todas horas! ¿no consagra V. ninguna al amor?

Mauricio queria sondearle. El Conde le miró fijamente, preguntándole:

—¿V. sabe ó adivina?

—Ni sé ni adivino, deduzco.

—Hábleme V. con franqueza, que es el único lenguaje que yo conozco, y con la misma prometo contestarle.

—Pues bien, anoche estuve en el teatro; ví á V. toda la noche en el palco de las señoras de Peralta, y noté que tenia V. una conversacion íntima, y en voz baja con Elvira. Esto sino es amor lo parece.

El conde se sonrió, hizo sentar á Rojas en una butaca, y le dijo:

—Voy á darle á V. ejemplo. Voy á bautizar nuestra nueva amistad con una confianza, á la que espero no será V. ingrato.

—Lo prometo. He simpatizado con V., y voy á abrirle mi corazon. Confianza por confianza.

—Tengo relaciones con Elvira, pero no la amo. Escuche V. la historia de mis amores.

Estas palabras anonadaron á Mauricio, causándole una impresion dolorosísima.

III.

La confianza del Conde, y la confianza de Mauricio.

El amor es el evanjelio de los que tienen corazon.
(*Lord Byron.*)

El Conde hizo sacar una bandeja de magníficos habanos, encendieron uno él y otro Mauricio, y el primero empezó la historia de sus amores del modo siguiente:

—Tengo yo un amigo muy fátuo, llamado Pascual Ortiga: es uno de esos hombres que pasan su vida en el tocador, que llevan el sombrero ladeado, que estudian la posicion de su cuerpo sin que jamás la pierdan, que se figuran unos Tenorios, creyendo hacer morir de amor á todas las mujeres á las que tienen la *dignacion* de dirijirse. Tal es el verdadero retrato de Pascual Ortiga. Este la empeñó en convencernos á una porcion de amigos, que Elvira estaba enamorada de él, y que el estar enfermiza y pálida, era efecto de haber roto sus relaciones con ella. Además queria convencernos de que era imposible que correspondiese á nadie, pues conservaba tan impresa la imájen de él en su corazon, que el tiempo era insuficiente para borrarla.

—Hombres de esa fatuidad me exasperan, interrumpió Mauricio.

—Y á mí, añadió el Conde. Merecía su insolencia una leccion y la obtuvo; yo me encargué de dársela. Aposté con él una comida de fonda para los amigos que estábamos reunidos, á que dentro de dos meses tenia ya relaciones con Elvira: creimos que no aceptaria, pero con sorpresa de todos aceptó, diciendo que yo habia perdido el juicio. Convenimos en que el último dia del plazo nos reuniriamos en una fonda, y que costearia la comida el perdidoso.

Desde el dia siguiente puse en planta cuántos medios me sujerió la imaginacion para ganar la apuesta. Fui presentado en casa de las señoras de Peralta. Merced á mi posicion y á mi título fui perfectamente recibido. Al poco tiempo tuve con Elvira miradas insinuantes, risas de intelijencia, y esas pequeñeces é insignificantes diferencias que se tienen con la mujer amada, que nada valen, pero que mucho significan. Pronto comprendió ella mis intenciones. Las mujeres se equivocan muy raras veces acerca de los sentimientos que inspiran. Doña Clara me manifestaba un cariño demasiado estraordinario para que no conociera yo que era finjido, y en efecto, su cariño y el de Elvira eran interés; madre é hija se habian enamorado de mi título. Como el amor no me cegaba, pude ver con claridad. Como mi objeto era dar una leccion, y ganar una apuesta, no conquistar un corazon, poco me importaba la causa por la que Elvira me diera el sí. Al principio del segundo mes del convenio, mandé un dia á mi criado con una carta-declaracion para Elvira, en la que solicitaba contestacion: la respuesta no tardó mucho en llegar á mis manos. Era correspondido como habia previsto. Me declaré por escrito para tener una prueba que presentar á Pascual Ortiga; prueba que le hiciera conocer que habia perdido la apuesta.

Llegó el dia del plazo, junté á los amigos, y nos presentamos en la fonda. ¡Cuál fue el asombro de Ortiga al leer la carta que yo le presenté, la carta en que Elvira me decia que me amaba! Tuvo que sufrir las burlas, los sarcasmos de los amigos, y el gasto de una espléndida comida. ¡Cara pagó su fatuidad!

Desde entonces tengo relaciones con Elvira; no las rompo porque me falta pretesto. Su amor á mi título se conoce en el cuidado que pone en no faltarme; si V. comprendiera su carácter veleidoso, conoceria V. lo forzado de su proceder. Esta es la historia sucinta de mis amores: ahora comprenderá V. con claridad, por qué dije al principio «tengo relaciones con Elvira, pero no la amo.”

Mauricio escuchaba con inmensa atencion la relacion del Conde: cuando éste concluyó, Rojas respiró con mas libertad. Se habia quitado del corazon un enorme peso.

Sabia desde el principio que el Conde no amaba á Elvira, pero se figuró que sus relaciones tenian por pié el cálculo, la especulacion, el interés; pero salió de su error cuando conoció los deseos que de desatar semejantes lazos tenia el Conde, y vol-

viendo á dar entrada en su pecho á la esperanza, esclamó:

—Mi alegría no reconoce límites; me ha dado V. la vida; escuche V. mi confianza.

—Permítame V. que concluya, dijo el Conde. Dije que no amaba á Elvira, pero omití el por qué: va V. á saberlo. Su genio es directamente opuesto al mio; es orgullosa, vana, despreciativa. Satisfecha de su hermosura, quiere que le tributen adulacion no solo los jóvenes, sino tambien sus amigas: acostumbrada á que su mamá obedezca sus menores caprichos, quiere tener un dominio absoluto sobre cuantas personas conoce y trata. Si quiere que los hombres la adoren no es para agradecerlo, pues cree que si la rinden parias, no es por deferencia, sino por deber. Tal es su carácter. Añada V. á esta razon, que estoy enamorado hace seis dias de una sevillana encantadora.

—¿Sevillana? dijo Mauricio.

—Sí, se llama Amparo de la Riba.

—Amparo de la Riba es amiga mia; hemos nacido en la misma ciudad, bajo el mismo cielo. ¿Está en Barcelona?

—Desde hace ocho dias, contestó el Conde.

—Le presentaré á V. en su casa, si V. no la visita.

—No; agradeceré en el alma semejante presentacion. Soy muy egoista, no ocupándome mas que de mí mismo; ya es hora que escuche su confianza.

—En cuatro palabras está dicho. Hace cuatro dias llegué á Barcelona, en ella me he enamorado, y el objeto de mis amores es Elvira de Peralta.

—¡Enamorado de Elvira!

—Sí, enamorado, loco. Anoche en el teatro padecí horriblemente. Tuve celos de V., y aun los tengo.

—Rojas, dijo el Conde, procedamos como amigos. Enamore usted á Elvira, no solo lo permito, sino que se lo suplico. Yo hoy no la veré. Mañana hay concierto en casa de la Amparo, me presenta V. y yo procuraré enamorarla. Esta noche va V. al palco de Elisa; admitirá, sin duda alguna, los obsequios de V., y yo iré á última hora al teatro, y entonces subiré al palco; cuando suba háblela V. al oido y en voz baja... aunque sea del tiempo, yo tomaré celos y reñiré. Es forzoso que nos ayudemos recíprocamente.

—Mútua y leal alianza, dijo Mauricio. Voy á ver á Amparo y me convidará al concierto de mañana. Esta noche iré al palco. Mañana irá V. á casa de la Riba.

Diciendo esto, Mauricio se levantó y se despidió del conde. Creyó encontrar un rival y encontró un amigo. Hablaron y se entendieron. Una casualidad hizo que se conocieran, una confianza hizo tal vez cambiar su porvenir.

UN CONSEJO

A UNA NIÑA DE QUINCE AÑOS.

A Lolita M.

Linda mariposa
de vistosas galas,
adorable niña
modelo de gracias,
huye, vida mia,
de la ardiente llama
que el fuego de amores
enciende en las almas.
Tal vez sus ardores
de lejos halagan
y ofrecen placeres
sus primeras ansias...
mas piensa que el fuego,
paloma sin mancha,
calienta de lejos
y de cerca abrasa.
¡Ay! ¡triste del triste
cuya suerte aciaga
tras el falso brillo
del amor le arrastra!
gozará su encanto
la primer mañana...
tal vez á la tarde,
perdida la calma,
de su amor las flores
verá desojadas
y al perder la dicha
que tan presto para,
caerán de sus ojos
inútiles lágrimas

y adios ilusiones
y adios esperanzas!

. . . . . .

Huye, vida mia,
de la ardiente llama
que el fuego de amores
enciende en las almas.

Ana María R.

EL PENSAMIENTO BLANCO.

Siempre ha sido el color blanco
de pureza alegoría,
asi el blanco pensamiento
que de tu mano querida
recibí, pensar me hiciera
en cuanta fuera mi dicha
si tu puro pensamiento
que flor me distes un dia
sentimiento me le dieras
para embellecer mi vida.
Que si las flores son bellas,
y sus aromas animan,
y sus encantos halagan,
y sus colores inspiran,
es porque encierran misterios
que retratan nuestra vida,
porque tienen un lenguaje
que el corazon adivina
y porque son de otros seres
natural alegoría,
de otros seres... que atesoran
el bien y el mal de la vida.
Asi, no estrañes que osado
alce cancion atrevida
tras la dicha, que alegórico
tu pensamiento prodiga.
Harto sé, pues era *blanco*,
que no le dice á mi dicha

mas que *es puro*... y esto mismo
si amor no ofrece, convida
á anhelar, el que amoroso
en mí se fije algun dia.
Si osado crëes mi deseo
cúlpate á tí que le inspiras,
culpa á los ojos que tienes
dó el corazon se adivina,
y cúlpale á aquel que hiciera
las flores alegorías,
de esos séres que atesoran
el bien y el mal de la vida.

Eduardo Atard.

PENSAMIENTOS.

El amor es la locura del corazon.

—

La esperanza es el sueño del hombre despierto.

—

El amor es el evanjelio de los que tienen corazon.

—

Una semilla de coquetería que caiga en el corazon de una mujer, produce al dia siguiente un bosque.

—

Inocencia, si te instruyen te corrompen; si te halagan te seducen.

CORRESPONDENCIA.

En la quinta de los Alamos, 23 de Marzo de 1857.

Mi buena amiga, tienes sobrada razon en culparme por mi silencio; te pido mil veces perdon, y te ofrezco la enmienda para lo sucesivo.

Ya que no tengo otra cosa de que hablarte, y puesto que me lo

pides con tanta insistencia te seguiré relatando la historia de mi vecino el dueño de la quinta de las Palomas.

Como te decia al final de mi última celebróse precipitadamente el matrimonio de Virginia y Julian.

Don Martin derramó algunas silenciosas lágrimas durante el dia de la boda; ¿aquellas lágrimas eran de gozo ó de dolor? ¿Eran una señal de su alegria ó espresaban un oculto pesar? Si aquel llanto revelaba un remordimiento ¡desgraciada Virginia!

Durante un año, como te dije el otro dia, la felicidad conyugal no se turbó un solo momento.

Virginia saboreaba la dicha de llamar esposo al hombre á quien amaba tan entrañablemente: Julian, aunque sin poder lanzar al olvido sus recuerdos de amor para Leopoldina, los encerró en el fondo do su corazon y vivia poco menos que dichoso.

Al cabo de ese tiempo Don Martin fue atacado de una grave enfermedad que le condujo al sepulcro.

En las últimas horas de su vida, Don Martin perdió la razon, que hasta entonces habia conservado completa á pesar de la intensidad de la fiebre que le agobiaba.

Julian se hallaba al lado del lecho del moribundo prodigándole los mas tiernos cuidados.

El enfermo en su delirio se apoderó de una de sus manos, y le dijo con voz desfallecida y mirándole fijamente:

«El que engaña á otro es un infame ¿no es verdad? pues bien yo he sido un infame, padre, he sido un infame.»

Julian comprendió que el enfermo creia dirigirse al confesor que poco antes habia salido de la estancia y quiso desasirse para evitar el que Don Martin, en su delirio, le hiciese alguna revelacion que él no debia oir. Pero el enfermo le sujetó con fuerza mayor y prosiguió diciendo con la exaltacion de la locura:

«Padre, cuidad, os lo encargo mucho, cuidad que Julian nunca sepa que yo he descendido hasta la vileza para lograr que fuera el esposo de mi hija.»

Julian sintió helada toda la sangre de sus venas.

«Yo era padre; queria á toda costa la vida de mi hija querida... ¡La amaba tanto!... que no sepa nunca Julian que yo le he engañado y perdonadme, padre.... ¿qué hubiera sido de ella?

Julian empezaba á comprender. Paseó sus miradas por la habitacion temiendo que su esposa hubiese escuchado las palabras de su padre, pero felizmente Virginia no estaba allí. Algunas cariñosas

amigas la habian llevado lejos del lecho del moribundo para ev tar que su corazon se desgarrase presenciando los últimos momentos de su padre querido.

Julian seguia prestando una profunda y dolorosa atencion á las palabras de Don Martin, pero la voz del moribundo desfallecia por momentos y su respiracion iba siendo cada vez mas angustiosa. Julian no pudo percibir desde entonces mas que «¡Pobre hija mia!»

Estas fueron sus últimas palabras.

Durante muchos días Virginia estaba inconsolable. Solo el amor que profesaba á su esposo pudo hacerla desear la vida despues del golpe que su corazon acababa de sufrir.

Julian prodigaba á Virginia los consuelos que ésta necesitaba y la hablaba de su cariño para distraerla de su pesar. Su alma empero estaba lacerada, y la revelacion del moribundo habia envenenado su existencia.

¡No era verdad que Leopoldina le habia olvidado! Leopoldina, su amada Leopoldina habia sido quizá engañada como él; quizás lloraba todavia su ingratitud.

Julian pasaba los dias en una cruel incertidumbre y en un mortal desasosiego.

Una noche en que no pudo conciliar un momento el sueño decidió hacer un viaje á Valencia. Este viaje tenia por objeto buscar á Leopoldina, echarse á sus pies y pedirla perdon una y mil veces; no iria á pedirla que le amase porque Julian era incapaz de faltar á ninguno de sus deberes, pero al menos podria esplicarla su conducta, y esto ya que no le devolviera la paz del corazon que habia perdido para siempre le dejaria mas consolado.

Despues de concebir el plan de su viaje reflexionó que cuando menos era intempestivo. Su esposa se hallaba próxima á su alumbramiento. ¡Ausentarse cuando iba á ser padre, abandonar á la esposa en el momento mas solemne de la vida de la mujer!

Julian desistió de realizar por entonces su propósito.

Algunos dias despues Virginia dió á luz una niña. Julian la estrechó con ternura entre sus brazos.

Virginia se restableció rápidamente.

Habia dejado el lecho hacia tres ó cuatro dias y Julian tuvo precision de trasladarse á un pueblo de las cercanías por asuntos de la casa.

La ausencia fue muy corta.

A su vuelta salió su esposa á recibirle á la escalera. Entre

otras cosas le notició que habia admitido al cuidado de la casa una nueva doncella para el servicio de la niña. Julian aprobó todas sus disposiciones domésticas.

Poco despues estando todavía relatando á su esposa las circunstancias de su espedicion y sus resultados, Julian sintió sed, y pidió un refresco.

Entró á servirle una linda jóven, de fisonomia dulcísima y de ojos negros fabulosamente hermosos. Julian no habia reparado en ella. Pero como su esposa, al entrar aquella, le dijo por lo bajo:

«Esta es la doncella que he admitido." Julian al tomar la copa del refresco, que la jóven le presentaba en una salvilla, levantó hácia ella los ojos.

Una esclamacion de sorpresa se ahogó en los lábios de Julian. La copa se escapó de sus manos, y el líquido se derramó completamente. Julian permaneció sentado sin articular una sola frase; Virginia regañó á su nueva sirvienta, por lo que ella llamaba su *torpeza;* y ésta, como avergonzada, salió precipitadamente de la habitacion.

Julian, repuesto de su asombro, pidió noticias é informes á su esposa, afectando la mayor indiferencia acerca de la doncella que habia admitido. Supo que era de Murcia, hija de una familia desgraciada, y que solo hacia un mes habia llegado á Cádiz.

Julian se retiró para ocultar su emocion.

Al entrar en su cuarto y viéndoso solo, esclamó: «¡Es ella!

Aquella noche Julian sintió una fiebre intensa. Pasó tres dias sin dejar el lecho; cuando se encontró mas aliviado fue á salir de su habitacion, pero se detuvo al pensar en la aparicion de la noche de su regreso. Temblaba de volverse á encontrar frente á frente con Leopoldina.

Así pasó dos dias encerrado; durante ellos su esposa le acompañaba teniendo á su hija en su regazo. Julian prodigaba á ésta mil caricias, pero estaba taciturno y triste.

Por fin le fue preciso salir de su estancia. En fuerza de recordar, llegó á creer que aquel suceso habia sido un sueño.

Al atravesar un gabinete, Julian quedó de nuevo asombrado en presencia de su criada. Le era imposible avanzar un paso mas á causa de su emocion.

La doncella interrumpió el silencio diciendo:

«¿Necesita el señor alguna cosa?"

Aquel acento penetró hasta el fondo del corazon de Julian; al

sonido de aquella voz, sus rodillas flaquearon, sintió agolparse la sangre á su cerebro, y murmuró: «Leopoldina."

La jóven no pareció turbarse, y respondió tranquilamente:

«Señor, no es ese mi nombre. Llámome Lucía." Julian se mostró todavía mas suspenso y mas ajitado.

¿Aquella aparicion era un sueño ó una realidad?

Voy á hacer lo que los novelistas de folletines para terminar mi carta, y suspender mi narracion.

(Se continuará.)

Por hoy no puedo estenderme mas. Ricardo agradece tus recuerdos, y me encarga te haga presente el suyo. No me olvides. Tu mejor amiga.

Herminia.

Valencia 26 Marzo.

Muy lacónica será hoy mi carta, querida Herminia: tú comprenderás que no es la época mas á propósito para tener cosas que contarte. Deja que pase la cuaresma; yo espero que entonces nuestra sociedad se animará algo, y tendré agradables sucesos que referirte.

No recuerdo si te he dicho en algunas de mis anteriores que se prepara en el *Liceo* una lucida funcion en que se cantará el *Stabat*, compuesto por nuestro amigo Joaquin Velazquez. Los ensayos se continúan con ardor, y no creo aventurarme en anunciarte que la ejecucion será esmerada.—Del teatro tampoco puedo decirte novedades sino es que se tome por tal la ejecucion de *El vergonzoso en palacio*, comedia del maestro Tirso de Molina ó sea de Fray Gabriel Tellez, conocidísimo y celebrado escritor del siglo XVII. Es segun me dijo J. una de las mejores comedias de costumbres de aquel autor, que se presentó oportunamente *recortada*, aunque no tanto como hubiera convenido. La ejecucion no pasó de ser una cosa regular.

Anoche ví *Otra casa con dos puertas:* no te hablo de su argumento porque creo que lo conoces, pero anoche gustó mucho quizá por la oportunidad de ciertas alusiones é indudablemente por lo esmerado de la ejecucion. La desempeñaron la Yañez, Rizo, Andrade, Mondejar y Arguelles, y Oltra, Del-Rio, Pastrana y Torromé. Te repito que todos á cual mas se esmeraron y consiguieron presentar los personajes que representaban con notabilísima propiedad.

Los hermanos Mendez siguen inspirando el mayor entusiasmo y

sobre que no tengo grande aficion al baile te aseguro que participo de ese entusiasmo y que quisiera que vieses bailar á esa parejita. No se por qué me gusta Cristina mucho mas cuando baila con su hermano, y sobre todo en los bailes franceses que en los bailes nacionales. En aquellos, viste con un gusto y generalmente con una sencillez, que dice muy bien con sus maneras graciosas y con cierto aire de pureza que la hace muy simpática.

La moda, cuya inconstancia tiene mucho de necesario, siguiendo la estacion, va desterrando los abrigos, y en su lugar comienza á lucir ricos pañuelos de cachemira y de crespon de la India con preciosos bordados y manteletas lijeras y elegantes guarnecidas de encajes. Para ser en todo caprichosa hace tiempo ya que la moda tiene el *capricho de la constancia* respecto á su favorito el *moaré antique* hasta el punto que hay quien sospecha que va á asegurar su influencia en el ánimo de la adorada soberana, de un modo imposible de combatir á pesar de las intrigas de las otras telas. Los vestidos lisos aunque se llevan muchos, van dejando el lugar preferente á los de listas horizontales de moaré, alternadas con otras de *chiné*, tela que vá alcanzando nuevo favor.

He visto vestidos de tela de seda con listas atravesadas, y lisos con volantes *chinés*.

Los he visto tambien de una sencillez sumamente elegante, de seda lisa, color de hoja seca, cuya falda lleva en su bajo un volante puesto á pliegues gruesos, y que termina por un jareton.

En cuanto á las hechuras de los vestidos apenas hay novedad. Síguense llevando los cuerpos altos y cerrados, y la falda larga y con mucho vuelo. En el guarnecido volantes ó doble falda; la primera con un doble jareton, la segunda con un ancho fleco en su bajo: si se coloca otro á la misma distancia que hay entre la orilla de la primera y la segunda falda, figurará una tercera.

Tengo deseos de que entremos de lleno en la primavera para que el tiempo sea del todo sereno y gozar de los paseos á pié por la *Alameda*. Ya sabes que es la época mas á propósito y si en tales dias no se dejan los carruajes, no sé para cuándo quedará el pasear á pié.

Te doy las gracias por lo complaciente que has sido en tu última repitiéndote mi deseo de siempre *no seas perezosa* en escribir á tu

Adela.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

EL CRISTIANISMO.

—

Entre los grandes hechos que forman época en los anales del mundo ninguno tan grande, tan sublime, tan portentoso, como la aparicion de Jesucristo.

Ante el crucificado en el Gólgota, ante el hijo de Dios que hecho hombre recibe la muerte de los hombres, nuestra fé y nuestra admiracion enmudecen el labio y detienen el pensamiento.

Nada mas digno del verdadero cristiano, que prosternarse de hinojos é inclinar la cabeza ante la sagrada imájen del Salvador del mundo, al recordar ese misterio terrible por el que se ha consagrado la redencion del linaje humano.

Aquellos que oyeron de su voz su divina doctrina, que admiraron su saber, y que le vieron repetir los prodigios y los milagros, devolviendo la vista al ciego, la voz al mudo, haciendo caminar al paralítico, llorar y arrepentirse á la Magdalena, y resucitar á Lázaro, no tenian tanto motivo para creer en el hijo de Dios como nosotros.

Porque nosotros podemos estudiar en la historia de diez y nueve siglos, la historia del cristianismo, y porque la escelencia de esa doctrina, y su influencia en la rejeneracion y civilizacion de la humanidad prueban indubitadamente la divinidad de su oríjen.

Esa doctrina ha moralizado al individuo, dando una direccion favorable á sus pasiones; á la familia, santificándola en su oríjen que es el matrimonio, y elevando á la mujer á dulce compañera del hombre; á la sociedad, rompiendo las cadenas de la esclavitud y predicando el dogma de la fraternidad entre los hombres.

La fé, la esperanza y la caridad, hijas queridas del cristianismo, son las fuentes inagotables de la felicidad para el corazon cristiano.

La fraternidad es el dogma universal para los pueblos.

La civilizacion del mundo consiste únicamente en la perfecta aplicacion de este dogma.

Venturoso el dia en que la sangre del crucificado y de los mártires de su doctrina; los vaivenes, las luchas y las revoluciones de los pueblos concluyan por la universal y síncera adopcion del cristianismo.

Ese será el gran dia para la humanidad, porque ese será el gran dia de la civilizacion.

El pasado nos responde del porvenir.

Cuanto el mundo ha adelantado en diez y nueve siglos es debido á la influencia del cristianismo.

La poesía, la pintura, la música, las artes todas, recibieron de él una fuente de inspiracion inmensamente mayor y mas bella que la que le ofrecian las antiguas religiones. El paganismo inspiraba á las bellas artes para que hablaran á los sentidos; el cristianismo les inspira para que hablen al alma.

Segun aquel sublevaban las pasiones; segun éste las contienen dirigiéndolas dulcemente.

El paganismo ha pintado la *Venus Citerea.*

El cristianismo ha pintado las *Vírjenes de Murillo.*

Los adelantos de las artes mecánicas débense en gran parte á que no sea ya su ejercicio, envilecido deber de los esclavos, sino la digna ocupacion de hombres libres, iguales y hermanos de los potentados de la tierra, segun el cristianismo.

La filosofía, ciencia de las ciencias, ha llegado á una altura portentosa en alas de la religion de Cristo.

Los pueblos cristianos corren al frente de la civilizacion del género humano. El cristianismo es un faro eterno encendido por Dios para guiar á la humanidad por su camino misterioso.

Si ningun hombre puede ser tan perfecto y feliz como el cristiano;

Si ninguna mujer tan noble, tan elevada y tan pura como la madre, la esposa, la hermana y la vírjen amadas por el cristiano;

Si no hay padres tan tiernos y desinteresados como los padres cristianos;

Si ningun sistema social es tan profundo y elevado como el cristianismo;

Si éste ha engrandecido á la humanidad, civilizándola por su influencia en el corazon, en las artes, en las ciencias y en la legislacion é instituciones de los pueblos;

Si la fraternidad universal es el porvenir de las naciones;

Con razon se tiene la aparicion de Jesucristo y su tránsito por el mundo como el hecho mas grande, sublime y portentoso de la historia del universo.

Eduardo Atard.

VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

Consecuencia.—Aunque se la considera como sinónima de constancia, se hace de esta palabra una aplicacion especial en su significacion. La constancia se refiere á los afectos que emanan del corazon y residen en él: la *consecuencia* se refiere à las acciones que son el resultado de los afectos. Se dice de una persona que es constante en su amor, en sus amistades íntimas etc. y de otra, que es *consecuente* en sus ideas políticas, en su trato ó en sus relaciones y amistades sociales.

La constancia se siente, la *consecuencia* se practica, y muchas veces es *consecuente* por educacion, ó por cálculo, quien nada tiene de constante por naturaleza ó inclinacion.

Si la constancia es apreciable no lo es menos la *consecuencia*, la cual debe ser recomendada como una de las mayores conveniencias para el trato social.

D.

Delicadeza.—La *delicadeza* es el pudor de la honradez, es el instinto que nos hace abstener de cuanto pueda lastimar, siquiera sea leve y remotamente nuestra reputacion. Hay situaciones que el buen sentido acepta, que aprueba el juicio y que sin embargo la *delicadeza* rechaza, porque ésta, semejante al pudor, se ofende y alarma con mayor facilidad que aquellos.

La *delicadeza* es convenientísima porque tiende á perfeccionar nuestras acciones y nuestro modo de conducirnos en sociedad y fuera de ella. La *delicadeza* es un don inapreciable que supone en quien le posee, un conjunto de buenas cualidades.

Desembarazo.—La costumbre del trato destierra el encogimiento é inspira insensiblemente el *desembarazo*. Este no debe ser tal, que toque los límites del descoco, porque entonces ofende y repugna, sino que debe consistir en cierta soltura de las espresiones y ademanes, soltura que debe encerrarse en las fórmulas de una completa naturalidad. El *desembarazo* revela talento, aunque éste algunas veces se oculte bajo un esterior tímido y encogido, que puede ser resultado de la modestia.

El *desembarazo* debe adquirirse y ser muy recomendado, porque la timidez ordinariamente alcanza poca fortuna aun suponiéndola acompañada de grandes merecimientos.

Desprendimiento.—Ha dicho un escritor que los avaros guardan su tesoro como si efectivamente fuese suyo, pero que temen servirse de él como si perteneciera á los demás, y otro autor algo mas festivo pero menos filósofo asegura, que el avaro y el cerdo tienen puntos de semejanza, puesto que uno y otro no son útiles sino hasta despues de su muerte.

La avaricia no es solo un defecto social, resultado del refinamiento del egoismo, y una de las mayores miserias de que un hombre puede adolecer; es mas que esto, es mas que un vicio injustificable, es un pecado.

La moral religiosa anatematiza la avaricia con el arma de la predicacion y la cuenta en el número de sus graves y capitales infracciones. La moral social combate y persigue á los avaros con las armas mas poderosas de que puede disponer: la sátira, la burla, el ridículo.

El avaro no solo causa perjuicio á los demás sino que se los causa á sí propio, privándose hasta de lo necesario é indispensable: ¿se concibe algo mas injustificable, algo mas absurdo que esta roedora pasion, este inmotivado deseo, este vicio odioso?

Huid de la avaricia, porque por opulentos que llegueis á ser, ni vuestra vida, ni vuestro sosiego, ni vuestra felicidad habeis de recibirla de vuestros tesoros.

Huid de la avaricia porque el oro no satisface las nobles espiraciones del espíritu ni apaga la sed de dicha de que mueren abrasados los corazones.

Huid de la avaricia, y practicad el *desprendimiento* sin tropezar en la prodigalidad.

La avaricia (dice un sábio) deseca el corazon; la prodigalidad lo ahoga.

El avaro es víctima de su afan, de sus cuidados y de su desasosiego: ¿quién se llama su amigo? El avaro no tiene amigos porque su corazon es estéril y no germinan en él los afectos. Y dificilmente es amado quien no es capaz de amar.

El pródigo es asimismo víctima de su error, olvida sus necesidades, escupe al rostro de su porvenir y carece de luces para reflexionar que mañana ha de necesitar de lo que hoy arroja sin saber por qué.

Solo el hombre que juiciosamente distribuye entre sus necesidades y sus deseos los dones que le ha deparado la Providencia, puede ser considerado como un modelo de cordura en esta parte.

Y el hombre juicioso y cuerdo es desprendido y debe serlo porque el *desprendimiento*, especie de nobleza generosa, con que obsequia á sus iguales y atiende y socorre á sus hermanos, le proporciona el aprecio y la estimacion general que forman una honrosa reputacion para el hombre de sociedad.

Decoro.—El que despreciando su propia estimacion, desciende á acciones poco dignas, ofende su *decoro*. Es convenientísimo sentir ese vago deseo que nos induce á procurarnos el aprecio de los demás (deseo en que entra por mucho el amor propio) puesto que nos detiene cuando poco prudentes ó mal aconsejados estamos espuestos á atropellar los respetos y consideraciones debidas, de cualquier especie que sean.

El *decoro* es, pues, el aprecio en que nos tenemos á nosotros mismos. Este sentimiento de *decoro* nos aparta de las malas acciones y de los falsos procederes; nos incita á la honradez, á la probidad, á la rectitud; corrije y aun precave nuestros escesos y nuestros errores y es un ausiliar poderosísimo de la moral para la perfeccion de las costumbres.

Dignidad.—La *dignidad* difiere bien poco del *decoro* en la significacion y produce los mismos ventajosos resultados. La *dignidad* eleva y ennoblece al hombre, le aparta de las miserias y le fortifica contra los vicios y las debilidades.

El medio de adquirir el sentimiento de la dignidad cuando no es instintivo, es acostumbrándonos á no despreciarnos á nosotros mismos, constituyéndonos á la vez en severos censores de las acciones propias. ¡A cuántos liberta de su ruina y de su descrédito el poderoso instinto de la *dignidad!*

Dilijencia.—La pereza es otro vicio. La religion proscribe la pereza.

La sociedad desprecia al perezoso porque el perezoso es un hombre inútil. La pereza produce la miseria y la miseria el crímen y los vicios. El perezoso es un peligro para la sociedad.

El perezoso y el disipador son hermanos porque ambos desprecian su suerte futura. Aquel con su indolencia, éste con su poca prodigalidad provocan la miseria; el disipador consume infructuosamente sus tesoros; el perezoso consume tambien sin utilidad alguna el tesoro de los tesoros, el tiempo.

¡Ay del hombre perezoso! Llega un dia en que la indijencia llama á su puerta y le despierta de su indolente sueño; llora entonces pero tarde, como se llora siempre.

La pereza es un árbol maldito cuyas ramas ni se embellecen con flores ni producen frutos y cuyas hojas ni siquiera proyectan sombra. Los troncos de todos los árboles son útiles cuando menos para alimentar el fuego de las hogueras, cuyo benéfico calor nos es grato en el invierno; el tronco del árbol de la pereza solo puede servir para alimentar el fuego de los vicios.

La *dilijencia* es el mayor de los tesoros.

La *dilijencia* es una virtud que atrae sobre la cabeza del hombre la bendicion de la Providencia.

La *dilijencia* produce bienes, los bienes satisfacen nuestras necesidades y esta satisfaccion produce bienestar y alegría.

La *dilijencia* puede conducir á la felicidad.

Discrecion.—El hombre *discreto* mide sus palabras y las acomoda siempre á la mas estricta oportunidad. La *discrecion* es hija del talento y forma como el complemento de las demás virtudes sociales. Nada puede hacerse sin la *discrecion* que nos ayuda en nuestras empresas y nos separa de todo dicho ó hecho que puede comprometernos ó comprometer á los demás.

La *discrecion* es juicio, sano discernimiento, buen seso, criterio y tacto.

El *discreto* alcanza el aprecio de los hombres y el favor de las mujeres, porque la discrecion es una virtud y todas las virtudes reciben su premio.

AL PIE DE LA CRUZ...

Del Gólgotha en la cumbre
se alza una cruz: por él desparramada
se agita bulliciosa muchedumbre.
¿Quién es? ¿qué es lo que intenta?
¿quién es?—Un populacho sanguinario
que trepa la alta cima del Calvario,
una turba villana, envilecida.
¿Qué es lo que intenta?—Un crímen horroroso,
en suplicio afrentoso
la muerte dar al que les dió la vida.

«Sálvate si eres Dios» blasfemos dicen

con feroz entusiasmo
sacrílegos judíos,
y mezclan con las burlas el sarcasmo,
y escupen sus megillas y vocean,
y su cuerpo alancean,
y un sol lívido arroja
su luz descolorida
sobre un bárbaro pueblo que se moja
con sangre de su Dios—¡Pueblo deicida!

En tanto una matrona,
con su afliccion sublime,
á los pies de la cruz postrada gime,
por los mas agudísimos dolores
el pecho destrozado;
que es madre esta matrona
del *reo* que en la cuz yace enclavado
(así le llama el pueblo furibundo)
y el *reo* por el *hombre* condenado
es el Dios hombre, Redentor del mundo.

Madre infeliz que ves en tu quebranto
crucificado al Dios del universo
por la sangrienta saña del perverso;
¡Madre infeliz! á tu dolor profundo
¿qué dolor igualar podrá en el mundo?
Tú ves como le escupen,
tú ves como le hieren,
Tú ves como escarnecen su agonía;
tú, celestial María,
Madre amorosa, miras á tu hijo
ser la befa y escarnio
de un pueblo que se mofa,
que insulta el padecer; tú ves la sangre
que por su cuerpo corre
y tú no puedes impedirlo!...Madre,
madre infeliz!...¡cuál hiere tu existencia
el terrible dolor de la impotencia!

Levantas vanamente
los bellos ojos de llorar cansados,

ruegas inútilmente;
nunca busques piedad en los malvados:
humanidad no esperes
de esa réproba turba de sayones
de torpe faz, de infames corazones;
Solo Vírjen María,
acibarar pretenden su agonía.
No encontrarán mas eco tus dolores
que sus burlas é inicuas carcajadas
en las que ¡monstruos! gozan,
y que son agudísimas espadas
que tu sensible corazon destrozan.

¡Madre del Redentor! honda es tu pena,
mas es tu fortaleza sobrehumana;
el cáliz del dolor que hoy te envenena
cáliz de redencion será mañana,
y la cruz del martirio de tu hijo,
el perdurable y mágico estandarte
que alce la religion y lleve el hombre
de una parte del mundo á la otra parte.

1851 *Jacinto Labaila.*

UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Continuacion.)

IV.

Amparo á su amiga Aurelia.

> En esta vida tan fecunda en sinsabores, el mas doloroso quizás es amar á quien no se debe amar.
> *Madame Melanie Waldor.*

Héme aquí, Aurelia mia, instalada en Barcelona, lejos de tí, lejos de la única persona que conoce hasta los pliegues mas hondos de mi corazon. Me aburro estraordinariamente en un pais deliciosísimo, casi tanto como nuestra poética Sevilla. La melancolía, como tú no ignoras, es mi estado normal, y separada de tí toma incremento.

Sabes lo infortunada que soy, que sueño un imposible y que corro tras un fantasma que no puedo borrar de mi imaginacion febril; por eso es habitual en mí la tristeza. Al menos estando juntas hablábamos de *él*; nuestras conversaciones íntimas en las que tantas ilusiones nos forjábamos, desahogaban mi corazon y disipaban las nubes de mi melancolía; pero ahora estoy profundamente triste, pues me encuentro sola, sin un ser que sepa mi historia secreta, sin una amiga tan espiritual como tú á quien pueda comunicar todos mis pensamientos.

Para curarme del fastidio recurro á la música y á los libros, pero aun sufro mas porque llaman mis recuerdos y hacen mas detestable mi aislamiento; pero al mismo tiempo conozco que no está sola la que está con sus recuerdos por dolorosos que estos sean; compañía que prefiero á la de los jóvenes de nuestros salones, la mayor parte de ellos vacíos, corrompidos ó estúpidos. Si me acerco al piano mis manos insensiblemente tocan «*El delirio*" esa creacion sublimemente fantástica de Rosellen. Al momento recuerdo á Mauricio: él me lo enseñó. Sabes que varias veces hemos tocado juntas dicha fantasía, y que siempre nos ha dejado en el alma una de esas fruiciones divinas que solo la música es capaz de hacer sentir; una de esas fruiciones en las que el pensamiento se estiende por el infinito y en las que enmudecemos ya porque el lenguaje no puede espresarlas, ya porque nuestra alma abandonando la tierra, vaga por regiones desconocidas. Cuando una de esas fantasías vá unida al recuerdo de una pasion, pero de una pasion imposible como en mí sucede, hace derramar lágrimas dulcemente desgarrando el corazon. Esa fantasía me recuerda siempre á Mauricio, al hombre que amo sin esperanza. ¡Qué desgraciada soy! El piano y los libros son mis únicos recursos.

Mi papá piensa dar un concierto mañana: con este objeto me ha hecho repasar dos ó tres piezas de canto; ya se vé, mi hermana Antonia no vive si no baila, si no charla, si no está en reunion. Es preciso no disgustarla. Cuando repasaba una de las piezas he visto entrar á Mauricio. ¡Figúrate cuál habrá sido mi sorpresa! ¡Yo que le hacia en Sevilla! Le hemos convidado al concierto y se ha empeñado en cantar algo conmigo. Yo he elegido el duo de *Luisa Miller*, que hemos cantado ya otras veces. Vuelvo á encontrarme con él; está conmigo muy amable, muy atento.... pero nada mas. Es forzoso resignarse. ¡Qué ley tan injusta ha concedido solo al hombre la iniciativa en los amores! ¿Por qué la mujer no puede decir que ama an-

tes de oirlo de los labios del hombre? Es preciso sufrir y callar..... ¡Las leyes las han hecho los hombres!

Cuando me contestes, que espero será el correo inmediato, refiéreme el estado de tus amores; sabes cuánto me intereso por tu felicidad: ya que yo nunca la he de conseguir me será muy grato saber que está muy cerca de ella la amiga de mi corazon, el sér á quien mas amo despues de mi padre y de Mauricio. ¡No tengas celos!

Mañana por la noche volveré á verle y quizás despues todos los dias. Le veré siempre, pero nunca me amará. Adios, Aurelia, compadece á tu amiga condenada perenemente al espantoso suplicio de Tántalo.

Amparo de la Riba.

P. D. En los pocos dias que estoy en Barcelona, trato á una muchacha llamada Elvira de Peralta. Está empeñada en ser amiga mia, pero yo no me decido á tratarla con intimidad. No he simpatizado con ella: despues de haberte conocido es imposible que pueda tener otra amiga.

V.

En el teatro.

> Les enfants commandent par les larmes, et quand on ne les ecoute pas, ils se font mal exprés. Les jeunes femmes se piquent de amour propre.
>
> *Stendhal.*

Grande era la concurrencia del teatro.

En el momento que empezamos este capítulo se corria el telon...

Momentos despues, abrieron la portezuela palco núm. 10, del primer piso, y aparecieron en dicho palco las Sras. de Peralta acompañadas por Mauricio.

Sentáronse en primera fila Doña Clara y Elvira, y en segunda é inmediato á ésta, Rojas. La fisonomía de Mauricio radiaba felicidad. Ignoramos si Elvira le habia dado alguna esperanza; pero cualquiera al verles hablar en voz baja y sin intérvalos de silencio, al contemplar que las miradas de él se encontraban con las miradas de ella, les hubiera tomado por dos amantes. Mauricio era feliz. Esta noche no se fastidiaba. Elvira aparentaba estar tranquila y gustosísima á su lado, pero estaba inquieta y disgustada. No habia vuelto á ver al Conde desde la noche anterior y creía que estaria incomodado, porque le dió las espaldas cuando él le rompió el

vestido; creyó esto, pero tambien creyó que á una mujer como ella se le debia de sufrir todo sin resentirse por nada. Elvira estaba picada. Se manifestaba tan amable con Mauricio para dar celos al Conde y lograr que éste le demandara perdon, confesando que habia procedido lijeramente; ella, despues que el Conde no fue á verla en todo el dia, ni á acompañarla al teatro como era su costumbre, no pensaba ceder: su orgullo no lo consentia. Elvira es de esas mujeres que consienten en tronar con sus amantes antes que transigir aun careciendo de razon.

La conversacion no interrumpida que sostenia con Mauricio, inútil es que digamos sobre qué versaba. Era una de esas muchas conversaciones alegóricas en las que se diserta sobre el amor en la sociedad escogida: era ese juego de ideas en que luchan unas veces el corazon contra el ingenio ó vice-versa, y otras el corazon contra el corazon; juego en el que pierde mas quien mas pone; lenguaje ambiguo en el que empeñamos palabras sin empeñarlas; en el que nos comprometemos sin comprometernos; esgrima de la imaginacion, en la que queda herido el que verdaderamente ama, cuando el adversario lo finje. El amor cubria los ojos de Mauricio con su tupido velo y creyó firmemente que iba á lograr el amor de Elvira. No la conocia. Ignoraba que es de esas mujeres cuya alma se ha secado en la juventud; que sin amar se burlan del amor; que gozan jugando con los corazones enamorados; que hacen concebir esperanzas, por el placer de desvanecerlas luego; que dan á beber en copa de oro una gota de miel para hacer mas sensible la amargura de su fondo de acíbar; que pertenecia, en una palabra, á las coquetas del género *bajo*. Esto no podia conocerlo Mauricio porque Elvira era maestra en el arte del fingimiento, y porque su ciego amor no se la dejaba ver mas que por el prisma de la ilusion.

Al principiar el último acto de la comedia, abrióse la portezuela del palco y apareció el Conde del Romero. Saludó, fue á sentarse al lado de Doña Clara, y Mauricio y Elvira continuaron su secreto diálogo.

Al concluir la representacion el Conde hizo una seña de inteligencia á Mauricio y salieron llevando del brazo, éste á Doña Clara y el Conde á Elvira.

Oigamos la conversacion de esta última pareja.

—Celebro en el alma, dijo el Conde, que tan pronto me haya V. encontrado un sustituto tan digno.

—En efecto, es una persona apreciabilísima, dijo Elvira con énfasis.

—Ese modo de obrar es propio del carácter de V.

—Un buen maestro saca buenos discípulos. He aprovechado sus lecciones.

—V. acusa por acusar sin prueba y sin razon, pero yo me fundo. Me estoy alegrando de no *haber podido* venir antes porque veo que no he hecho falta.

—Es verdad; debe V. alegrarse de no *haber querido* venir antes, pues he pasado una noche deliciosísima, dijo Elvira con el acento del orgullo ofendido.

El Conde vió una magnífica coyuntura para tronar y alegrándose interiormente le contestó:

—Sí, sí, estoy convencido de que V. no me ama; me pospone V. á un vestido, lo rompí involuntariamente y estuvo V. séria conmigo toda la noche despues de darme las espaldas: hoy mis negocios no me han permitido verla en todo el dia, y dá V. oidos al primer jóven que la habla de amores. Podrá V. no conocer el amor, pero conoce V. perfectamente la inconstancia.

—¿Y quién tiene la culpa? dijo Elvira irritada. V. debia haber abandonado todos los negocios por venir esta mañana á mi casa como de costumbre, y por acompañarme esta noche al teatro como siempre.

—Es verdad; debia haber abandonado mis negocios para encontrarme mas tiempo con mi sucesor, y añadió con marcada ironía: doy á V. mi parabien por su nueva conquista.

—Puede V. dármela; ese jóven me gusta mas que V.

—Tiene al menos sobre mí una ventaja, la novedad. Yo ya soy antiguo, soy un amante de medio año, él es amante de un dia; segun las leyes de la inconsecuencia él debe ser preferido. Esta es la lógica de la moderna sociedad y.... V. la ha aprendido de memoria.

—Poco le importa á V.—Nuestras relaciones han terminado.

Tanto placer causaron estas palabras al Conde que estuvo pensando abrazarla; pero se dominó y dijo sin abandonar la ironía.

—Procuraré consolarme de esta pérdida con el amor de otra mujer, si puedo encontrar quien sustituya á V. dignamente en mi corazon.

—Poco me importa, dijo Elvira.

Al terminar este diálogo, acababan de salir del teatro y se encontraron junto al coche de las señoras de Peralta. Los jóvenes se

despidieron de ellas. El coche partió con velocidad. Mauricio y el Conde se cojieron del brazo y tomaron la direccion de sus casas.

—Mauricio, dijo el Conde, he tronado con Elvira, la conozco muy bien, por eso en una conversacion hemos reñido. La he atacado con la ironía, la ironía exaspera el orgullo, y el orgullo exasperado riñe por la cosa mas fútil.

—Le estaré á V. agradecido eternamente.

—Mañana me pagará V. la deuda.

—Ya he estado en casa de la Riba. Mañana hablará V. con Amparo. Los dos jóvenes se despidieron tomando direccion distinta.

MEDITACION.

Las hojas de los árboles caian.....
Juan Arolas.

Es la hora de pensar. Pálido envia
el sol la última luz al universo,
y el universo sin su luz suspende
al parecer la vida.

Grata es al alma la quietud, y grata
es esa luz que vagorosa llena
los seres todos de inefable tinte
melancólico y dulce.

Los árboles sus ramas desnudando
van de sus hojas ya: y hoja tras hoja,
volando y revolando al desprenderse,
se pintan en el suelo.

¿Qué se dirán las hojas que murmuran
por los soplos del viento removidas?
¿hablarán de su ayer tan lisonjero?
¿pensarán en mañana?

¡Ay! venturosas las hojas no meditan,
y de ayer su verdor y lozanía
y de mañana su no sér inmundo
hablan no mas al hombre.

Al hombre hablan de Dios las armonías
que donde quiera contemplar podemos.
¡En la brisa, en el mar, en las estrellas
está su voz patente!

Como quedan los árboles desnudos;

como acaban las brisas placenteras,
como el perfume del verjel acaba
al soplo del otoño:

Al raudo vuelo de fugaces horas
las sonrisas, los sueños, las quimeras,
la ambicion y la dicha y.... todo acaba,
acaba para el hombre!

—

Pensamientos de ayer tan lisonjeros,
desengaños de hoy tan congojosos,
idos aquí en el corazon reuniendo
¡No lo dejeis vacío!

El vacío del alma me horroriza:
yo quiero conservar su fé primera,
creer y recordar ya que no logre
guardar una esperanza.

Eduardo Atard.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 29 Marzo.

Lacónica fuí en mi última, Herminia, y hoy he de serlo por precision; porque como es natural, lo único que ahora llama la atencion son los templos, á los que los sermones, los septenarios y demás prácticas religiosas atraen notable concurrencia.

El teatro está ya muy frio y próximo á cerrarse hasta la Pascua. Despues de mi última casi nada notable ha sucedido. La Albini se presentó de nuevo en *Marina* con grande placer del público, por verla repuesta de su indisposicion, como se lo manifestaron los repetidos aplausos con que fue saludada. Yo gozo en las simpatías que veo alcanza porque creo que indudablemente las merece.

El Lancero, que se puso en escena el sábado pasado, es una zarzuela que anunció la empresa como *magnífica*.... Malhaya la magnificencia de la empresa. Es sensible que Camprodon y Gaztambide se ocupen en cosas de tan poco chiste, y es sensible, como me decia J. que aun haya personas que al oir decir del Lancero «*qué cosa tan tonta*" digan en voz baja con aire de advertencia *Chis*.. que ha sido muy aplaudido en la córte. ¡Ah! entonces... añade J. aplaudamos, aplaudamos, que ya escribiremos á la córte para que nos digan en secreto

lo que les hizo gracia en *El Lancero* La ejecucion fue digna de la composicion. En fin todo ello *magnificencia* de la empresa.

El Hidalgo aragonés, representado una de estas noches, fue muy bien ejecutado, distinguiéndose Parreño por la propiedad con que caracterizó al hidalgo D Juan. En comedias de este género es en donde se conoce lo que Parreño vale, y lo que pierde tomando parte en *La Cola del Diablo*, y en *Catalina* y... pero es predicar en desierto lo que se diga sobre esto.

Fé, Esperanza y Osadía, es una comedia en un acto y en verso, que bautizada con tres nombres no justifica ninguno de ellos. Así sucedia con un enano jorobadillo y zambo que conocí en Sevilla, al que llamaban Augusto, Máximo y Narciso. La Andrade y Pastrana llenaron con su buen desempeño parte del vacío que tenia la composicion. Del verso, apenas pude apercibirme sino en algunos esdrújulos.

Lo único que nos ha complacido ver representar, es la comedia de Calderon de la Barca, titulada *Casa con dos puertas mala es de guardar*. Su argumento, como su autor, son harto conocidos para que se diga de ellos una palabra. La ejecucion fue esmerada. La Yañez estuvo acertadísima y Oltra no lo estuvo menos. Torromé siempre estudia cuidadosamente sus papeles y en la *Casa con dos puertas* me gustó en estremo. Concluida la funcion, Oltra se dirigió al público pidiendo en sentidos versos, que me han dicho son de Asquerino, un aplauso á la memoria de Calderon, aplauso que resonó en el acto por todos los ámbitos del coliseo.

Creo que muchos de los concurrentes al teatro celebrarian que se pusiese en escena alguna de las composiciones de Lope de Vega, ya que se han visto con gusto de Tirso y Calderon.

Siguen como Dios quiere las repeticiones de *La Giralda* y con éxito los graciosos bailes de la Mendez y hermano.

La moda tiene á sus secretarios ocupados en confeccionar una inmensidad de decretos que se publicarán pasada la cuaresma. En tanto siguen observándose los preceptos de que te he hablado en mis anteriores. Para estos dias me he mandado hacer un vestido de glasé negro, con tres volantes adornados de una cinta de moaré azul, y en su centro un flequillo de seda negro: el cuerpo es alto y cerrado, y lleva en el pecho tres tiras correspondientes á las de los volantes que forman un ángulo muy abierto: igual adorno tienen las mangas, que son dobles y puestas una sobre otra en forma de campana. Voy tambien á hacerme arreglar una mantilla para la Semana San-

ta; no sé aun si el fondo será de terciopelo labrado ó de una ancha cinta de gró de moaré, tambien se sigue llevando para fondo, pero qué sé yo, no me choca ya.

Se adopta bastante un nuevo peinado, que consise en cuatro ó cinco bucles á cada lado siguiendo la misma direcion que un bandó, y otros cuatro ó cinco detrás. El otro dia ví peinada así á una amiga nuestra y me pareció un peinado muy gracioso: verdad es que negros cabellos lo son tambien. Me prometió que me enviaria su doncella. para que me peinase un dia de estos y aprendiese la mia.

Y á propósito de aprender, E. me ha prometido enseñarme á hacer unas pulseras con granos de granate, que son de mucho gusto, y las he visto muy bonitas regaladas por nuestra simpática L. M. á la rifa de la gran Asociacion.

La semana pasada me bordé mi nombre en dos pañuelos de batistilla *al pasado*, que es el bordado que mas me gusta para el objeto.

La seccion de declamacion del Liceo nos entretuvo agradablemente con la representacion de *La República conyugal*. Tomaron parte la graciosa Hermerinda Herbás, la señorita de Comellas, y los socios y amigos nuestros Lafaya, Ballester, Joaquin Marques y Bellmont: todos en sus respectivos papeles lucieron sus talentos nada comunes.

El sábado próximo se cantará el *Stabat*, de Joaquin Velazquez, en el Liceo: á lo que te he dicho de esta composicion tengo que añadirte que he oido hacer de ella muchos elogios á un maestro y á varios amigos que han oido los ensayos; sé que hay pedidos muchos billetes *de señora*, y como debes presumir no dejaré de servirme del mio. Me han regalado un lorito, y no puedes figurarte como me distrae oirle charlar y decir Adela, Adela, á todas horas. Yo le enseño á decir tu nombre y ..... algun otro.

Me he estendido mas de lo que pensaba; pero no quiero concluir sin contarte....

Herminia, adios: me avisan que Elvira está en su carruaje á la puerta de casa esperándome: nos vamos al septenario á San Martin. Tuya de corazon

Adela.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

LA EXISTENCIA.

—

Proceloso es el mar de la existencia. Pronto se pierden de vista las floridas campiñas de la infancia, en que meció solícita la mano de la madre nuestra cuna, prodigándonos sus dulces caricias, mas dulces que el rayo de la luna sobre las aguas de un lago azul rodeado de espadañas, mas dulces que los primeros arrullos de la amante tórtola que tiene su nido al pie de los romeros olorosos.

¡ Allá va nuestra nave ! La nave de la vida.

La brisa de las nacientes pasiones hinchan sus velas: vuela como la paloma torcaz sobre el florido llano y cruza lijera los espacios.

¡Adios infancia! patria de nuestras primeras dichas, bellas como el nacimiento de la aurora entre las aguas del inmenso océano.

¡Adios infancia! la fuerza de las pasiones aumenta, impele rápida la nave y la aleja de tus tranquilas playas.

Ya no con el blando vuelo de la paloma, sino como el águila cuando se remonta al nido, vecino de las nubes, rápida vuela la nave de la vida.

¿Cuál será su destino?

¡Misterio es como el pensamiento del Eterno!

Inmenso espacio azul por todos lados la rodean: lejana lontananza la promete encantadoras playas; arriba á ellas y... ¡ay! acaso no son mas que riscos desiertos, y ha de huir la nave cautelosa, porque es harto fácil estrellarse contra ellos.

Acaso son verjeles llenos de fuentes y de arroyos, de luz y pájaros y flores y armonía; y un viento tenaz que sopla de la tierra no permite el arribar á ella.

Sueños hermosos cuyo encanto nunca se pierde y cuya realizacion jamás se alcanza.

Imposibles amores que siempre se aman y que siempre se lloran imposibles.

Eso son las lindas riberas á que se acerca nuestra nave.

Llegan á ella los perfumes de sus flores, el rumor de sus arroyos, de sus fuentes y sus cascadas, y el arrullo de las palomas y de las tórtolas y el armonioso trinar del ruiseñor.

¡Ay! y la nave se aleja sin poder tocar en tan lindas riberas, y torna con vuelo mas ó menos rápido entre las ondas agitadas, y torna á rodar al borde de los abismos y al través de los escollos.

Quédase á las veces enclavada en medio de las aguas, esperando en vano que la mueva un soplo. Y giran el sol, la luna y las estrellas por la inmensa bóveda en que viven, é inmóvil permanece la nave á quien sujeta la calma en medio del océano.

Asi cae el alma en el desaliento y parece que se suspende la existencia.

Y torna á caminar la nave de la vida, y torna á hallar puertos ornados de flores y erizadas rocas, placenteros descansos y horribles tempestades.

Esto es la existencia.

Inmenso y proceloso mar en que navega la nave de la vida.

¡Misterioso es su destino como el pensamiento del Eterno!

Eduardo Atard.

EL POETA Y EL PINTOR.

¡Mas ¡ay del mundo! si llega
Por su desgracia algun dia,
Que no encuentre en su agonía
Ni una lira, ni un pincel!!!
. . . . . .
* * *

Si el pecho todos los hombres
Tuvieran de duro hielo,
No hubiera creado el cielo
Mas mundo que el material;
Pero este mundo que vemos
Tan pobre y tan limitado,
Está solo destinado
Para el mísero mortal.
Para el mortal que no sale
Del círculo que pretende;
Para aquel que no comprende
El emblema de una flor,
Y para aquel que no abriga
Un alma ardiente é inquieta
Como la tiene el poeta,
Como la tiene el pintor.
Mas Dios al formar al hombre,
Que en su estupidez no siente

Al hombre que allá en su mente
Solo concibe ambicion;
Lo distingue del poeta
Y del artista sensible
Con aquel fuego invisible,
Fuego de la inspiracion.
Y al donarles este mundo,
Que es quizá un soplo divino,
Les marca nuevo destino
Al poeta y al pintor;
Y encuentran en este suelo
Otro mundo, otros placeres,
Otro cielo, otras mujeres,
Otra vida y otro amor.
Coje el pintor la paleta,
Y con sus diestros pinceles
Pinta los verdes laureles
Que el bardo ciñe á su sien.
Y el cantor coje la lira,
Y del artista la gloria
Para que viva en la historia,
A su vez canta tambien.
De inspiracion son hermanos,
Ambos siguen un camino,
A los dos guia un destino,
Y este destino es sentir.
Los dos sienten, los dos aman,
Los dos cantan sus dolores,
El pintor con sus colores,
Y el bardo con su gemir.
Son dos aves que el desierto
Van cruzando de esta vida,
Y encuentran juntas guarida
Que las cobija á las dos:
Son dos flores que en el mundo
Los vendabales respetan,
Y en este suelo vejetan
Por inspiracion de Dios.
No es el mundo, pues, tan pobre
Cuando bardos y pintores

Existen, que son las flores
Que adornan este verjel.
¡Mas ¡ay del mundo! si llega
Por su desgracia algun dia,
Que no encuentre en su agonía
Ni una lira, ni un pincel!...

Tomás Solanich.

UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Continuacion.)

VI.

Un padre y dos hijas.

. . . . . es la mujer ánjel caido
ó mujer nada mas y lodo inmundo,
hermoso ser para llorar nacido,
ó vivir como autómata en el mundo.
Espronceda.

Don Eusebio de la Riba tenia dos hijas, Antonia y Amparo.

Don Eusebio era coronel. Desde muy jóven dedicóse á la carrera de las armas, pues era la que mejor armonizaba con su carácter. Acostumbrado al mando su genio dominante habia tomado creces, y tenia á su familia acostumbrada á una sujecion militar: en este punto era inexorable. Perteneciendo á una ilustre familia, y participando de las rancias ideas de los siglos pasados, fundaba su orgullo en sus pergaminos y ostentaba sobre su puerta un escudo de armas. Viendo que la nobleza habia perdido muchas de sus prerogativas, vilipendiaba el presente y tributaba constantes elogios al pasado. Envidiaba los tiempos del feudalismo, y lloraba la degradacion de la nobleza, y era recto y honrado por orgullo mas que por convencimiento; su noble cuna parece que le imponia la virtud como un deber. Tal es el carácter de D. Eusebio, figura de otros tiempos que estaba fuera de su lugar desentonando el cuadro churrigueresco de la época actual.

Su físico, como casi siempre acontece, armonizaba con su carácter. Sobre su frente elevada se destacaban ásperos cabellos grises cortados á cercén; sobre sus pequeños ojos negros se arqueaban unas cejas tambien negras que tenia en contínuo movimiento; bajo

su nariz de águila se estendia, cubriendo su sesgada boca, un inmenso bigote cano; su estatura elevada parecia gigantesca, merced á la tirantez constante en que mantenia su cuerpo.

Sus hijas Antonia y Amparo eran dos tipos distintos, que describiremos separadamente.

Antonia habia cumplido veinte y tres años. Era de mediana estatura, ni fea ni hermosa: era una de esas mujeres que ni enamoran ni asustan, ni se aman ni se aborrecen: su fisonomía abultada y cuerpo mas abultado aun denotaban á primera vista que era incapaz de sentir pasiones vehementes, que su alma desconocía así los sentimientos delicados como las emociones rudas, que era en fin una de esas almas que no escitan la admiracion de los hombres ni la envidia de las mujeres. Mitad religiosa y mitad profana pasaba las mañanas en el silencio de las iglesias y las noches en el bullicio de las reuniones. En su insaciable sed de diversion frecuentaba los teatros, los bailes y las tertulias, y si bien no se aburría pasmábase de no encontrarse feliz en ninguna parte; pero era porque vivía en su error crasísimo. Esquivaba las amistades intimas y los amores verdaderos, fundada en la máxima egoista de que « hacen padecer » y no conocia ni las unas ni los otros. Buscaba la felicidad huyendo de ella, porque si alguna chispa de ventura Dios ha dejado caer en el mundo, se encuentran en el seno de la amistad y en el seno del amor, y ella huía de ambos. ¡ Apagaba las luces para no quemarse y se asombraba de quedarse á oscuras !

Antonia era uno de esos seres vulgares que solo conocen la vida material, incapaces de conocer la del espíritu; uno de esos seres de los que por antifrasis se dice que viven, cuando en realidad vejetan. Sus ocupaciones eran las siguientes; se ocupaba de sus vestidos, de su calzado, en dar de comer á las gallinas y á los pichones, en reir, en hablar vaciedades; pero en cámbio ni era amiga, ni amante, ni hija cariñosa; ni conocia la música, ni la poesía, ni la pintura, ni leía... me he equivocado, un libro era el único que ojeaba de vez en cuando: « El manual del cocinero. »

Por una de esas anomalías inesplicables pero ciertas, Amparo era el tipo diametralmente opuesto. Amparo era la antítesis de Antonia, como nuestros lectores habrán tenido ocasion de conocer por la carta que escribió á su amiga Aurelia.

Físicamente considerada, Amparo no era hermosa y... permítasenos aquí una corta digresion en gracia de la oportunidad. Hemos advertido una y cien veces que la generalidad de los novelistas abu-

san de su derecho de invencion pintando siempre pasmosamente bellas á todas las mujeres que intervienen en sus obras. No recordamos haber visto ninguna heroina fea ni aun graciosa; todas ellas son hermosuras perfectas: en el lienzo de sus cuadros no hay claro oscuro, no hay luz y sombra. ¿Habeis creido que la novela está reñida con la naturaleza, esto es con la verdad?

Como dijimos, Amparo no era hermosa físicamente considerada. Pálidas y hundidas eran sus mejillas, su frente elevada y recta; en sus ojos negros y brillantes chispeaba la pasion; su nariz de forma irregular y algo arremangada denotaba un carácter vehemente, segun las observaciones de Lavater: su boca, que no era pequeña, se entreabria algunas veces á impulsos de una sonrisa fúnebre. Era una de esas mujeres que sin ser hermosas tienen ese *no se qué* que inspira las grandes pasiones, esa fisonomía que solo pertenece á las almas magnánimas.

Nacida para padecer, como todos los que les ha cabido en suerte el triste privilegio de una imaginacion escitada, y convencida de esta verdad por el profesor mas convincente, por la esperiencia, huia de los bailes, de los teatros y de las tertulias, y veia correr el tiempo en la soledad de su gabinete entregada al canto y á la lectura.

Desgraciada en sus pasiones, la primera vez é indudablemente la última que amaba se habia enamorado de un hombre que lo estaba de otra mujer. Acostumbrada á doblegarse á las exijencias de su padre y de su hermana mayor, su vida era un sacrificio contínuo, su destino era obedecer, tener el sentimiento de que no la comprendieran su padre y su hermana tachándola de loca, amar con frenesí á quien no se fijaba en ella, y tener un alma grande, generosa, apasionada y sensible para hacer su suerte mas aflictiva.

De Amparo podíase tambien decir, parodiando unas palabras célebres: «*Regnum suum non est de hoc mundo.*»

VII.

El concierto de casa D. Eusebio.

La reunion de casa D. Eusebio era numerosa y escogida.

En un vasto salon perfectamente iluminado lucian sus hermosuras y sus magníficos vestidos multitud de mujeres.

En tan selecta reunion los cinco sentidos del hombre quedaban satisfechos. La vista gozaba de la luz brillante que destellaban un sin número de bellezas, rutilantes estrellas de aquel cielo; el oido

se preparaba á gozar de las magníficas armonías de Bellini, Verdi y Donicetti; el olfato gozaba el perfume grato que se exhalaba de cien cabelleras y el mas grato aun de las flores que formando vistosos ramos ostentábanse en esbeltos jarrones; el gusto preparábase á paladear los manjares esquisitos de un bien preparado ambigú, y el tacto preparábase á ceñir las comprimidas cinturas, mas comprimidas aun en el rápido movimiento del baile.

DORINDA.

ROMANCE.

A la márjen de un arroyo
Que formando ondas de plata
Murmurando entre los juncos
Desliza corriente escasa,
Mientra el sol su luz oculta
Tras la vecina montaña
La hermosa Dorinda llora
De amor sus cuitas amargas.
De un sauce, como ella triste,
Sobre el tronco reclinada,
Dá sus miradas al cielo,
Sus suspiros á las auras,
Y escucha en silencio el canto
De la tórtola cuitada,
Que lamenta sus pesares
Del árbol entre las ramas.
Tambien la tórtola llora
Como tú dichas pasadas:
Las dos recordais placeres...
¡Sois en el dolor hermanas!
Ella llora de un amante
Las caricias adoradas
Que gozó por vez postrera
De la muerte entre las ansias,
Ella gime viuda y sola,
Y tú, hermosa infortunada,
Lloras tambien de un amante

Las caricias que te faltan,
Cuentas de la negra ausencia
Las horas tristes y largas...
Tú, tan bella á quien un dia
La Providencia formara
En un esceso sublime
De magnificencia santa,
Tú sufres penas que alejan
De tu corazon la calma!...
¡Ay! que nacieron gemelas
La hermosura y la desgracia.
En mal hora el hombre insano
Lleno de orgullosa audacia
Quiso sujetar al hombre
Por la fuerza de las armas;
En mal hora en su defensa
Llamó á tu amante su patria,
Pues mató de tus amores
Las felices esperanzas.
El tambien, mustia la frente,
Cuando de tí se alejaba,
Regó el polvo del camino
Con sus angustiosas lágrimas;
Y ora quizá centinela
Sobre desierta muralla
Abrumado por la duda,
Por la ausencia y la distancia
Del fusil el brillo empaña.
¡Dorinda, quién á tu amor
Diera voladoras alas!
¡Quién á tu dolor consuelo
Y á tu pasion esperanza!
Dorinda, en vano á los cielos
Dirijes triste plegaria
Para que calme tus penas
Y tus amorosas ansias...
Sí. que nacieron gemelas
La hermosura y la desgracia.

1852. *P.*

CORRESPONDENCIA.

En la quinta de los Alamos 6 de Abril de 1857.

Queridísima Adela;

Concluyamos la historia de mi vecino.

Cuando Leopoldina apareció por primera vez ante Julian, éste la reconoció, y casi reveló en su emocion y su sorpresa un secreto, que hubiera causado un disgusto á su esposa. Esta consideracion le obligó á ser prudente, y esta prudencia y este recelo hicieron que Julian esquivase las ocasiones de hallarse solo con Leopoldina. Tenia miedo de provocar una esplicacion, en la que estaba casi seguro de sufrir amargas reconvenciones y verídicos cargos. Julian sufria, pero ocultaba su sufrimiento bajo el mas profundo disimulo.

Leopoldina por su parte huia la presencia de Julian, y no daba muestras de turbacion cuando éste alguna que otra vez le dirigia tímidas miradas. Veces hubo en que Julian llegó á dudar si seria aquella Leopoldina, ó era juguete de una ilusion engañadora.

A pesar de esta conducta y de la de Julian, Virginia llegó á concebir sospechas. Virginia amaba entrañablemente á su esposo, y un corazon enamorado es suspicaz hasta el estremo.

Virginia notó en su esposo cierta frialdad, que la puso pensativa y triste; y esto la hizo espiar las acciones y hasta las miradas de su esposo. Los ojos son generalmente nuestros enemigos, porque venden nuestros secretos.

Virginia era, pues, tambien desgraciada, porque se sentia burlada en su cariño, y humillada en su amor propio. Sus celos la mortificaban terriblemente, y sin embargo, ni una queja, ni una reconvencion salieron de sus labios.

Llegó un dia en que Virginia tuvo necesidad de pasar el dia en el campo, para acompañar á una de sus amigas que celebraba su boda en una quinta de las inmediaciones. Julian no podia acompañarla porque se lo impedian sus negocios. Virginia salió de su casa llevando consigo á Leopoldina para el cuidado de la niña.

Al regreso volvió sola llevando á su hija en los brazos. Julian no pareció sorprendido, y esto mortificó bastante á Virginia. Esta se atrevió á decir.

—¿No me preguntas qué ha sido de Lucía?

—Sé que ha dejado nuestra casa, contestó Julian visiblemente conmovido.

—¡Pobre muchacha! replicó Virginia, ¡parece ser muy desgraciada!

—¡Oh, mucho! dijo Julian poniéndose mas pálido cada momento.

—¿Conoces su vida?

Esta pregunta fue hecha con un tono que estremecio á Julian. Despues hizo un esfuerzo, y procurando serenarse, preguntó á su vez á su esposa.

—Un poco, ¿y tú?

—Demasiado sé con lo que he podido ver y observar.

Desde este momento Virginia no pudo contener la espresion de sus celos.

Julian sufria en silencio, y escuchaba con lágrimas en los ojos las reconvenciones de su esposa. Pareció luchar un momento consigo mismo, y por fin dijo á Virginia.

—No conoces sino á medias este asunto; no sé si haré mal en aclararte este misterio, pero sabe que esa mujer era amada por mí antes de mi enlace contigo. Por tí he abandonado á esa mujer, y hasta ahora nada habia sabido de su suerte: no podia esplicarme cómo ha venido á encontrarse á nuestro lado; hoy se aleja de mí; no sé si debo alegrarme ó llorar: esta carta que he hallado sobre los papeles de mi escritorio, me ha aclarado su situacion, y podrá esplicarte....

Julian leyó la carta que decia así:

«Me amabais un tiempo, ó al menos así lo fingiais. Vos sabeis cuánto os amaba tambien. La ausencia no pudo matar mi amor; el vuestro fue mas débil. El padre de vuestra esposa puso en mi noticia vuestras relaciones con Virginia, y me pidió en nombre vuestro la renuncia de mi voluntad de ser vuestra. Vos sabeis que tuve fuerzas para consumar este sacrificio. Desde aquel dia he rogado á Dios por vuestra felicidad, pidiéndole que me concediese el poder olvidaros. Dios ha sido cruel conmigo, porque no ha escuchado mis ruegos.

«Pocos meses despues que supe vuestro casamiento, mi hermano, que como sabeis, constituía toda mi familia, recibió un destino en la Habana. Emprendimos el viaje para esta ciudad, en donde debíamos embarcarnos, pero á pocas leguas antes de llegar á Cadiz, el carruaje en que veniamos fue detenido y asaltado por una porcion de malhechores. Mi infeliz hermano tuvo la loca imprudencia de resistir á aquellos malvados, y recibió de sus manos la muerte. ¡Pobre hermano mio! Además de robada, quedé huérfana y completamente abandonada.

«Al llegar á Cadiz comprendí que debia tomar un partido para poder vivir. Vos sabeis cuál fue, puesto que providencialmente vine

á parar en vuestra casa. ¡Yo que estaba resuelta á huir de vos y no volver á veros jamás!

Perdonadme si llegais á presumir que yo he tenido parte en este providencial suceso. Me siento impotente para ocultar por mas tiempo el estado de mi corazon y de sufrir tantos tormentos. Me alejo de vuestro lado y del de vuestra esposa, porque he encontrado ya donde poder vivir sin causar enojos á nadie con mi presencia. Adios para siempre.

Leopoldina A.

Virginia lloró tambien cuando Julian concluyó la lectura. Despues de esta escena ni uno ni otro volvieron á hablar de Leopoldina, bien que Julian practicó las mas vivas indagaciones para descubrir su paradero. Todas fueron inútiles. Nadie la habia visto desde la tarde en que dejó á su ama en la quinta.

Algun tiempo despues los dos esposos emprendieron un viaje al estranjero. Virginia recordaba siempre con pesar la historia de Leopoldina; Julian no podia olvidarse que habia causado la desgracia de aquella mujer y sufria el peso de los remordimientos.

Cuando llegaron los esposos á París, esta ciudad acababa de ser invadida por el cólera. Virginia fue atacada gravemente y murió á pocas horas en los brazos de su esposo. Julian apenas repuesto de su dolor, emprendió la vuelta á Cadiz, trayendo á su inocente y querida hija.

Desde aquel tiempo ha procurado vanamente por todos los medios posibles averiguar el paradero de Leopoldina. Su imaginacion ha padecido tanto, que algunas veces parece trastornada. Con frecuencia es presa de un delirio, y esclama: «No, no me engañé: aquela *hermana de la Caridad* que se recataba el rostro cuando estuve en el hospital de Madrid era Leopoldina."

No sé qué te habrá parecido el relato que acabo de hacerte: ten presente que te refiero una historia y no una novela.

Quizá dentro de pocos dias podré abrazarte.

Recibe el cariño de tu mejor amiga

Herminia.

P. D. ¡Si vieras cuán hermoso está el campo! La primavera lo ha engalanado todo vistiendo los árboles de flores y verdura, dando ternura y brillantez al azul del cielo, y derritiendo la nieve de las crestas de las montañas. ¿Por qué no me das el gusto de venirte? ¡Tengo tantas cosas que decirte, y que no me atrevo á fiar á la pluma!

Valencia 7 Abril.

Liceo valenciano.—Tal podia titular mi carta de hoy, querida Herminia, porque únicamente voy á ocuparme en ella de esta sociedad. El sábado anterior tuvo lugar la funcion en la que se cantó el *Stabat* de Joaquin Velazquez, y, te aseguro de corazon, tuve un placer íntimo en concurrir á ella, porque creo que formará época en los fastos del Liceo, y en los de nuestra querida Valencia, como le formará en la vida denuestro apreciable Joaquin. Sí, Herminia, porque su composicion ha elevado á la categoría de *maestro* al simpático jóven que hasta ahora habiamos considerado como modesto aficionado; y porque los laureles que indudablemente alcanzará en su carrera, con tal aplauso comenzada, reflairán en gloria de nuestra patria y del Liceo.

El asunto que eligió Velazquez para su primera composicion la hacia una *obra de prueba*, de la que su talento le ha hecho salir victorioso, y yo gozaba en ver el entusiasmo de la numerosa y escogida concurrencia, entusiasmo que apenas bastaba á contener la antigua etiqueta de la corporacion en funciones análogas.

Los dolorosamente tiernos versículos del *Stabat* exijen una música tierna y sentimental en su espresion, una música que al par que tenga la piedad y grandeza propias de la música religiosa, se eleve hasta el mas alto grado en lo patético, porque en tal grado lo es la situacion en que aparece *la madre dolorosa al pié de la cruz de la que pende el hijo*; y no obstante esa música aunque muy patética no debe caer en la espresion dramática que engrandece las mejores óperas, pero que debe proscribirse de las composiciones religiosas. Esta es una dificil distincion á que no ha sabido sujetarse mas de un maestro, acaso por no conocer ó apreciar bastante la filosofia del arte, y es una distincion que Joaquin Velazquez hace notar en el estilo de su *Stabat*. En efecto, Herminia, es bien seguro que al escuchar sus sentidas armonias, nadie recordará para maldecir á los verdugos de Jesus, nadie se irritará contra ellos, pero pocos de los que *escuchan con el corazon* dejarán de sentirle opreso por ese afecto de dolorosa piedad que llega á asomar en llanto hasta los ojos.

Indispensable era que reuniera muchas bellezas una composicion de esta naturaleza, para que halagara los oidos y conmoviera el corazon de los circunstantes, que aun conservaban frescos los recuerdos que en ellos levantaran años atras, las magnificas armo-

nias de Rossini, Hayden y Andrevi. Añade á esta dificultad la de ser primera composicion y de un género dificilísimo y poco cultivado en nuestra patria, y comprenderás los obstáculos que Velazquez ha tenido que vencer los quilates de su mérito y la legitimidad de su triunfo.

Yo no podria, aunque quisiera, querida Herminia, escribirte un análisis artístico de dicha produccion; ni ¡quién soy yo para tener semejantes pretensiones! Unicamente podré añadir á lo que llevo dicho, que he oido celebrar á muchos profesores las melodías y sobre todo la perfeccion y esquisito gusto de la armonía y la igualdad y elevacion de estilo que se observa en toda la composicion.

Cuantos tomaron parte en la ejecucion se esmeraron en ella sobrepujando á las esperanzas que pudieron concebirse, teniendo presente que casi todos son aficionados, escepto un corto número de profesores.

Despues de una magnífica introduccion ejecutada por todos, siguió el aria de tenor *Cuyus animam*, que cantó el profesor Montés, espresando con maestría el sentimiento que rebosaba la composicion. El versículo *Quis est homo* ha inspirado á Velazquez un tiernísimo duo de tiples, que interpretaron muy bien Pura Armengol y Dolores Bermudez. El aria de bajo *Pro peccatis* es un aria de gran efecto, en la que Antonio Ronda con el especial gusto que le distingue lució su voz entera y simpática. He celebrado en estremo volver á oir despues de mucho tiempo á este amigo nuestro, de quien tan buenos recuerdos conservábamos. *Eja mater fons amoris* es una plegaria coreada, y sin duda una de las partes que mas gustaron por el grandioso efecto de la instrumentacion, entre cuyas armonías se escuchaban de vez en cuando algunas notas de cornetin que parecian dominarlas, como un gemido triste y doloroso. Este versículo fue dignamente espresado por el profesor García, contribuyendo no poco á su lucimiento el cuerpo de coros. El cuarteto *Sancta Mater* cantado por Pura y Dolores, Amat y Ronda, me pareció una concepcion profunda y bien ejecutada. La cavatina de tiple *Fac ut portem* de mucho gusto por su sencillez y sentimiento la cantó Dolores Bermudez, luciendo su hermosa voz y precoces facultades. *Inflammatus et accensus* es otra aria de tiple, pero coreada, que Pura con su *purísima* y dulce voz hizo escuchar con religiosa atencion, interpretando con su conocida maestría y escelente gusto ese sublime pasaje en que el compositor ha atesorado la mas elevada inspiracion. *Quando corpus morietur* es un cuarteto sin acompañamiento muy bien enten-

dido, en que los acordes ya perfectos, ya disonantes, están siempre oportunamente empleados, y forman un todo de bella armonía y de melancólica espresion. Le cantaron Pura, Dolores García y Ronda, con la misma perfeccion y gusto que las piezas anteriores. La fuga es un digno epílogo de tan brillante composicion.

En los coros distinguí á muchos de nuestros amigos, y entre las simpáticas amigas que los componian me chocó mucho una graciosa y despejada niña de corta edad que J. me ha dicho se llama Matilde Gil. La orquesta del Liceo dirigida por Velazquez, el cuerpo de coros y la seccion de música están de merecida enhorabuena.

No menos digna de elogio que la seccion de música es la seccion de Bellas-artes, que sorprendió á la inmensa concurrencia que asistió al *Stabat* como habia sorprendido dias antes á los socios del *Liceo*, con una magnífica y variada esposicion de pinturas y dibujos. Ocioso me parece decirte que he pasado largos ratos en dicho salon, pues pinto, como sabes, y tengo una aficion loca al lapiz y al pincel; así es que me fijé, para enterarte de lo mas notable de dicha esposicion.

Rosario Morata, Dolores Bermudez y Adelina Berges presentaron varios dibujos, y me ha complacido el ver lo correcto de las dos cabezas copias de *Julien* que presentó Rosario; que Dolores robe algun tiempo á la música, en la que tanto se distingue, para consagrarlo á la pintura; y la limpieza de los dibujos de Adelina, especialmente la del que representa á la Vírjen con un niño en brazos. Mientras que no se nos conceda á las mujeres igual genio que á los hombres es preciso no escasear los elogios á las que lo poseen.

D. Tomás Rocafort, presidente honorario de la seccion, persona cuyos grabados son generalmente conocidos, honró la esposicion con algunas estampas, tarjetas y sellos, distinguiéndose entre las primeras el retrato del grabador valenciano Esteve.

Lafaya, á quien tanto debe la seccion de declamacion, presentó seis retratos al oleo; todos me gustaron en estremo y singularmente el grupo de dos niños, notable por la espresion del colorido y por la frescura de las carnes.

Martin Labernia, digno profesor de la escuela de dibujo del *Liceo*, espuso una porcion de cuadros que ví con gusto, entre los que llamaron mi atencion una *Purísima*, original, el del *Buen Pastor* y un *bodegon* pintado con notable verdad.

Juan de la Cruz Martí tambien enriqueció la esposicion con dos floreros y con un boceto original. Los floreros tienen gusto en la composicion y verdad en el colorido. El boceto es quizás una de las

obras de mas mérito que se han espuesto. Representa el acto de colocar en el sepulcro á Jesucristo, figura del primer término del cuadro; en el segundo aparecen las Marías, Josef de Arimathea, Nicodemus y demás personajes que segun el evanjelio tomaron parte en aquel acto, y en el último término, los ánjeles que segun las sagradas letras habian de velar sobre el santo sepulcro. La concepcion de este boceto revela el genio y su ejecucion, á pesar de estar no mas insinuada, profundos conocimientos en el arte.

Nuestro querido amigo Paco Babí espuso cuadros que tú ya conoces, escepto una cabeza de ánjel. Dos de dichos cuadros están pintados al pastel; además de la exactitud tiene gastado el color con intencion y maestría: son copias de *la Dolorosa* de Pedro Saxo-ferrato y de una Vírjen del pintor valenciano Planes. Ha presentado tambien una cabecita que creo que es copia de Camaron: la que te he dicho del ánjel lo es tambien de Lopez· la acertada ejecucion pudiera hacer pasar por original dicha cabeza segun me ha dicho J. No sé por qué Paco ha de tener tan olvidados los pinceles cuando posee poco comunes facultades y pudiera ofrecernos grandes obras. Le creo muy galante y espero tener ocasion de rogarle que sacuda la pereza.

Joaquin Morata presentó varios cuadros, entre los que sobresalian un dibujo retrato del Patriarca, la cabeza de Velazquez, copia al óleo del original que existe en la Academia, y un capricho que representa un postillon descansando, cuya cabeza tiene muchísima espresion, y si J. no se equivoca es copia de un moderno pintor catalan.

Antonio Morata espuso una variada coleccion de cuadros, entre los que recuerdo dos de costumbres de la escuela flamenca, magníficos por su robusta entonacion y la acertada imitacion de los originales; un cuadrito al óleo, copia de un dibujo, que representa al padre Aubry y á Chactas depositando en la sepultura el cuerpo de Atala, y un *Salvador* que se distingue por la dulzura del colorido y verdad en el ropaje, copia de Ribalta.

De Daniel Cortina, entre los diferentes cuadros que ofreció al público, me gustó mas el retrato de un cazador de cuerpo entero, sentado bajo un arbol, por la naturalidad y parecido, y cuatro cuadritos de costumbres.

De Vicente Bellmont recuerdo el *Belisario*, grande lienzo, copia de Fortunato Bonich, uno de los mas distinguidos y queridos discípulos de nuestro compatriota y célebre pintor D. Vicente Lopez. Cele-

bré que Bellmont escogiera tan buen cuadro para su copia, que ha llevado á cabo con feliz éxito, revelando en él cualidades de artista.

Entre la coleccion de dibujos de Eduardo Amorós sobresale una copia de un grabado que representa el combate de los Horacios y Curiacios, por su mucho trabajo, y por la limpieza del dibujo, y una copia de un grabado que representa *el Salvador*.

De Joaquin Marqués tambien ví un dibujo bastante bueno, porque tiene el lapiz muy bien gastado.

Pablo Orellana ocupaba con sus magníficas fotografías gran parte del local llamando la atencion por ser los mas retratos de socios muy conocidos y de dependientes del Liceo, y por la feliz ocurrencia de retratar en diferentes grupos todas las socias y socios que tomaron parte en la ejecucion del *Stabat*. Entre los retratos sueltos tuve el gusto y el sentimiento de ver el del apreciado D. Mariano Manglano, á quien tanto echa de menos dicha sociedad. Tambien ví con placer el de nuestro apreciable amigo Cirilo, digno secretario del Liceo.

Me olvidaba decirte que la noche en que se ejecutó el *Stabat*, leyeron Danvila una poesía suya, Lafaya otra de Serrano, y Joaquin Marqués una anónima, todas bonitas y alusivas á la funcion.

Los salones del Liceo apenas podian contener la brillante concurrencia que los invadia.

Adios, Herminia; no podrás acusar de laconismo á tu

Adela.

P. D. Es mas de media noche: vuelvo contentísima del Liceo. Hoy se ha repetido el *Stabat* de Joaquin: el entusiasmo ha vencido á la etiqueta, se le ha aplaudido repetidas veces, y se le ha llamado á escena con insistencia. En el último blanco ó descanso el secretario ha ido á buscar á Joaquin desde la presidencia, y le ha acompañado á ella en medio de entusiastas aplausos. El presidente accidental Tormo, le ha entregado en nombre del Liceo, del que ya era socio de mérito, una carta de aprecio y una linda *battuta* de unicornio con cabos de oro, dirigiéndole al mismo tiempo lacónicas pero muy sentidas frases. Lafaya ha leido una poesía anónima dedicada á Velazquez, y Concepcion Benitez, otra alusiva á la funcion, que como suya era linda y fue aplaudida.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

Docilidad.—Nace la *docilidad* de la escelencia del carácter que nos enseña á ser sumisos y obedientes aun con las personas que no son nuestros superiores. La *docilidad* sin embargo no va tan lejos como la obediencia y la sumision; éstas suponen siempre un mandato que cumplir, la *docilidad* no es tan concreta sino que se estiende hasta el cumplimiento de los deseos de los demás.

Las personas dotadas de *docilidad* son apreciabilisimas porque se las encuentra dispuestas á los mayores sacrificios.

Dulzura.—La aspereza de carácter aleja la estimacion de quien, por su desgracia la posee. La *dulzura* conquista los corazones y atrae las simpatías. Insensiblemente nos sentimos cautivados por la *dulzura* de carácter de una persona y le concedemos nuestro aprecio y nuestro cariño. La *dulzura* se acomoda á todas las situaciones, se presta á todas las exijencias y accede á todos los deseos. Hay pocas dotes morales tan seductoras y hermosas como la *dulzura* de carácter.

E.

Educacion.—La *educacion* trasforma completamente al hombre y viene á ser para él una segunda naturaleza. La *educacion* trueca en virtudes sociales los vicios á que se siente inclinado el hombre, y puede decirse que nada hay tan poderoso para contrarestar los gérmenes del mal como el remedio de una *educacion* esmerada y completa.

A las gentes se las conoce y distingue por su *educacion* casi tan ostensiblemente como por la fisonomía, porque la educacion se revela en todas las acciones y en todas las palabras y se descubre hasta en los mas insignificantes detalles del comportamiento social.

Aun el talento mismo es impotente para ocultar las faltas de una mala *educacion*. En sociedad nada hay tan apreciable para los demás como ese conjunto de miramientos y consideraciones que concedemos á cada uno segun su clase y condicion.

La *educacion* dificilmente puede adquirirse pasados los primeros años de la vida; en estos es cuando aquella decide nuestro porvenir porque este casi siempre depende de la manera de conducirnos, que es hija de la educacion que hemos recibido.

Exactitud.—Esta es de dos clases ó por mejor decir se refiere á dos objetos diferentes.

Debe tenerse sumo cuidado en no faltar á la *exactitud* en la conversacion porque esto es una debilidad imperdonable.

Y además, es necesario que seamos exactos en cumplir los compromisos y las citas. No debe aceptarse una invitacion para cualquier cosa si no se está bien seguro de poder asistir. La falta de *exactitud* es imperdonable no obstante que ciertos entes acuden á ella para adquirir alguna importancia, puesto que con esta conducta logran que en su ausencia se ocupen de sus personas.

F.

Franqueza.—La *franqueza* es la primera cualidad del hombre honrado. La *franqueza* proviene en línea recta de la nobleza de los sentimientos y de la lealtad de carácter. Los malvados jamás llegan á ser francos.

La *franqueza* complace casi siempre á las personas con las que la usamos con tal que no esceda los límites de la conveniencia. Algunas gentes toman la mala costumbre de decir verdades amargas á todo el mundo en tono de reconvencion, y á esto suelen llamar *franqueza* cuando no es mas que una desvergüenza imperdonable. La *franqueza* no ha de llegar á ser ofensiva, y bueno es advertir que no escluye la prudencia y la conveniente discrecion.

G.

Generosidad.—El hombre *generoso* perdona las ofensas que se le infieren y demuestra con este proceder la nobleza de su corazon. Nada vale el hombre si no es capaz de perdonar á sus enemigos. El rencor y el odio son pasiones impropias de los corazones bien nacidos y dignas tan solo de los carácteres bajos y miserables.

Una conducta *generosa* eleva y ennoblece al hombre porque la *generosidad* es una virtud y una virtud de mucho precio.

Gratitud.—Véase *Reconocimiento.*

Gusto.—El *gusto* consiste en el aprecio de lo que es verdaderamente bello. Este *gusto* se forma con la costumbre y tratándose del *gusto* artístico con el estudio y con las contemplaciones de los buenos modelos.

La sociedad requiere cierto *gusto* para vestir y aun para el trato y este se consigue con la observacion, bien que depende en gran parte de la comprension y del talento.

CONFESION.

A UNOS OJOS AZULES.

No en vano sus ojos ví
pues ya depuse mi error:
los negros solo creí
focos ardientes de amor:
¡cuán engañado viví!

Ojos azules, os tuve
por ojos inofensivos;
me parecisteis la nube
que en humo disuelta sube
del sol á los rayos vivos.

Mas hoy os pido perdon
contrito de mi pecado,
y os declaro en confesion
que he vivido equivocado:
¿me dareis la absolucion?

Nada en mi abono diré
que me sirva de disculpa,
porque el valor os quité,
y, ojos azules, *pequé*
por mi culpa, por mi culpa.

Por fin el arepentido
pecador, hoy os confiesa
que en un engaño ha vivido,
y, ojos azules, *le pesa*
de haberos tanto ofendido.

Como os pudiera faltar
valor para bendecirme
y os quiero á ello obligar,
hago propósito firme
de nunca jamás pecar.

Jacinto Labaila.

EL DILUVIO.

CUADRO DE GIRODET.

«Raeré, dijo Dios, de la haz de la tierra al hombre que he cria-«do, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las «aves del cielo, porque me arrepiento de haberlos hecho.» (1)

. . . Se rompieron las fuentes del abismo y se abrieron las cataratas del cielo.

Y fue el diluvio sobre la tierra.

Y todo, en lo que hay aliento de vida sobre la tierra, murió. (2)

Este terrible pasaje ha sido pintado de un modo admirable por Girodet.

Dificil era presentar en un cuadro todos los horrores que ofrece á la imaginacion, la destruccion del mundo por medio de las aguas, y Girodet con ese instinto filosófico que inspira las grandes concepciones, ha sabido espresar todo el horror del diluvio, presentando en un grupo sobre las rocas una sola familia.

¿Qué alegoría mas natural del género humano que la familia?

Las rocas están desnudas, son la cumbre de un monte, las aguas las rodean.

Entre ellas en lo mas alto hay una encina destrozada de la que solo resta una rama.

Un hombre jóven y robusto está cogido del árbol con su mano izquierda. Sobre sus hombros tiene un anciano que se abraza fuertemente de su cuello y de su pecho con un brazo, al par que con el otro se abraza de la encina; sus piernas cuelgan inertes.

El hombre sostiene á su padre sobre los hombros: con su derecha tiene cogida por el brazo á su esposa, que aprieta un pequeñuelo sobre su seno y cuyos pies se apoyan en una roca inferior á la que ocupa su esposo. El hermoso cuerpo de la jóven madre se doblega hácia atrás sobre sus rodillas; porque una mano en sus hombros, otra entrelazada en sus cabellos, un pié resbalando en la roca, otro tocando ya en las aguas, pugna por salvarse cogiéndose de ella otro niño mayor que el que abriga contra su seno.

El hombre jóven, los ojos abiertos con espanto, le boca fruncida, erizados sus cabellos, doblegado el cuerpo bajo el peso que tiene sobre sí y el de su esposa é hijos que colgando de él la arrastran al

(1) Génesis ver. 7 cap. 7.° (2) Génesis ver. 11, 17 y 22 cap. 8.°

abismo, espresa al par que el horror de su desesperada situacion, el instinto de la conservacion tan natural al hombre, el cariño del hijo, el amor del esposo y del padre. El sostiene á toda la familia; ó la salva ó perece con ella.

El anciano por el contrario, espresa el impasible egoismo de la vejez. Medio cerrados los ojos, fuertemente asido de su hijo, parece no ocuparse mas que de sí mismo.

La jóven madre revela bien la ternura y la abnegacion de la mujer; su hijo mayor próximo á caer á las aguas, cuelga suspendido de sus cabellos, la cabeza se doblega dolorosamente hácia atrás; pero el dolor físico que se lee en su rostro está mezclado, como dominado, por un sentimiento de tierna resignacion

El niño de pecho espresa tan solo el malestar físico.

El otro por el contrario, dice en su actitud la ansia de vivir que la juventud inspira.

Este contraste de sentimientos está filosóficamente comprendido y admirablemente espresado.

El ramo de la encina se doblega, las aguas crecen, los relámpagos y los rayos serpentean por el espacio.

Un cadáver sobrenada inerte sobre las aguas, cerca de la rocas. Este es un augurio harto elocuente.

Un instante mas y ese grupo sublime habrá desaparecido entre las aguas.

Si del pensamiento del cuadro, grande y sublime, se desciende á examinar los detalles, son muchas las bellezas que se admiran; pero detenernos á referirlas seria trastornar nuestro propósito de *inscribir* á la lijera en nuestro *semanario* esta bella obra del arte.

E. A.

UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Continuacion.)

Entre las mujeres que descollaban en el salon por su hermosura y por la riqueza de sus trajes, distinguíase á Elvira de Peralta. Con la sonrisa en los labios escuchaba complacida la lluvia de lisonjas que arrojaban sobre ella una infinidad de zánganos de salon. No lejos de ella veíase á Antonia con traje tambien elegantísimo. A su lado vestida de blanco con tristeza en el rostro y en el corazon, dibujábase la pálida figura de Amparo de la Riba. Estaba triste por-

que aquel no era su centro, porque se encontraba aislada en medio de tanta gente, porque no tenia un corazon que respondiera á su corazon, porque la tristeza de las personas melancólicas parece que crezca entre el júbilo y la risa de las personas alegres. Amparo era una pálida nube que corria por un cielo radiante de luz. Detrás de ella conversaban D.ª Clara y D. Eusebio; hablaban del invierno y de sus nervios; figuras que se perdian en el último término del salon como se perdian en el último término de la vida.

Pascual Ortiga y Basilio Lope, comerciante, que mas adelante conoceremos, obsequiaban á las señoras de la reunion.

Al concluir la sinfonía que inauguró el concierto, entraban en el salon Mauricio y el Conde del Romero. Rojas presentó aquel á D. Eusebio, que al saber que era título desarrugó el entrecejo, dió á su rostro toda la afabilidad de que era capaz, y haciéndole sentar á su lado empezó á relatarle circunstanciadamente la historia de sus antepasados. El Conde con paciencia se resignaba á oirle, tenia talento para conducirse en sociedad y le escuchó hasta sonriendo, ó por mejor decir aparentaba escucharle, porque su imaginacion vagaba por otros espacios. Sus ojos habian buscado á Amparo y furtivamente no se saciaban de mirarla. El Conde la amaba con todo su corazon; con ese cariño que solo sentimos una vez en la vida.

Mauricio al separarse de D. Eusebio y del Conde sentóse al lado de Elvira de Peralta y continuó enamorándola; ella continuaba dándole esperanzas. Amparo ignoraba los amores de Mauricio, y al verle hablando al oido de Elvira se sorprendió dolorosamente. Pocos momentos despues Pascual Ortiga le dió el brazo y la condujo hasta el piano. En seguida se dejó oir la hermosísima voz de Amparo que cantaba el aria apasionada de *Il Trovattore*. D. Eusebio suspendió la conversacion que mantenia con el Conde, diciéndole:

—Mi hija es la que canta; la presentaré á V. cuando concluya.

—Tendré en ello un vivísimo placer, dijo el Conde, que no deseaba otra cosa, y que no sabia cómo cortar el impertinente monólogo con que le abrumaba D. Eusebio.

La clara voz y el sentimiento con que cantaba Amparo herian las fibras mas delicadas del corazon del Conde: cuando oimos cantar á la mujer que amamos, creemos verla trasformada en querubin, y el amor que sentimos hácia ella crece y se purifica, parece que al sonido de su pura voz la materialidad se anonade y se confunda ante la grandeza sublime del idealismo de la música que canta el amor.

Una lluvia de aplausos espontáneos coronó el final del aria que

con tanta espresion acababa de cantar Amparo. El Conde y D. Eusebio se acercaron á ella y el padre hizo la mútua presentacion: Amparo brindó al Conde á que tomara asiento en una silla inmediata á la suya, éste lo hizo en seguida y D. Eusebio dando un pretesto se separó de ellos y fue á juntarse con D.ª Clara. El Conde, como sucede siempre que hablamos con personas desconocidas, empezó su conversacion por una de esas muchas vulgaridades convertidas ya en lugares comunes, pero que nos sirven perfectamente para introducirnos en diálogos mas íntimos, diálogos á los que queria llegar el Conde y á los que llegó sin grandes esfuerzos, porque tenia talento y trato y Amparo imaginacion y amabilidad.

Elvira de Peralta al mismo tiempo que daba oidos y contestaba á las galanterías apasionadas de Mauricio, observaba contínuamente al Conde y á Amparo con disgusto y con rabia pues conoció que ésta le habia robado el amor de aquel y su orgullo no podia resignarse á perder el dominio sobre el corazon del Conde. Amparo tambien espiaba á Elvira, y con ese certero golpe de vista que tienen las mujeres en materia de amor adivinó que Mauricio amaba á Elvira.

Antonia, con la habitual calma, escuchaba á Basilio Lope: éste era un hombre de cuarenta años, matemático hasta en sus pasiones. Era viudo y tenia dos niños de corta edad; sus muchas ocupaciones impedian que les diera una educacion como él deseaba y habia formado el firme propósito de casarse para tener una esposa que cuidara de sus hijos y de su casa: miraba el casamiento bajo el punto de vista económico y útil y era para él un negocio en el que debia ganar, segun su propia espresion «el ciento por ciento." Estaba pues en el caso de elegir esposa de ciertas cualidades: sondeando á Antonia creyó ver en ella la persona que le era necesaria, y satisfecho de su encuentro dijo como Arquimedes ¡*Eureka*! ¡Ya la he encontrado! En efecto podia decirse que Antonia era la media naranja de Basilio; dificilmente se podrian encontrar dos carácteres mas homojéneos, eran dos cantidades que se podrian sumar perfectamente.

Pascual Ortiga mariposeaba por el salon creyéndose la persona mas interesante de él, cuando todas las muchachas le hablaban con burla y estaban hartas de su fatuidad. Pascual Ortiga era una de esas notabilidades ridículas que por desgracia abundan en nuestras reuniones.

En resúmen; salieron del concierto, Amparo con la dolorosa con-

viccion de que Mauricio amaba á Elvira, Mauricio, á quien ella queria locamente, Elvira con el disgusto de cerciorarse de que el Conde ya no se acordaba de ella, Antonia con la misma sangre fria con que entró, Mauricio feliz creyéndose correspondido por Elvira, el Conde dichoso figurándose que iba por el camino recto al corazon de Amparo, Basilio contento pensando en el negocio que iba á efectuar, Pascual muy hueco imaginándose las conquistas que pudo hacer y que no quiso, D. Eusebio soñando en que el Conde era un escelente partido para Amparo, D.ª Clara gustosa viendo tan unidos á su hija y al hijo de su mejor amiga. ¡Cuántos intereses encontrados! ¡cuántos errores! ¡cuántas peripecias de sentimiento en el reducido escenario de un salon y entre tan corto número de personajes!

VIII.

Elvira.

Algunos dias despues del concierto, Elvira tenia la siguiente conversacion con su camarera Inés, muchacha algun tanto desenvuelta y lijera de cascos y de palabras.

—¿Qué me dice V. del Conde?

—No me le vuelvas á nombrar. Te lo prohibo... ya no le hago caso.

—Bien hecho. A V. le sobran pretendientes... y á propósito ¿qué me cuenta V. de Mauricio?

—Nada; es un pobre chico que está enamorado de mí hasta la médula de los huesos.

—¡A buena parte va á hacer leña!... ¡cómo se divertirá V!...

—Sí, me entretiene bastante.

—¿Por supuesto, se habrá declarado?

—A la raya de doscientas veces.

—¿Y creerá que V. le corresponde, por supuesto?...

—Por supuesto.... como todos... bien que yo se lo hago creer. No me gusta desesperar á nadie.

—Buen sistema. Así nunca está la plaza vacante... y hasta tanto que caiga un pájaro mas gordo...

—Eso es, hasta tanto me divertiré con él... ó hasta que me canse.

—Todavia es pronto. Aun el cántaro es nuevo y hace el agua fresca.

—Tienes razon, pero sin embargo... vi ayer al hijo del cónsul en el teatro y... no me disgustó. Me estuvo flechando los gemelos y....

—¡Otro moro tenemos en campaña!...:

—Así lo parece; aunque no me ha dicho aun una palabra...

—Por algo se empieza.

—Cierto... si vieras Mauricio que enamorado está de mí te reirias... ¡tiene un amor tan lúgubre!

—¡Cómo le hará V. padecer!

—No, ahora no, hasta que se desengañe; cree de buena fé que yo tambien estoy enamorada pero .. al freir será el reir...

—¡Pobre chico cuando caiga de su burro!...

—Me parece que entra... oigo su voz.

—En efecto él es.

—Déjame.

Elvira se miró al espejo sonriendo con satisfaccion de sí misma, se compuso el cabello y el traje y se tendió en una butaca adoptando una postura voluptuosa para esperar á Mauricio.

IX.

Antonia.

Bordándose un cuello estaba Antonia, cuando le subió la portera un billete.

—Esta carta han traido para la señorita.

—¿Para mí? no espero ninguna: ¿quién te la ha entregado?

—Un caballero que no conozco.

—Dame y vete.

Antonia abrió la epístola y leyó lo siguiente:

«Apreciabilísima Antonia, no es propio de mi edad ni de mi carácter buscar por compañera á una muchacha bulliciosa; sé que semejantes mujeres no prestan ninguna garantía para el contrato del matrimonio, y deseando contraerle, despues de reflexionar con madurez he convenido conmigo mismo en que V. reune todas las circunstancias que yo necesito que adornen á la que haya de ser mi costilla, y á V. me dirijo, por si no tiene compromiso y quiere aceptar el mio. Tengo un capital decente, esperiencia y una casa palacio: sé que estas pequeñeces en nada han de influir para su resolucion, pero las he citado para que V. sepa que no soy un elegante pobre, ni un Marqués con deudas, ni un comerciante quebrado.

Esperando su fallo queda de V. su afectisimo S. S. Q. S. P. B.

Basilio Lope.

Así que concluyó la carta Antonia gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Papá! ¡papá!

D. Eusebio entró al instante preguntando:

—¿Qué es eso?...

—Mire V. el billete que acabo de recibir.

D. Eusebio le leyó.

—Y bien ¿qué piensas contestar?

—Lo ignoro. Le he llamado á V. para que lo decida. A mí me es indiferente.

—Yo!!! ¿si tú quieres cásate?

—Yo?.. pchs...

—Si no quieres...

—Pchs... yo...

—De tí depende.

—A mí me es igual.

—No es noble, pero es rico.

—Eso no importa, yo no soy pobre ni aspiro á ningun título.

—El ya tiene cuarenta años.

—Bien!... yo no me he de casar con un pollo.

—Si te parece bien, dile que sí.

—No, si yo no estoy decidida.

—Pues decídete; ya tienes veinte y tres años y no debes despreciar un hombre de semejantes circunstancias.

—Voy á contestarle.

Antonia se sentó al velador á escribir á Basilio Lope' lo que luego veremos.

LOS DOS ANJELES.

A una niña, hermosa niña,
Cuyas quince primaveras
En sus rosadas megillas
Vierten por la vez primera
El encendido carmin
Escudo de la vergüenza,
Dos ánjeles en silencio
Melancólicos contemplan.
Blancas sus túnicas leves,
Blancas sus alas lijeras,
Su frente de luz orlada,
De amor su mirada llena.
Brillantes rosas adornan

Sus doradas cabelleras;
Uno roja y otro blanca
La corona hermosa ostentan
Y flores blancas y rojas,
Pero flores siempre bellas,
Pródigas vierten sus manos,
Tras de sí pródigos siembran.

Despues de un largo silencio
Suspiró, y de esta manera
Habló al ánjel del amor
El ánjel de la inocencia.

«Hermano mio, que vienes
Desde la celeste esfera,
Hoy de la tierra yo parto
Llena mi lugar en ella.
Dios me ha confiado un alma
Y voy, hermano, á cedértela.
Hasta ahora yo con mis alas
Cubrí su frente serena,
Yo fuí su guia en el mundo
Y yo le mostré la senda
Que de flores sin espinas
Encontró siempre cubierta.
Hoy el velo se ha rasgado,
Hoy se desató la venda,
Brindale tú nuevos goces,
Muéstrale la senda nueva.
Tiende á su alredor las nubes
Que á la pasion siempre cercan,
Y entre nubes de oro y rosa
Que jamás la verdad vea.
En tus alas conducida
Bogue en el cielo risueña
Sin que sus plantas lastimen
Los abrojos de la tierra.
¡Oh, nunca, nunca la dejes!
Hoy que abandonarla es fuerza
Me consuelo, hermano mio,

Eu que tú por ella velas.
Pero si huyes de su lado
Ya de la celeste esfera
No bajará ningun ánjel,
Y entonces ¡ay! pobre de ella!!!»

Dijo al ánjel del amor
El ánjel de la inocencia,
Y el uno voló á los cielos
Y quedó el otro en la tierra.

Teodoro Llorente.

LA ROSA BLANCA.

A mi amigo D. José Carbonell.

I.

Voy á contarte una historia, á tí mi querido amigo, que tantas veces has robado el tiempo á tus precisas ocupaciones, para favorecerme con la lectura de mis pobres versos, tan solo para probarme cuán grato te ha sido unir á los tuyos mis sentimientos que en mis composiciones veías impresos. Quizás al recorrerla sientas brotar en tu interior uno que otro recuerdo que, desprendido de un asunto para tí indiferente, se enlace con otro que en algun tiempo ocupara tu imaginacion y cuya memoria en tal caso no dejará de serte grata.

Vamos pues á la historia.

Era una de esas tardes lluviosas de invierno: mis amigos se habian reunido despues de comer y yo me encontraba tambien en medio de ellos. Discutióse allí, como nos sucede muy á menudo, de qué modo pasariamos la tarde y matariamos el hastío que el mal tiempo causaba en nuestros ánimos. El juego, la conversacion, todo nos cansaba. El paseo estaria poco concurrido, las visitas eran en aquella hora importunas. Teniamos que encontrar un objeto que nos proporcionase distraccion para aquella tarde y ¡fatalidad!... todos nuestros cálculos eran vanos. Hé aquí las consecuencias de no tener una novia siquiera para las tardes que llueve. Mas despues de mil y mil discursos y proposiciones, no faltó quien, mas inspirado tal vez que los demás, propusiera una cacería por los inmediatos bos-

quecillos. La preparacion de los objetos necesarios para la caza fue la respuesta que, unida á un aplauso, recibió la idea de nuestro comun amigo.

Al momento zurrones por una parte, escopetas por otra, silbidos, ruido, todo, todo inauguraba una tarde de placer, y prometía una grande batida por los bosques circunvecinos: no nos hubiera satisfecho tanto el cuadro de una cacería real del tiempo de Luis XIV. Tú sabes cuánta aficion tengo á la caza, y mas cuando no me ostiga la ambicion, sino la compañía de algunos amigos. Acogí pues, en particular, dicho plan, y no fuí de los últimos en quedar preparado para ello.

Eran las tres de la tarde. El firmamento enlutado con negros nubarrones formaba un notable contraste con el rostro de mis amigos que solo respiraba alegría para el presente y risueñas esperanzas para el porvenir.

Placíame ver aquella comitiva acariciada por algunos perros que saltaban de gozo como participando de la alegría de sus amos, y arrullada por el viento de la tempestad que rugia en medio de las montañas hácia donde dirigiamos nuestros pasos. Despues de media hora de camino, durante la cual habíanse aumentado los señales de una próxima tormenta, nos encontramos frente de una ermita que la mano del tiempo habia medio arruinado, pero que sin embargo la mano del hombre procuraba, á su despecho, conservar.

En el camino pudieron mis amigos recojer algunas aves, que acosadas por el viento buscaban el ausilio que los espesos troncos de los árboles les proporcionaran y caian despues heridas á los pies del cazador. Yo menos afortunado que ellos llegué fastidiado á la ermita con la escopeta al hombro y el zurron vacío; por eso á mi llegada procuré, perdidas ya las esperanzas, sentarme en compañía del ermitaño, mientras que los demás corrian el bosque en busca de nuevos triunfos.

Era el ermitaño un hombre de unos cuarenta y seis años, y no obstante, sus cabellos estaban ya teñidos con el color de la vejez. Sus ojos cansados de llorar describian perfectamente la triste historia de su pasada juventud. Era un esclaustrado que, desde la destruccion de su convento, vivia en aquella choza en medio de las privaciones y de la soledad.

Su situacion, y un estraño sentimiento de curiosidad me hicieron olvidar en un momento el objeto de nuestra improvisada escursion, y procuré, despues de una corta introduccion, enterarme de

su vida. Tan condescendiente él como yo curioso, dejó satisfechos mis deseos relatándome su historia que te esplicaré mas adelante.

II.

Permitidme, dije al ermitaño despues de un instante de profundo silencio, deciros que vuestra edad forma completo contraste con esa melancolía que en vuestro semblante se retrata.

—No es solo el tiempo lo que envejece á los hombres, contestó el ermitaño acompañando sus palabras con una triste sonrisa.

—¿Habeis padecido mucho?

—La estrella de mis infortunios eclipsó ya muy jóven el astro de felicidad que debia alumbrar mi juventud. Os estraña, decís, la melancolía en un semblante jóven en que solo debia pintarse como en el vuestro la alegría... contemplad un instante mis cabellos y los vereis ya sin el brillo de la juventud ¡ah! yo tambien tuve un semblante y unos cabellos como los vuestros: como á vos tambien me fueron estraños esos secretos del corazon que lo martirizan: he sido feliz y fuerte como vos; el mundo encontró en mi trato un individuo digno de su sociedad.

Un libro moderno perfectamente encuadernado todos lo quieren leer y sin embargo la suerte le condena á morir despues entre el polvo, en el rincon de una biblioteca. Llegó ya el dia en que los dolores deben obrar en mi corazon, como el polvo en el libro.

Al concluir estas palabras, la frente del ermitaño se cubrió de sudor. Quedó un momento entregado á una profunda meditacion durante la cual me espresó mas de una vez con sus miradas el deseo de continuar la historia de su vida, á las que respondí con mi silencio y atencion. Cuando el corazon del hombre sufre, tan solo puede consolarle otro corazon que le acompañe.

—No os referiré, dijo, los detalles de mi vida privada hasta esa edad florida en que el hombre solo contempla el mundo por el prisma de los placeres de la ambicion. Básteos saber que los atractivos del hogar paterno, el cariño de mis padres y hermanos, y la fuerza de espíritu que me dominaba, me hicieron hasta entonces enteramente feliz. ¡Ay! aun no habia probado el néctar de los placeres que nos ofrece esa sociedad que pulula en las grandes capitales, placer que guia por una senda de flores nuestra juventud hácia el círculo de remordimientos dó nos encontramos en la vejez.

Llegó por fin el dia fatal en que yo debia tender mis alas por ese

nuevo espacio, y me lancé con todo el ardor de mis pocos años en busca de mentidas glorias, cuyas imájenes veía vagar en torbellino durante mis sueños.

Los arcanos de la ciencias, la brillantez del oro y las aventuras de un amor correspondido ofrecian á mi vista un vasto campo á mis deseos. Pronto quedaron estos reducidos al logro de mi último objeto, y despues de algun tiempo, solo esperimentaba en mí el desarrollo de las pasiones que roían por instantes mi corazon. Solo en el amor encontraba la felicidad, el amor era para mí la vida; sin el amor, el placer carecia de sus atractivas galas.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Valencia 16 Abril.

Muy poco tengo que decirte, mi querida Herminia. Pasaron las funciones de semana santa, á las que ha asistido mucha gente en especial á los oficios de la Catedral. No puedes formar una idea del lujo desplegado por nuestras paisanas en los dias de Jueves y Viernes Santo. Yo llevé un vestido de moaré antique negro con volantes y éstos adornados todos ellos por una especie de red de seda llena de pequeños madroños.

Volvió á abrirse el teatro el primer dia de Pascua y ¿qué funcion dirás que hicieron en el principal? Pues amiga mia, nada menos que *La Alquería de Bretaña*. Un drama francés, mal traducido y cuya moralidad es harto cuestionable. Disgustó bastante á los abonados, cosa que creo ha tomado por diversion la empresa, porque el mismo dia se representó *La Giralda* en la Princesa.

Despues han repetido *Casa con dos puertas mala es de guardar* y *Fé, esperanza y osadía*; bastante de esta última se necesita para regalarnos repeticiones como la de dicha piecesita.

Anoche se repitió *Españoleto* con desventaja notable en la ejecucion comparada con las anteriores. De seguro que casi ninguno de los actores ni actrices habia cuidado de repasar su papel. No comprendo como sucede esto, cuando en las primeras veces fue la ejecucion muy esmerada.

Ya se me olvidaba: tambien una de estas noches se ha puesto en escena *La Villana de Vallecas*, su argumento y su mérito son muy

conocidos, pues es una de las mas celebradas obras dramáticas del Maestro Tirso de Molina. Su ejecucion fué asi: asi; en la reparticion de los papeles no hubo el mayor acierto. Entre los graciosísimos diálogos de esta comedia la Yañez dijo algunos con mucha intencion.

Anoche dió Mr. La Roche Lambert, acompañado de la señorita Lola Cabanies, una sesion de mesmerismo. Pase por una vez, yo me divertí mucho pero fue oyendo las ocurrencias de J. alusivas á lo que se representaba. Hablando seriamente, creo que es funcion mas propia de un salon que de un teatro, y para una velada de Cabañal mucho mejor.

Se murmura si tendremos ópera y que oiremos á la *Penco*: hiciéralo Dios. Tambien se dice que en tal caso habremos de ir á la Princesa: esto seria muy lógico bajo el punto de vista especulativo: en el Principal está ya asegurado el abono.

Mi abuelito me ha regalado una lindísima sombrilla del establecimiento de *Colomina*, es blanca con adornos y un gran lazo blanco tambien. El sábado de gloria quise estrenarla porque pensaba bajar en la alameda; pero mamá me advirtió que antes habiamos de ir de tiendas y pásmate, estaba sereno y dijo que lloveria. En efecto, Herminia; mamá es bien oróscopo: llovió.

Herminia mia, he tenido un grande placer: E. y E. han llegado de Barcelona, y van á pasar en Valencia una temporada: ya comprenderás que por ahora no puedo tener el gusto de ir á esa quinta. Tambien he sabido cosas que me hacen comprender que tú no estás en estado de viajar: paciencia, al otoño nos veremos y mientras te dispondré una porcion de cosillas bordadas por mi y que espero tendrán una agradable aplicacion.

El dia de S. Vicente no dejaré de observar trajes y galas para hacerte una detenida reseña, y en la próxima te hablaré de modas, como tambien de la zarzuela *Moreto* anunciada para esta noche, y del drama de Asquerino titulado *San Vicente Ferrer* y anunciado para el sábado.

Por hoy solo me resta enviarte el corazon de tu

Adela.

P. D. No dejes de escribirme porque me tienes con cuidado: cuando tú no puedas que me escriba Ricardo. Salúdale.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

CUADROS DEL MUSEO DE LA VIDA.

A mi buen amigo Rafael Reynot.

I.

El cuadro representa la modesta y alegre habitacion de un labrador: al través de las ventanas, allá en el último término, se distinguen las copas de los árboles.

En primer término se vé un jóven alto, esbelto, cuyo rostro pálido y delgado, está contraido por esta espresion estraña. No parece sino que quiere contener las lágrimas que asoman á sus ojos, así como trata de desprenderse de una mujer, que está con ambos brazos prendida de su cuello, besando su rostro, y bañándole con sus lágrimas.

Junto al jóven se vé un hombre en la edad madura: su mano izquierda aprieta la de aquel en actitud de despedida, y alza la derecha sobre su frente para bendecirle: su faz espresa un sentimiento sumo al par que un esfuerzo de voluntad supremo por permanecer sereno.

En segundo término se vé una jóven como de quince años, con los ojos azules y los cabellos rubios, como deben ser los ojos y los cabellos de los ánjeles. Sus brazos torneados y desnudos caen sobre el tosco sayal y la cabeza está inclinada sobre el seno. Al mismo tiempo sus ojos se alzan con notable espresion de sentimiento hácia su hermano, y dos lágrimas ruedan por sus mejillas, como dos gotas de rocío por los pétalos de una rosa.

Sí, es su hermano el jóven á quien la madre no quisiera soltar de entre los brazos, á quien el padre bendice con la accion y desde el fondo de su alma.

Es el hijo de los labradores *que ha caido soldado* y se despide ya de su familia.

¡Quién sabe si acaso para siempre!

II.

El segundo cuadro representa la misma habitacion que el primero. Los personajes son casi los mismos. La situacion es muy distinta.

En primer término se vé un jóven y apuesto oficial con el uniforme de caballería, que abraza cariñosamente á dos mujeres.

La una es muy jóven, la otra no es aun anciana.

Fijáos un instante y reconocereis en el oficial al jóven del primer cuadro, á su madre y á su hermana.

Y no obstante los años no han pasado en vano. El rostro del jóven no es pálido y delgado como en el primer cuadro. Su contestura se ha desarrollado y fortalecido, su rostro se ha ovalado y parece tostado por el sol, y el lijero bello que ornaba su labio ha crecido hasta formar un poblado bigote rubio, elegantemente retorcido.

Los cabellos de la madre comienzan á encanecer y su frente está surcada ya por algunas arrugas.

Las facciones de la jóven se han caracterizado y desarrolládose sus formas: ha perdido la candorosa y poética belleza de la niña; pero ha ganado la hermosura de mujer.

El rostro de los tres personajes del cuadro espresa la alegría y cariñosa ternura.

¡Cómo no, si se vuelven á abrazar al cabo de muchos años el hijo y la madre, la hermana y el hermano!

Y no obstante hay en el cuadro un vacío, una sombra, un no sé qué, que llama la atencion.

Cotejadle con el primero

¡Ay! la muerte ha suprimido un personaje.

No está el padre del soldado... Así se mezclan los disgustos con las complacencias de la vida.

III.

Es una habitacion decente pero sencillamente amueblada.

El personaje principal del primer cuadro lo es tambien del último, pero ya no es un jóven sino un anciano.

La misma mano ha pintado el uno y el otro cuadro, pero entre uno y otro han trascurrido sin duda cuarenta años.

El que aparecia jóven delicado en el primer cuadro, robusto y apuesto en el segundo, se vé en este cuadro sentado en un sillon. Su faz conserva correctos contornos, pero sus cabellos son ya escasos y su bigote, aunque poblado, es casi blanco y está crecido con descuido. Su mirada es dulce, pero firme, la espresion de su rostro, bondadosa y severa á un mismo tiempo.

En segundo término, cerca de él, se vé una mujer que, aunque ya ha pasado de la juventud, llama la atencion por su notable hermosura, por la dulzura y la distincion de sus facciones y la viva espresion de sus negros ojos. Sentada sobre sus rodillas tiene una lindísima niña de corta edad, á la que está enseñando á persignarse.

Allá en el tercer término se vé un chicuelo como de seis á ocho años, que tiene un trozo de caña á guisa de fusil y al que el anciano parece mandar el ejercicio.

Y en último término se vé un armero con sables, espadas y floretes, pistolas y escopetas, y entre ellas colgada una faja de general.

En este cuadro hay personajes nuevos. Una nueva familia.

La mujer anciana del segundo cuadro habrá desaparecido del *museo de la vida;* la jóven habrá ido á formar parte de otro grupo, de otra familia.

En el primer cuadro se vé al hombre jóven, separarse de los vínculos de la familia á cuya sombra habia sido feliz.

En el tercero se vé el hombre anciano en el seno de la familia para ser feliz.

Y realmente ¿qué goces mas legítimos y mas dulces que los del hogar doméstico?

Esa es la felicidad que respira el presente cuadro.

Es la única que alcanzan en el mundo las almas virtuosas.

Eduardo Atard.

A UNA SERRANA.

FRAGMENTO.

¿Por qué, linda serrana, de tu rostro
me ocultas el encanto ruborosa,
y entre el blanco pañuelo
escondes sin piedad la faz hermosa?
¿Mis amantes miradas
marchitarán acaso la frescura
de tus lindas megillas sonrosadas?
¿Ha de perder con verse tu hermosura?
Si esquiva quieres que perdido viva
sin la sonrisa de tus labios rojos,
sin que mi pobre corazon reciba
la dulce luz de tus divinos ojos,
muévante mi suspiro enamorado
y de mi afan las angustiosas quejas.
Yo seré mientras viva desgraciado
si á mi ardoroso anhelo

con tu ternura y con tu amor no dejas.
Si virginal rubor te veda acaso
calmar con tu sonrisa mi delirio
porque nunca en tu pecho se abrió paso
de los amores el feliz martirio,
no temas, ánjel mio, que yo empañe
el cristal de tu cándida inocencia;
sin robar sus matices á la rosa,
sin ajarla, se puede, niña hermosa,
gozar su encanto y aspirar su esencia.

Octubre 1855. *P.*

UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Continuacion.)

X.

Amparo.

Amparo á su amiga Aurelia.

¡Cuántos infortunios me asaltan, mi querida Aurelia! La noche del concierto adquirí la dolorosísima certeza de que Mauricio ama á Elvira y el corazon se me desgarró... aquella noche la pasé llorando. Como te dije, Elvira me era antipática antes de conocerla: sin duda mi alma presentia que habia de ser la rival dichosa que conquistara el cariño del hombre que amo... Me he procurado noticias de ella con la intencion de saber si es capaz de dar la felicidad á Mauricio, y con amargura he sabido que no tan solo no le ama sino que se rie de él, que siendo coqueta por orgullo, ningun hombre le parece digno de su hermosura y no obstante dá esperanzas á cuantos se le dirijen con el objeto de que la sociedad vea que hace muchas víctimas y que las escarnece. ¡Ruin corazon el de esa mujer! me causa repugnancia tal villanía de sentimiento en una jóven... Mauricio aumentará el catálogo de sus conquistas... ¡Yo que le hubiera dado un amor purísimo é inestinguible!... Los hombres son ciegos: muchas veces toman la desventura por la felicidad. Desde que sé que tiene relaciones con Elvira parece que yo le quiera con mas intensidad... Bien dicen que el amar es una locura... Para colmar mis padecimientos mi papá, sin mi anuencia, ha concedido mi mano á un hombre que me ama y que me ha pedido por esposa. Este hombre es el

Conde del Romero. Talento, hermosura, corazon y nobleza reune, pero yo no le puedo querer, y sé que idolatra en mi, y que labraré la desgracia de su vida si le rechazo y... sin embargo le rechazaré con disgusto, sí; pero yo amo á Mauricio y no quiero engañar al Conde fingiéndole un amor que estoy muy lejos de sentir: el Conde no es digno de ser engañado, sino de ser querido. ¡Qué fatalidad! ¡No poder ahogar mi corazon! ¡No ser insensible! Quisiera parecerme á Antonia. Mi papá me ha jurado que he de ser irremisiblemente del Conde, y me he opuesto con todas mis fuerzas: quiere desheredarme si no me caso, poco me importa, prefiero quedar en la miseria á engañar al Conde: la pobreza no deshonra pero la infamia sí.

Tu infortunada amiga

Amparo.

XI.

Tres cartas.

Basilio Lope, el Conde del Romero y Mauricio Rojas al mismo tiempo y cada uno en su casa, están leyendo tres epístolas.

La de Basilio dice así:

«Muy señor mio: Si bien es verdad que no pensaba en contraer matrimonio, tambien lo es que no debo permanecer soltera toda mi vida. V. se ha dirigido á mí con el objeto de saber si le correspondo: voy á contestarle, sí. Le daré á V. la razon de mi asentimiento. V. como hombre ya entrado en años, no debe sentir esas pasiones frenéticas ni esos deseos vehementes que constituyen la locura de mi hermana, y por lo tanto tendrá V. calma, reflexion, lo mismo que yo: por eso le correspondo, pues ha de saber V. que las pasiones vehementes me fastidian y los afectos estremados me hacen reir.

De V. afectísima etc.

Antonia de la Riba.»

Basilio se sonrió y dijo con satisfaccion al plegar la carta:

No me he equivocado; es mi negocio, ganaré el *ciento por ciento.*

La carta que el Conde leía estaba concebida en estos términos.

«Apreciabilísimo amigo: He sabido que V. acaba de pedir mi mano: ¿tendrá V. inconveniente en venir esta noche, mientras el papá esté en el teatro, á hablar conmigo?

Tengo la certidumbre de que no dejará V. desairada á su amiga

Amparo.»

¡¡Me ama!! esclamó el Conde besando la carta con frenesí.

La carta que Mauricio leía era un anónimo. Este era su contenido.

«Mauricio, huid de Elvira, no os profesa amor y os engaña y os pone en ridículo. Si ignorais su pasado os diré que se le han conocido un sinnúmero de amantes, y que de todos se ha aburrido: si no me creeis preguntádselo al Conde del Romero que está bien enterado. Vos sois digno de ser querido con un amor vehemente y sin límites, y no debeis doblegaros á servir de juguete de los caprichos de una coqueta caprichosa.

Quien bien os quiere.»

—¡Esto es una impostura! ¡esto es una infamia! ¿quién habrá escrito este anónimo?... Quizás lo sepa el Conde. Diciendo esto Mauricio salió de su casa con la celeridad del rayo.

XII.

Los dos amigos.

Conde, dijo Mauricio entrando en casa del primero, necesito que me hables con sinceridad.

—Sabes que es el único lenguaje que uso contigo desde que te conocí.

—Acabo de recibir este infame anónimo.

Mauricio se lo entregó al Conde, éste esclamó:

—¡Sí, su letra!...

—¿Su letra? ¿qué significa?...

—Lee este otro billete que yo acabo de recibir.

El Conde entregó su carta á Mauricio. Ambas estaban escritas por la misma mano.

—Es la misma, dijo Rojas, cotejando las letras. Este anónimo será producto de la envidia...

—Amparo es incapaz de sentir pasion tan baja; la estás ultrajando.

—Entonces esplícame la vida de Elvira: tú no la ignoras segun aqui se me hace saber.

—La vida de Elvira está dicha en cuatro palabras. Es una mujer sin corazon, coqueta por orgullo, variable por capricho, que se rie de los hombres por ostentacion.

—¿Es decir que se rie de mí?

—Sí, Mauricio; si no me lo hubieras exigido nunca te hiciera se-

mejante confesion; pero sabe que al mismo tiempo que á tí, corresponde al hijo del Cónsul: tardarás poco en cansarla, y te dirá que ya no te ama con la mayor sangre fria el dia que le ocurra. Asi acostumbra á proceder.

—Ella me dice que el hijo del Cónsul le fastidia... y se rie de él conmigo.

—A él le dirá que tú le fastidias, y se reirá de tí con él.

—No puedo convencerme de lo que me estás diciendo: no obstante la vigilaré, viviré sobre aviso y... si es verdad lo que me dices ¡desgraciado de mí!... ¡qué desengaño recibiria!... hablemos de otra cosa, esta conversacion me hace padecer. ¿Te ama Amparo?

—Positivamente no lo sé, creo que sí; esta carta así parece que lo indica.

—¿No has pedido esta mañana su mano á D. Eusebio?

—Sí, me trata con tal cariño, con tal deferencia, que he conocido que deseaba que le pidiera la mano de su hija; yo sé que ésta no tiene otra voluntad que la de su padre, y como la amo con delirio me he dirigido antes á D. Eusebio para tener así un ausiliar poderoso para vencer á Amparo: he creido que era el primer paso que debia dar...

—En efecto has obrado con diplomacia: ¿te habrá dicho que sí?

—Desde luego que le insinué mi pretension, no solo ha accedido si no que ha accedido con gusto, estoy convencido de ello. Recuerdo aun sus palabras. «Mi mayor placer será que mi hija sea esposa de tan distinguido jóven, y desde ahora prometo á V. que será suya, aunque ella no le ame. Le doy á V mi hija bajo mi palabra, á la que nunca he faltado ni faltaré.»

—De modo que aunque Amparo no te corresponda verás satisfecho tu amor.

—Eso nunca; si no me corresponde me asesinará, pero la dejaré libre. Tendria remordimiento de unirme á una mujer á la que no pudiera hacer feliz.

—Y ella es digna de serlo. Es un ánjel, añadió Mauricio.

—Tanto peor para obligarla á un casamiento que no acepte.

XIII.

La noble franqueza de Amparo.

Estrañará V., señor Conde, que me haya tomado la libertad de citarle: ruego á V. que me dispense.

—Amparo, de V. es mi vida; puede V. tomarse conmigo cuantas libertades desee, y si todas son como esta tendré el gusto de darle las mas cordiales gracias por cada una de las que se tome. ¿V. desea hablarme?

—Sí, le debo á V. una esplicacion y quiero pagársela.

—¿Una esplicacion?...

—Sí, oiga V.

—Escucho.

—V. ha pedido mi mano á mi papá y él se la ha otorgado. V. me ama...

—Con frenética pasion; es la única vez que he amado.

—Así lo he comprendido...

—¿Y corresponde V. á mi amor sin límites?

—Seré su esposa si V. quiere...

—¡Si yo quiero! ese es mi sueño de oro, esa es la única esperanza de mi vida.

—Oigame V. antes. Aunque le trato poco tiempo me vanaglorío de conocerle. V. posee cualidades inmejorables, y sobre todas una que es para mí la de mas precio; un corazon sensible y generoso... V. ama con un amor poco comun en nuestros dias y merece ver recompensado su cariño por una persona capaz de amarle con igual frenesí... yo, por doloroso que me sea confesarlo, debo decirle, que no puedo darle el amor que V. necesita, porque mi corazon indócil no escuchando la voz de la razon, y contra mi voluntad, se ha desbordado en el torrente de otro amor que ahogará mi vida.

—¡V. ama y ama á otro!...

—No crea V. que es una pobre escusa para decirle que no le correspondo, no; seré su esposa si V. quiere, ya lo he dicho, pero si mañana no encuentra V. en mí el amor que V. tiene derecho á exigir; si me vé V. triste y esposa fiel, pero desamorada; no dirá V. que le he engañado, sino que V. comprenderá que no mando en mi corazon, que mi voluntad es impotente, que mi corazon carece de fuerza. ¡Téngame V. lástima, señor Conde, porque no le amo, que yo á mí misma me la tengo!

—Amparo, su noble franqueza me destroza el alma, y en vez de apagar engrandece la hoguera de mi amor.

A ROGELIA.

«Ce jeune homme pouvait bien nou faire des vers. —R.

En vano intento, Rogelia,
Mi lira pulsar de nuevo,
Que helada está ya mi alma
Y está helado el pensamiento.
Hubo un tiempo en que bastaba
Para enardecer mi pecho,
Para elevar mi entusiasmo
Y para inspirar mi plectro,
Contemplar por un instante
El carmín de un rostro bello,
De melancólica luna
Los misteriosos destellos
Y de las sencillas flores
El tranquilo oscilamiento,
Que reciben de las brisas
Al ir su aroma perdiendo.
Bastará, hermosa Rogelia,
Escuchar tu dulce acento
Para ilusionar mi alma
Y hacerla sentir el fuego
Que el entusiasmo prodiga
Y que eleva el pensamiento,
Y oríjen es del encanto
Y de esos hermosos sueños
Que hacen nacer la esperanza
Y crean noble ardimiento,
Y al pintor dan concepciones,
Y al cantor dan pensamientos ..
Mas por dicha ó por desgracia
Pasó, Rogelia, ese tiempo,
Ni la luna, ni las flores,
Ni esos tus ojos tan bellos
Vienen á turbar la calma
En que vejeta mi pecho...
Harto sufrí cuando niño,
Siendo como niño crédulo,

Creía que existe un alma
Detras de los ojos bellos,
Y que sus dulces miradas
Eran el puro destello
De esa alma.... Y que anidaban
Las hermosas en su pecho
Un amor para mi amor
Y un fuego para mi fuego.
Mas por dicha ó por desgracia
Pasó, Rogelia, ese tiempo,
Y helada está ya mi alma,
Y está helado el pensamiento....

Eduardo Atard.

LA ROSA BLANCA.

(Continuacion.)

Amante siempre y esclavo de la hermosura, no tardé en ver premiados mis afanes por una de esas mujeres que Dios nos envia para luchar con el ánjel bueno que nos guarda, y nos hace víctimas de sus victorias. ¡Una mujer! ¡ah! si alguna vez habeis amado, caballero, si alguna vez habeis comprendido ese sentimiento que á la par que noble y santo por dimanar del mismo Dios, engrandece nuestra alma, y nos arrastra á veces insensiblemente á un abismo de infortunios; si vuestro corazon no ha sido insensible á las miradas de dos ojos negros, y radiantes como un rayo de sol, y á los suspiros de otro corazon que latiere junto al vuestro; llegareis á comprender la fuerza de mis espresiones. ¡Una mujer! ¡sombra de un ánjel que trazó una nueva senda á mi existencia, dándome tambien una nueva vida!

Yo la amé con toda la fuerza de mi corazon... la amé del modo que se ama al mas bello objeto de la creacion... ella, Dios me perdone, solo ella era mi riqueza, mi gloria, mi Dios, mi todo... ¡ah! ella me amaba... oid... oid... y si os interesa mi relato conservadlo en vuestra memoria para que algun dia podais derramar una lágrima al acordaros del infeliz ermitaño que en medio de un desierto rogará por vuestra suerte.

III.

Habian mediado ya tres años desde que me ausenté de mi querida madre, único ser que en este mundo velaba por mi felicidad.

Mi padre habia fallecido durante mi ausencia, y mis hermanos acosados por la ambicion de las riquezas se habian despedido para las Américas. ¡Pobre madre! hasta de ella me olvidé en medio de mis goces. El único consuelo que le restaba en su amargura, el único hijo que podia abrazarla y enjugar sus lágrimas se mostraba indiferente á su cariño y... ¡vale tanto el cariño de una madre!... Al fin compadecióse Dios de su destino, y quiso premiarla en el cielo con el amor que en la tierra le negaban sus hijos. Mi madre dejó de existir al poco tiempo. Preciso será confesaros que aquel inesperado golpe me sorprendió, pero no tanto que me quitara el valor (me avergüenzo de decirlo) para sepultarlo en el olvido cuanto antes. ¿No es verdad que fuí muy cruel con mi pobre madre?

Pero yo amaba á otro ser, y amaba con delirio. Os he dicho ya que una hermosa mujer correspondia á mi amor; debo añadiros que me amaba con el mas ardiente frenesí. ¿Podia tener mi corazon un solo vacío que no estuviera ocupado por su imájen? ¿podia tener otro pensamiento que el de aquella mujer?

Grandes fueron, sin embargo, los obstáculos que se opusieron al logro de mis deseos, obstáculos que aumentaban la pasion que á ambos nos dominaba, y que nuestra constancia supo vencer. La bendicion nupcial puso fin á nuestros padecimientos. La antorcha del himeneo disipó el tenebroso caos que nos envolvia, y muy pronto vimos brillar otro horizonte con el placer que contempla el náufrago la vecina playa en medio de la tempestad que le amenaza.

¡Cuán feliz me encontré en los brazos de aquella mujer! ¡Cuán rápidas corrian las horas cuando me halagaba con sus caricias! ¡Si la hubierais visto jugando á veces con los rizos de mis cabellos; otras veces inclinando su hermosa cabeza, desplegaba sus labios sobre mi frente que con sus manos sujetaba y rociaba con su perfumado aliento!...

Era hermosa como la inspiracion de un pintor... pura como la ilusion de un niño.

Esclavos de un mismo pensamiento, que no era otro que el de amarnos eternamente, deslizábanse los dias de nuestra existencia sin sentirlos apenas. El uno no estaba un solo instante separado del otro: el amor nos tenia unidos, confundia nuestros seres en uno y era imposible su separacion.

Así vivimos por espacio de cuatro años, tiempo demasiado largo para dos seres que eran enteramente felices. Cuando en el reloj de la vida veais señalados algunos años mas de los que ahora teneis, ob-

servareis que la verdadera felicidad es muy inconstante y muy poco duradera. Vereis en el trascurso de vuestra existencia seres desgraciados que os impedirán el paso pidiéndoos un pedazo de pan para su alimento; vereis otros seres nadando en las riquezas adquiridas por medio de la intriga y de la traicion; dareis algunos pasos mas y contemplareis, si sois curioso, algunos rostros conocidos de poderosos que visteis mendigos, y otros de mendigos que dejasteis en otro tiempo poderosos.

La vida del hombre es como la vida de la flor. Todos sus atractivos, todas sus galas, son dichas pasajeras, son ilusiones del momento, que nacen, mueren y se reproducen de vez en cuando durante el corto período de su existencia.

Yo he contemplado por una sola vez esa belleza que el placer del mundo nos proporciona; he quedado sin la esperanza de verla renacer. Como el ave que en su primer vuelo saliendo de su nido atraviesa el espacio gozosa en medio de las maravillas de la creacion, sin pensar que bajo ese verde ramaje que le ofrece un asilo entre sus hojas se oculta el arma funesta del cazador que la persigue y mata, así tambien voló y murió mi ilusion primera al correr por primera vez el ancho espacio que prometia á mis ojos el mas risueño porvenir.

IV.

A pesar de mi estado y de mi amor, no por eso me eran indiferentes aquellos goces que lejos del hogar doméstico me ofrecia continuamente la sociedad. Los cuatro años que habian trascurrido desde que me uní con Isabel (asi se llamaba aquella mujer) los pasé aislado sin ver otro mundo que su hermoso rostro, y sin probar otras dichas que las que me ofrecia el cariño de una fiel esposa. Mi vida habria sufrido un cámbio repentino, y preciso era que los recuerdos de mi juventud robaran á veces algunas flores de las que el presente sembrara en mi camino. No os diré que Isabel no ocupara aun el lugar que el amor le señalara en mi corazon, habia penetrado demasiado para borrarse tan fácilmente. Era mi esposa aun, mi compañera, pero ya no era mas que una esposa... ya no mas que una compañera. La amaba, sí, pero mi pecho no hacia alarde de ese amor. Me sucedia lo que sucede con un cuadro cuyo mérito es de inestimable valor. Al principio que lo poseereis, entrareis espresamente en la habitacion donde está colocado para admirar de nuevo sus bellezas, no pasareis delante de él sin contemplar la feliz inspi-

racion del artista que lo trazó, ausente de él, consagrareis quizás un recuerdo á sus hermosos contornos; mas despues de algun tiempo no hareis caso ya de él, lo mirareis con indiferencia, y quizás no os merezca siquiera una sola mirada, y este cuadro no obstante no le dariais por ningun precio... sin embargo le teneis cariño... pero un cariño que no os cuidais de manifestar. Como el cuadro, pues, miramos á la mujer despues de algun tiempo de matrimonio. ¿Seremos tambien cuadros respecto á las mujeres?

Volví pues á internarme en los festines del mundo. Los atractivos del baile, los banquetes, las cacerías, los amigos, todo... todo convidaba á gozar de una vida que en algun tiempo fue mi primera ilusion, y de la que el amor me habia separado. Entregado otra vez á sus encantos ni aun reparaba en la tristeza de Isabel, que en vano intentara borrar de su pálido semblante. El amor y la duda iban consumiendo por momentos la existencia de aquella flor que solo habia nacido para adornar el jardin de mi vida.

Aproximábase la temporada en que el bullicioso Carnaval cubre con su manto el negro caos de los dolores y de los remordimientos, haciendo resaltar la alegria en los semblantes y la embriaguez en los corazones de los hombres. Animado por mis deseos quise gozar de sus encantos en los perfumados salones cuyas puertas se abrian al placer. Durante sus noches tuve valor para abandonar á mi querida Isabel, que sujeta al rigor de su destino me despedia con un suspiro de dolor.

Una de esas noches de mentida felicidad en que me hallaba confundido entre una multitud de hermosas, que protegidas por la mascarilla vagaban en todas direcciones en busca del objeto víctima de su venganza, oí pronunciar mi nombre por una voz fuerte y decidida aunque algo dulce: al instante volvíme hácia el lugar de donde presumia que debia salir, y no tardé en reparar una mano cuyas señas correspondian al anterior llamamiento. Acerquéme á ella, la cual no era otra que la mano de una tapada monja sentada en uno de los divanes que cercaban el salon. Sentéme á su lado, esplicóme su fastidio, manifestó conocerme, y al mismo tiempo revelóme la grata satisfaccion que esperimentaba al verse al lado del hombre que mas habia amado en este mundo, y que, por desgracia, pertenecia á otra mujer.

Vos sabeis muy bien lo que es un baile de máscaras, y sabeis la libertad de mentir que en él se adquiere desde que os veais autorizados por un pedazo de tela que os cubra el rostro, y os pongais un

traje cualquiera, estraño á vuestra posicion, ó á la época que cruzais, aunque sea un traje de vuestros abuelos.

Sin embargo no sé por qué mi corazon palpitaba al oir las armonías de aquella voz y al recibir aquellas miradas de aquellos dos hermosos ojos que brillaban al través de las dos ventanillas de su antifaz. Mil protestas de amor, mil juramentos salieron de sus labios, cuyo carmin pude vislumbrar en un momento de descuido de aquella mujer. Embriagado de gozo túvome toda la noche á su lado.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 23 Abril.

Las últimas noticias sobre modas serán las primeras de mi carta, querida Herminia.

Se cree que los vestidos con dos faldas van á ser muy llevados este verano, porque tienen la ventaja de reunir á la sencillez y elegancia, la de facilitar *la variacion*, necesidad tan indeclinable de la moda, que hace parecer ya pesados los volantes; y sin embargo éstos, yo por lo menos lo creo así, no serán completamente escluidos. Sé que en casa de Madame Tiffon se hacen algunos con cinco ó siete volantes guarnecidos de agramar, con bellotas y azabaches. Es casi inútil que te diga que los de ésta son las telas generalmente adoptadas.

El terciopelo negro y el azabache serán con los flecos, puntillas y bellotas, las guarniciones adoptadas para este verano, aunque los primeros me parecen pesados para la estacion, por mas elegantes que sean.

Los sombreros de niña siguen siendo de forma á la *Emperatriz*. Para nosotros los hay lindísimos, de paja de Italia, hasta tanto que se adopten los de la Emperatriz, que en París, Madrid y Barcelona tienen ya muchísima aceptacion.

Respecto á manteletas, no se ha decidido aun la moda, pero creo que seguirán llevándose muy pequeños los fondos, con guarniciones de flecos, felpillas ó encajes anchos.

Los adornos para la cabeza son de flores, entremezcladas con cintas, y el establecimiento de Madame Tiffon me pareció un jardin, cuando le visité unos dias antes de San Vicente.

A propósito del dia de San Vicente: hubo el domingo y lunes

el lucido paseo de otros años, en la calle del Mar, así como en todos los sitios de costumbre, música, altares y *milacres*.

El paseo ya sabes tú que siempre es lucido, porque es uno de los *dias de gala* mas señalados en Valencia; pero este año, yo no sé por qué, me parece que ha escedido á todos los años, y oí repetir á J. que nunca ha visto mas muchachas bonitas y elegantes. Seria no acabar, si fuese á referirte todas las cosas que me chocaron; pero recuerdo un vestido de chiné que llevaba una de nuestras graciosas amigas, un sombrero de paja de Italia, con encajes y adornos seda color grana, otro encaje blanco y felpillas seda grana de muchísimo gusto, y otro blanco con adornos de tul céfiro con motitas negras, que sentaba divinamente á una de nuestras mas apreciables amigas. J., como es tan satírico, me hizo notar algunos sombreros cargados de flores, de hechura antigua, y algunos peinados tan estraños, que no podian menos de hacerme sonreir. Entre éstos ví uno que me costó ponerme colorado, porque al pasar junto á la muchacha que le llevaba, J. dijo de modo que creí lo habria oido, «un pilon del puente del mar.'' En verdad, que todo lo que huye de la sencillez, huye de la elegancia, y hay muchas que se afean por olvidar este axioma.

El domingo por la tarde hubo parada, y la Alameda estaba llenísima de gente y de carruajes, que quedaron paseando cuando se retiró la tropa.

La semana pasada se ejecutó por vez primera la zarzuela en tres actos *Moreto*, letra de D. Agustin Azcona, música de D. Cristóbal Oudrid. El libreto tiene un argumento bueno y bien llevado, y por fin, moral, cosa harto rara en las zarzuelas. La versificacion es buena, y en algunos trozos escelente. La música, aunque generalmente es agradable, no tiene nada que sobresalga, escepto el magnífico final del segundo acto, y un coro del tercero, de bastante buen efecto, y que mereció los honores de la repeticion. A propósito de repeticiones: me parece una cosa que exije tanta prudencia para negarla como para pedirla. La primer noche que se ejecutó *Moreto*, gustó menos que esta noche, porque hoy ha sido la ejecucion mas esmerada. El apuntador no dudo por qué se le exija mas que á los cantantes: J. dice, que sin duda pretende ingresar en la compañía de zarzuelas; lo cierto es, que produce un mal efecto el oir desde los palcos su voz, tanto como la de los actores. Parreño, representando el papel de criado *Tacon*, hace daño, porque un actor de su mérito, y que ninguno tiene en semejantes papeles, en mi concepto rebaja su dignidad, encargándose de ellos. Luego suprimiendo

el canto en algunos de los solos, aumentó los abundantes recitados de la zarzuela, y aun recitando suprimió, segun creo, algunas estrofas. La Albini salió vestida con suma elegancia, y deseo verla completamente mejorada.

San Vicente Ferrer, amiga mia, no ha correspondido á lo que se esperaba del autor del *Españoleto*. Se hizo el domingo, y estaba anunciado para el lunes por la tarde y por la noche; pero en vista de l éxito se cambiaron los carteles, y el lunes por la noche ya no se hizo. Repartidos sus cuatro actos en cuatro altares, hubieran pasado por cuatro *milacres*, y no muy chistosos. Algunos trozos de muy elegante versificacion no pueden suplir la falta de argumento, ni cubrir otros notables y abundantes defectos, entre los que se hace irresistible una jota intempestivamente bailada en el castillo de Caspe, á presencia de San Vicente y de la afligida viuda del Rey D. Martin, para celebrar la eleccion de su sucesor. En fin, no quiero decirte mas, porque no pretendo pasar por crítico, y el que de éstos tome por su cuenta el *San Vicente*, yo te aseguro que necesita largo rato.

Se han repetido *Sin prueba plena* y *El Marqués de Caravaca*. La simpática y laboriosa Samaniego estuvo en ellas inimitable, y obtuvo muchos y merecidos aplausos, especialmente en la zarzuela.

Tambien sigue arrancando aplausos la parejita Mendez: quisiera, Herminia, que la vieses bailar; estoy cierto que te gustaria, especialmente Cristina.

La última novedad ha sido una piecesita en un acto, de un jóven valenciano, titulada: *De un tiro dos pájaros:* no tiene originalidad en el argumento, ni... pero al fin *pasó*.

He oido hablar muy bien de una zarzuela de Olona y Gaztambide, titulada: *Los magyares*, y tengo vivos deseos de que se ponga en escena. ¿La pondrán?

Hay anunciadas algunas representaciones en que tomará parte el actor Calvo. Veremos.

Adios, Herminia, no puedo estenderme, porque es hora de correo. Tuya

Adela.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

II.

Humildad.—Esta palabra espresa uno de los mas hermosos sentimientos del corazon humano. La *humildad*, antítesis de la soberbia proscrita por la religion es, por decirlo así, el complemento de todas las virtudes del alma cristiana.

Los *humildes* son los hijos predilectos y amados del Señor.

La soberbia es madre de los pecados, porque nos induce á la cólera, nos aconseja la venganza y nos precipita en todas las malas pasiones.

Los *humildes* son los verdaderamente grandes, porque la *humildad* es hija de la pureza de corazon y enjendra en él todas las virtudes.

I.

Injenio.—Este es un dote natural bastante raro, y del que debe hacerse siempre un buen uso, porque el *injenio* mal aprovechado y mal dirigido conduce casi siempre á la perdicion. El *injenio* depende verdaderamente de la naturaleza, pero se desarrolla y perfecciona con el ejercicio y el trabajo.

Pasan á veces en sociedad como hombres de *injenio* los simples decidores de chistes, que no suelen hacer otra cosa que repetir lo que han oido en otra parte. A éstos no debe concedérseles la cualidad del *injenio* que ha de reservarse esclusivamente para las personas de claro entendimiento, que saben hallar recursos para todo, obviar las dificultades y vencer en las ocasiones todos los inconvenientes.

El bello sexo posee en mas alto grado por lo general la cualidad del *injenio* por razon de la vivacidad de su imaginacion y por su comprension mas rápida.

El *injenio* llega casi á confundirse con el talento.

Induljencia.—El hombre verdaderamente virtuoso disimula facilmente los errores ajenos; su caridad le proporciona *induljencia* para disculparlos.

La *induljencia* proviene de Dios, padre amoroso que perdona las ofensas y los pecados de sus hijos.

Seamos *induljentes* con nuestros inferiores y nuestros hermanos,

y tendremos derecho á esperar que el supremo Hacedor lo sea á su vez con nosotros.

El error y el pecado son el patrimonio de la miseria humana; seamos, pues, *induljentes* con las víctimas de tan funesto destino.

Injenuidad.—Difiere poco de la *franqueza*. Véase *franqueza*.

J.

Jovialidad.—Las personas *joviales* son siempre muy apreciables, porque amenizan con su buen humor las reuniones y frecuentemente disipan con su conversacion la tristeza de los demás.

La *jovialidad* no es siempre el resultado de la alegría sino mas comunmente el del carácter y esmerada educacion.

Hay sin embargo una especie, y es la de ciertas gentes que la usan como máscara para encubrir sus miras y sus verdaderas intenciones. Hay por esto algun peligro en abandonarse ciegamente á las personas que nos rodean con su *jovialidad*.

Juicio.— El *juicio* no es otra cosa que el acierto en el decir y el obrar. El *juicio* es el resultado del buen entendimiento. Aquel es consecuencia de éste.

El hombre prudente que modera sus deseos, reprime sus malos instintos, pone á raya sus pasiones, mide sus palabras, calcula sus acciones antes de ejecutarlas, ayudado unas veces del *consejo* de otra persona, otras de las luces de un buen entendimiento, ese está próximo de merecer la calificacion de *juicioso*.

El *juicio* es tambien el asiento en el juzgar: quien sabe decir y obrar con asiento, puede juzgar con él las acciones y las palabras de los demás.

LOS AYES DE LAS FLORES.

A. C.

En las tardes del estío—cuando su luz misteriosa—el crepúsculo despide—y el cetro un instante roba—al ya moribundo dia—y á las aun nacientes sombras,—¿no habeis escuchado, amiga,—con emocion melancólica—esos murmurios tan dulces—del jardin, que nos asombran—y nos distraen á las veces—de meditaciones hondas, —y que cautivan del alma—acaso la atencion toda?—Pues son *ayes de las flores*,—de las que así se enamoran—de las que tristes padecen—de las que ya se deshojan!—Yo lo sé, que me lo dijo—una flor tierna y hermosa—una noche del estío—en que me contó su his-

toria.—Era un blanco pensamiento—los pétalos de su corola—que hácia su verde planta—inclinaba ruborosa,—eran tan lindos y puros—que aquella flor inodora—envidia daba á la reina—del verjel, fragante rosa.—Alegre vida esperaba—porque su mente ilusionan—dichas que sueña inocente—en las quimeras hermosas;—que niños todos tenemos—y el desengaño nos roba—cuando pensamos acaso—que sus encantos se logran.—Un dia al nacer el dia—alzó la flor su corola—por saludar á su padre—el sol cual hacen las otras.—En su vuelo veleidoso—cercana una mariposa—pasó una vez, volvió luego,—fuese otra vez, tornó otra.—Mirábala á las primeras—y á las siguientes hablóla—palabras, que serán solo—de flores y mariposas,—mas de un lenguaje dulcísimo—y con el cual se enamora—y que lo mismo comprenden—las flores que las hermosas.—¡Pobre flor! creyó inocente—á la linda mariposa,—creyó el amor que la dijo—y con sencillez amóla.—¡Pobre flor! cómo corrieron—lijerísimas las horas—y con qué afan esperaba—que apareciese la aurora,—que con su luz la traía—dulce adorno á su corola—y á su amor dulce alegría—con la linda mariposa!—¡Gratos instantes del alma!—Cuando un amor ilusiona—bellos pasan de los dias—lijerísimas las horas...—Hubo un dia: ¡ay triste dia—para la flor de mi historia!—en que nació cual los otros—con tímida luz la aurora,—dió su ósculo á las flores—con los rayos que las doran—y pasó luego, dejando—su turno á las otras horas;—y en vano la pobre flor—esperó á la mariposa,—y en vano guardó en su cáliz—del rocío dulce gota,—para apagar de su amante—la sed del calor en la hora;—¡en vano, porque no vino—nunca mas la mariposa!—¡Pobre flor! llegó para ella—triste verdad angustiosa,—supo lo que son los sueños—que en la niñez enamoran...—Estaba pálida el dia—en que me contó su historia,—y poco despues halléla—marchita ya entre sus hojas.—De entonces si del crepúsculo—en la hora misteriosa—oigo suaves murmurios—del jardin entre las sombras,—sé que son *ayes de flores*,—que felices se enamoran,—que desgraciadas se quejan—ó que acaso se deshojan...

Eduardo Atard.

VENUS Y ADONIS.

CUADRO ORIGINAL.

Dias pasados tuvimos un placer; y admiramos una obra que acaba de brotar del inspirado pincel del pintor valenciano D. Ra-

fael Montesinos. Es un gran lienzo que representaba á *Venus y á Adonis* pintado al *temple* y destinado á adornar el techo de la habitacion de uno de los capitalistas de mas gusto de esta ciudad. Es un cuadro que nada deja que desear ni en cuanto á la idea, ni en cuanto á la ejecucion. Esta es la idea. *Adonis* cansado de cazar está recostado en el tronco de un álamo blanco que forma uno de esos rústicos asientos que se deben á los caprichos de la naturaleza; á su lado tiene un magnífico perro manchado de blanco y negro, al que está acariciando con su mano izquierda y al que empuja por detrás un ánjel para que se marche como queriendo que no interrumpa el descanso de su dueño; á la otra parte de él vese otro perro acostado, con la cabeza rozando en el suelo; rodean á Adonis aves recien muertas, el arca y la aljaba llena de flechas. Venus entre nubes baja de los cielos hasta Adonis y flotan sus cabellos y manto diáfano por los aires. En en segundo término distínguense dos ánjeles que llevan en sus manos dos cintas que sujetan por el cuello dos blancas palomas: finalmente un paisaje en lontananza y su celaje aéreo concluyen el cuadro. Resplandecen en su ejecucion, la brillantez de su colorido, el gusto y la entonacion atrevida que sabe dar á todas sus concepciones Montesinos, la trasparencia y morbidez de las carnes de las dos grandes figuras del cuadro, la espresion de la fisonomía de *Venus*, cuyos labios tienen la sonrisa vaga y deliciosa del amor, cuyos ojos casi cerrados se dirijen hácia á *Adonis* con la lánguida fijeza de la pasion. Parécenos asimismo la mano izquierda de *Adonis* pintada con tal verdad, que se le vé jugar con las lanas del perro; y las manchas negras de éste, que interrumpen la tinta colorada del manto de su dueño, causan un sin igual efecto y un contraste del mejor gusto. En cuanto al paisaje ¿qué mas podemos decir sino que es del autor *paisista* por escelencia?

Reciba en público nuestro apreciabilísimo D. Rafael Montesinos el sincero parabien que tuvimos el gusto de darle en privado. Nos honramos de haber sido sus discípulos y de ser sus amigos; y fuera en nosotros una ingratitud no prodigar las alabanzas que se merece el inspirado artista que ha producido el notable cuadro de *Venus y Adonis*.

Jacinto Labaila.

UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Continuacion.)

He nacido muy desgraciada: he conocido á V. muy tarde... cuando á mi pesar ya todos mis pensamientos revoloteaban sobre otro ser como las mariposas sobre una flor.

—Dichoso una y mil veces el feliz mortal cuyo amor se ha confundido con el de V. como dos perfumes que se juntan.

—No, no... yo amo á quien no conoce mi amor, á quien no me ama.

—Igual es nuestro infortunio.

—Amo á un hombre que está sirviendo de juguete á una mujer sin corazon, á un hombre que ignora mi amor, á un hombre al que nunca me uniré y... he preferido dar á V. esta funestísima noticia á engañarle; porque el que engaña es un infame, y la infamia en la mujer aun me parece mas repugnante que en el hombre. No sé fingir; no sé tener miradas amorosas en los ojos, sonrisas apasionadas en los labios é indiferencia en el corazon... no sé traficar con los sentimientos. Señor Conde, no puedo ofrecerle el arrebatado cariño de la esposa, pero puedo ofrecerle la ternura apacible de la hermana; no puedo hacerle feliz, pero no le haré derramar ni una sola lágrima: si así acepta V. mi mano seré suya... pero si lloro algunas veces, si otras me vé V. distraida ó en éstasis prolongados, no me pregunte V. el motivo; será que estaré rezando la oracion fúnebre sobre el sepulcro de mi malogrado amor.

Despues de una larga pausa, el Conde haciendo un penoso esfuerzo sobre sí mismo, esclamó con voz sollozante y entrecortada:

—Amparo.... renuncio al amor de V... á mi sueño de oro... á la única esperanza de mi vida...

Y dos lágrimas saltaron de sus ojos rodando por sus mejillas pálidas.

Amparo lloraba tambien.

El Conde cojió el sombrero, dirijió á Amparo una mirada, melancólica, suprema, indefinible, y dándole un «adios eterno» huyó precipitadamente de la habitacion.

Ese «adios» era la despedida que daba á su felicidad.

Al oir el «adios» del Conde, Amparo lloró por él.

Era un desgraciado.

Amparo sentia una especie de remordimiento de haberle dicho la verdad.

Era un ánjel.

XIV.

La desvergonzada franqueza de Elvira.

¿Me han dicho que tienes relaciones con el hijo del Cónsul?

—Mauricio, es verdad.

—¡Y no me lo niegas!...

—¿Por qué si es cierto? La verdad siempre se debe decir. Conozco que ya no siento por tí el amor que antes sentia y...

—¡Es decir que me has engañado!

—Eso no; y la *prueba* es que te quiero desde que no te amo, te lo confieso; no puedo ser mas esplícita ni mas franca.

—Elvira, eres una infame...

—No me insultes...

—No te insulto; *la verdad siempre se debe decir.* Tú nunca me has querido: sé que estás acostumbrada á jugar con los corazones de los hombres, como los niños con sus juguetes, y te diviertes en romperlos, lo mismo que los niños. Has destrozado el mio que te amaba, y con vergüenza lo confieso, aun te ama...

—¡Te avergüenzas de haberme querido!

—Sí, si te hubiera visto sin máscara, en vez de amor me hubieras causado repugnancia, pero eres maestra en finjir, tienes hermoso físico y feo moral, buen rostro y mal corazon; eres en fin un magnífico prospecto de una obra detestable.

—¡¡Mauricio!! Lo mejor es tomarlo á risa: ja, ja, ja.

—Ríete de mi candidez, de mi amor... Ríete, lo merezco... Ríete. Te he servido de bufon, he sido un imbécil.

—Ja, ja, ja, ja...

La risa violenta de Elvira aumentaba la cólera escedente de Mauricio, el que esclamó:

—Ríete, que no tardarás mucho en llorar. Las mujeres como tú en el pecado llevan la penitencia... tu coquetismo te perderá. Ha de llegar un dia en que asciendas al pináculo del descrédito y los hombres se reirán de tí como tú te has reido de ellos: llegará un dia en que seas la fábula de la ciudad, y no encontrarás un hombre que te quiera porque tu coquetismo habrá llegado á ser vulgar proverbio, y te condenará el mas infalible de los tribunales que juzga á las mujeres, el de la opinion pública. Este me vengará de tí: Elvira, hasta nunca.

Diciendo esto Mauricio salió furioso de la habitacion.

Era un amante inicuamente engañado.

Elvira quedó riendo de la cólera tan justificada de Maurício. Era una infame.

XV.

La abnegacion del Conde.

¿Qué tienes ,Mauricio?... Vienes pálido, desencajado...

—Elvira es una infame; tiene razon el anónimo, se reía de mi...

¡Y tú que tienes, Conde, estás lívido, próximo á llorar!...

—No me quiere Amparo.

—Ni á mí Elvira.

—Tú nada pierdes, yo sí.

—Tienes razon, nada pierdo, nada mas que la felicidad.

—¡Estás ciego!... esa mujer no podia dártela: yo te la proporcionaré.

—¡Estás loco!

—Sé de una mujer, de un ánjel que está enamorado de tí; esa mujer calla y padece, esa mujer es tu destino... esa mujer ha de ser tu esposa.

—¡Conde, imposible! ¿y quién es esa mujer?

—Amparo.

—¡Amparo enamorada de mí! ¿por dónde lo sabes?

—Me ha confesado que ama á un hombre que no piensa en ella, á un hombre que es juguete de una mujer sin corazon: te ha escrito este anónimo que creías hijo de la envidia cuando es hijo del amor y...

—¡Estúpido de mí! ahora lo comprendo todo... ahora que me abres los ojos veo con claridad. Sus delicadas deferencias conmigo, ciertas miradas, el afan contínuo de satisfacer mis mas insignificantes gustos que yo traducia por amistad eran amor; tienes razon, eran amor. He sido ciego y he pagado mi ceguedad.

—Sí, sí. He adivinado que te amaba y... yo que la quiero tanto, no puedo consentir que sea desgraciada cuando puedo hacerla venturosa. Amala, Mauricio, cásate con ella y déjame morir.

—¿Tú me lo aconsejas? ¡y tú la amas!...

—¡Si no la amara consentiria que fuera feliz á costa de mi desgracia!

—Pues yo no puedo consentir en tu desgracia. No la enamoraré.

—Te lo suplico, Mauricio.

—No, no, yo no podré amarla.

—Tú la amarás; es un ánjel, ¿y quién no ama á los ánjeles? Le

diré á su padre que me dispense del compromiso, que ella no me quiere y de consiguiente es de ningun valor la palabra empeñada. Yo parto para el estranjero, pero he de partir con la seguridad de que os amais. Si eres mi amigo compláceme.

—Esta tarde principio á enamorar á Amparo.

XVI.

Un hombre obstinado.

—¡Querido Conde!

—D. Eusebio, tengo que hablar con V. dos palabras.

—Hable mi futuro yerno.

—El otro dia dejándome llevar de mi apasionado amor pedí á V. la mano de Amparo: he sabido luego que no me ama, y por razones de delicadeza debo renunciar al deseo mas vehemente de mi vida; á ser esposo de Amparo.

D. Eusebio palideció densamente y dijo con tono rudo:

—¡Imposible! Ella no puede haberse negado; es mi hija y no tiene otra voluntad que la mia.

—Ella acepta, pero sin amor; no cede á los impulsos de su corazon, sino al mandato de su padre.

—Pero cede y acepta.

—A la fuerza, sin libertad. Lo he conocido y no debo violentarla.

—Pues es indispensable que sea esposa de V.; V. me la ha pedido y yo he empeñado con V. mi formal palabra· saben todas mis relaciones este tratado matrimonio, y mi honor está comprometido en que se verifique.

—No puede verificarse, D. Eusebio. Tendria yo remordimiento de hacer desventurada á Amparo y casándose conmigo lo fuera, porque se unirá á un hombre que no ama. Créame V. D. Eusebio, ese matrimonio es imposible.

—Lo imposible es que no se realice.

—No se realizará porque yo renuncio á su mano.

—¡Es decir que V. la desprecia!... esclamó D. Eusebio dando rienda suelta á su cólera.

—¿Que yo la desprecio?...

—¿Es decir que V. considera que Amparo es indigna de ser su esposa? Mi hija es digna de un monarca. V. me ha pedido su mano y ahora se arrepiente, esto no es un juego, advierto á V. que D. Eu-

sebio de la Riba ni ha servido ni servirá de objeto de diversion á nadie.

—Cálmese V.

—Confiado en su palabra y como este matrimonio satisface mis deseos, lo he comunicado á todos mis amigos; todos lo saben y si no se verifica me cubriré de ridículo á sus ojos, creerán la verdad, que V. ha despreciado á mi hija, y eso no lo puedo consentir ni de V. ni de nadie y... antes arrostraré la muerte que el ridículo. Este matrimonio se verificará.

El carácter áspero de D. Eusebio se desarrollaba con toda la fuerza de que era capaz á impulsos de su cólera.

SONETO.

Amor, risueño amor, tú me ofreciste
eternos goces, celestial ventura,
y al arrullo de plácida dulzura
mi incauto corazon adormeciste.
Quiméricos ensueños me mentiste
de dicha, de placer y de ternura,
y ví trocarse en duelo y amargura
cuanto de dulce bien me prometiste.
¿Será que de mi síno los rigores,
que me siguen doquier desde la cuna,
alcanzarán tambien á mis amores?
¿Nunca el rostro he de ver de la fortuna?
¡Ay! corazon, padece tu quebranto
que amor es flor que crece con el llanto.

P.

LA ROSA BLANCA.

(Conclusion.)

Las horas pasaban con suma rapidez, hasta que un destello de luz nos dió á comprender que se acercaba la de dar fin á nuestras mútuas promesas. El alba reflejaba sus amarillos colores en los cristales del salon, cuyas puertas empezaban á dar salida á la multitud. En vano entonces me empeñé en acompañarla; en vano supliqué pa-

ra que me dijese su nombre; tan solo sus contestaciones fueron siempre que me amaba con delirio, pero que no habia llegado aun la hora de descubrirse. Juré seguirla y no abandonarla jamás, y cuando me disponia á efectuarlo,

—Júrame, me dijo poniendo una rosa blanca en mi mano, que no faltarás al lugar donde te señalaré, pero que será despues de un plazo fijado.

—Lo juro, contesté besando la rosa blanca.—De hoy en ocho dias, á las doce de la mañana. Calle de A. número 20. Esta rosa te servirá de entrada: no te olvides de llevarla en tus manos... adios dijo, y desapareció...

Despues de algunos instantes encontrábame en el camino de... para donde tenia que salir aquel mismo dia, con un recuerdo ilusorio en el corazon y una rosa blanca en la mano.

V.

La ciudad de..... es una hermosa ciudad, pero sus encantos no pudieron borrar de mi corazon el grato recuerdo de mi linda mascacarita. Tal vez seria un capricho de mujer la causa de mi sufrimiento, pero un capricho que no dura mas que una noche de baile... pero no... en aquellos ojos no podia entrar la aficion; aquella voz no me podia engañar.

Durante los siete dias que pasé en aquella ciudad, una sola vez tuve noticia de Isabel que me espresaba sus padecimientos por mi ausencia. Algun misterio encontré en estas palabras pero no lo estrañé, porque hace mucho tiempo que estoy convencido que las palabras de mujer son siempre misteriosas, y aun estoy por creer que la mujer misma no es mas que un misterio.

El octavo dia, dia señalado para la cita, llegué en punto de las doce de su mañana á la ciudad de mi residencia. Mi primera visita fue la de la calle de A. número 20 hácia donde me diriji temeroso de no llegar á tiempo oportuno. Púseme la rosa blanca casi marchitada en uno de los ojales del gaban, llegué á la calle de A., examiné los números de las casas con la rapidez de un amante lleno de ilusiones y... ¡cuál seria mi sorpresa al ver que el número 20 pertenecia á un convento de hermanas de la soledad!...

La calle estaba desierta. Solo de vez en cuando transitaba por ella alguna vieja que entraba ó salia de la iglesia del convento, cuyo interior despedia una confusa armonía producida por el rezo de las

hermanas. Quedé inmóvil y frio como una estátua de mármol. Medité despues un instante. No podia de ningun modo persuadirme de que aquella mujer me hubiera engañado, y buscaba disculparla en lo posible. Nunca es culpable la mujer que adoramos.

Resolvíme por fin á entrar en la iglesia del convento. ¿Quién sabe si en ella me esperaria la misteriosa mascarita? ¿No me dió una rosa blanca diciéndome que ella me abriria las puertas, siempre cerradas para los demás? ¿Su vestido no era vestido de monja quizás para que no estrañase semejante lugar? Estas y otras reflexiones ocupaban mi mente mientras insensiblemente me habia adelantado hasta el fondo de uno de los altares de la iglesia, en donde me distrajo mis meditaciones una voz ronca de mujer que, á juzgar por sns cabellos, habia visto sesenta veces á lo menos caer las hojas de los árboles.

—¿La rosa blanca? dijo.

—Aquí está, contesté lleno de satisfaccion.

—Seguidme, caballero.

—Me direis...

—Chit... silencio...

Y de este modo hablando adelantóse algunos pasos en medio de la oscuridad que habia en el fondo de la capilla, y parándose de pronto continuó en voz baja.

—Habeis comprendido algo de esos cantos que suenan por las bóvedas del templo?

—No por cierto hermana, si no me decís...

—Psit... no levanteis tanto la voz, repitió la vieja... ha muerto una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, ha muerto para vos, para el mundo entero, pero no para esas voces armoniosas que escuchais; no para sus santas hermanas con las que se ha unido para atravesar juntas el camino espinoso de la vida hasta llegar á la eterna gloria.

—¿Ha entrado una nueva hermana? pregunté yo lleno de curiosidad.

—Sí, una nueva hermaua, y me ha dejado este billete para el que entrara con una rosa blanca en la mano.

—¿Un billete?

—Aquí le teneis... nada mas tengo que deciros... ¡ah! me olvidaba de entregaros la flor. Me ha encargado que os dijera que procureis guardar esta rosa blanca. Aquí la teneis. Quise hablarla otra

vez, y el pausado eco de sus pasos contestó á mis deseos. Se habia perdido en medio de la oscuridad de la capilla.

Quedéme confuso con mi rosa blanca y mi papel, y sin esperar mas tiempo me diriji á la puerta de la iglesia, por la que salí no sin fijar algunas veces los ojos á un estrecho enrejado de donde salian al parecer las religiosas armonías, y donde debia encontrarse en aquel momento la aurora de tanto misterio. En medio de la calle desdoblé el billete en cuyo sobre se leía mi nombre y apellido precedido de estas palabras «amor y olvido.» La letra no me era desconocida: una cruel sospecha pasó por mi mente, y... juzgad entonces con cuanta rapidez lo leeria. Este era su contenido. «Siempre te he amado y te amo aun. He visto desde algun tiempo este amor mal correspondido, pero jamás hubiera creido que el amante indiferente se convirtiera en esposo perjuro. Los atractivos del mundo han vencido al amor de tu esposa, otro tanto podia sucederme... pero no... en mi pecho ha vencido el amor de Dios. Déjame pues vivir en su santa casa. El no me será infiel: ya ves que he cumplido la cita que en el baile te prometí. Doite tambien las gracias por la exactitud. Conserva la rosa blanca como un recuerdo de la mujer que mas te ha querido y que rogará á Dios por tu felicidad desde el fondo de este claustro, á donde tú mismo la has conducido... Adios para siempre... perdona á tu infeliz esposa como ella te perdona, *Isabel.* » No puedo esplicaros lo que pasó en mi interior despues de leidas estas últimas palabras. Un frio sudor se apoderó de mí, mis pupilas se cubrieron con un velo, y ardientes lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Vuelto en mí despues de mi primera sensacion, mi primera idea fue la de arrebatar á Isabel del convento, y pedirle perdon de mi pasada conducta; pero otro papel que acompañaba á esa carta apagó el primer impulso que el amor y el arrepentimiento me causaran. En él me noticiaba que su objeto no era otro que el de encerrarse eternamente en el claustro, olvidando las pompas y goces de este mundo y consagrarse eternamente á Dios.

Para dicho objeto habia alcanzado el permiso de la autoridad eclesiástica *sin perjuicio de la voluntaria disposicion del esposo.* Me suplicaba tambien que en nombre de ese Dios que la llamaba á su lado le permitiera vivir con aquellas solitarias vírjenes que apartadas de los goces terrenales, buscan el consuelo al pie de los divinos altares. Sus sentidas y suplicantes palabras me obligaron á dejarla libre en su resolucion, pues que lo contrario hubiera sido profanar la casa de Dios á arrebatarle una esposa que el mismo habia escogido.

Mi corazon era un abismo de remordimientos. Fuí á la casa donde habitaba con mi querida Isabel, ¡cuán triste me pareció entonces sin el objeto que mas adoraba! ¡Ah! cuánto puede la mujer ofendida! Por todas partes llamaba á Isabel y por todas partes solo el eco contestaba á mis delirantes voces. Por fin tomé la resolucion de abandonar un mundo que era la causa de mis desgracias, y corresponder á Isabel tomando ejemplo de su virtud. Vendí pues todo cuanto tenia y cedí sus productos para limosnas. Digo mal. Quedéme con un retrato, una flor y una carta. El retrato era la imájen de Isabel; la flor un episodio de su vida, y la carta... la carta era el eco de su voz postrera que me llamaba desde la tumba...

Despues de tres dias, cubierto mi cuerpo por un humilde sayal, levantaba fervorosas plegarias al Criador desde el fondo de otro claustro.

VI.

¿Y nada mas habeis sabido de Isabel? me adelanté á preguntar al ermitaño, lleno de curiosidad.

Sí, supe despues que era un modelo de virtud, y que ocupaba un lugar privilegiado entre sus hermanas.

Mas adelante enterada de mi resolucion, me escribió por asuntos religiosos sin darme el nombre de esposo, ni siquiera ponerme alguna espresion que pudiera atribuirse á nuestra pasada felicidad. Yo le escribí tambien en los mismos términos, y estoy seguro que mi carta debió arrancar un hermoso recuerdo á su corazon.

Así se pasaron algunos años hasta que la revolucion derribó á sangre y á fuego nuestras casas. Vos mismo habeis presenciado tal vez la destruccion de nuestras iglesias, nuestros claustros y nuestras posesiones, como tambien la muerte de nuestros hermanos que en medio de los escombros, exhalaron el último suspiro.

Yo fuí mas afortunado, ó tal vez mas desdichado que ellos, y pude salvarme, dirigiéndome á este desierto cumpliendo con fidelidad lo que prometí á Isabel desde un rincon de mi celda ante la imájen del Eterno.

Isabel murió de pesar á la noticia del incendio de los conventos y de la muerte de sus monjes... y yo... yo quedé destinado tal vez á rogar por Isabel, y á derramar lágrimas de remordimiento para alcanzar el perdon del Señor. Aquí me veis pues, cumpliendo con mi triste destino, sin otro pensamiento que Dios é Isabel, ni otros objetos que ambas imájenes.

Diciendo esto dirigió sus miradas el ermitaño al interior de la cabaña que llevaba el nombre de ermita. Yo seguí el curso que tomaban sus ojos, y efectivamente ví colgado en la pared un crucifijo, y en la parte opuesta un medallon de una imájen. Levantéme para examinarla mejor y quedé admirado de la hermosura de Isabel, cuyo original habia sido. Sobre el medallon habia los restos secos de una flor, y un papel empolvado en cuyo sobre se leían estas palabras «amor y olvido.....»

No tardaron en volver mis amigos fatigados por la caza; admiráronse de mi caprichosa conducta, pusieron en mi zurron algunas aves para no ridiculizarme á la entrada de la ciudad, como muchas veces sucede, y á un paso mas regular nos ausentamos de la ermita, porque las nubes empezaban ya á rebentar, y la noche habia esparcido ya su manto de tinieblas por el espacio. Así pasamos aquella fastidiosa tarde de invierno, á cuyo recuerdo siento estremecer mi corazon.

Ha mediado ya algun tiempo, durante el cual he estado ausente de tal pais, y á mi regreso he procurado visitar al solitario, pero he encontrado la ermita arruinada, y nada mas he sabido del ermitaño, del retrato ni la carta. Solo en medio de las ruinas y sobre una piedra he visto, toscamente grabadas, las formas de una flor. No sé si seria un capricho de algun viajero, ó un recuerdo de la *historia de la rosa blanca*.

Francisco de P. Franquesa.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 1.º Mayo.

Acabo de recibir, mi querida Herminia, el magnífico ramo de la quinta, que me has enviado con Blas tu jardinero: ¡qué coleccion tan variada de claveles! ¡qué rosas tan fragantes! ya sabes que soy entusiasta por las flores y éstas las aprecio en estremo porque vienen de tu mano, y porque son de plantas criadas por Ricardo. No tardaré mucho en hacer uso de ellas.

Hubiera querido tenerlas dos dias antes para habérmelas puesto el domingo por la noche, pues asistí al concierto que se verificó en casa de la apreciabilísima señora de L... No puedo resistir á la tentacion de hablarte de él. La franqueza y amabilidad con que reciben los señores de dicha casa atrajo una lucida concurrencia, que escu-

chó con mar cada satisfaccion las piezas que se cantaron y tocaron. Con el placer de siempre escuché á nuestra simpática amiga P. F., que cantó la *cabattina* de *Juana d'Arc*, y el aria de la *Favorita*: en ambas piezas lució su clara voz, la limpieza de su garganta y su buena escuela de canto: al oirla involuntariamente acudieron á mi imaginacion estos versos de nuestro amigo Jacinto Labaila.

Cuando escucho tu voz arrebatado
en éxtasis divino me parece
que ella me ha trasportado
á la eternal region.
Canta, canta, mujer, suene en mi oido
esa voz melancólica y divina
que hácia el fondo del alma se encamina
con mágica y doliente vibracion.

P. B. cantó el aria de tiple de *I Lombardi* arrancando numerosos aplausos. I. J. cantó con T. L. un duo de *Machbet;* uno y otro empiezan á dedicarse al *difícil arte* y me han hecho concebir las mas lisonjeras esperanzas, pues ejecutaron muy bien dicha pieza. T. L. canto además el aria coreada de *El dominó azul:* en dichos coros tuve el gusto de conocer á algunos amigos nuestros. G. A. cantó la *cabattina* de tenor de la *Favorita* ostentando su dulce voz y su espresivo modo de decir. D. M. cantó otra aria de tenor, no recuerdo en este momento de qué ópera, con la afinacion que le caracteriza. I. R. tocó al piano la sinfonía de la *Semíramis*, en la que dió á conocer su agilidad y su maestra ejecucion. Además tocáronse á cuarteto las sinfonías de la *Caritea* y la *Mutta*, que entretuvieron agradablemente á la concurrencia, que terminó la noche con un baile, que pudo ser muy animado en atencion á la capacidad del salon. Yo me divertí mucho, y deseo que no sea la última reunion de esta especie que se verifique en casa de L...

Tambien asistí al Liceo á la ejecucion del *Españoleto*. Este drama fue interpretado por nuestros amigos los sócios Lafaya, Bellmont, Marquez, Garrigues, Marco y por las sócias Srtas. Hervás y Brú. Lafaya comprendió el dificil papel de que se hizo cargo. Joaquin Marquez estuvo muy bien en el del Duque de Osuna. La Almerinda gustó como siempre, la Brú estaba perfectamente vestida de hombre. Su autor Eusebio Asquerino fue llamado al palco escénico al terminar la representacion del primer acto.

En el teatro no ha habido otra novedad que la representacion de algunas funciones por el actor Calvo, que tiene notabilísimas cua-

lidades y ha sido oido con gusto y aplaudido con razon. Anoche nos regalaron *El Trapero de Madrid*, y entre las mil cosas que contra él pudiera decirte, es una el que Parreño representaba el papel de trapero, que no es de su cuerda, y que Oltra hubiese interpretado mejor sin comparacion alguna.

La otra noche estando en casa del apreciado general G. tuve el gusto de oir tocar el piano á una niña de siete á ocho años de edad. Es una monada el despejo, la seguridad y hasta la espresion, estraña en su edad, con que Manolita Ramon, que así se llama, ejecuta, ya piezas sérias de la *Traviata*, *Hernani* y otras operas, alternadas con aires de *Catalina*, *Los diamantes*, el *Valle de Andorra* etc. Las seis ú ocho personas que estábamos en el salon quedamos admiradas de esa precoz notabilidad á la que dí repetidos besos.

Y á propósito de niñas: vamos á poner de largo á mi linda prima Pepita, y hemos andado estos dias ocupadísimas mamá y yo; no te creas que ha sido cosa de un momento, sino que hemos tenido que correrlo casi todo para encontrar ocho vestidos bonitos y variados. Uno de ellos es de glasé negro, y se lo harán con volantes; otro de glasé mora que llevará faldas, y en fin, otro de varés adornado con felpillas. ¿Creerás que no he comprado nada para mí? Mamá se tomó un vestido á mi gusto.

Estos dias concurre bastante gente al paseo de la Alameda: ayer por ser jueves estuvo muy bien, y bajaron muchas amigas. Ví un vestido de moaré antique de color plomo con dos grandes volantes, el uno hasta media falda, y el otro encima abierto por delante y como si fuera el remate de una larga chaquetilla. Los volantes, la verta y todo el vestido estaba adornado por piñas ó pirámides, arregladas de trecho en trecho con tiritas de terciopelo negro, que parecian tejidas en la misma tela. Es un vestido de los mas elegantes que he visto, como lo es la figura de la señora que le llevaba.

Boix ha dedicado á Silvina un ejemplar de su *Historia de Játiva*, enviándole las primeras entregas con unos renglones harto lisonjeros para ella. He oido hacer las mayores alabanzas de su obra, y no las repito, no porque no las crea justísimas, sino porque bastante se alaba esa *Historia de Játiva* con decir quien la ha escrito.

No puedo hoy ser mas estensa, tu amiga

Adela.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

EL VIAJE DE LA VIDA.

A mi amigo Juan Cavero.

La vida es un viaje continuado, cuyo principio se recuerda vagamente y cuyo fin se ignora por completo.

De cuando en cuando el alma acompañada de la memoria goza en mirar hácia atrás, y en recorrer los paises en que comenzó el viaje de la vida.

Cuanto mas se ha adelantado en el camino, mas fantásticas y bellas parecen esas perspectivas de floridos cármenes y brillantes lontananzas que nos ofrece el mundo en los dias de la infancia.

La infancia es sin duda el pais mas bello de cuantos abarca la vista en el mapa de la vida.

Su clima es templado, el cielo aparece siempre sereno y agradable: si alguna nubecilla le cruza, es lijera, blanca y tan imperceptible que apenas aparece se evapora. Doquier se miran magníficas lontananzas, no parece sino que están siempre adornadas con brillantes tintas de la aurora que tan apacible y grata luz despide en las mañanas de los hermosos dias.

La juventud es un país de temperatura cálida y ardiente, magníficos y deliciosos valles y horribles precipicios. Es un pais por el que se camina velozmente acompañado del amor y de un sinnúmero de pasiones y de deseos, de esperanzas é ilusiones, devaneos y placeres. Esta es una compañía agradable casi siempre en apariencia, y que no suele serlo muchas veces en la realidad. Es una compañía que hace agradable y distraido el viajar, pero que mas de una vez pone en peligro al viajero, y mas de una vez se estravia éste, guiado por esperanzas é ilusiones engañosas, deseos impuros, pasiones violentas, locos amores y pródigos placeres. Aun no tenemos traspuesto los límites de la juventud, aun está lejana la vejez, que es la última de las tierras del itinerario del viaje de la vida, para el que puede recorrer toda la estension de la existencia, y ya comienzan á irnos abandonando las ilusiones y las esperanzas, á hacernos incómodos los deseos, insufribles unas pasiones, enojosas otras, y las decepciones, los desengaños y los remordimientos van tomando lugar al lado nuestro.

Llegamos á la vejez y las ilusiones huyen de nuestro lado, el amor nos deja, y las pasioues que no nos abandonan, pierden en su

mayor parte su belleza, quedando apenas cerca del viajero alguna que no sea molesta ó repugnante. Los desengaños que nos acompañan son mas numerosos, el desencanto es constante compañero y el remordimiento tan inseparable como insufrible. Camínase por un pais de temperatura helada, no parece sino que un perpétuo invierno cubre de nieve las cumbres de los montes y las vias de los llanos, arrebata las hojas de los árboles y roba las galas de los campos. Es en fin un clima de nublados horizontes, árido, triste y peligroso.

Y no obstante hay quien consigue atravesarle tranquila y placenteramente porque logra llevar por compañeros del último período de su viaje la resignacion y la esperanza en Dios, y porque la caridad y las demás virtudes le han proporcionado gratitud y cariño que le dan luz, calor y fuerza para el viaje.

Hay compañías que se unen ó abandonan al viajero segun el pais que atraviesa. La inocencia y el candor de la infancia se apartan cuando aparecen la malicia y la esperiencia. El amor y el entusiasmo de la juventud son sustituidos por el hielo y el desencanto de la vejez.

Hay por el contrario otros compañeros mas constantes y que suelen seguirnos todo el viaje: tales son la amistad y los afectos de familia, la *virtud* y el *vicio*.

Los primeros suelen acompañarnos sin nuestro ruego y abandonarnos sin nuestra culpa; pero la virtud y el vicio no vienen con nosotros si no queremos, ni nos abandonan sin nuestro mandato.

La virtud y el vicio son los primeros compañeros que podemos procurarnos y son tambien los mas constantes. Uno y otro alcanzan mucho ascendiente sobre nosotros y ese ascendiente se aumenta insensible y poderosamente cuanto mas tiempo nos acompañan.

Los efectos de su carácter y los de su compañía son muy distintos.

La virtud apacible, tranquila, igual, severa y fuerte, cuando caminamos por la niñez, nos libra con su poderoso instinto, de los peligros á que la ignorancia pudiera arrastrarnos; en la juventud dirije las buenas pasiones, se interpone entre nosotros y las pasiones violentas para calmarlas, y hace apartar de nuestro lado á las pasiones malas.

El vicio pacta con la ignorancia para entorpecernos cuando caminamos por las fáciles sendas de la niñez, subleva contra nosotros las pasiones en la juventud , estravia á las buenas acalorándolas y dá poderosa ayuda á las malas para corrompernos.

El vicio es alegre y en apariencia hermoso algunas veces, viste en la juventud los disfraces y el disfraz de los placeres, disfraces que desaparecen al llegar á la vejez, descubriendo su fealdad asquerosa y repugnante.

Su virtud se presenta siempre bella ante nosotros y en cámbio de su severidad durante la juventud: en la vejez atrae presto á nosotros la tranquilidad, la resignacion y la esperanza.

El vicio, si nos sigue, nos hace insoportable el fin del viaje; aun si huye deja en su lugar el remordimiento, tanto mas horrible, cuanto mas tarde viene.

La virtud asienta la paz á nuestro lado en los últimos dias del viaje, y nos enseña el cielo con su mano cuando llegamos al término del camino.

¡Dichosos aquellos que tienen á la virtud por compañera en el viaje de la vida!

Eduardo Atard.

LA VIOLETA.

A. M.

Esa flor pura
de grata esencia,
á cuyos pétalos
dió la inocencia
todo el misterio de su pudor;
es la querida
flor del poeta,
flor emblemática,
pura violeta
de tristes pechos, querida flor.

Flor escondida
entre tus hojas,
perfume mágico
al viento arrojas
desde tu cálice encantador;
de la modestia
la esencia pura,
arroja el cálice
de la hermosura,
que son hermanas mujer y flor.

Entre las hojas
en donde naces,
ni soles cálidos,
ni aires voraces,
pueden batirte con su rigor:
solo los brisas
allá en la tarde
de su amor cándido
hacen alarde,
siempre meciéndote, hermosa flor.

Para las flores
es tu belleza
belleza incógnita,
y es tu pureza
siempre su envidia, nunca su amor.
¡Oh! yo te amo,
triste violeta,
flor emblemática,
flor del poeta,
de pechos tristes, querida flor.

1855 *J. L.*

UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Conclusion.)

—D. Eusebio, está V. obcecado: yo idolatro á Amparo; si no la quisiera hasta el delirio, le entregara mi mano que sé que la conduciria hasta la desesperacion, pero mi amor es generoso por su grandeza, y prefiero ser infeliz toda mi vida á hacer derramar una sola lágrima á la mujer que adoro. No atribuya V. á desprecio un doloroso sacrificio; no tache V. de arrepentimiento mi delicadeza.

—Conde, no quiera V. dorar con el oropel de las palabras el insulto que me ha inferido: V. no ama á mi hija, cuando repugna unirse á ella, cuando quebranta V. la palabra que me dió, cuando procura y consiente que el padre de Amparo arrostre el ridículo de la sociedad, el mas infamante de los *sambenitos* del mundo. V. no tiene amor, ni palabra, ni dignidad: V. ni es amante, ni caballero, ni hombre.

—¡D. Eusebio! barbotó el Conde, poniéndose líbido hasta el blanco de los ojos.

—No transijo: ó se une V. á mi hija ó me dá V. una satisfaccion.

—Ya dije que renunciaba su mano y el por qué es la satisfaccion que V. me exije.

—¿A su proceder ruin une V. la cobardía?

—D. Eusebio, de ningun hombre he sufrido los insultos que V. me está prodigando: contiene únicamente mi cólera la consideracion de que es V. el padre de Amparo.

—Así habla el miedo, esos son los efugios del cobarde.

—¡Cobarde! nunca. Acepto el duelo.

—¿Armas?

—Pistolas, en el bosque de *** mañana á las seis.

—¿A muerte.?

—A muerte.

—Hasta las seis.

—Hasta las seis.

El Conde salió, D. Eusebio quedaba rujiendo como un leon al que arrebatan su presa.

El Conde salió llorando; repasaba en su imaginacion el cúmulo de circunstancias fatales que contra él se habian agrupado y esclamó:

—¡Dios mio! ¿Me sucederá la última desgracia? ¿No me matará D. Eusebio?

XVII.

Desafío.

En medio del bosque de *** distante tres leguas de Barcelona, paró un carruaje y bajaron de él dos hombres. D. Eusebio de la Riba y un coronel amigo suyo que iba á servirle de padrino. D. Eusebio estaba mortalmente pálido, en sus ojos chispeantes y distraidos se marcaba su impaciencia y en sus dientes apretados y lábios contraidos su rabia. De vez en cuando dirigia sus miradas hácia el camino de Barcelona, y viéndole solitario, volvíase hácia su padrino haciendo un gesto que denotaba su impaciencia, su falta de costumbre en esperar.

Pocos momentos despues otro carruaje penetró hasta el corazon del bosque. Apeáronse de él el Conde del Romero y Pascual Ortiga.

—No perdamos tiempo, dijo D. Eusebio, elija V. una pistola.

—Esta, contestó el Conde, asiendo fuertemente una de ellas, y contemplándola con una mirada estraña, siniestra.

—Tiremos á boca de jarro, apuntando sobre el corazon.

—¡Sea! esclamó el Conde cuyas miradas se estraviaban.

Apartáronse los padrinos, reinó un instante un silencio solemne, pusieron las pistolas los desafiados junto al corazon de su rival, miráronse de un modo siniestro y soltaron el gatillo con firmeza. Se oyó una detonacion y un cadáver rodó al suelo bañado con su sangre.

XVIII.

Un imprudente.

En un gabinete de casa D. Eusebio estaban reunidos dos hombres y dos mujeres, formando dos parejas, y al parecer bastante ocupada cada una de ellas en su conversacion. Eran Mauricio y Amparo, y Basilio y Antonia: los primeros hablaban de amor, los segundos de matrimonio; éstos ya pensaban en señalar el dia de la boda, aquellos en lo que vamos á oir.

—V. ama á Elvira...

—No, la aborrezco desde que la conozco. ¿Desde que he comprendido el corazon de V. cómo pensar en otra mujer? ¿cómo no querer á V. hasta la adoracion? ¿Amparo, seré tan infeliz que implore inútilmente su apetecido amor?

—No, Mauricio, quiero ser esplícita. Le amo á V. hace tres años.

—¡Imbécil de mí que no lo he conocido! Yo insensato he gastado el tesoro de mi ternura con quien no lo merecia, he sido ciego; he tomado por oro el oropel, he buscado aroma en una flor marchita y la felicidad donde no existe; pero Dios ha querido que lo conozca á tiempo y me arrepienta y me enmiende, abriéndome los ojos á la luz, haciéndome tomar oro por oro, buscar aroma en una flor recien abierta y la felicidad en donde está, en tu amor constante y purísimo. Perdona que haya sido míope tanto tiempo; perdona que no te haya prodigado el cariño y la ternura que te mereces.

—¡Gracias, Dios mio, por este primer momento venturoso de mi vida! ¡Soy muy feliz!

—¡Muy desgraciada! dijo una voz ronca. Era la de Pascual Ortiga, que penetraba precipitado en la habitacion.

Todos se levantaron asustándose: Amparo fue á hablar, y se le heló la voz en la garganta: Mauricio preguntó á Pascual:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que D. Eusebio ha muerto.

Amparo lanzó un ¡ay! histérico, desgarrador y cayó desmayada

sobre una butaca: Antonia, acudiendo á su hermana, se atrevió á preguntar:

—¿Ha muerto?...

—O le han matado, es lo mismo.

Antonia aunque poco sensible lloró. Al fin era hija.

—Imprudente, dijo Mauricio, ¿no podias haber dado esa noticia de otro modo?

—¡Qué mas tiene!

—¿Dice V. que le han matado? preguntó Basilio.

—Sí, ha tenido un desafío con el Conde del Romero y ha muerto en él.

—¡Pobre D. Eusebio! esclamó Basilio.

—¡Pobre Conde! esclamó Rojas.

—Tienen VV. razon; los dos son dignos de lástima, D. Eusebio porque perdió la vida y el Conde porque ha perdido la razon.

—¡Ha perdido la razon! Desventurado!... murmuró Mauricio.

—Así fue. Al sonar el tiro, D. Eusebio cayó en tierra sin poder pronunciar un vocablo, el Conde en seguida arrojó la pistola, arrodillóse ante el cadáver, le besó por tres veces consecutivas, y levantándose permaneció unos tres segundos mirándole de una manera estúpida; por fin lanzó una sonora carcajada y huyó en escapada carrera por entre los árboles del bosque.

XIX.

Un año despues.

(Epílogo.)

Un año despues Elvira de Peralta habia reñido, no solo con el hijo del Cónsul, sino tambien con otros tres amantes, se habia desacreditado hasta tal punto, que se la *miraba por encima del hombro* como vulgarmente se dice, y le sucedia todo cuanto Mauricio le habia profetizado. Ningun *partido* regular se le presentaba, los jóvenes huían de ella, pues sus novios representaban á los ojos de la sociedad el papel de víctimas, y nadie quiere representar á sabiendas este tristísimo papel. Aburrida y despechada dió oidos al fátuo de Pascual Ortiga y casi por necesidad tuvo que casarse con él. Este casamiento es una leccion elocuentísima que no debe olvidar ninguna *Elvira.*

Antonia, pasado el año de luto, contrajo matrimonio con su *media naranja,* con Basilio Lope. No fue desgraciada ni feliz, porque ca-

rácter como el suyo ni se ha formado para la felicidad ni para la desgracia. Las *Antonias* tienen la existencia de los vejetales y pasan su vida en una especie de Limbo. Basilio Lope era un marido *ad Antoniam*, hombre que consideraba el amor como un *negocio* y de consiguiente era tan frio, tan apático como su mujer. Si se me permitiera parodiar el refran «Dios los cria y ellos se juntan» diria haciendo una aplicacion á este caso «Dios los cria y ellos se casan».

Amparo, tambien despues del año, casó con Mauricio Rojas. Amparo era feliz; con su generoso caracter y su sensibilidad esquisita habia nacido para ser dichosa ó desventurada: para ella no podian existir términos medios, ni medias tintas; era preciso que pintase el lienzo de su vida el claro diáfano de la felicidad ó el oscuro nebuloso de la desgracia: amaba cariñosamente á Mauricio y habia concentrado en él todas sus aspiraciones. Rojas tambien era feliz. Cuando el Conde le adivinó que Amparo le amaba en secreto, principió Mauricio á enamorarla porque halagaba su amor propio esta conquista silenciosa que hizo sin él saberlo; despues con el trato conoció las escelentes cualidades de Amparo y vió con un regocijo indescriptible que aun guardaba la perla de su amor incólume en la concha de su corazon, y al verse querido con frenesi y al mismo tiempo con esa tierna delicadeza, cualidad esclusiva de ciertos carácteres, fue olvidando poco á poco á Elvira y amando poco á poco á Amparo hasta el estremo que la amaba. Si hubiera vivido D. Eusebio, su hija y Rojas nunca se hubieran unido: su obstinacion en el casamiento de Amparo con el Conde, ó habia de costarle á él la vida ó á Amparo la felicidad. La obstinacion nos arrastra muchas veces á los mayores absurdos y á los mas profundos dolores.

El Conde del Romero recobró la razon, pero quedó sumido en una contínua melancolía; nada le alegraba, el fuego habia muerto en sus ojos, la sonrisa en sus labios, la felicidad en su corazon: quedó insensible como todos los hombres trabajados por el infortunio. Para olvidar sus dolorosos recuerdos viajaba sin tregua, y como acometido por un vértigo de variar de climas, de objetos y de paises, tan pronto estaba en Portugal, como en Inglaterra, como en Roma. Como el Judio Errante, parece que siempre tenia sonando en sus oidos la poderosa voz de ¡anda! ¡anda! y la melancolía no le abandonaba ni en Roma, ni en Inglaterra, ni en Portugal. ¡Inútiles viajes! Por que en el mundo como en la mitología, no existe un *Leteo* con cuyas aguas podamos borrar nuestro pasado.

FIN.

Abril 1857. *Jacinto Labaila.*

UN BIEN PERDIDO.

A mi amiga A.

Risueñas esperanzas
Del alma mia;
Plácidas ilusiones
Del amor hijas;
Fuisteis un sueño...
¡Ilusion y esperanza
Pronto habeis muerto!

Nacidas con las flores
De la inocencia,
Os dió vida la savia
De la pureza,
Y el desengaño
Vuestros pétalos puros
Ha marchitado.

A una rubia zagala
De ojos de cielo
Os ofrecí pensando
Premiar su afecto.
¡Flores queridas,
Sin notarlo os privaba
De vuestra vida!

Mostrándose dichosa
Juró guardaros
Mas fueron sus promesas
Ficcion y engaño.
¡Cuán destrozadas
A mi seno os devuelve,
Flores del alma!...

Os faltó de sus ojos
El grato brillo
Y colores y aromas
Habeis perdido.
¡Ay de mis flores!
Vuestra leve existencia
Dejad que llore.

Risueñas esperanzas
Del alma mia;
Plácidas ilusiones
Del amor hijas;
Fuisteis un sueño...
¡Ilusion y esperanza
Pronto habeis muerto!

2 Mayo 1857. *Manuel Atard.*

EN UNA NOCHE DE ESTIO.

A ti.

> Me miras tan dulcemente con tus ojos azules que sueño y no puedo hablar. Pienso continuamente en tus ojos azules; y un océano de pensamientos azules inunda mi corazon.
> *E. Heine.*

I.

Es una noche apacible y serena.

Todo reposa.

Tendido en una peña junto á las olas tengo por bóveda el firmamento y por escabel la mar.

¡Qué hermoso es todo lo azul!

Azul es la violeta.

Azul es el cielo.

Azul es el mar.

Y azules son tus ojos, violeta del jardin de mi alma, cielo de mi vida, mar de mis pasiones.

II.

¡Qué suave claridad derrama el astro de la noche!

Su luz vierte una dulce melancolía, su luz produce en mí un efecto análogo al de las armonías de Bellini, al de las miradas de tus ojos azules.

III.

¡Qué silencio tan majestuoso domina en la naturaleza!

La noche se ha engalanado con las joyas mas espléndidas de que puede disponer: la luna es el broche de su magnífico manto bordado

de estrellas, su aliento son las brisas perfumadas; el silencio se ha sentado junto á las gradas de su trono y todo calla, todo calla...

IV.

¡Qué noche tan tranquila! ¡qué noche para amar!

¡Y estás lejos de mí!

Si estuvieras á mi lado contando los latidos de mi apasionado corazon, respirando el aura que se agita cargada de aromas, sintiendo resbalar por tu tez la trémula claridad de la luna, viendo el mar bañado en plata y oyendo apenas el apagado murmullo de sus olas sin fuerza para balancear los buques anclados en el puesto, amarías como yo: en estas noches ama toda la naturaleza, y nosotros hijos suyos no podemos dejar de amar, porque madre cariñosa rodea nuestros corazones con su irresistible atmósfera de amor.

V.

Ahora el sol no ofende, el calor no abrasa, el mundo duerme, el espíritu vela y los amores suspiran en los corazones de los mortales. Las apacibles noches del estío son las noches del amor.

VI.

Si en esta noche tan deliciosa yo te llevara del brazo por la ribera del mar, ¡cuánto amor encontrarías en mis palabras dichas al oido y hasta en los elocuentes silencios de nuestra conversacion! En esta noche que aman en voz baja ó callando;

El aura,
Las olas,
Las nubes,
La luna.

VII.

En esta noche, un fresco ambiente rozaria tus mejillas como roza los pétalos de las flores; tus ojos languidecerian y yo gozara con satisfaccion del éstasis seductor de tus miradas, de esas miradas que posas en las mias cuando no te espían, y que dejan siempre en mi corazon una huella indeleble.

VIII.

Como yo, te olvidarías del mundo, soñarías conmigo en nuestro porvenir; y solos por la ribera del mar y á la luz indecisa de la luna

espresaríamos nuestro cariño en un lenguaje vago y balbuciente, en el lenguaje de los sueños felices.

IX.

Te cojeria un ramo de violetas menos puras que tú, te improvisaria canciones menos apasionadas que yo; y las horas de esta noche volarian con la rapidez de un minuto para tí y para mí, en alas del amor.

X.

¡Pero estás lejos de mí!... quizás sumida en brazos del sueño, ó sin poder conciliarle revolviéndote en tu lecho abrumada por el calor de la estacion. Tú encerrada entre cuatro paredes mezquinas; yo en medio del espacio con un cielo por techumbre y otro por pavimento. Tú respirando un aire caliente é impuro; yo respirando un aura fresca y perfumada! Tú no pensando; yo pensando en tí.

XI.

¡Qué hermosas son algunas noches del estío!
¡Qué hermosas son algunas mujeres de ojos azules!

1855.

CORRESPONDENCIA.

En la quinta de los Alamos 5 de Mayo de 1857.

Srta. D.ª Adela S...

Mi buena amiga, llamo á V. amiga porque lo es V. de Herminia, y buena, porque merece V. ese título.

Escribo á V. en nombre de Herminia que se siente hace dos dias algo indispuesta sufriendo lijeras incomodidades. No debe inspirar á V. esto cuidado alguno, pues yo no le concibo tampoco ni hay motivo.

Debemos á V. durante muchísimo tiempo el tener con frecuencia agradables nuevas de todo cuanto ocurre en nuestra hermosa ciudad; no puedo menos de dar á V. un millon de gracias por tanta bondad y tanta complacencia.

Tengo que pedir á V mil perdones por haberla privado durante mucho tiempo de la compañía de Herminia. Confio que será V. en

esto tan bondadosa como en todo lo demás y me disimulará V. que la haya retenido tantos meses lejos de V. su íntima amiga é inseparable compañera. Si V. se resistiese á perdonarme esto que V. tal vez llamará abuso de autoridad material, me veré en el caso de echar á V. la culpa, puesto que V. hubiera podido, accediendo á los deseos de Herminia y á los mios, decidirse á pasar en nuestra compañía unos cuantos dias, robados á la vida de la ciudad. Conozco cuán pocos atractivos ofrece la soledad de una quinta en la estacion del invierno, y por esta razon no he querido apoyar las pretensiones de mi esposa.

Tengo, sin embargo, que consolar á V. Nuestro regreso á esa ciudad está muy próximo: todavia alcanzaremos á tener el gusto de pasear en el hermoso jardin del *Santísimo* y de tomar en él un plato de ricas fresas. La condenamos á V. á acompañarnos en ese paseo.

Ya referirá á V. Herminia nuestros proyectos de baños para el próximo Junio, pero puedo dar á V. la seguridad de que permaneceremos bastantes dias en esa ciudad al lado de V.

Herminia está asustadísima con lo que ha leido en los periódicos acerca de Mr. Hume. Creo casi seguro el que ese hombre estraordinario visite esa ciudad á su paso para Cádiz. Yo tendria de esto el mayor placer á fin de admirar sus prodigios; pero Herminia lo desea bien poco en razon del miedo que le ha causado el relato de sus sobrenaturales esperimentos. Dice que no se atreveria á salir á la calle ni aun á vivir en una ciudad en que ese hombre estuviese. V. no habrá dejado de oir cuánto se dice de Mr. Hume y podrá V. calcular si su aprension es ó no fundada.

Temo ser demasiado molesto estendiéndome mas. Reciba V. la espresion del cariño de Herminia y el respetuoso afecto de S. S. S. Q. B. S. P.

Ricardo B.

Valencia 8 Mayo.

En este instante, mi querida Herminia, recibo la carta de Ricardo, y aunque ver su letra es para mí muy satisfactorio, sin embargo ha amargado mi satisfaccion el motivo que le ha impulsado á hacerlo; tu lijera enfermedad: cuídate mucho y te restablecerás pronto.

He sentido no tenerte á mi lado para que satisfacieras uno de tus gustos. El otro dia puso el Liceo en escena la zarzuela de nues-

tros amigos José R. Flores y Tomás Esteve, y me acordé de tí pues sé que te fuistes á la quinta con deseos de oirla. Es un arreglo del francés hecho con oportunas correcciones por el primero, y puesto en música por el segundo. El argumento no carece de trama y está bien llevada, tiene chistes de buen género y escogido lenguaje. La música es agradable en el conjunto y tiene piezas de mucho efecto. Entre éstas me parecieron notables el coro de hombres del primer acto y el duo de tenor y tiple del segundo La ejecucion estuvo á cargo de Lafaya, Amat, Izquierdo y de las Stas. de Hervás y de Brú. Muchas dificultades tenian que vencer y vencieron los sócios de la seccion de música Amat é Izquierdo en la parte declamada; en cuanto al canto innecesario me parece decirte que lo desempeñaron con acierto. Lafaya contribuyó en gran parte á la buena ejecucion de la zarzuela desempeñando con maestría un papel de carácter anciano. Las socias que te he dicho tomaron parte merecieron tambien muchos aplausos de la numerosa concurrencia que ocupaba el salon. Dí con gusto mi parabien á los autores, y me alegré de que se les llamase á la escena. Lo que no pude menos de sentir es la tenacidad con que algunos pidieron que se repitiera un duo faltando á la antigua costumbre del Liceo y al respeto que merece toda reunion en donde los que toman parte son socios como los que escuchan, y á los que no puede rogárseles particularmente que repitan y no debe exijírseles á gritos. Quisiera que la junta directiva del Liceo hiciera observar rigorosamente la diferencia que hay entre esta sociedad y un teatro.

En el de la Princesa se ejecutó á beneficio de Calvo *El Tesorero del Rey*, drama en 4 actos de García Gutierrez y Eduardo Asquerino, y al dia siguiente se ejecutó en el Principal. Este es uno de los pocos, por no decir el único drama de mérito que he visto ejecutar en este año cómico. J. me dijo que está muy bien escrito porque tiene un argumento histórico bien buscado, la accion es altamente dramática, abunda en situaciones de grande efecto, especialmente en los finales de los actos, y la verificacion, rica y fluida siempre, tiene ya una entonacion majestuosa y elevada, ya tierna y saturada de apasionado sentimiento. Calvo, como te he dicho en mi anterior, es un actor de mucho mérito por la intelijencia de los carácteres, la notable propiedad con que los copia, y por su escelente modo de decir. Hubiera querido que le hubieras oido decir estos hermosísimos versos del *Tesorero del Rey*, que no dudaria en afirmar son de García Gutierrez.

Samuel. ¿Quién tu sueño celando,

á la puerta rondó de tu clausura,
y al verme, recatando
misterioso la faz, se iba alejando
negro fantasma de la noche oscura?
Era él!

Lia. Quizá él seria...

Sam. ¿Y quién tus rejas coronó de flores
y hasta romper el dia,
los espacios poblaba de armonía
en regalada música de amores?
¿Quién ardiendo en deseos
de verte aguijar el alazan que vuela,
y rinde sus trofeos
al volver triunfador de los torneos,
arrojando su banda á tu cancela?
¿De quién es el liviano
corcel, que en ostentosa gallardía
piafa á tu puerta ufano?
¿Quién en fin el doncel? ¡es el cristiano
que de amores requiebra á la judía!

Y estos otros.

Samuel. ¡Ah! no hay dicha en la tierra
para mí sin tu amor: en tí, hija mia,
mi esperanza se encierra,
en tí mi bien, mi gloria, mi alegría.
Cuando vas á mi lado
y te abre paso la agrupada gente,
no falta quien osado,
dice al verte, admirado:
bella es como las perlas del Oriente!
de modestia y decoro
una imájen mas fiel no hay en la tierra.
Ni en la torre del oro
cabe el rico tesoro
que en sus arcas Samuel para ella encierra.
¡Rica es! y mas galana
que esas palmeras, vanidad del viento,
que quien de esa flor temprana
pura cual la mañana,

quien el dueño será de ese portento!
Y yo sonrio ufano
con orgullo diciendo en mi alegría:
no hay en el suelo hispano
hebreo ni cristiano
que merezcan el amor de mi judía.

Los demás actores estuvieron acertados como nunca. Oltra no desmereció nada del concepto en que se le tiene de su comparacion con Calvo, y la Yañez comprendió muy bien su papel. De Pastrana, sobre no ser de su género el que ejecutaba, no puedo decirte sino alabanzas.

Tambien se ha puesto en escena *Bruno el tejedor*, *Acertar por carambola*, y *Entre bobos anda el juego*, tomando parte Calvo. Pero me he estendido mucho y quiero ya dejar á un lado el teatro.

Los huertos del *Santísimo* y demás en que se venden fresas están muy concurridos, y el plantio y todos los jardines hermosos y llenísimos de flores.

Ya hay muchas telas á propósito de la estacion, tales como tafetanes escoceses, chinés, granadinas, muselinas de seda y barés.

Me han enviado de Madrid dos moñas lindísimas; la una es de flores, y la otra de una riquísima cinta de gró color morado con ramos tejidos de seda de colores y oro, y toda ella moteada con puntos de oro. Forman lazos á ambos lados con largas caidas, y entre ellos cuelgan unas cuentas verdes con cordoncitos y borlitas de oro. No me he atrevido á llevarla aun al teatro porque me parece demasiado lujosa.

Me he comprado una pulsera de granates que forma una sierpe, con la cabeza y cola de oro: á J. le gustó mucho.

El otro dia fuimos á comer fresas al huerto del *Santísimo*, estaba lleno de jente, y pasamos una tarde deliciosa.

El correo siguiente te enviaré sin falta la pieza de música que *Silvina* debe á sus suscritores, y que sé no es culpa de la redaccion el que no se haya repartido ya.

Adios, Herminia mia; dí á Ricardo que agradezco su atencion por haberme escrito y que tenga esta por suya.

Adela.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

EL CRISTIANO MORIBUNDO.

TRADUCCION DE LAMARTINE.

¿Qué significa el llanto silencioso
que en redor de mi lecho se derrama?
¿Qué de esa antorcha la oscilante llama?
¿Por qué ese triste fúnebre cantar?
¿Será que acaso por la vez postrera
la voz del mundo en mis oidos zumba?
¡Paréceme que al borde de la tumba
me siento despertar!

Habitante inmortal de un cuerpo débil,
preciosa chispa de divina llama,
no tiembles, alma mia; Dios te llama,
la muerte viene á darte nuevo ser.
Dejar por siempre la angustiosa carga
de las temibles, mundanales penas,
abandonar tan míseras cadenas...
¿Es morir ó nacer?

Ya acaba el tiempo de medir mis horas.
Radiantes mensajeros immortales
¿á qué hermosos palacios celestiales
mi fatigado ser arrebatais?
Sobre mares de luz mi ánima flota,
el espacio á mis ojos se engrandece,
bajo mis pies la tierra desparece...
¡Oh! ¡bendito seais!

Y ¿por qué, compañeros de destierro,
soltais vuestros sollozos doloridos?
¿Por qué ocultais llorosos y abatidos
entre las manos la angustiada faz?
No lloreis, no lloreis, porque entretanto
que consternados murmurais *«ha muerto»*
la nave de mi ser entra en el puerto
de la celeste paz!

1855. *P.*

PENSAMIENTOS DE UN LOCO.

—

Desde que entré en la juventud he corrido como un frenético tras un fantasma, y nunca, nunca he conseguido alcanzarle.

He corrido tras la felicidad.

He deseado saber siempre en qué consistia, y nadie me lo ha podido decir.

¿Será el amor? Yo he amado hasta el delirio, y nunca he sido feliz, si bien me he hecho la ilusion de serlo algunas veces por cortos instantes.

Pero la ilusion no basta, porque las ilusiones, como el candor, como las flores, como la aurora, como todo lo fantástico del mundo tienen duracion efímera, y lo que muere en seguida que nace no puede hacernos dichosos. La felicidad es una cosa ilimitada, como la eternidad no tiene fin.

Pero todo en el mundo tiene término: entonces ¿por qué buscamos una cosa que sabemos positivamente que no hemos de encontrar? ¿Por qué este afan del espíritu, por qué este flujo y reflujo de los deseos, por qué nuestro corazon está sembrado de esperanzas, como los jardines de violetas?

¿Hemos sido creados para ser víctimas de este afan, para ser juguetes de nuestros deseos y mofa de nuestras esperanzas?

¿Deseamos para no conseguir?

¿Esperamos para no alcanzar?

No sé darme la razon de este fenómeno de la vida y es, porque la razon no está en ella sino en la muerte.

La tumba es la puerta de la felicidad.

Por ella se vá á lo infinito, á lo perdurable.

Empiezo á ver claro. El error es del hombre que perdió por su culpa el paraiso del mundo y quiere volver á encontrarlo en él.

El error es del hombre que tiene mas *fé* en sus volubles deseos y frágiles esperanzas que en los sagrados libros y que en la palabra de Dios.

El hombre es un loco.

Hasta los cuerdos carecen de razon.

Cuando yo era cuerdo cometí muchos desatinos.

Era rico y fuí pródigo; siempre buscando la felicidad.

Cuando veía unos ojos negros ya estaba perdido, enamorado;

cuando veia unos azules no lo estaba menos. Las mujeres...¡oh las mujeres! me han robado el juicio que tenia, si es cierto que el hombre tiene juicio, que lo dudo.

Las amaba con todo mi corazon y con todo mi dinero, y por ellas y con ellas he quedado sin lo primero y sin lo segundo, y me han traido aquí... y dicen que estoy loco... ¡Qué sangrienta burla.

Yo aquí solo veo hombres que tienen menos razon que los que no están encerrados, pero no veo en unos y en otros el contraste que debe formar la locura con la razon; seguramente ellos tienen razon porque son los mas y nosotros locura porque somos los menos!

¿Vosotros decis que no estais locos, y buscais la felicidad en la tierra, y os arruinais por satisfacer vuestros caprichos, como yo cuando deciais que tuve juicio? Entonces esplicadme lo que es *locura* porque yo no lo comprendo.

¿Consiste en un pensamiento fijo? Pues conozco muchos locos que no están encerrados, muchos hombres que no tienen mas pensamiento que su ambicion, que corren tras ella, aunque tengan que atravesar un camino regado con lágrimas y con sangre.

A estos hombres el mundo los llama cuerdos.

Si la locura es la carencia de juicio, ¡cuántos hombres tienen razon únicamente porque ellos lo dicen, y cuántos otros locura porque lo dicen los demás!...

Jacinto Labaila.

BALADA.

Ha vibrado la campana
del castillo,
y en la arabesca ventana
los cantos de la victoria,
mensajeros de la gloria
del caudillo
espera la castellana.

Tierna al doncel mensajero
le demanda
nuevas de su caballero,
y para su bien amado
le entrega la que ha bordado
rica banda,
talisman de su guerrero.

Y asi al vibrar la campana
del castillo,
en la arabesca ventana
dice al brillar el primero
resplandor de la mañana:
—*Bendito mi caballero.*—
Y el caudillo
Llegado allá el mensajero:
—*Bendita mi castellana.*—

Tomás Solanich.

¿SI, EH?

I.

El fin de una despedida.

. . . . . .

. . . . . .

—Mercedes, bien mio, adios. Me vuelvo á mi pais á pedir al tiempo que vuele para que llegue pronto el instante de volverte á ver.

—Adios Julian. tambien, pediré yo al tiempo que vuele para volverte á ver. ¿Me escribirás?

—¿Si te escribiré? ¿Puedes dudarlo? Esa era la ocupacion mas grata de mi vida hasta volver á Madrid. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú ¿no me escribirás? Nuestras cartas cuando van dirigidas á personas á quienes se habla con síncera intimidad, son retratos del corazon al daguerreotipo hechos por nosotros mismos. Escríbeme, Mercedes, escríbeme mucho,y así me enviarás tu alma en tus cartas, mientras que el azul del puro cielo de mi pais me recuerda la purísima mirada de tus azules ojos, y las flores tus mejillas y el murmullo de las fuentes, de las auras y de las aves tu encantadora voz.

—¡Julian!

—¡Mercedes!

(Si escribiéramos esta música celestial con notas, marcariamos aquí unos cuantos compases de silencio.)

—¿Me das esa rosa blanca que tienes en el pecho?

—Está casi marchita...

—¡Qué me importa! Es tuya, unida á las muchas que de tí guardo, la querré mas por ser la última.

La niña desprendió la rosa, y sacó fuera de la reja un lindo brazo.

Julian como era de noche y no pasaba nadie por la calle, al tiempo de cojer la rosa, cojió la mano y quiso besarla, la niña la retiró presurosa.

—¡Julian!

—¡Mercedes!

(Compases de silencio).

—Adios, Mercedes, un presentimiento me aflije y no quisiera apartarme de esta reja. Dame tu mano y adios...

Los jóvenes enlazaron sus manos, y formaron un armonioso duo de suspiros y juramentos.

—¡Mi madre! esclamó Mercedes de súbito, y huyó al interior, cerrando el ventano, no sin que Julian besara la mano antes de soltarla.

—Oyóse alejándose el ruido de unos tacones: un bulto hácia la derecha de la calle desapareció doblando una esquina, al tiempo que por la izquierda aparecia otro bulto que llevaba un farolillo y cantó con voz alta y destemplada:

—¡La una!... ¡Nublado!...

II.

Seis meses despues.

—No llores, Mercedes, qué vá á decir D. Pascual si te vé llorar.

—No me verá, déjeme V.

—Tú estás empeñada en darle un disgusto á tu pobre madre.

—¡Pues que mas quiere V.! Ha sido su gusto que me case y me caso. Se acaban hoy mis ilusiones: déjeme V. madre mia, déjeme V. que llore...

—Sí, eso es: déjeme V. que llore porque he encontrado un acomodo brillante, y porque en vez de hacer una locura y no tener nunca dos cuartos, hay un hombre de juicio y de posicion que me saca de la oscuridad y la medianía, y me dá lindos trajes, brillantes y criados.

—¿Y el corazon, madre?

—¡El corazon... Bueno! Lo que le diria al corazon tu estudiante, que aun le falta un año para acabar su carrera, y será luego uno de los mil y quinientos abogados sin pleitos, muertos de hambre...

—¡Madre!

—¡Hija! Buena suerte tendrian estas locuelas, si ellas hubiesen de

buscarla. Don Pascual no es ningun chico, ningun pelambre...

—Madre, Julian es un estudiante muy lucido, y cuando acabe su carrera...

—¿Qué? ¿Vamos á ver, qué? ¿Cuando acabe su carrera?...

—Podrá tener trabajando una posicion modesta pero honrada, y mas mérito tiene el hombre jóven que para ofrecernos la felicidad tiene que trabajar un dia y otro dia, que el que nos dá lo que nada le cuesta en cámbio de nuestra juventud y nuestro corazon, con que quiere adornar su egoista vejez.

Don Pascual no es un viejo: es una persona de talento.

Sí, talento para murmurar de cómicas y bailarinas y diputados y ministros, y hablar de la bolsa y del papel moneda.

¿Y de qué hablaria tu estudiante, bachillera?

¿Julian?... Julian es poeta. Pero en fin, madre, me caso con Don Pascual, le doy á V. gusto... Dejemos conversaciones que han de incomodarnos...

Pues que no te vea llorar.

Ya no lloro, madre, ya no lloro.

Que querré yo sino tu bien; mira, mira qué bonito es este aderezo, qué bien montados están estos brillantes: déjame que te pruebe otra vez el alfiler y los pendientes.

Pero madre...

Anda, no seas niña...

¡Qué caprichos! Y Mercedes enjugó las ultimas lágrimas para que su madre le probara el aderezo.

III.

¡Ay del que calla!

¿Inés, has recibido el correo de la moda?

Sí, Amalia ¿y tú?

Tambien. Hay una balada de Gazel muy bonita. ¿No es verdad, Julian?

Sí, Amalia, muy bonita.

¿Pero qué tiene V. tan callado, Julian?

Nada, Inés.

Mira, mira Inés, qué bonito es el figurin que trae hoy el correo de la moda.

Sí, el traje se parece mucho al que llevaba el otro dia en el teatro la Mercedes.

¡Pobre Mercedes! ¿No sabes lo que le ha sucedido?

No.

Pues chica, si no se habla de otra cosa Habian puesto muy bien la casa y tenia coche y ¡quién sabe!

No por eso me parecia muy alegre...

No, ella no; tienes razon; pero su mamá iba tan hueca, tan presumida. ¡Lo que ha durado!

¿Pues qué?

Que D. Pascual no tenia nada suyo: todo lo habia llevado fiado y el platero y el tapicero y la modista y todos se le han echado encima á los pocos dias de casado: otros muchos acreedores han acudido despues y Doña Brijida ha conocido que su yerno le habia dado un grande chasco. Hasta el casero los ha despedido por justicia...

¡Pobre Mercedes! Y ella qué ha hecho...

¿Mercedes? Dicen que ya se casó á disgusto, con que suponte.

Se ha separado de D. Pascual, y él dicen que se ha ido de Madrid.

¡Pobre Mercedes! dijeron las dos amigas.

¿Quieren saber Vds. mi opinion sobre el caso?

Sí.

Sí, Julian.

Pues... El mundo es pícaro y Vds. son muy buenas y muy bonitas.

¡Qué cosas tiene Julian!

Jesus, añadió Inés, está V. desconocido. Unas veces tan triste... otras tan burlon...

¿Sí, eh? Dijo Julian, y se puso á tocar un wals en el piano.

IV.

Julian tiene en el corazon un torcedor insufrible.

El habia olvidado todos sus recuerdos por su amor á Mercedes.

Se habia embriagado en el presente al verse amado por aquella, y habia soñado un hermoso porvenir, creyendo en aquel amor y esperándolo todo de él con el entusiasmo de un poeta.

Cuando se vió preferido á un viejo rico, Julian llegó á creer que odiaba á Mercedes.

Hoy que Mercedes ha sufrido el castigo de su inconstancia, Julian conoce que aun la ama, y conoce que acaso Mercedes no fue mas que una víctima, y que la ambicion de su madre ó el error de ésta en creer que todo consiste en el dinero fue la sola causa de su desgracia.

¿Pero qué remedio?

Ninguno, si no le dá el tiempo, calmante único de los dolores verdaderos.

Cuando supieron Inés y Amalia la historia de Julian, que les contó un amigo de éste, comprendieron la alteracion de su carácter y comprendieron toda la amargura que encerraba aquel *¿Sí, eh?* tan estraño que las dijo Julian al ponerse á tocar un wals en el piano.

Y como ambas tienen un corazon sensible no pudieron menos de esclamar á un tiempo:

¡Pobre Julian!

¡Pobre Mercedes!

¡Maldita ambicion de Doña Brijida!

Eduardo Atard.

A LA MEMORIA DE UNA NIÑA.

Su vida fue tan breve y tan hermosa
Cual la luz del crepúsculo indecisa:
Pura, como el perfume de la rosa,
Tierna, como el suspiro de la brisa.

No lloreis su temprana desventura,
No lloreis en el mundo á su memoria:
Para quien muere con el alma pura
El sepulcro es la puerta de la gloria.

Joaquin Serrano.

AMORES ELECTRICOS.

CAPRICHO.

—¿Quién es, Juana?

—Señorita, un caballero que dice que desea hablar con la dueña de la quinta.

—¿Un caballero viene á buscarme en una noche tan tempestuosa?... que entre.

—Señora, ruego á V. me dispense la libertad que me he tomado. Acabo de rebentar mi caballo y vengo á suplicarle me preste una cabalgadura de cualquier género y por pocas horas, para terminar mi interrumpido viaje.

—Caballero, ¿V. viaja en semejante noche?

—Tengo necesidad, señora. He dado mi palabra de que á las doce estaré en Valencia, y aunque lloviesen capuchinos de bronce y los rayos fuesen tan espesos como las gotas que caen, no por eso interrumpiria mi viaje.

—Espere V. á mañana: mañana habrá cesado la tempestad y podrá V. andar las cuatro leguas que le faltan.

—¡Señora, si me he de casar esta noche!

Entonces comprendo su impaciencia... pero es una temeridad ponerse ahora en camino.

—Es una temeridad arrostrar la lluvia y los truenos y los rayos, pero el que va á casarse no hace caso de nada de eso, además me esperará mi prometida...

—¡Jesus, qué disparate! creerá que con tan atroz tormenta no habrá V. salido de Barcelona.

—No lo crea V., para el que ama siempre hace buen tiempo.

—Lo mismo es casarse hoy que mañana y que pasado mañana.

—Está V. en una equivocacion.

—¿Se figura V. que yo nunca me he casado? Soy viuda, caballero.

—¡Tan jóven ya está V. viuda! ¡y vive V. en una quinta á pesar de su viudez, de su juventud y de su hermosura!...

—Caballero, que se ha de casar V. esta noche.

—Tiene V. razon, señora; hágame V. el obsequio de que me ensillen un caballo.

—No puedo permitir que se esponga V. á una avería por esos infernales caminos en una noche de tempestad.

—¡Señora, si me he de casar esta noche!

—Nada no transijo; por esta noche es V. mi huesped.

—¿No conoce V. que mi compañía será fastidiosísima porque estaré abstraido, impaciente?...

—No importa, yo procuraré distraerle.

—¡Oh su compañía para mi es muy agrabable, pero permítame V. que le diga que en estos momentos es... inoportuna.

—Gracias por la lisonja.

—No se ofenda V., con mucho gusto gozaría de la amabilidad de su conversacion, del encanto de su hermosura... pero que me ensillen un caballo porque me gusta V. demasiado.

—Es V. diestro para pedir, y me adula V...

—¡Oh, no! Puedo asegurarle á V. que vale mas que mi prometida. ¡Tiene V. dos ojos!!...

—¿Qué acaso su prometida no los tiene?

—Quiero decir... dos ojos que brillan como dos soles.

—Caballero, observe V. que ya es de noche.

—Señora, tiene V. razon: que me ensillen el caballo.

—Con formalidad, caballero, su prometida es imposible que le espere, por lo tanto esta noche es V. mi prisionero; partiremos mi cena y despues...

—Despues V. se acostará y yo no, porque esta noche yo no podré dormir. Prefiero estarme leyendo ó tocando el piano.

—No, no, yo tampoco me acostaré; prefiero estarme hablando con V.

—Eso no lo puedo consentir.

—¡Oh, sí!...

—Entonces me marcho decididamente. Yo no he venido á incomodar.

—¿V. toca el piano?

—Poco... ¿V. canta?

—Algunas cosas.

—La musica es mi pasion.

—¿Sí?... pues pasaremos una noche deliciosa. Acompáñeme V. el aria de la *Traviatta*... si V. sabe.

—Con muchísimo placer, es mi pieza favorita.

Juan acompaña á Amalia. Amalia canta con espresion y con sentimiento, luciendo su fresca voz. Al repetir *Ah tutti tutti fini or tutti tutti fini* etc. Juan bruscamente deja de acompañarla y se levanta diciendo:

—Señora, hágame V. el obsequio de ir á acostarse.

—¡Caballero!...

—Sí, sí, vaya V. á acostarse, porque me estoy enamorando de V.

—¡Qué buen humor tiene V.!

—Señora, yo no tengo humor bueno ni malo lo que tengo es miedo.

—¡Miedo!

—Sí, miedo á su hermosura; porque á pesar de tener que casarme mañana, conozco que estoy enamorándome de V. esta noche.

—Pues no me tenga V. miedo y enamóreme el rato que esté conmigo y mañana se vá y nos quedamos tan frescos como si no nos hubiéramos conocido.

—No señora, no me quedaré fresco... ¡pero estoy observando que es V. muy original!

—No tanto como V.

—Sin embargo lo es V. mucho.

(*Pausa larga.*)

Llenan esta pausa miradas de Juan á Amalia, id. de Amalia á Juan; sonrisas de Amalia á Juan, id. de Juan á Amalia. De repente Juan se insinúa con este exabrupto:

—Si yo le dijera: ¿quiere V. casarse conmigo? ¿V. qué contestaria?

—Caballero, eso es una sorpresa, un asalto ..

—Dele V. el nombre que quiera, pero contésteme V.

—Si me dijera V. eso contestaria que si no fuese V. á casarse con otra con la que habrá V. empeñado su palabra, veríamos...

—Pues señora, yo no he empeñado ninguna palabra. Un tio mio que reside en Valencia me dijo si queria casarme con una pupila suya, yo... le contesté vagamente (porque no la conozco) el me volvió á escribir diciéndome que me convenia, y que me esperaba para casarme esta noche á las doce.

—¡Qué tio tan ejecutivo!

—No es sin razon. Despues he sabido por un amigo mio que es fea y yo francamente iba á Valencia resuelto á poner en práctica este dilema: ó me gusta ó no, si me gusta me caso sinó tomo las de Villadiego. Mi impaciencia por lo tanto no dimana del amor sino de mi crónica curiosidad. Ya sabe V. mi historia; ahora contésteme V. injénuamente.

—Caballero... yo... no puedo casarme mas que con un hombre de cuyo amor esté convencida.

—Pues convénzase V. de que yo la amo, porque así es en realidad.

—¡Tan repentinamente!...

—Las pasiones repentinas son las únicas verdaderas. Desconfie V. de los hombres que beben el amor á sorbos; yo vacío de una vez la copa.

—Pero si yo le correspondiera ¿qué diria V. á su tio?...

—Le diria: «Querido tio, he tropezado con una lindísima viudita que me ha hecho caer en las redes de amor; ella ha caido tambien conmigo y por consiguiente puede V. buscar un jóven meritorio que llene la plaza que yo dejo vacante en la oficina del corazon de su pupila etc. etc.

—¡Qué buen humor gasta V.!

—¿Se lo escribo?...

—Pero...

—¿Se lo escribo?

—Bien... escríbaselo V...

—¿Es decir que V. me corresponde? ¿Es decir que los dos seremos uno cuando la iglesia nos eche su bendicion? ¿Es decir que mañana nos casaremos?

—¡Cómo mañana!

—¡Ah, sí señora, es una cosa que me urje! Si no me caso mañana ya no me caso.

—¡Caballero V. está loco!

—No estoy sino muy cuerdo. Oigame V. con atencion. Mañana hará un año que falleció un tio mio que me queria entrañablemente. Dicho tio dispuso en su testamento (murió sin hijos) que fuera yo su heredero si dentro de un año contraia matrimonio, y no contrayéndolo que sus bienes pasaran al hospital de Barcelona. Mi tio era muy rico y yo me debo casar de hoy á mañana porque mañana espira el plazo.

—¿Es decir que V. no me enamora por mí sino por su dinero?

—No señora, si eso fuera me casaria con la pupila de mi tio el de Valencia, á la que no amo y abandonaria á V. á quien adoro.

—¿Y por qué fijaria esa condicion su difunto tio de V?

—Es fácil de esplicar. Estaba empeñadísimo en que me casara, porque decia que tengo la cabeza lijera, que soy derrochador y otras tonterías, y para hacerme abandonar mi vida de soltero y para obligarme al matrimonio me ha puesto el cebo de su herencia en un plazo determinado; por eso mi tio el de Valencia es tan ejecutivo; está interesado en el testamento y no quiere que la citada herencia vaya á parar al hospital de Barcelona.

—¡Ah!... entonces lo comprendo todo...

—Ya vé V. que es preciso que nos casemos mañana.

—Conozco que V. no me quiere.

—Señora, pídame V. una prueba, mándeme V... que me mate... por el amor de V. de todo soy capaz.

—Pues bien casémonos pasado mañana.

—Pa... pa...

—Pasado mañana.

—Como V. quiera.

—Pues bien; ahora vamos á cenar y despues tocaremos y cantaremos hasta que sea de dia.

—

Apenas rayaba la luz del alba del dia siquiente, cuando salieron de la quinta de *** dos ginetes que tomaron el camino de Valencia.

Eran Juan y Amalia que iban á casarse.

Jacinto Labaila.

EL HELIOTROPIO.

Cancion.=Música de...

Con penetrante
Sentido olor
Dice la flor:
Siempre constante
Pienso en mi amor.

Tú mi alegría,
Tú vida mia,
Piensa tú en mí:
Yo noche y dia
Adoro en tí.

E. A.

CORRESPONDENCIA.

Valencia 15 Mayo.

El lunes próximo, Herminia mia, tendré el gusto de darte muchos besos y abrazos, pues papá me ha dado permiso para pasar contigo una temporadita y voy á hacerlo hasta el *Corpus*, época que deseo volver á Valencia, pues como tú no ignoras es una de las mas divertidas en esta ciudad. Permíteme que te hable por última vez de modas. La primavera ya se ha declarado; los trajes que generalmente se llevan son frescos, lijeros y bonitos, los colores mas en boga son el violeta y el verde, los vestidos están adornados con rizados de tafetan picado unas veces del color del vestido, y algo mas subido, otras son de dos tonos: los hay tambien jaspeados de dos colores que casan bien como el gris y el negro ó el verde y el malva.

Las chaquetas ó basquines de lujo son de tafetan ó glassé negro, y tienen el pecho bordado completamente, las mangas se adornan con una ó mas guirnaldas á lo largo, la espalda es lisa lo mismo que la aldeta, guarnecida de flequillo, de quipure ó de blonda.

Ya te envío por fin la composicion música que corresponde al quinto mes de suscricion á *Silvina*. Quinto y último de la primera época de este semanario. Sus redactores han procurado cumplir las condiciones de la suscricion, á pesar de que su escaso número y ocu-

paciones se lo dificultaban bastante, y de que una publicacion en que nada se ha escapado para que apareciera bajo formas elegantes, y en la que la parte música, tan costosa aun en España y mas en Valencia se ha ejecutado por Estellés, con un gusto y cuidado poco comunes, ha hecho precisos gastos que esceden del producto de las suscriciones, cuyo coste por su baratura ha venido á neutralizar el crecido número de ellas. Así que lejos de poder ofrecer á la Asociacion de nuestro Señora de los Desamparados, el producto de sus trabajos, como deseaban, han tenido que hacer desembolsos para cubrir los gastos materiales.

Tú que les conoces comprenderás que sienten mas el no haber ganado que el haber perdido, por el objeto á que destinaban las ganancias.

Adios, pues Herminia mia, hasta el lunes que en vez de carta podrás recibir en tus brazos á tu amiga

Adela.

DESPEDIDA.

El fin en todas las cosas es indudablemente mas difícil que el principio.

El principio del amor, por ejemplo es, como dicen los poetas, una anchurosa via sembrada de flores que se cruza con planta lijera: el fin del amor es una angosta senda erizada de abrojos, cuando no un abismo en el que nos rodea la oscuridad mas completa.

Es muy fácil saber entrar en una reunion cualquiera, al paso que no lo es el saberse despedir.

La posicion del que viene es siempre menos embarazosa que la del que se va.

Mucho mas si se han creado simpatías, y si hay en la reunion quien nos demuestra agrado, muchísimo mas si la ausencia ha de ser temporal y se teme el olvido.

Lo mismo pues sucede á los periódicos.

La posicion de *Silvina* es dificil...

Silvina se despide de sus lectoras y lectores.

Y las lectoras de *Silvina* la tienen orgullosa, y las lectoras han sido muy induljentes.

Bastaria decir al acaso los nombres de algunas de sus constantes lectoras para que se comprendiera el orgullo de *Silvina*, y su sentimiento al despedirse.

Y no por orgullo sino por gratitud, *Silvina* debe decir, por mas que repugne á su modestia, que desde su aparicion ha obtenido repetidas pruebas de simpatía, capaces por sí solas de alentarlas á mayores empresas que la que se propuso.

Por ello aunque *Silvina* dice *adios* á sus lectores, no es un *adios para siempre*. Es un *adios* temporal.

Se despide para volver.

Pero al despedirse quisiera consignar una *esplicacion*, una *súplica* y una *promesa*.

La esplicacion, es que se suspende porque llega la época de los baños, y de los viajes de recreo, y *Silvina* piensa viajar.

La súplica es á los lectores, para que no la olviden.

La promesa, que cumplirá, como ha cumplido cuanto prometió á su aparicion, es la de recojer apuntes en sus viajes; y reunir trabajos durante su ausencia, para ofrecer mayor amenidad y variacion á su *regreso*.

Adios pues, lectoras y lectores.

Silvina no olvidará nunca la estimacion con que la habeis honrado.

INDICE.

Prosa.

Introduccion. Pag. 1.ª La abuela. 2. Una botella. 6. Mujeres y Flores. 11. Correspondencia. 13. id. 15. Máscaras sociales. 17. Pero... 20. Apuntes para formar un diccionario de virtudes y vicios sociales. 26. Cantos de amor. 29. Correspondencia. 31. La caridad. 33. A escape... 35. Devocionario por D. M. Agustin Príncipe. 36. ¡Delirios! 39. Frases de amor. 41. Virtudes sociales. 43. A propósito de miriñaques. 44. Pensamientos. 45. Correspondencia. 46. Tres cuadros del Museo del matrimonio. 49. Silvio Pellico. 52. ¡No viene! 53. Cantos de amor. 57. Chismes de vecindad. 60. Pensamientos. 62. Correspondencia. 63. Cuadros del Museo del cristianismo. 65. ¡No viene! 69. La sonrisa del cielo. 75. Catecismo del amor. 76. Josefina Beauharnais. 78. Pensamientos. 79. Correspondencia. 79. La paz. 81. Virtudes sociales. 83. La carcajada. 86. Almanaques y relojes. 91. Pensamientos. 94. Correspondencia. 94. Asilo de párvulos. 97. Escenas de la vida. 100. El fin del mundo. 103. Catecismo del amor. 107. Correspondencia. 109. id. 111. Virtudes sociales. 113. María. 116. La primavera y el estío. 123. Correspondencia. 127. La amistad. 129. Las hijas del celeste imperio. 131. Contra una cos-

tumbre añeja. 135. Pensamientos. 136. Correspondencia. 137. id. 142. La fé cristiana. 143. ¡Adios! 146. De los amantes. 151. Correspondencia. 154. La mujer. 159. Virtudes sociales. 162. ¡Adios! 166. Bigotes. 168. Correspondencia. 169. id. 171. Quintana. 175. Una trinidad femenina. 178. Coquetería. 183. Diálogos de vecindad. 185. Pensamientos. 187. Correspondencia. 188. La primavera. 191. Una trinidad femenina. 194. Pensamientos. 201. Correspondencia. 201. id. 205. El cristianismo. 207. Virtudes sociales. 209. Una trinidad femenina. 214. Correspondencia. 220. La existencia. 223. Una trinidad femenina. 225. Correspondencia. 231. id. 234. Virtudes sociales. 239. El diluvio 242 Una trinidad femenina. 243. La rosa blanca. 250. Correspondencia. 253. Cuadros del Museo de la vida. 255. Una trinidad femenina. 258 La rosa blanca. 264. Correspondencia. 268. Virtudes sociales. 271. Venus y Adonis. 273. Una trinidad femenina. 275. La rosa blanca. 279. Correspondencia. 284. El viaje de la vida. 287. Una trinidad femenina. 290. En una noche de estío. 296. Correspondencia. 298. id. 299. Pensamientos de un loco. 304. ¿Sí, eh? 306. Amores eléctricos. 310. Correspondencia. 315. Despedida. 316.

Poesía.

El Alamo. Pag. 5. Balada 12. Flores y sueños. 20. Oriental. 25. Pluma y plomo. 34. La violeta. 40. A un torrente. 51. ¡Adios! 60. En el album de la baronesa de Andilla. 68. A Pilar. 74. Amor feliz. 91. Fábula. 93. A María, madre inmaculada del verbo. 99. El almendro. 105. A una Valenciana. 107. ¡Es verdad! 115. En el album de la señora Baronesa de C. 122. El ciervo. 130. En el natalicio de la niña C. P. 134. Serenata chinesca. 144. El perfume y el rocío. 150. Letrilla 161. La flor de resedá. 164. Secreto del corazon. 176. En el album. 182 A... 184. Olvida... y espera. 192. Un consejo á una niña de quince años. 199. El pensamiento blanco. 200. Al pie de la cruz... 212. Meditacion 219. El poeta y el pintor. 224. Dorinda. 229. Confesion á unas ojos azules. 241. Los dos ánjeles. 248. A una serrana. 257. A Rogelia. 263. Los ayes de las flores. 272. Soneto. 279. La violeta. 289. Un bien perdido. 295. El cristiano moribundo. 303. Balada. 305. A la memoria de una niña. 310. El Heliotropio. 315.

VALENCIA: IMPRENTA DE J. M. AYOLDI.

50